RAMON Y CAJAL

RECUERDOS DE MI VIDA

I

5
11647

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

5

11647

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

S. RAMÓN Y CAJAL

Recuerdos de mi vida

(OBRA ILUSTRADA CON FOTOGRABADOS)

TOMO I

MI INFANCIA Y JUVENTUD

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1901-15

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

5
1647

S. RAMÓN Y CAJAL

Recuerdos de mi vida

(OBRA ILUSTRADA CON FOTOGRABADOS)

TOMO I

MI INFANCIA Y JUVENTUD

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1901

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA AL LECTOR

Escribo mi autobiografía en una edad (1) en que los hombres no juzgan acabada su carrera, ni creen haber entrado en la respetable cuanto temida edad de los recuerdos. De buen grado aguardaría yo también para escribir mis memorias á la época de la fría é impasible senectud, si de la esperanza de alcanzarla no me privara la persuasión íntima de la decadencia de mis fuerzas, las cuales han luchado en la diaria batalla de la vida harto más de lo que su flaqueza consentía; y si no me asaltara además el temor de que el ocaso de la existencia sea para mí, como para tantos otros, la señal del ocaso de la razón y de la voluntad, es decir, la retrogradación al estado de larva humana, nuestro primer *avatar* en el mundo.

Confieso que temo la á vejez más que á la enferme-

(1) A los 49 años.

Biblioteca Nacional de España

dad: suele ser ésta perturbación transitoria del organismo, mientras que representa aquélla la declinación y decadencia irremediables del espíritu y el cuerpo. Por lo cual, cuando se desea ejecutar algún trabajo, no me parece prudente aplazarlo para la edad, harto problemática, del reuma, del ateroma, del catarro y del constante mal humor.

Creo, además, de acuerdo con lo que nuestro Huarte previene en su *Examen de ingenios*, que todo lector juicioso hará muy bien en no dar crédito, sino á las opiniones que los escritores profesaron entre los 40 y los 50 años, época de la plena madurez mental. Antes, el cerebro humano está en agraz; después, se reblandece y enmohece como fruto pasado de sazón.

Pero antes de empezar el relato de mis recuerdos, debo al lector una explicación de mi propósito y una justificación de mi obra.

Contendrá este libro, más que narración de actos, exposición de sentimientos é ideas. En él se reflejará sintéticamente la serie de las reacciones mentales, congruentes é incongruentes, provocadas en el autor por el choque de la realidad del mundo y de los hombres.

Enseñan Taine y otros modernos críticos, que el hombre es función del medio físico y moral en que vivió. Referir las ideas que le guiaron y los afectos que le movieron en la vida, es tanto como mostrar los efectos casi necesarios del ambiente, las causas mecánicas de la obra, buena ó mala, realizada; pero es también, y muy señaladamente, poner en evidencia los

Biblioteca Nacional de España

gérmenes de error, de atraso ó de progreso existentes en el medio social; es señalar los vicios de la educación moral y científica recibida; y es, además, por lo que toca á nuestro caso particular, marcar los obstáculos que detienen, y en los que á menudo se estrella la juventud cuando, á impulsos de generosa y legítima ambición, pretende, en la modesta esfera de las personales aptitudes, colaborar en la obra de la civilización y de la cultura patria.

Tal es la justificación de la presente obrilla. Ahí está también, según yo pienso, el único y menguado interés que mi autobiografía puede inspirar á aquellas personas sinceramente preocupadas del arduo problema de la educación nacional.

No busque, pues, aquí el lector aventuras estupendas, narraciones pintorescas, ni sucesos pasionales. Quien sienta, como el toro, atracción por lo rojo, debe leer vidas de caudillos, historias de héroes. Al que solamente le interesen las grandes vivisecciones humanas del campo de batalla ¿cómo hallará atractivo en la narración de las obscuras y poco peligrosas vivisecciones de ranas y conejos?

Por otra parte, en la acompasada y obscura vida de un médico, hijo del pueblo, educado en limitada esfera y criado entre pinceles, libros y microscopios, han de faltar necesariamente los grandes conflictos de la pasión y del interés, supremos resortes de la emoción dramática.

Una vida de aventuras implica exceso y variación continua de la acción y de su escenario, al revés de lo que reclama la labor perseverante del espíritu, quien

Biblioteca Nacional de España

á la manera de la naturaleza sólo puede producir en el reposo, el silencio y la obscuridad.

Pero una vida, por sencilla que sea, es un haz completísimo de ideas, de sentimientos y de hechos, frecuentemente contradictorios é ilógicos, solamente enlazados y armonizados por la unidad de su común origen. Imposible será, pues, sin faltar á la sinceridad ó sin trazar un cuadro incompleto y excesivamente analítico, dejar de reflejar en un escrito de este género los diversos y sucesivos estados mentales del autor, en orden á sus convicciones ó sus dudas en materias religiosas, filosóficas, científicas y hasta sociológicas y artísticas. Ello es también consecuencia inevitable de nuestro plan, que tira preferentemente á demostrar, según dejamos consignado, cómo las ideas son producto del medio, y cómo éstas se modifican al compás de las mutaciones del escenario social, y á medida que la experiencia acumula en la memoria un caudal superior de hechos y razonamientos.

Pero apresúrome á declarar que no abrigo pretensión de propaganda. Escribo lo que pensé, no porque lo pensado sea verdad, sino porque fué verdad que lo pensé. Tranquílicese, pues, quien militando acaso en escuelas distintas de las mías, lea recelosamente estas humildes páginas; sepa que los juicios estampados en ellas no los estima su autor como doctrina definitiva destinada á persuadir, sino como meros estados pasajeros ó fases evolutivas de su pensamiento, sin otro valor que el menguadísimo que desde el punto de vista psicológico puedan tener; porque, para decirlo de una vez, habiendo hallado en mi vida una corre-

Biblioteca Nacional de España

lación estrecha entre las ideas recolectadas durante mi primera edad por la lectura, y los gustos y conducta de la edad viril, me ha parecido no del todo indigno de publicación este caso de psicología individual, que entrego á la consideración de los especialistas.

En efecto, si algún psicólogo ó educador se toma la molestia de recorrer estas páginas, podrá ver en ellas un caso notablemente típico de educación romántica; siendo de notar la curiosa circunstancia de que semejante educación fué muy principalmente obra mía, y tuvo la significación de una reacción ó protesta compensadora excesiva contra los gustos y cultura, harto utilitarios y positivistas, que padres y maestros quisieron imponerme.

Cumplióse en mí una ley de mecánica moral que podría llamarse de la *inversión de los efectos*. Esta ley —que padres y maestros debieran tener muy presente para no extremar ciertas tesis ni imponer con celo exagerado determinados gustos é inclinaciones, con lo que se evitarían resultados contraproducentes —explica cómo los pensadores más osados y los revolucionarios más temibles han salido tan á menudo del seno de las corporaciones religiosas.

Por otra parte, un libro escrito por quien no sabe escribir, ni tuvo nunca tiempo de aprender á hacerlo, debe avalorarlo al menos el fácil mérito de la ingenuidad. Indigno sería de indulgencia si no representase un pedazo de vida y un retazo de historia; si no acertara á reflejar las ideas y sentimientos de un hombre, y, en cierto modo, de una época. Los caracteres rígi-

Biblioteca Nacional de España

dos, de una sola pieza, que van derechos á un fin, y seguros de la verdad á ella atemperan su conducta, no son de nuestro tiempo. El alma moderna es movediza, complicada; atormentada por la duda y acobardada por la consideración de la infinita complicación del mundo y la limitación del entendimiento, pasa perpetuamente del dogmatismo al escepticismo, del materialismo al espiritualismo; bien diferentemente del alma antigua que vivía gozosa y serena en el seno de la fe, confiada en la autoridad y en la tradición, segura del presente y esperanzada en el porvenir. Además, ¿cómo descartar de la historia de un hombre aquellas ideas que le preocuparon hondamente, que tanto le perturbaron y que fueron acaso los móviles de sus actos?

Desde otro punto de vista, una biografía auténtica, aun refiriéndose á un sér tan vulgar é indigno de los honores de la historia como yo, tiene interés para el pensador. Una vida es ante todo una lucha. La teoría del medio moral no lo explica todo; en el resultado final de la educación entra por mucho el carácter individual, es decir, la energía específica traída del fondo de la raza. Es para nosotros indudable que el hombre nace con un cerebro casi siempre algo original en su organización, porque la naturaleza, preocupada ante todo del progreso de la especie, cuida de no repetirse demasiado, y así, á cada generación cambia sus tipos desarrollando en ellos tendencias especiales; pero el medio social, el gran demagogo de la vida, propende, en virtud de un fenómeno de contrapresión, á uniformarnos, achicándonos ó elevándonos según la

Biblioteca Nacional de España

energía mental nativa, con la mira de transformar el carácter cerril y disonante traído del seno del protoplasma humano, en un producto nuevo, anodino, especie de diagonal ó término medio de los individuos de la especie, en punto á cultura, sentimientos é ideales. Este producto diagonal está entre nosotros representado, ya por el *perfecto filisteo*, ya por el *celoso funcionario*, que aspira, aunque sin éxito casi siempre, á las prerrogativas de la vida burguesa.

Pero ni gobiernos, ni familias, ni educadores, pueden crear, á pesar de las más exquisitas precauciones, un medio moral rigurosamente idéntico para todos; de donde resulta que las discrepancias aparecen por todas partes. La naturaleza, constreñida entre las mallas de la educación, reclama muchas veces sus fueros, y auxiliada por esas desigualdades irremediables del ambiente social, por el azar de las impresiones personales ó el choque de lecturas imprudentes, hace surgir diariamente, para preocupación de maestros y tormento de padres, espíritus levantiscos, los cuales, sin alcanzar á veces la talla mental de los sumisos y razonables, tienen la osadía de demandar á cada institución los títulos justificativos de su existencia, á cada doctrina la prueba de su legitimidad, á cada costumbre social su utilidad y su lógica. Y en tal concepto, resulta interesante averiguar ¿en virtud de qué influencias quedó desvirtuada y sin efecto, para ciertas díscolas naturalezas, la obra de la presión colectiva, y pudieron mantenerse, con leves é insuficientes adaptaciones, las rudas y aristas traídas de la cantera orgánica, á despecho del perenne batir del oleaje

Biblioteca Nacional de España

social, que tiende á transformar todas las cabezas en cantos rodados, igualmente lisos, redondos y movedizos?

Lejos de mí la idea y el ridículo propósito de hacerme pasar por un sér original ó por un revolucionario temible. Pero, conservándome á enorme distancia de esos pensadores en perpetua oposición con la corriente moral de su época, debo confesar que cuando me comparo con mis compatriotas de la misma ó parecida cultura y condición social, me hallo un tanto singularizado, á causa, no sólo de mis gustos y tendencias, sino del ideal que me he formado de la vida: el poco aprecio de las riquezas en medio del ansia inacabable de oro que caracteriza á nuestra sociedad y singularmente á nuestra clase media; el amor á la naturaleza; el individualismo exagerado, que lo espera todo de sí mismo, en contraposición del funcionarismo y providencialismo genuinamente latinos, que lo aguardan todo de Dios, del Estado ó de la sociedad; el amor de mi raza enfrente de la indiferencia general acerca de nuestros tristes destinos; en fin, el puntilloso anhelo de que nuestra patria, á la zaga del progreso é impulsada siempre por ideas y sentimientos exóticos, alimente ideas, carácter y arte originales y propios... tuvieron en mí, ya desde la adolescencia, un paladín, algo quijotesco y enfático sin duda, pero sincero y ardoroso. Y lo singular del caso es que ni mi aplicación, ni siquiera mis gustos nativos, correspondían á tan loables impulsos, los cuales sólo en la edad viril modelaron definitivamente mi personalidad. Por lo cual, é insistiendo en un pensamiento más atrás consigna-

Biblioteca Nacional de España

do, me parece empeño curioso é instructivo determinar las causas morales que convirtieron un espíritu flojo, tornadizo y soñador, en un trabajador tenaz; que redujeron á una voluntad, acostumbrada á dispersar sus nacientes energías por el campo del arte y en los fútiles juegos de la fantasía, á la disciplina severa del estudio, y al terruño, harto prosaico pero fecundo, de la producción científica, sin sacrificar empero enteramente la rudeza del carácter nativo, apenas desgastada por el suave y algodonoso frote de la cortesía y del trato social.

Faltaría gravemente á la sinceridad, que es ley de mi carácter y deuda sagrada para mis lectores, si no confesara que, además de las razones expuestas, me han impulsado también á componer este librito móviles egoístas. Cuando el hombre ha entrado en el último tercio de la vida y siente ya dentro de sí ese molesto rechinar de piezas desgastadas por el uso y aun por el abuso; cuando los sentidos pierden esa admirable precisión y congruencia que tuvieron en la edad juvenil, convirtiéndose en baratos y averiados instrumentos de física... gusta saborear el recuerdo de los tiempos heroicos, alegres y luminosos de la juventud; de aquella dichosa edad en que la máquina, fresca y rozagante como recién salida de la fábrica, podía funcionar á todo vapor, derrochando un entusiasmo y una fuerza al parecer inagotables. ¡Época feliz en que la naturaleza se nos ofrecía como un brillante espectáculo que, apenas contemplado, nos brindaba con bellezas y virginidades inacabables; en que la ciencia se nos aparecía como espléndida antorcha capaz de

Biblioteca Nacional de España

disipar todas las negruras del intrincado mecanismo del cosmos, y la filosofía como el verbo infalible de la tradición y de la experiencia, destinada á mostrarnos, para consuelo y tranquilidad de la existencia, los altos títulos de nuestro origen y la grandeza de nuestro destino!

¡Qué dicha tan grande creerlo todo, presumir que todo ha sido explicado, pesado, calculado! ¡Cuán felices nos sentíamos al reflejar sobre los hombres y la naturaleza ese encantador optimismo de la vida que empieza, coloreando y hermoseando el universo con aquella luz y armonía que sólo estaba en nosotros, para quienes ni la ciencia tenía obscuridades, ni la filosofía abismos y dudas, ni la amistad desmayos y egoísmos, ni el amor olvidos é ingratitudes, ni aun la muerte tristezas, porque la religión nos había enseñado que el sueño eterno no era otra cosa, para los buenos, que un luminoso despertar en los amorosos brazos de Dios!

Sí, repetimos, cuando se llega á cierta edad nadie puede sustraerse á esa nostalgia de fuerza y de vida que nos arrastra, como burlando la ley inexorable del tiempo, á vivir otra vez nuestra juventud, encastillándonos en el sagrado recinto de nuestros recuerdos, en donde buscamos ese calor de humanidad y de amor que el viejo no encuentra ya en la atmósfera social, cruelmente fría y positivista para los inválidos del tiempo y los prometidos de la muerte!

Una advertencia antes de terminar. Ha dicho Renan que no es posible hacer la propia biografía como se hace la de los demás. «Lo que de uno mismo se dice

Biblioteca Nacional de España

es siempre poesía.» El gran Goethe encabeza también su autobiografía con el significativo subtítulo de *Poesía y Realidad;* en ella nos revela, en efecto, los sentimientos y aspiraciones generosas de una juventud ansiosa de gloria literaria, en lucha constante con la realidad prosaica del mundo y de los hombres. Igual conducta han seguido artistas como Wagner, filósofos como Stuart Mill, naturalistas como C. Vogt, etc. Todos han formado el espléndido ramillete de sus recuerdos con las flores más bellas escogidas en las márgenes, no siempre verdes y floridas, del largo y accidentado camino de la vida. Y si en tal criterio se han inspirado varones ilustres cuya noble existencia está llena de grandes victorias, con mayor razón deberemos inspirarnos en él las medianías, los grises y monótonos obreros de la ciencia y de la filosofía.

De acuerdo con tan altos maestros y en obsequio de mis lectores, he procurado, pues, descartar de este libro todas las trivialidades impertinentes, vacías de significación y comunes á la mayoría de los hombres, para detenerme solamente en aquellos hechos que ofrezcan algún lado simpático, interesante ó agradable y puedan, al mismo tiempo, servir de datos para el estudio de la característica mental del autor y del sentido y alcance de su obra.

Por lo que hace al estilo, hemos procurado adecuarlo á la diversa índole de los asuntos tratados en este libro. Sencillo y vulgar casi siempre, nos hemos permitido, de vez en cuando, entonarlo algo, ya en gracia de la variedad, ya también para ajustarnos á los

Biblioteca Nacional de España

consejos de La Bruyère, quien da por regla excelente tratar con cierta pompa y elevación los asuntos menudos y vulgares, porque sólo de este modo será posible disimular su pequeñez y evitar el enfado y aburrimiento del lector.

Madrid 20 de Febrero de 1901.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO I

Mis padres, el lugar de mi nacimiento y mi primera infancia.

Nací el 1.° de Mayo de 1852 en Petilla de Aragón, humilde lugar de Navarra, enclavado por singular capricho geográfico en medio de la provincia de Zaragoza, no lejos de Sos. Los azares de la profesión médica llevaron á mi padre, Justo Ramón Casasús, aragonés de raza y de carácter, y modesto cirujano por entonces, á la insignificante aldea donde vi la primera luz, y en la cual transcurrieron los dos primeros años de mi vida.

Fué mi padre un carácter enérgico, extraordinariamente laborioso, emprendedor, lleno de iniciativas, y de noble ambición. Apesadumbrado, en los primeros años de su vida profesional, de no haber logrado, por escasez de recursos, acabar el ciclo de sus estudios médicos, se propuso economizar, aun á costa de grandes privaciones, el dinero necesario para costearse el complemento de su carrera, y conseguir un día sustituir el humilde título de

Biblioteca Nacional de España

cirujano de segunda clase por el hermoso y flamante diploma de médico cirujano.

Sólo más adelante, cuando yo frisaba en los 6 años de edad, dió cima á su loable empeño. Por entonces (corrían los años de 1849 y 1850), todo su anhelo era hacerse cirujano de acción y operador de renombre; y consiguió pronto sus propósitos, pues la fama de sus curas y de sus atinados diagnósticos, extendióse luego por una gran parte de la Navarra y del alto Aragón, granjeando con ello, además de la satisfacción de la negra honrilla, algunas modestas utilidades.

El partido médico de Petilla era de los que los médicos llaman *de espuela;* tenía anejos, y la ocasión de recorrer á diario los montes de su término, poblados de abundante y variada caza, despertó en mi padre las aficiones cinegéticas, dándose al cobro de liebres, conejos y perdices, con aquel celo y conciencia que ponía en todas sus empresas. No tardó, pues, en monopolizar en todos aquellos contornos el bisturí y la escopeta.

Con los ahorros proporcionados por el uno y la otra, ó digamos las perdices y los clientes, pudo ya, cumplidos los dos años de estancia en Petilla, comprar un modesto ajuar y contraer matrimonio con una doncella paisana suya, de quien hacía muchos años andaba enamorado.

Era mi madre, al decir de las gentes que la conocieron de soltera, una hermosa y robusta montañesa, nacida y criada en la aldea de Larrés, situada en las inmediaciones de Jaca, casi camino de Panticosa. Habíanse conocido de niños (pues mi padre era también de Larrés), intimaron y simpatizaron de adultos, y resolvieron formar un hogar común, en cuanto el modesto peculio de entrambos, que había de crecer con el trabajo y la economía, lo consintiese.

Biblioteca Nacional de España

La ley de herencia da, de vez en cuando, bromas pesadas. Parecía natural que los hijos hubiésemos representado, así en lo morfológico como en lo intelectual y moral, una diagonal ó término medio entre los progenitores; no ocurrió así desgraciadamente, y de la belleza incomparable de mi madre, belleza que yo todavía alcancé á ver, y de sus excelentes prendas de carácter, ni un solo rasgo se conserva en los dos hermanos, ni siquiera en nuestras hermanas, que fué lo peor. Sólo nuestra hermana Jorja heredó los hermosos y expresivos ojos de mi madre, pero sin ningún otro rasgo de su exquisita belleza.

Los demás hermanos somos, tanto en lo físico como en lo intelectual, la reproducción perfecta de mi padre, repitiendo hasta la saciedad sus rasgos fisionómicos y morales; circunstancia que nos ha condenado, en nuestra vida de familia, á un régimen de monotonía inaguantable.

En efecto, la conformidad de gustos, de aptitudes y de inclinaciones, en vez de ser motivo de armonía y de paz, es causa frecuente de disgusto y desavenencia; porque cada cual, por tendencia natural de su espíritu, busca en los demás aquello que él mismo no posee, y se aburre y disgusta al ver repetidos en los otros los defectos de que adolece, sin la compensación de hallar las virtudes y talentos que la naturaleza le negó. Á la manera del concierto musical, la armonía moral resulta, no del unísono vibrar de muchos diapasones, sino de la combinación de notas diferentes. Por mi parte, siempre he sentido antipatía contra esas familias homogéneas, cuyos miembros parecen cronómetros fabricados por la misma mano, los cuales adelantan ó retrasan sincrónicamente según la estación, y en quienes, una palabra lanzada por un extraño, provoca una reacción mental uniforme, subra-

Biblioteca Nacional de España

yando y acentuando los demás la frase dada por uno de ellos, como si las lenguas de la familia entera estuviesen unidas por un hilo eléctrico y regidas por un solo cerebro. Afortunadamente, y en lo referente á nosotros, la heterogeneidad del medio moral, es decir, las condiciones algo diversas en que cada uno de mis hermanos ha vivido, nos han preservado en gran parte de los males y fastidios inherentes á la uniformidad.

Heredé de mi padre el culto á la voluntad, la convicción de que el querer es poder; que el esfuerzo enérgico y reiterado en una determinada dirección, es capaz de modelar y esculpir desde el músculo hasta el cerebro, supliendo deficiencias de la naturaleza y domeñando hasta la fatalidad del carácter, que es el fenómeno más tenaz y recalcitrante de la vida. De él adquirí también la hermosa ambición de ser algo, y la decisión de no reparar en sacrificios para el logro de mis aspiraciones, ni torcerme jamás de mi trayectoria por motivos segundos y causas menudas. De sus prendas mentales, faltóme, empero, la más valiosa quizás; su extraordinaria memoria. Tan grande era, que cuando estudiante recitaba de coro libros de patología en varios tomos, y podía retener, después de una mera y rápida lectura, listas con cientos de nombres tomados al azar. Con ser grande su retentiva natural ú orgánica, aumentábala todavía á favor de ingeniosas combinaciones nemotécnicas parecidas en cuanto al fondo, pero superiores en cuanto á la forma, á las tan celebradas y artificiosas del abate Moigno.

Para juzgar de la entereza y constancia de mi padre, bastará recordar en breves términos su historia. Hijo de modestos labradores de Larrés (Huesca), con hermanos mayores, á los cuales, por fuero de la tierra, tocaba heredar y cultivar los campos del no muy crecido patrimo-

Biblioteca Nacional de España

nio, tuvo que abandonar desde muy niño la casa paterna, entrando á servir en concepto de mancebo, á un cirujano de Javierre de Latre, aldea no muy lejana de Anzánigo y ribereña del Gállego. Aprendió allí el oficio de barbero y sangrador, pasando en compañía de su amo, un excelente cirujano, ocho ó diez años consecutivos.

Otro que no hubiese sido él, hubiera dado su carrera como definitivamente terminada ó hubiera tratado de

Larrés, vista tomada desde un ribazo situado al mediodía.

obtener, como término de sus aspiraciones académicas, el humilde título de ministrante; pero su ambición rayaba más alto. Las brillantes curas hechas por su amo, la lectura asidua de cuantos libros de cirugía topaba (de los cuales había copiosa colección en la estantería del hués-

Biblioteca Nacional de España

ped), el cuidado y asistencia de los numerosos enfermos de cirugía y medicina que su patrón, sabedor de su excepcional aplicación, le confiaba, despertaron en él una vocación decidida por la carrera médica.

Decidido, pues, á salir de una vez de la bajeza y humildad de su situación, y deseando ansiosamente el logro de sus ensueños ambiciosos, un día (frisaba ya en los 22 años), sorprendió á su amo con la demanda de su modesta soldada, y despidiéndose de él, emprendió á pie el viaje á Barcelona, en donde halló por fin, tras muchos días de privación y abandono (en Sarriá), una barbería cuyo maestro le consintió asistir á las clases y seguir la carrera de cirujano.

A costa, pues, de la más absoluta carencia de vicios, y por virtud de una economía inverosímil, y sin más rentas que su salario y los exiguos gajes de su mancebía de barbero, logró mi padre el codiciado diploma de cirujano, con nota de sobresaliente en todas las asignaturas, y siendo un modelo insuperable de aplicación y de formalidad. Allí, en esa lucha sorda y obscura por la conquista del pan del cuerpo y del alma, bordeando no pocas veces el abismo de la miseria y de la desesperación, respirando esa atmósfera de indiferencia y despego que envuelve al talento pobre y desvalido, aprendió mi padre, *el terror de la pobreza* y la doctrina *del positivismo á todo trance* que más tarde, por reacción mental de los hijos, tantos disgustos había de proporcionarle y proporcionarnos.

Sólo más adelante, casado ya, padre de cuatro hijos, y regentando el partido médico de Valpalmas (provincia de Zaragoza), coronó definitivamente sus aspiraciones, al recibirse de doctor en Medicina, después de sufrir en Madrid, aunque sin consecuencias para su brillante hoja de

Biblioteca Nacional de España

estudios, los enervantes y dolorosos efectos del austerísimo Dr. Santero, coco de estudiantes, terror de cirujanos, dictador de San Carlos, árbitro de los Tribunales, y á quien se temía principalmente por la severidad y encono con que juzgaba á cuantos no tenían la fortuna de comprender ó estimar su obscura, enfática y estrafalaria doctrina médica, así supiesen más patología que Hipócrates y discurriesen mejor que Aristóteles.

Cuento estos rasgos de la biografía de mi padre, por-

Una calle de Larrés.

que sobre ser honrosísimos para él, constituyen también antecedentes necesarios de mi historia. Es indudable que, prescindiendo de la influencia hereditaria, los actos, las ideas y ejemplos del padre, representan condiciones decisivas del medio moral en que los hijos se crían, y

Biblioteca Nacional de España

causas principalísimas de los gustos é inclinaciones de éstos.

De mi pueblo natal, así como de los dos años pasados en Larrés y Luna, no conservo apenas memoria. Mis primeros recuerdos, bien que vagos y nebulosos, se refieren al lugar de Larrés, al cual se trasladó mi padre dos años después de mi nacimiento, halagado con la idea de ejercer la profesión en su pueblo, rodeado de sus amigos y parientes. En Larrés, nació mi hermano Pedro, actual catedrático de la Facultad de medicina de Zaragoza. De él hablaré más detenidamente en el curso de esta historia, no sólo por haber sido compañero natural de glorias y fatigas durante la niñez y adolescencia, sino porque, según veremos en el curso de esta historia, en él hallará también el lector otro curioso caso de educación romántica.

Una travesura hecha cuando yo tenía tres años escasos, pudo atajar trágicamente una vida en sus albores, dando al traste con las lisonjeras esperanzas que mis padres habían cifrado en su primogénito.

Hallábame jugando en una era próxima al pueblo, cuando tuve la endiablada ocurrencia de sacudir un palo á un caballo; éste que era loco y resabiado, defendióse tirándome una furiosa coz que recibí en la frente; caí sin sentido, bañado en sangre, y quedé tan mal parado que me dieron por muerto. La herida resultó gravísima; pero pude sanar, aunque á duras penas, haciendo pasar á mis padres días de dolorosa inquietud. Fue ésta mi primera travesura; luego veremos que no debía ser la última.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

Una excursión á mi pueblo natal.—La pobreza de mis paisanos.—Un pueblo que parece un símbolo de España.—Caridad social y caridad de raza.

Aun cuando trunque y altere el buen orden de mi relato, diré ahora algo de mi aldea natal, la cual, conforme dejo consignado, abandoné á los 2 años de edad. De mi pueblo, por tanto, á nadie conozco, ni guardo recuerdo alguno. Por otra parte, mis relaciones ulteriores con el nativo lugar no han podido contribuir á subsanar esta involuntaria ignorancia mía, toda vez que se han reducido solamente á solicitar, recibir y pagar una serie inacabable de *fées* de bautismo. Carezco, pues, de distrito electoral propio y cuasi de patria chica (en virtud de la rareza ya mentada, de pertenecer Petilla á Navarra, no obstante estar enclavado en Aragón). Desgracia grande si me hubiera dado el naipe por la política; pero ventaja para mis sentimientos patrióticos que han podido correr más libremente por el ancho y generoso cauce del españolismo abstracto.

Biblioteca Nacional de España

Así y todo, y después de confesar que mi amor por la patria grande supera con mucho al que profeso á la patria chica, he sentido más de una vez vehementes deseos de conocer la aldea donde nací. Mejor empleados fueran estos mis amorosos anhelos si la fortuna se hubiera dignado lanzarme al mundo en una gran ciudad, henchida de glorias históricas, adornada de monumentos grandiosos é ilustrada por genios; pero yo no pude escoger y debí contentarme con mi aldea, tosca y humilde, la cual tendrá siempre para mí el supremo prestigio de ser el pedazo de tierra donde ví la primera luz, el horizonte que sirvio de escenario á mis primeros juegos infantiles, y la decoración con que la naturaleza hirió mi retina virgen, apenas desentumecida de la pasividad é inconsciencia del estado de germen humano.

Impulsado, pues, por tan naturales sentimientos, emprendí, hace pocos años, un viaje á Petilla. Después de determinar cuidadosamente su posición geográfica, lo que fué arduo trabajo, y estudiar el enrevesado itinerario (tan escondido y fuera de mano está mi pueblo), púseme en camino. Mi primera etapa fué Jaca, la segunda Verdún y Tiermas (villa célebre por sus baños termales y ribereña del Aragón) y la tercera y última Petilla.

Hasta Verdún y Tiermas hay una hermosa carretera que se recorre en los coches que hacen el trayecto de Jaca á Pamplona; pero la ruta de Tiermas á Petilla, larga de unas tres leguas, es sumamente escabrosa y accidentada, verdadera senda de herradura, que flanquea montes escarpadísimos, y cortan, y casi borran del todo, en muchos parajes, ramblas y barrancos.

Caballero en un mulo, y escoltado por peatón práctico en el terreno, hice mi viaje cruzando angostos valles, en parte arrasados por recientes y furiosas tempestades

Biblioteca Nacional de España

y por avenidas de torrentes. Para apagar la sed y calmar el calor, hice escala en dos ó tres humildes aldehuelas cuyos habitantes lamentaban aún los furores y estragos de la pasada tormenta; y caída ya la tarde, llegué hasta la vista del empinado monte donde se asienta el pueblo.

A medida que nos aproximábamos á la aldea natal, apoderábase de mí inexplicable languidez y melanco-

Panorama de Tiermas y de la ribera del Aragón.

lía, y que llegó al colmo cuando me hizo escuchar el guía el tañido de la campana, tan extraña y forastera á mi oído, como si jamás lo hubiera impresionado. No dejaba, en efecto, de ser algo extraña mi situación moral. Al regresar al pueblo natal, todos los hombres sienten los síntomas de la próxima alegría y saborean anticipada-

Biblioteca Nacional de España

mente el placer de la suprema efusión producida por el choque de almas apartadas por la distancia, aunque eternamente presentes por el recuerdo y el amor; todos esperan hallar en el abandonado hogar la ternura de los ancianos padres, ansiosos de abrazar al hijo ausente tantas veces llorado; todos anhelan estrechar las manos de los camaradas de la infancia y adolescencia y reconfortar el alma con el recuerdo de pasadas y comunes hazañas y travesuras; todos, en fin, arden en deseos de recorrer alegremente las calles, la iglesia, la fuente y los alrededores del lugar, en los cuales cada árbol y cada piedra evoca un recuerdo de alegría ó de pena, y se enlaza con un interesante episodio de nuestra niñez.—Yo solo,—me decía,—tendré el triste privilegio de hallar á mi llegada el reposo de las almas y la indiferencia de los afectos. Nadie me espera, porque nadie me conoce. A mi visita ningún corazón precipitará sus latidos y ningunos brazos se tenderán hacia el extraño forastero, tardío visitador de un lugar que abandonó sin pena, que jamás quiso conocer, y que hoy explora por malsana é impertinente curiosidad.

Absorto en tan tristes cavilaciones surgió á mi vista el panorama de Petilla.

Es Petilla uno de los pueblos más pobres y abandonados del alto Aragón, sin carreteras ni caminos vecinales que lo enlacen con las vecinas villas aragonesas de Sos y Uncastillo, y con la más lejana de Aoiz, cabeza de partido á que pertenece. Sólo sendas ásperas y angostas conducen á él y sus naturales desconocen el uso de la carreta. Extraño y forastero para los pueblos aragoneses que le rodean, tiénenlo por igual abandonado los navarros, quienes, inspirándose en ese criterio de ruín egoismo tan castizamente español, excusan su abandono

Biblioteca Nacional de España

diciendo que la construcción de una carretera que estableciese comunicación entre Aoiz y Petilla, cedería en provecho de muchos pueblos aragoneses, entre los cuales yace, como perdida, mi nativa aldea.

Álzase ésta casi en la cima de enhiesta montaña, estribación de una próxima y empinada sierra derivada á su

Petilla vista por el lado Norte.

vez, según noticias recogidas sobre el terreno, de la cordillera de la Peña y de Gratal.

El panorama, que hiere los ojos al asomarse al pueblo, no puede ser más romántico y á la vez más triste y desolado. Más que abrigo de rudos y alegres aldeanos, parece aquello lugar de expiación y de destierro. Una gran montaña, áspera y peñascosa, de pendientes descarnadas y abruptas, llena con su mole casi todo el horizonte;

Biblioteca Nacional de España

á los pies del gigante y, bordeando la estrecha cañada y accidentado sendero que conduce al lugar, corre rumoroso un arroyo nacido en la vecina sierra; los estribos y laderas del monte, única tierra arable de que disponen los petillenses, muéstranse como rayados por una infinidad de estrechos campos trabajosamente defendidos de los aluviones y lluvias torrenciales por robustos contrafuertes y paredones; y allá en la cumbre, como defendiendo la aldea del riguroso cierzo, cierran el horizonte y surgen imponentes, colosales peñas de forma de tajantes hoces, especie de murallas ciclópeas puestas allí por algún terrible cataclismo geológico. Al amparo de esta defensa natural, reforzada todavía por un castillo feudal actualmente en ruinas, se levantan las humildes y pobres casas del lugar, en número de 40 á 60, cimentadas sobre rocas, y separadas por calles irregulares cuyo tránsito dificultan grietas, escalones y regueros abiertos en la roca por el violento rodar de las aguas torrenciales. Al contemplar tan mezquinas moradas, siéntese una impresión de honda tristeza. Ni una maceta en las ventanas, ni el más ligero adorno en las fachadas, nada, en fin, que denote algún sentido del arte, alguna aspiración á la comodidad y al *confort*. Bien se echa de ver, cuando se traspasa el umbral de tan mezquinas viviendas, que los rudos campesinos que las habitan gimen condenados á una existencia dura, sin otra preocupación que la de procurarse, á costa de rudas fatigas, el cuotidiano y frugalísimo sustento.

Desgraciadamente, no es mi pueblo una excepción de la regla; así viven también, con leves diferencias, la inmensa mayoría de nuestros aldeanos. Para ellos no existen los placeres intelectuales que tan agradable hacen la vida, y cuya brevedad compensan. Asomados á nues-

Biblioteca Nacional de España

tros libros y periódicos, y contemplando los dibujos, relaciones y fotografías de lugares lejanos, asistimos con la imaginación á todas las escenas y espectáculos del mundo, haciendo nuestros, en cierto modo, los placeres de la Humanidad entera! Hay algo más triste que la miseria, y es la soledad mental, la simplicidad y rudeza de alma de

Petilla vista por el Sur desde la ermita del pueblo.

nuestros pobres campesinos! El arte y la comodidad, y aun la ciencia misma, son los preciados gajes de la riqueza y del bienestar: goces de burgueses, satisfacciones que no alcanza jamás ni sospecha siquiera nuestro pueblo, condenado á vegetar tristemente en la estrechez ó en la miseria, agobiado por las exacciones del fisco, las codicias de la usura y las inclemencias de un suelo árido y eternamente sediento.

Biblioteca Nacional de España

Por un contraste chocante, en una aldea en donde la escuela está reducida á un cuartucho destartalado y angosto, y en que hasta la iglesia es pobre y menguada, álzase orgullosa una casa nueva, mansión cómoda, holgada y hasta espléndida, á la cual encuadra y adorna, por el lado del campo, frondoso huerto y ameno y vistoso jardín: tal es la abadía ó casa del cura, construcción donada al pueblo por una señora tan piadosa como adinerada, á fin de que sirviera de albergue decoroso al humilde pastor de almas.

En otra situación de ánimo, tan punzante contraste hubiese dado á mis meditaciones un giro amargo. Hubiera pensado acaso que en nuestra pobre y abatida España, no hay sino una pasión grande, absorbente, suprema manifestación del egoísmo individual, á saber: el ansia de alcanzar á todo trance el cielo prometido á los buenos por la Iglesia, y una sola generosidad (si cabe considerar como tal lo que se da en vista de personales provechos), los legados al clero y á las fundaciones piadosas. La caridad generosa y de buena ley, ese sublime calor de humanidad del filántropo, que, depurado de bajos egoísmos, da sin esperanza de remuneración, sin desear más recompensa que la gratitud de los buenos, es un sentimiento rarísimo entre nuestros opulentos. La única preocupación de éstos parece ser realizar lo que podríamos llamar *el copo de la felicidad*, es decir, lograr la fortuna, el placer y el descanso en esta vida, y gozar la beatitud eterna en la otra.

Hubiera pensado también que las dádivas de la generosidad, deben perseguir, ante todo, un fin social, y toda vez que las riquezas representan el sobretrabajo de los demás, y singularmente de los humildes, la justicia humana bien entendida, así como la ley de Dios, deben

Biblioteca Nacional de España

impulsarnos á devolver al pueblo, por lo menos después de nuestra muerte, una parte de esas riquezas detentadas, aplicándolas á la creación de cajas de ahorro, al establecimiento de pósitos, á la fundación de dotes para doncellas pobres, á la creación de asilos para ancianos y trabajadores inutilizados, á la construcción y dotación de escuelas, donde los aldeanos se rediman de la ignorancia y de la pobreza á ella inherente: algo, en fin, que beneficie directamente á la aldea, villa ó ciudad nativa, y á los hijos de los que nos enriquecieron con su trabajo; algo que enjuge las lágrimas de quienes acaso minaron su salud y se privaron de lo necesario por atender á nuestro provecho.

Hubiera pensado, en fin, que además de la caridad cívica ó de campanario, los opulentos deben ejercitar también la alta, la suprema caridad de raza, la más altruista y generosa de las caridades, la cual beneficia á la nación entera, y se realiza: creando y subvencionando establecimientos de Artes y Oficios; fundando y costeando Universidades para el pueblo; sosteniendo institutos de investigación científica, capaces de promover descubrimientos, á menudo aprovechables en la industria y el comercio; todo lo cual, además de ceder en ventaja inmediata de la nación y de la raza, crea para lo futuro un nivel superior de cultura y bienestar colectivos, echa los cimientos de una España grande y próspera en lo porvenir, capaz de rendir culto de amor y de gratitud á las almas generosas que se sacrificaron por sacarla de su postración, y las cuales, en medio de las más crueles tribulaciones y decadencias, tuvieron fe ardiente y sin desmayos en los altos destinos de la raza.

Pero yo, que sólo me siento socialista á ratos, no estaba entonces para semejantes consideraciones. Impresionado

Biblioteca Nacional de España

por la miseria y el abandono de aquel lugar; por la esquivez de una naturaleza cruel é insensible; por las fatigas y trabajos, á costa de los cuales aquellos infortunados aldeanos debían ocurrir á su mezquino sustento; por la ausencia, en fin, de toda comodidad y placer, capaces de hacer amable ó tolerable la vida, me pregunté: Si el sacerdote no tenía aquí una gran misión que cumplir; si aquella casa relativamente suntuosa destinada á asegurar la residencia de un ecónomo, que de otra suerte viviría en alguna aldea próxima más populosa, no encierra también una profunda y triste filosofía.—¿Qué sería—decíame en mis adentros—de estas existencias duras, de estos pobres y solitarios esclavos del terruño, si la religión no acariciase sus almas, rendidas por la fatiga y por el dolor, con un rayo de esperanza? ¿Cómo soportar la desconsoladora monotonía de una vida en la cual no existen más contrastes que los creados por la sucesión de las estaciones y los inevitables estragos del tiempo? ¿Cómo adherirse, formal y profundamente, á la infecunda tierra donde nacimos, sin ese consolador optimismo de la religión que nos promete, calmando impaciencias y desalientos del presente, en pos de una vida de prueba y de expiación, la resurrección luminosa, la ansiada repatriación á las doradas tierras del cielo, cuna de nuestras almas y mansión donde nos esperan con los amorosos brazos abiertos los eternos ausentes, los muertos queridos y llorados? Sí; es preciso reconocer que una tal existencia es inconcebible en ausencia de una fe ciega, firmísima, en la espiritualidad y eternidad del alma y en la existencia y justicia de Dios. El escepticismo y las bellas filosofías materialistas ó panteístas sólo se compadecen bien con la riqueza, ó, por lo menos, con el *aurea mediocritas;* el pobre, el atribulado y el enfermo, necesitan

Biblioteca Nacional de España

una fe, porque ni están para pensar en filosofías, ni la ciencia puede, hoy por hoy, substituir con nada, los supremos consuelos de la religión.

Pero llevado de mis pensamientos, olvido hablar de la visita á mi pueblo. Diré, pues, que á mi llegada, fuí recibido con grandes agasajos por el ecónomo, á quien el

Una calle de Petilla. La casa alta y de balcones rotos que aparece en el centro de la fotografía fué donde nací.

párroco, residente en otro lugar y sabedor de mi visita, habíame recomendado. Muy fina y generosa hospitalidad dispensáronme también diversas personas, particularmente algunos ancianos que se acordaban de mi padre con quien me encontraban sorprendente parecido. Complacíanse todos en mostrarme su buena voluntad y en colmarme de halagos que yo agradecía de todo cora-

Biblioteca Nacional de España

zón; y para hacer agradable mi breve estancia allí, concertáronse algunas giras campestres. Recuerdo entre ellas: la exploración de las ruinas del vetusto castillo; la gira á los sombríos y seculares bosques de la vecina sierra, y la visita á una modesta ermita, situada á corta distancia del pueblo, tenida en gran devoción, y en cuyas inmediaciones existe un florido y deleitoso oasis, donde hubimos de reconfortarnos con una suculenta y bien servida merienda. Mostráronme, también, la humilde casa en que nací, fábrica ruinosa casi abandonada, albergue hoy de gente pordiosera y trashumante. Algunas ancianas del lugar, que se ufanaban cariñosamente de haberme tenido en sus brazos, habláronme complacientemente de la hermosura y bondad de mi madre, de la robustez de mis primeros meses, y de las hazañas quirúrgicas y cinegéticas de mi padre, cuya fama de Nemrod dura todavía.

Al despedirme de los rudos pero honrados montañeses, mis paisanos, oprimióseme el corazón: había satisfecho un anhelo de mi alma, pero llevábame una gran tristeza. Una voz secreta me decía que no volvería más por aquellos lugares; que aquella decoración romántica que acarició mis ojos y mi cerebro al abrirse por primera vez al espectáculo del mundo, no impresionaría nuevamente mi retina; que aquellas manos de ancianos, selladas con los honrosos callos del trabajo, no volverían á ser estrechadas con efusión entre las mías.

Confieso que me entristecen siempre las despedidas, y sobre todo las de aquellas personas bondadosas á quienes no he tenido la fortuna de conocer completamente. Considero con verdadera pena que la brevedad de la vida no nos permita detenernos á intimar con esa muchedumbre de seres, que pasan á nuestro lado tan extraños

Biblioteca Nacional de España

á nosotros como si fueran las ondas de un río ó los árboles de una avenida, y entre los cuales ¡habrá tantas almas dignas de ser conocidas y amadas! ¡Cuántas imágenes de hombres que cruzaron cual relámpago por nuestra retina, deben morir definitivamente en nuestra memoria, á fin de ceder plaza franca á las ideas corrientes de la vida!

¡Qué de seres huérfanos de amor, desterrados de la amistad, víctimas del olvido y de la indiferencia, habrían hallado en su existencia un amigo entusiasta, un protector generoso, ó un corazón complementario, si una triste y anticipada despedida, no hubiera cortado para siempre la comunicación entre dos corazones, puestos momentáneamente en contacto por el azar de las trayectorias sociales!

Grandes divorciadores de almas son el azar del nacimiento y la fatalidad de la profesión social; pero lo son todavía más el espacio y el tiempo, tiranos de la vida, toda vez que en sus férreas mallas queda sujeta cada existencia al breve lapso de unos cuantos lustros, y á un rincón especial y separado del planeta, como el árbol á la tierra.

Pero, sobre todo, los adioses para siempre tienen el triste privilegio de entenebrecer un espíritu y de sumirlo en profunda tristeza.

Al apretar una mano que no he de estrechar más, la imaginación me sugiere en seguida la imagen de la muerte, con todas sus fúnebres representaciones. Paréceme sentir el contacto de una carne fría é inerte; el rostro del amigo, antes riente y lleno de vida, va tomando, conforme se aleja de mí, tonos pálidos y violáceos como de enfermo agonizante. Después de todo, ¿qué más da la muerte que la ausencia? Para el que se queda, el postrer

Biblioteca Nacional de España

adiós del ausente representa la última manifestación de un espíritu, y su imagen visual la postrera aparición de su cuerpo. En adelante... nos separará la distancia, es decir, una espesa capa de aire tan eficaz y pesada para apartar nuestras almas como pueden serlo algunas paletadas de tierra, y el olvido, más cruel que la muerte misma, porque ésta respeta el esqueleto y la obra del hombre, y aquél borra por igual en la memoria la imagen del espíritu y del cuerpo.

Apesadumbrado por estos melancólicos sentimientos y cavilaciones, bajé la áspera cuesta del pueblo, tendí una última mirada sobre el agreste y desolado paisaje, cuya imagen intenté fijar en mi retina con esa tenacidad con que procura retener el que sueña la fugitiva visión que le mintió sabrosas felicidades, y alejéme tristemente, tomando la vuelta de Tiermas y de Jaca. Una voz interior me decía que no lo vería más; y, en efecto, hasta hoy no lo he visto. Los lazos del afecto son harto flojos para llevarme en él, porque la atracción y el amor nacen del hábito y se miden por la amplitud del espacio que las representaciones de los hombres y de las cosas ocupan en la memoria. Y en la mía los recuerdos juveniles de gran fuerza y difusión se enlazan con otros lugares, con aquellos que albergaron mi niñez y adolescencia y en donde contraje las primeras amistades.

Hora es ya de reanudar el hilo de nuestra historia, interrumpido por la narración del precedente episodio, que, según habrá visto el lector, representa simplemente un inoportuno desahogo de mi espíritu. Por otra parte, no sería razonable conceder en este estudio autopsicológico, una excesiva importancia al hecho de haber casualmente nacido en una aldea montañesa; pues el

Biblioteca Nacional de España

hombre no es como la planta, que sabe á la tierra que le crió. El vegetal hombre toma su sabor antes que de la tierra y del aire inorgánicos, del medio vivo, de la estratificación humana que alimentó las raíces de su razón y fué ocasión de las primeras imborrables emociones. Bajo este aspecto, mi verdadera patria es Ayerbe, villa de la provincia de Huesca, donde pasé el período más crítico y á la vez más plástico y creador de la juventud, es decir, los años que median entre los 8 y los 17 de mi edad, ó sea desde el 60 al 69, fecha esta última de la famosa revolución española.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

Mi primera infancia.—Vocación docente de mi padre.—Mi carácter y tendencias.—Admiración por la naturaleza y pasión por los pájaros.

Los primeros años de mi niñez, salvo los dos pasados en Petilla y uno en Larrés, transcurrieron, parte en Luna, villa populosa de la provincia de Zaragoza, edificada no lejos del Monlora, empinado cerro coronado por antiguo y espléndido monasterio; y parte en Valpalmas, pueblo más modesto de la misma provincia y distante tres leguas no más del precedente. En este último, habitó mi familia cuatro años, desde 1856 á 1860; en él nacieron mis dos hermanas Pabla y Jorja.

Mi educación é instrucción comenzaron en Valpalmas cuando yo tenía 4 años de edad. Fué en la modesta escuela del lugar, donde aprendí los primeros rudimentos de las letras; pero en realidad mi verdadero maestro fué mi padre, que tomó sobre sí la tarea de enseñarme á leer y á escribir, y de inculcarme las nociones primeras de geografía, astronomía, aritmética y gramática. Esta enojosa tarea no la cumplía él como obligación moral del

Biblioteca Nacional de España

padre de familia, sino como una necesidad de su espíritu, inclinado, por irresistible vocación, á la enseñanza. Incubar cerebros, despertar almas, acelerar la evolución intelectual, tan perezosa á veces en ciertos niños, constituía para él un *deporte* incomparable. De él podía decirse lo que Sócrates blasonaba de sí, que era un excelente comadrón de inteligencias.

Hay muchos hombres que no comprenden la satisfacción y el noble orgullo producidos por el ejercicio de la enseñanza. Repútanla oficio oneroso, molesto, pesadísimo, propio solamente de gentes infelices, de proletarios intelectuales: error profundo, que explica cómo entre nosotros la profesión de maestro es carrera azarosa, sin despensa asegurada, ni prestigio reconocido. Sólo cuando el azar ó la propia vocación nos llevan al ejercicio docente, compréndese cuán hermoso ministerio es éste y cuánta satisfacción reporta. Dígase lo que se quiera, la caridad de la enseñanza tiene también sus placeres, sobre todo cuando brota de lo íntimo, y se asocia á ese calor simpático de humanidad que tanta autoridad y prestigio da á la palabra del maestro. Hay en la función docente algo de la satisfacción orgullosa del domador de potros; pero hay mucho más del placer inocente del jardinero que espera ansioso la primavera para reconocer el matiz de la flor sembrada y comprobar la bondad de los métodos de cultivo. Experiméntase, repetimos, una dicha inefable en ayudar la obra de la naturaleza, desentumeciendo y desperezando el cerebro todavía embrionario del niño, y siguiendo paso á paso los progresos que la tierna inteligencia hace en el manejo de los signos del lenguaje y en la comprensión de las palabras.

Y si por ventura, por premio de nuestras enseñanzas, la inteligencia del niño reacciona pujante, se incorpora

Biblioteca Nacional de España

fácilmente las ideas, y da muestras de superior ingenio con alguna frase atinada, con algún juicio personal y justo acerca de las cosas, entonces, ¡ah qué satisfacción tan grande! Ser padre, algo es; ser maestro afortunado, es más aún; pero desenvolver un buen entendimiento, colaborar en sus triunfos, es alcanzar la paternidad más alta y más noble, es como corregir y perfeccionar la obra de la naturaleza, lanzando al mundo, poblado de flores amarillas, vulgares y repetidas, una flor nueva, que acredite la marca de fábrica del jardinero de almas, y que se distinga de la muchedumbre de las flores humanas por un matiz raro, precioso y exquisito.

Esta función docente ejercitábala mi padre no solamente con sus hijos, sino con cualquier niño con que topaba; porque para él la ignorancia era el mayor de los males. En su sentir, más digno de loa era extirpar un error ó una rutina, que extraer un tumor, y despertar una inteligencia, que conservar una vida.

En resumen: gracias á los cuidados de mi padre, yo adelanté tanto y tan rápidamente, que á los 6 años escribía corrientemente y con bastante ortografía y sentido, y tenía algunas nociones de Geografía y Aritmética.

A causa de esta relativa precocidad, vine á ser el amanuense y el secretario de la casa; y así, cuando un año después, mi padre se trasladó á Madrid para completar su carrera y recibirse de doctor en Medicina y Cirugía, fuí yo el encargado de contestar á sus cartas y de enterarle de lo ocurrido en la familia y en el partido médico, que á la sazón regentaba un suplente. Mis progresos dieron ocasión á que mis padres, llenos de ese optimismo tan natural en todos, auguraran para su hijo, un poco á la ligera como luego veremos, un lisonjero porvenir.

En el orden de los afectos y tendencias del espíritu,

Biblioteca Nacional de España

era yo, como la mayoría de los chicos, un ferviente admirador de la naturaleza, un amador entusiasta de la vida de aire libre, un incansable cultivador de los juegos atléticos y de agilidad, y en los cuales sobresalía ya entre mis iguales. Entre mis inclinaciones naturales había dos que predominaban sobre las demás, y daban á mi fisonomía moral un aspecto un tanto extraño. Eran, una pasión decidida por la observación y contemplación de la naturaleza; y una antipatía incomprensible por el trato social.

Tales eran la vergüenza y cortedad que experimentaba al verme entre personas extrañas, que cuando debía comer fuera de casa, ó había en la nuestra convidados, se veían y se deseaban mis padres para hacerme sentar en la mesa y alternar con los forasteros. Tan estrafalaria cortedad costóme no pocos castigos y reprimendas, pues mi padre juzgaba, con mucha razón, que esta obstinación contra el trato de gentes, no podía menos de retardar ó imposibilitar mi adaptación al medio, originando además una rudeza y esquivez de carácter, y cierta extravagancia de gustos que podían ser fatales á mi porvenir. De que mi padre fué buen profeta, es testimonio toda mi historia. Es para mí indudable que ese deseo de vivir á mis anchas, entregado á mis gustos, substraído constantemente á esa coacción moral y á esa provechosa crítica de las gentes, ha sido causa de mi relativa soledad en el mundo, me ha privado de amistades decisivas en momentos de apuro, y ha retrasado notablemente mi carrera. Esta ausencia de valedores en un país en que hasta el mérito necesita pasar con el marchamo del favor, estuvo á punto de imposibilitar éxitos académicos fácil y tempranamente logrados por otros afortunados concurrentes, que no pusieron en sus empresas la

Biblioteca Nacional de España

mitad del trabajo y la energía que yo, pero que conocían de un modo exquisito el arte de medrar y el de hacerse agradables á los eternos dispensadores de beneficios y prebendas.

Aun hoy mismo, después que los choques con la realidad y el comercio continuo con los hombres han modificado mi carácter, no soy dueño de reprimir cierta tendencia hacia la vida solitaria, en la cual hallo indefinible atractivo. Tendido en las praderas que rodean la ciudad, á la vista de la nevada cordillera del Guadarrama, gústame todavía hoy dar rienda suelta á mis ideas. Libre de la sugestión perturbadora y deformadora del pensamiento y de la voluntad ajenos, me hago la ilusion de que soy completamente libre. En efecto; el hombre sólo es dueño de su cerebro, y puede ojear libremente el libro de sus recuerdos cuando vive en el aislamiento. En cuanto un diálogo se inicia, nuestras palabras parecen impuestas por el ajeno pensamiento; las asociaciones de ideas sucédense en el orden marcado por el interlocutor, que viene á ser en cierto modo dueño de nuestro cerebro y de nuestras emociones. No podremos evitar ya en adelante que evoque con su cháchara impertinente recuerdos dolorosos, que con el imprudente despertador de su palabra, toque y ponga en acción registros de ideas, que quisiéramos guardar en el fondo del inconsciente. Y esa situación dolorosa, perdura horas y horas, y nos distrae de nuestros empeños, y nos quita la alegría y tranquilidad necesarias para proseguir nuestra obra.

¡Cuántas veces vamos en busca de distracción al café y á la tertulia y salimos con un abatimiento de inteligencia, con una sedación de voluntad, que esteriliza ó imposibilita, y á veces por mucho tiempo, la cuotidiana

Biblioteca Nacional de España

labor! Solamente en la soledad, repetimos, somos dueños de nosotros; las ideas fluyen por los cauces naturales de antemano trazados en el cerebro, y se agrupan en construcciones lógicas; y la serenidad, naturalidad y espontaneidad con que se realizan y suceden tales combinaciones de pensamientos, nos causa placer, y crean en nuestra conciencia, la íntima convicción de la libertad. Acaso esta libertad sea mero espejismo mental, representación ilusoria, nacida, como han dicho algunos filósofos, de la ignorancia de las causas que nos mueven; pero no cabe duda que nuestra ilusión del libre albedrío resulta mucho más grande y agradable, cuando no sentimos esos estorbos puestos en el curso de las ideas por las ingerencias de un pensamiento extraño, ni experimentamos esas emociones perturbadoras sugeridas, sin el menor miramiento, por interlocutores imprudentes.

Síguese de aquí, que solamente al hombre aislado y entregado á sus pensamientos le es dado gozar de una calma inalterable y de un humor sensiblemente uniforme: no sentirá ciertamente en su rincón grandes alegrías; pero no sufrirá tampoco grandes tristezas. Fuerza es confesar, llegado á este punto de nuestras reflexiones, que la *impasibilidad* de los antiguos estoicos, de los Epictetos y Sénecas, así como la *inconmovibilidad* de los pesimistas modernos (Schopenhauer), puede contribuir, obrando como disciplina inhibitoria del apetito y de la acción excesiva y mudable, á la felicidad personal; pero sería grave ilusión considerar semejante apatía del espíritu como recurso soberano de la dicha. La vida es, ante todo, un haz de voliciones, de acciones y reacciones contra el medio físico y moral. Bajo el punto de vista fisiológico, tan positivo es el placer como el dolor: no es el placer, como creía Kant, y defiende Schopenhauer, la

Biblioteca Nacional de España

cesación de un dolor, sino un estado activo del espíritu, y una nota especial de la gama de la sensibilidad. La sabiduría, en orden al logro de la felicidad individual, consiste, no en evitar toda acción, sino en escoger aquellas que convienen mejor á la estructura y estado de nuestros órganos, y tienen además la virtud de beneficiar, directa ó indirectamente, al individuo y á la especie.

La admiración de la naturaleza, era también, según llevo dicho, una de las pendientes de mi espíritu. No me saciaba de contemplar los esplendores del cielo, la decoración variada y pintoresca de las montañas, las líneas quebradas de los barrancos, las risueñas márgenes de los arroyos. La belleza, variedad y originalidad de las obras naturales, me atraían con irresistible imperio; y así, me pasaba todas las horas de asueto que mis estudios me dejaban, haciendo correrías por los alrededores del pueblo, explorando barrancos, ramblas, fuentes, peñascos y colinas, con gran angustia de mi madre, que temía siempre, durante mis largas ausencias, que me habría ocurrido algún accidente. Como consecuencia de estos gustos, sobrevino luego en mí la pasión por los animales, singularmente por los pájaros, de que tenía siempre gran colección. Complacíame en criarlos de pequeñuelos, en construirles jaulas de mimbre ó de cañas, y en prodigarles toda clase de mimos y cuidados.

Mi pasión por los pájaros y por los nidos creció tanto, que hubo primavera que llegué á saber más de 20 de éstos, pertenecientes á diversas especies de aves. Esta inclinación al estudio de los pájaros, aumentó todavía ulteriormente, pues recuerdo que frisaba ya en los 13 años, cuando di en coleccionar huevos de toda casta de aves. Para facilitar la colecta (que mi padre veía con buenos

Biblioteca Nacional de España

ojos), ofrecí á los muchachos y gañanes una *cuaderna* por cada nido que me enseñasen. De este modo, la colección se enriqueció rápidamente, llegando á contar 30 ejemplares diferentes. Mostrábala yo orgullosamente á mis camaradas del pueblo como si fuera un tesoro inapreciable. Desgraciadamente, mi colección—que guardaba cuidadosamente en una caja especial de cartón dividida en compartimientos minuciosamente rotulados—no pudo conservarse: los ardores del mes de Agosto dieron al traste con mi tesoro, provocando la putrefacción de las yemas, y la rotura de las cáscaras! Grande fué mi pena cuando me dí cuenta del percance y comprendí toda la extensión del irreparable daño! Estaba inconsolable al ver que los huevos de engaña-pastor, tordo, gorrión, pardillo, pinzón, cogullada, cudiblanca, mirlo, picaraza (garza), cardelina (jilguero), cuco, ruiseñor, codorniz, etc., mostraban las cáscaras abiertas y exhalando un contenido putrefacto y mal oliente.

Estas aficiones cimentaron mis sentimientos de clemencia hacia los animales. Gustaba coleccionarlos para gozar de sus graciosos movimientos, y estudiar sus curiosos instintos; pero no para torturarlos haciéndoles servir de juguetes. Para cazarlos prefería los procedimientos que permitían cogerlos vivos (besque, lienas con hoyos hondos, la red, etc.). Cuando tenía muchos y no podía atenderlos y cuidarlos esmeradamente, los soltaba ó los devolvía, si eran todavía pequeñuelos é implumes, á sus nidos y á las caricias maternales. En estos caprichos no entraba para nada el interés gastronómico, ni la vanidad del cazador, sino el instinto del naturalista. Bastaba para mi satisfacción asistir al maravilloso proceso de la incubación y *eclosión* de los huevos; seguir paso á paso las metamorfosis del recién nacido, sorprendiendo prime-

Biblioteca Nacional de España

ramente la aparición de las plumas sobre la piel de los frioleros y desnudos pequeñuelos; luego, los tímidos aleteos del pájaro que ensaya sus fuerzas, y, finalmente, el raudo y seguro vuelo con que toma solemne posesión de los dominios del espacio.

Los instintos admirablemente previsores de los animales, llenábanme de ingenua admiración; pero no menos me chocaban las inarmonías que, de vez en cuando, la vida nos ofrece, como acreditando en el Creador extrañas distracciones y complacencias. Recuerdo que, cuando me contaron las tretas de que el cuco se vale para criar su prole (tretas que pude comprobar personalmente), sentí una impresión de disgusto. Fué ésta la primera incongruencia del orden natural que llegó á mi noticia, y quedé un tanto desencantado del orden admirable de la Creación, al considerar que el mal que yo creía ser cosa exclusivamente humana, tenía ya su raíz en la más baja animalidad.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

Mi estancia en Valpalmas.—Los tres acontecimientos decisivos de mi niñez: los festejos destinados á celebrar nuestras victorias de Africa, la caída de un rayo en la escuela y el eclipse de sol del año 60.

Durante los últimos años pasados en Valpalmas ocurrieron tres sucesos que tuvieron decisiva influencia en mis ideas y sentimientos ulteriores. Fueron éstos: la conmemoración de las victorias de Africa; la caída de un rayo en la escuela y en la iglesia del pueblo, y el famoso eclipse de sol del año 60.

Los festejos acordados por el Ayuntamiento de Valpalmas para celebrar los triunfos de nuestros soldados en Africa, fueron espléndidos y proporcionados al entusiasmo patriótico que reinaba entonces en toda España. Por fin, decían todos, las lanzas y espadas tantas veces esgrimidas contra nosotros mismos, se han vuelto contra los odiados enemigos de la raza. La victoria, que tan pocas veces tiene razón, había, por esta vez, coronado la bravura de los buenos, cubriendo de gloria á los soldados que, obedientes á la voz de la patria, fueron al

Biblioteca Nacional de España

Africa, ajenos á todo espíritu de conquista, y solamente movidos por el noble deseo de vengar agravios hechos á nuestra bandera. No tenía yo entonces una representación muy clara de la naturaleza de las ofensas recibidas, de la legitimidad y necesidad de la venganza, ni de las ventajas morales y materiales que la guerra podía granjearnos; pero veía alegría y entusiasmo en todos, y me entusiasmé y alborocé también, aceptando mi parte en los obsequios y finezas con que nuestros rudos pero patrióticos ediles de Valpalmas, quisieron exteriorizar la gran satisfacción y noble orgullo que rebosaba en todos los corazones.

Entre los festejos preparados para solemnizar y celebrar la entrada de nuestras tropas en Tetuán, recuerdo las marchas, pasos-dobles y jotas, ejecutadas por una murga traída de no sé dónde; y una hoguera colosal encendida en la plaza pública, y á cuyas ardientes llamas se asaron y cocieron, á semejanza de lo ocurrido en las bodas de Camacho, muchos carneros y gallinas. Al compás de la murga, circulaban de mano en mano, y sin darse punto de reposo, las botas rebosantes de excelente vino de la tierra, así como las sabrosas tajadas, á las cuales, como se comprenderá bien, no hicimos asco los chicos; antes bien, llenos de júbilo por la fiesta y el jolgorio, y alborotados con esta especie de comunión patriótica, nos pusimos ahitos de carne y medio calamocanos de mosto.

Fué esta la primera vez que surgieron en mi mente, claramente sentidos, la idea y el sentimiento de la patria. El patriotismo es, por lo común, una pasión tardía; asalta el espíritu durante la adolescencia, cuando penetran en la memoria las primeras nociones precisas acerca de la historia y geografía nacionales. Estas nociones nos llevan á ensanchar el mezquino concepto de familia y el estre-

Biblioteca Nacional de España

cho amor de campanario, enseñándonos que más allá de las fronteras de la región, viven millones de hermanos nuestros animados de los mismos sentimientos y aspiraciones, que gozan, sufren, esperan, luchan y odian al unísono con nosotros, hablan la misma lengua y tienen, en suma, el mismo origen y destino. Un tal sentimiento de solidaridad, se exalta todavía en el niño cuando lee el relato de las hazañas de sus mayores: estas lecturas despiertan en él la admiración y el culto á los héroes de la raza, á los que defendieron el territorio nacional de las agresiones de los extraños, y fundaron para nosotros una patria libre y honrada; y sugiérenle, además, el noble deseo de emular á las grandes figuras de la historia, y de sacrificarse, si preciso fuera, en el altar sagrado de la patria.

Pero en mí, por virtud quizás del acontecimiento aludido, acaso por el concurso de otras causas, el sentimiento de patria fué muy precoz. Pobres é incompletas eran las nociones históricas aprendidas en la escuela ó de labios de mi padre; pero bastáronme para formar una alta idea de mi nación como entidad política, conquistadora, descubridora y artística, y para que me considerase orgulloso de haber nacido en España.

El sentimiento de patria es doble; entran en él, de una parte, el amor al terruño y el culto á la raza; y de otra, el odio al extranjero con quien la nación luchó en defensa de la independencia. Por entonces, reinaban en Aragón, como en la mayor parte de España, estas dos formas del patriotismo, y singularmente la negativa. No me daba yo cuenta entonces de cuán instintivo y natural era en nosotros el aborrecimiento al feroz marroquí, enemigo legendario de la raza, y cuán excusable el odio al francés, cuyo incontrastable poder y riqueza habían atajado nuestro movimiento de expansión en Europa.

Biblioteca Nacional de España

Mi exagerada sensibilidad, que fácilmente se exaltaba, hacíanme materia muy propicia á la sugestión de estos odios, y particularmente la aversión á Francia, bien natural en un país y en un tiempo en que aún recordaban con horror los ancianos las crueldades cometidas por los soldados napoleónicos. Todavía me acuerdo que la palabra más injuriosa que podía dirigírsele á un cobarde era la de *gabacho* (francés).

Pero la faz negativa del patriotismo, que, dadas las condiciones del medio, prendió en mí con tanto brío como la positiva, es en el fondo injusta y antihumanitaria; representa, por decirlo así, el patriotismo de los ignorantes. Andando el tiempo y creciendo en luces y reflexión, eché de ver que, en punto á agresiones injustas y crueles, á deseos desapoderados de conquista y dominación, allá se van todos los pueblos. No es, pues, de extrañar que desechara progresivamente la inquina y antipatía al extranjero, para no cultivar al fin sino la faz positiva del patriotismo, es decir, el amor, la veneración á mi raza y el ferviente anhelo de que mi país desempeñara en la historia del mundo y en el proceso de la civilización europea, un brillante papel.

De todos modos, y sin desconocer que en mi exaltación patriótica, han entrado muchos y muy diversos factores, no cabe duda que tuvo positiva influencia el suceso de referencia, suceso muy propio para inflamar almas juveniles; pues no hay que olvidar que el niño es notablemente sugestible y que los efectos de aquellas ideas y sentimientos adquiridos en la edad juvenil, perduran á menudo hasta la vejez.

El segundo acontecimiento á que hemos aludido, es decir, el rayo caído en la escuela, con circunstancias y

Biblioteca Nacional de España

efectos singularmente dramáticos, dejó también ancha estela en mi memoria y en mi imaginación. Por la primera vez aparecióse ante mí, con toda su sublime grandeza, esa fuerza ciega é incontrastable imperante en el Cosmos, fuerza burladora de los designios humanos, indiferente á nuestras cuitas y dolores, que no distingue de probos y de réprobos, de niños inocentes ó de hombres empecatados, que corta brutalmente la plegaria en los labios, que cuando no destruye bárbaramente, sacude violentamente los corazones con terrores y agonías de muerte.

Hé aquí el terrible suceso: Estábamos los niños reunidos una tarde en la escuela y entregados, bajo la dirección de la maestra, á la oración (el maestro guardaba cama aquel día). Ocupados en este piadoso ejercicio, según costumbre de todos los sábados, y corridas ya las primeras horas de la tarde, encapotóse rápidamente el cielo, retumbaron violentamente algunos truenos que no nos inmutaron, cuando de repente, en medio del solemne recogimiento de la plegaria, vibrantes aún en nuestros labios aquellas suplicantes palabras: «Señor, líbranos de todo mal», sonó un formidable y horrísono estampido, que conmovió de raíz el edificio, heló la sangre en nuestras venas y cortó brutalmente la comenzada oración! Un polvo espesísimo mezclado con cascotes y pedazos de yeso desprendidos del techo, anubló nuestros ojos; y un punzante olor de azufre quemado se esparció rápidamente por la estancia, en la cual, aterrados, corriendo como locos, ciegos por el polvo densísimo, y cayendo unos sobre otros bajo aquel diluvio de proyectiles, buscábamos ansiosamente, sin atinar en mucho rato, la salida. Uno más afortunado ó menos paralizado por el terror, logró al fin abrir la puerta y en pos de él nos pre-

Biblioteca Nacional de España

cipitamos despavoridos los demás, huyendo de aquella atmósfera irrespirable, y dando bien claramente á entender, con nuestros rostros pálidos y nuestra mirada extraviada é incierta, el espanto que nos dominaba.

La extraordinaria emoción que sentíamos no nos permitía darnos cuenta de lo ocurrido; creíamos que había estallado una mina, que se había hundido la casa, que la iglesia había caído sobre la escuela... todo se nos ocurría menos la realidad de lo sucedido. Algunas vecinas que nos vieron correr desatinados, socorriéronnos inmediatamente, diéronnos agua, limpiáronnos el sudario de polvo que nos daba aspecto de fantasmas, y curaron provisionalmente á los heridos. Una voz salida de entre las mujeres nos llamó la atención sobre una figura extraña que colgaba en lo alto de la torre de la iglesia. En efecto; allí, bajo la campana, echado sobre el ventanal, la cabeza suspendida por fuera del muro, ardía exánime el pobre sacerdote, que creyó inocente poder conjurar la furiosa tempestad con el imprudente doblar de la campana. Subieron á socorrerle y halláronle las ropas ardiendo y una terrible herida en el cuello de la que murió á los pocos días. En la escuela, la maestra yacía sin sentido sobre el pupitre, herida también por la exhalación, que respetó, sin embargo, al maestro.

Poco á poco, nos dimos cuenta de lo acaecido: un rayo formidable había caído en la torre, hiriendo la campana y matando al párroco; continuando después sus giros caprichosos, entró en la escuela por una ventana, horadó y rompió el techo del piso bajo donde los chicos estábabamos y deshizo una parte de la techumbre; pasó por detrás de la maestra, á la que sacudió violentamente privándola de sentido, y, después de destrozar un cuadro del Salvador que colgaba del muro, desapareció en el

Biblioteca Nacional de España

suelo por un ancho boquete que la chispa misma labró junto á la pared.

Ocioso será encarecer cuánta impresión causó en mi ánimo este triste accidente! Mis ideas acerca de la Providencia y del orden y armonía del mundo, se trastornaron profundamente, y el consolador optimismo sugerido por las primeras enseñanzas religiosas, sufrió un golpe rudísimo.

—¿Cómo es posible—me decía una vez disipada la emoción del espantable suceso—que tú, Dios soberano, principio inteligente, que no sólo creaste, sino que gobiernas y diriges la máquina del mundo; que ordenas y combinas con inefable armonía la marcha de los astros; que cuidas con infinita solicitud de todos los seres vivos... no seas poderoso á gobernar el rayo, dirigir las tempestades y amparar de sus estragos y furores al virtuoso sacerdote que, fiando en Tu soberana clemencia, conjuraba en Tu nombre furiosa tormenta; á la débil y cristiana mujer que nos enseñaba á pronunciar Tu dulce nombre y nos inculcaba sentimientos de piedad, y al niño inocente, que, inundada el alma de candoroso fervor, rezaba las plegarias que Tú mismo dictaste á los hombres como las más dignas y apropiadas para llegar á Tu corazón, impetrar Tu gracia y desarmar Tu ira? —

—Acaso—pensaba en mis adentros—Dios ha abandonado su obra como el relojero abandona su reloj una vez puesto en marcha; quizás se ocupa actualmente en crear otros mundos, reservándose intervenir solamente con su providencia en el nuestro con ocasión de los grandes cataclismos geológicos y morales. En tal supuesto ¿qué puede importarle al Poder incontrastable del Universo que en uno de sus innumerables mundos se desmande una chispa eléctrica, caiga una casa, descarrile un ferro-

Biblioteca Nacional de España

carril, se desborde un río ó se arruine una ciudad por un terremoto? Detalles son estos indignos de la atención de la Providencia, que deja actuar las causas segundas, las condiciones eficientes de los fenómenos naturales; las cuales, obrando á la larga, y á pesar de algunos menudos desperfectos, mejoran y amplían la vida de la especie, impulsándola por los caminos de la elevación moral y del progreso indefinido. —

— Semejantes reflexiones, empero, no me convencían ni consolaban. La protección consagrada á la especie no me indemnizaba del abandono de los individuos. Por solidario que el hombre se considere con el conjunto de la raza, al fin y al cabo piensa y siente como individuo, y las cosas tocantes á su personalidad, impórtanle mucho más que las relativas á la especie. Pero lo que más me entristecía era el ver cómo se deshacía en mi mente la hermosa leyenda del ángel guardián, ese ángel tutelar que guía al niño por la áspera senda de la vida y le aparta de peligros y pecados.

A impulsos de mi débil razón, iban adelgazándose y amenazaban romperse esos misteriosos hilos de oro que unen nuestras almas al cielo. Y en el vagar de mis ideas, aparecíaseme el hombre como un triste solitario que cruzaba melancólicamente un mundo sin amor y sin caridad, y en donde para escapar á los fieros peligros de las fuerzas cósmicas, debía desplegar una gran astucia y vigilancia. Hasta llegué á sospechar que la compasión y la bondad son sentimientos exclusivamente humanos, que el hombre ha proyectado, con otras muchas perfecciones personales suyas, sobre las causas presumibles de los fenómenos naturales. —

— Tales dudas y cavilaciones pasaron luego, cediendo el campo á otras preocupaciones; pero dejaron en mí el

Biblioteca Nacional de España

amargo germen del pesimismo en orden á la armonía de los fenómenos naturales y al régimen providencial del mundo; y este poso amargo, removido más adelante por el choque doloroso de espectáculos aún más tristes y crueles, preparó el terreno en el cual, andando el tiempo, había de brotar una filosofía tan escéptica como desconsoladora.

Afortunadamente, la edad de los 8 años no es propicia á la filosofía ni consiente largas abstracciones. En la aurora de la vida es harto fugaz el sentimiento, para que ningún acontecimiento pueda perturbar, de un modo duradero, la hermosa serenidad del niño, entregado por irresistible instinto, á modelar y robustecer el cuerpo con el juego y la gimnasia espontánea, y á templar y vigorizar el espíritu con ese continuo curioseo y exploración del espectáculo de la naturaleza.

¡Pobre del niño, si la desconfianza en las enseñanzas de sus padres y maestros asaltaran su alma! si su candoroso optimismo, tan natural como instintivo, cediera plaza á una concepción pesimista del mundo! ¡Cómo habría de resignarse á vivir, transigiendo en el régimen severo de la escuela, que contraría sus gustos y pasiones, si sospechara que una gran parte de las enseñanzas recibidas habían de sufrir, andando el tiempo, una solemne desautorización de la experiencia!

El tercer acontecimiento que produjo también en mí un efecto moral importante, fué el eclipse de sol del año 60. Anunciado por los periódicos, se esperaba ansiosamente en el pueblo, en el cual todo el mundo, armados los ojos de cristales ahumados, acudió á una colina próxima, desde la cual esperábamos observar cómodamente el sorprendente fenómeno. Mi padre me había explicado

Biblioteca Nacional de España

la teoría de los eclipses, y yo la había comprendido bien; pero quedábame un resto de desconfianza en los cálculos de los sabios. ¿No se desviará la luna de la ruta marcada por el cálculo? ¿Se equivocará la ciencia? La inteligencia humana que no pudo prever la caída de un rayo en mi escuela ¿será capaz, sin embargo, de predecir fenómenos ocurridos más allá de la tierra, á millones de kilómetros? En una palabra, la ciencia que no explica muchas cosas próximas, tan íntimas como nuestra vida y nuestro pensamiento, ¿gozará del singular privilegio de comprender y vaticinar lo lejano, aquello que menos puede interesarnos desde el punto de vista de la utilidad material?

Justo es decir que la luna no faltó á la cita, y que cumplió á conciencia y con exquisita exactitud su modesto papel de pantalla. Parecía como que los astrónomos, además de profetas, habían sido un poco cómplices, empujando la luna con las palancas de sus enormes telescopios hasta el lugar del cielo, donde habían acordado ensayar el fenómeno. Durante el eclipse, hízome notar mi padre esa especie de asombro y de indefinible inquietud que se apodera de la naturaleza entera, acostumbrada á ser regulada en todos sus actos, por el acompasado ritmo de luz y de obscuridad, de calor y de frío, resultante del eterno girar de la tierra. Para los animales y para las plantas, el eclipse representa una incongruencia de las cosas, una equivocación de las fuerzas naturales, algo que no fué previsto cuando surgió en el planeta la llama de la vida.

Se comprenderá fácilmente que el eclipse del 60 fuera, para mi tierna inteligencia, una gran revelación. Comprendí desde luego que el hombre, desvalido y desarmado enfrente del incontrastable poder de las fuerzas cósmicas, tenía en la ciencia un redentor heroico y un

Biblioteca Nacional de España

poderoso y universal instrumento de previsión, de dominio y de acción.

¿Pero la ciencia lo sabe todo, lo puede todo?—No; me contestaba mi padre;—la ciencia es poderoso gigante en unas cosas, débil é impotente niño en muchas otras; es algo que se hace, pero que no llega nunca á la perfección. Cuando el problema es esencialmente geométrico como en el caso de los movimientos de los astros, y los términos de las ecuaciones contienen solamente masas, pesos y velocidades, la ciencia acierta y prevé; pero cuando los términos se complican, y las incógnitas crecen y los símbolos son insustituibles por valores numéricos, la mente humana no puede resolver el problema y sufre las tristes consecuencias de su ignorancia; porque la naturaleza tiene muchas veces las crueldades de aquella esfinge de Tebas que decía al caminante: «adivíname ó te devoro.» El cerebro humano es como una máquina de acuñar moneda: si en vez de oro echas en ella metal impuro ó escoria, no tendrás jamás una moneda de ley, aunque la máquina funcione con perfección. El cerebro pide asimismo una primera materia depurada de errores, reluciente de pureza y de verdad, es decir, datos cuantitativos, exactos, experiencias y observaciones precisas, fenómenos universales y constantes. Sólo con estos materiales, puede el troquel de nuestro cerebro fabricar monedas que tengan la efigie de la certeza universal, la permanencia del oro y la dureza del diamante.

Ese mismo científico que con tan maravillosa precisión ha sabido calcular la fecha y duración de un eclipse, que conoce la distancia de los astros á la tierra, y ha logrado fijar la velocidad de la luz, no podrá averiguar si este año se perderá ó no la cosecha de trigo, ó si en el otoño una furiosa tormenta nos dejará sin vino; y ese mismo insig-

Biblioteca Nacional de España

ne matemático que parece gozar de la soberana prerrogativa de legislar sobre el Universo, que acaso oye, en el ritmo de los astros, esa penetrante é inefable música de las esferas de que hablaban los pitagóricos, es incapaz de evitar y remediar los achaques de la edad, y de impedir que una infección ponga en grave peligro su vida ó arrebate prematuramente la existencia de los suyos. Porque debes saber que el científico que tan penetrantemente ha sabido explorar los arcanos del mundo geométrico, sólo muy lenta y trabajosamente puede explorarse y estudiarse á sí mismo; de donde resulta el paradógico contraste de que quien supo pesar y fijar la composición química de las estrellas, se confiesa impotente para pesar, medir y determinar químicamente esas fibras cerebrales, por las cuales pesamos, medimos y calculamos!

No aseguraré yo que estas fueran precisamente las frases de mi padre; pero ese fué sin duda el sentido general de su discurso.

El eclipse de sol del año 60, contribuyó poderosamente á mi afición por los estudios astronómicos. Mi cariño á la cosmografía llegó más adelante hasta leer no sólo todas las obras de popularización escritas por Flammarión, sino hasta las abstrusas y esencialmente matemáticas de Laplace.

Complacíame durante las largas noches del invierno, en consultar las cartas celestes y en determinar la posición de las constelaciones, la mayor parte de las cuales llegué á conocer. Pero mis estudios astronómicos, que tuvieron su apogeo entre los 20 y 24 años, época también de mi vértigo filosófico (del cual hablaremos en su debido lugar), no pudieron pasar adelante, falto como estaba de toda especie de instrumentos de observación. Así todo,

Biblioteca Nacional de España

lo que aprendí de esta ciencia sirvióme de mucho para formar un concepto algo filosófico del mundo, y para apreciar en su legítimo valer la soberana eficacia de la observación y del cálculo, como métodos positivos de indagación de la verdad.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

Ayerbe.—Juegos y travesuras de la infancia.—Instintos guerreros y artísticos.—Mis primeras observaciones y experiencias sobre acústica, óptica, balística y el arte de la guerra.

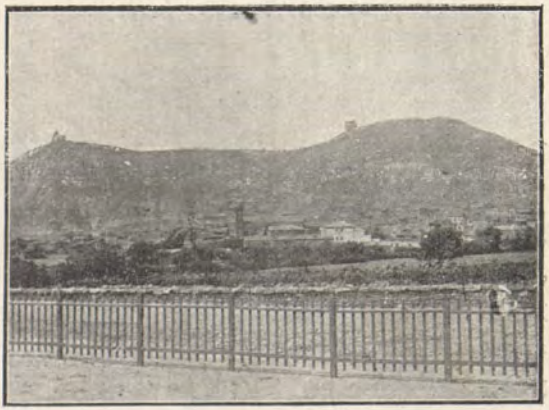
Cumplidos mis 8 años, mi padre solicitó y obtuvo el partido médico de Ayerbe, villa cuya riqueza y población prometíanle mayores ventajas profesionales y más amplio escenario para sus proezas quirúrgicas que Valpalmas, así como superiores facilidades para la educación de sus hijos.

Es Ayerbe villa importante de la provincia de Huesca, y famosa por sus vinos en todo el Somontano. Está situada en la ruta de esta ciudad á Jaca y Panticosa, no lejos de la Sierra de Gratal, primera estribación del Pirineo aragonés. Sus pintorescas casas extiéndense al pie de un monte elevado de doble cima, una de las cuales aparece coronada por los restos, aún imponentes, de un venerable castillo feudal. En el centro del pueblo, dos grandes y regulares plazas, dan amplio espacio á sus mercados y ferias, famosas en toda la comarca. Entre ambas plazas, sirve de lindero, al par que de adorno, una

Biblioteca Nacional de España

vetusta y opulenta mansión señorial que un tiempo perteneció á los Marqueses de Ayerbe.

Mi aparición en la plaza pública de Ayerbe fué saludada por una rechifla general de los chicos. De las burlas pasaron á las veras. En cuanto se reunían algunos de ellos y estaban seguros de ofenderme á mansalva, me insultaban, me golpeaban á puñetazos, ó me maltrataban á pedrada limpia. ¿Por qué esta hostilidad? Lo ignoraba y aún hoy no me la explico bien. Creo, empero, ver en ella un efecto de esa sorda y larvada aversión, no siempre



Ayerbe con sus montañas. Vista tomada desde la estación.

traducida en actos, que el labrador pobre siente contra el burgués y el hombre de carrera, aversión que, contenida en los hombres por la prudencia, estalla violentamente en los chicos, en quienes las artes del disimulo no han enfrenado aún los más groseros impulsos naturales y los odios sugeridos en el hogar. Añadamos también esa inquina y malquerencia al forastero, que parece ser el triste

Biblioteca Nacional de España

privilegio de las razas salvajes y de las gentes mal educadas.

Mi facha, sin embargo, no podía inspirar recelos á los hijos del pueblo; vestido humildemente,—porque la estricta economía que reinaba en mi casa, no consentía lujos,—de cara trigueña y aspecto montaraz, que á la legua trascendía á romero y tomillo y denunciaba larga permanencia al sol y al aire, así como una estrecha adaptación al terruño, nadie me hubiera tomado como hijo de burgués acomodado, sino más bien como el chico del sastre ó del maestro, que ha de reflejar por fuerza en su indumentaria la obligada indumentaria de los padres. Pero yo no gastaba calzones ni alpargatas, ni adornaba con pañuelo mi cabeza, y ésto bastó para que entre aquellos zafios pasara por señorito.

Contribuyó, sin duda, algo á la citada antipatía, la extrañeza causada por mi lenguaje. Por entonces se hablaba en Ayerbe un dialecto extraño, verdadero mosaico de palabras y giros franceses, castellanos, catalanes y aragoneses antiguos. Allí se decía: *forato* por *agujero*, *no pas* por *no*, *tiengo* y *en tiengo* por *tengo* ó *tengo de eso*, *aivan* por *adelante*, *muller* por *mujer*, *fierro* y *ferrero* por *hierro* y *herrero*, *chiqué* y *mocete*, por *chico* y *mocito*, *abrios* por *caballerías*, *dámene* por *dame de eso*, *en ta allá* por *hacia allá*, *m' en voy* por *me voy de aquí*, y otras muchas voces y locuciones de este jaez, borradas hoy de mi memoria.

En boca de los ayerbenses hasta los artículos habían sufrido inverosímiles elipsis, toda vez que *el*, *la*, *lo* se habían convertido en *o* y *a* respectivamente. Diríase que estábamos en Portugal.

A los rapaces de Ayerbe parecióles en cambio el castellano, relativamente castizo, que yo usaba, es decir, el hablado en Valpalmas y Cinco Villas, insufrible algara-

Biblioteca Nacional de España

bía, y hacían burla de mí llamándome el *forano (forastero)*.

Poco á poco fuimos, sin embargo, entendiéndonos. Y como no era cosa de que ellos, que eran muchos, aprendieran la lengua de uno, sino al revés, acabé por acomodarme á su parla estrafalaria, atiborrando mi memoria de vocablos bárbaros y de solecismos atroces.

He dicho más de una vez que sentía particular inclinación á los parajes solitarios y á las excursiones por los

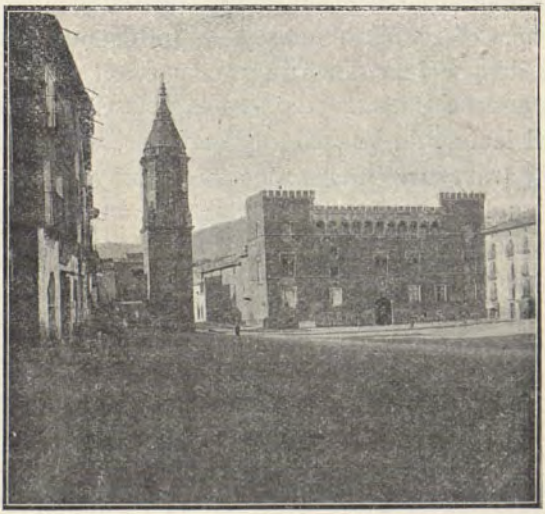
Ayerbe visto desde la falda de la próxima montaña.

alrededores de los pueblos; pero en Ayerbe, una vez satisfecha la curiosidad que me inspiraban sus montañas, su humilde río, cortado por alto azud y escoltado por frondosos huertos, y, sobre todo, su vetusto y romántico castillo que desde lo alto del monte parecía contarnos melancólicas leyendas y lejanas grandezas, sentí la necesidad de sumergirme en la vida social, tomando parte en los juegos colectivos, en las carreras y luchas de cuadrilla

Biblioteca Nacional de España

á cuadrilla, y en toda clase de maleantes entretenimientos con que los chicos del pueblo gustaban solemnizar las horas de asueto.

Tienen los juegos de la niñez, y particularmente los juegos sociales en los que entran, en justa proporción, los ejercicios físicos con las actividades mentales, una gran virtud educadora. En esos certámenes de la agilidad y de la fuerza, en esos torneos donde se hace gala del valor,



Plaza baja de Ayerbe con la torre del reloj y el Palacio del Marqués.

de la osadía y de la astucia, se avaloran y contrastan las aptitudes, se templa y robustece el cuerpo, y se prepara el espíritu para la ruda concurrencia vital de la edad viril. No es, pues, extraño que Rod haya dicho que todo el porvenir de un hombre está en su infancia, y que Froëbel, Gros, France y otros, hayan concedido al juego

Biblioteca Nacional de España

de los niños una gran importancia para el desarrollo de sus aptitudes y para el conocimiento del mundo.

«Jugar, ha dicho Thomas, es aplicar los propios órganos, sentirse vivir y procurarse la ocasión de conocer los objetos que rodean al niño, objetos que son para él un perpetuo milagro.» Por mi parte, siempre he creído que los juegos de los niños son una preparación absolutamente necesaria para la vida y una gimnasia instructiva, por cuya virtud el cerebro infantil apresura su evolución, recibiendo, según los temas preferidos y las diversiones más ejercitadas, un sello específico moral é intelectual, de que dependerá en gran parte el porvenir.

Esperamos que estas consideraciones nos excusen á los ojos del lector, de que consagremos al examen de los juegos y travesuras de nuestra niñez, mayor espacio del que se suele conceder á estos asuntos en todas las biografías. Lo exige así el plan de este libro, cuyo fin es demostrar cómo las condiciones del medio en la puericia imprimieron una cierta dirección á mi vida de hombre, y crearon ventajas y defectos de grandes consecuencias en la lucha por la existencia.

En cuanto amainó la mala voluntad de los muchachos para conmigo, concurrí, pues, á sus diversiones y zalagardas; tomé parte en los juegos del peón, del tejo, de la *espandiella,* del marro, así como en las carreras, luchas y saltos en competencia; hallando en todas estas diversiones esa alegría que va asociada á la actividad moderada de todos nuestros órganos y á la impresión personal del acrecentamiento de la energía muscular y de la flexibilidad de las articulaciones. Ya lo dijo Aristóteles y lo han repetido muchos educadores, singularmente Bouillier; «hay placer, dice este autor, cuantas veces la actividad del alma se ejerce en el camino de su naturaleza y según

Biblioteca Nacional de España

«el sentido de la conservación y desenvolvimiento del sér». La inactividad es para el niño el mayor de los dolores. ¡Qué dicha tan grande sentirse crecer y mejorar, tener la conciencia plena de nuestra evolución; y al contrario, ¡qué pena debe ser en el viejo la conciencia de la propia decadencia y de la regresión del organismo!

Pero los chicos de Ayerbe no se entregaban solamente á juegos inocentes: el tejo y el marro alternaban con diversiones harto más arriesgadas y pecaminosas. La guerra y la rapiña, sin consideración á nada y á nadie, constituían el estado natural de los chicos ayerbenses. Descalabrarse mutuamente á pedrada limpia, romper faroles y cristales, asaltar huertos, y en la época de la vendimia, arrebatar uvas, higos y melocotones; tales eran las ocupaciones favoritas de los grandullones del pueblo, entre los cuales tuve pronto la honra de contarme.

Muchas veces he procurado darme cuenta de esa vida de pillaje, á que con tanta fruición se entregan los chicos, sin acertar á explicármela de un modo satisfactorio. A tan perniciosa conducta debe contribuir, sin duda, el ansia de las golosinas impuesta al niño por la naturaleza, la cual exige el consumo diario de gran cantidad de substancias azucaradas, indispensables para reparar el continuo derroche de energía muscular (el azúcar se quema para producir calor y energía motriz); pero esto no parece bastante. Precisamente casi todos los chicos que tomábamos parte en las depredaciones de huertos y viñas, teníamos en nuestras casas la fruta á canastas, por ser ésta en Ayerbe abundantísima y sumamente barata. Además, y por lo que á mí se refiere, mi familia poseía un frondoso huerto, y durante el estío y otoño, raro era el día en el que los clientes, agradecidos á los buenos servicios médicos de mi padre, no nos ofrecieran al-

Biblioteca Nacional de España

gún presente de frutas ó verduras. Sin embargo, leyendo los libros que tratan del gran problema de la educación y de la psicología de los juegos de los niños, he creído hallar la clave principal del enigma: el ansia de emoción, la atracción del peligro.

Con razón hacen notar los educadores que el niño, en sus juegos y empresas, gusta bordear constantemente el peligro; y así como, cuando pasea, prefiere al camino llano gatear por tapias y peñas, cuando juega prefiere aquellas diversiones en las que sólo á costa de agilidad, de sangre fría ó de fuerza, puede evitar un accidente.

Desde otro punto de vista, puede considerarse el niño como el representante de aquella hermosa edad de oro, en la cual, al decir de Cervantes, se desconocía el significado de las palabras *tuyo* y *mío*. En el fondo de cada cabeza juvenil, hay un perfecto anarquista y comunista. Hasta por la forma de sus facciones y desproporción de sus miembros se parece el niño, como nota Herbert Spencer, al salvaje. En virtud quizás de un fenómeno de atavismo, reproduce el niño aquella faz embrionaria de la humanidad, caracterizada por no reconocer más propiedad privada que la de las armas, vestidos y mujeres. A semejanza del indio bravo, el niño es todo voluntad. Ejecuta antes que piensa, sin dársele un ardite de las consecuencias. Ante su violento querer, ante su absorbente individualismo, que se afirma constantemente con actos de pillaje y de vandalismo, las leyes son meramente nominales; obligan solamente en cuanto la fuerza las sanciona, es decir, cuando el padre, el amo y el guardia rural, armados respectivamente de bastón, garrote y escopeta, se constituyen en sus defensores y custodios.

A los instintos anarquistas del niño deben añadirse estos otros dos: la crueldad y la inclinación al dominio.

Biblioteca Nacional de España

Muy á menudo, á despecho de las reglas de la moral y de la buena crianza, complácese el niño en abusar de sus fuerzas, maltratando á los débiles y sujetándolos á su autocrática soberanía, que ejerce sin más miramientos que su santa voluntad, ni más límites que los trazados por el alcance de sus fuerzas y osadía.

No diré yo con Rousseau «que el corazón del niño no siente nada, que es inaccesible á la piedad y que sólo comprende la justicia», pero fuerza es confesar que los sentimientos de humanidad, caridad y compasión, hállanse en él muy poco desarrollados.

Yo opuse al principio algunas resistencias á los juegos brutales, así como á las poco recomendables hazañas del escalo de huertos y rebato de frutos. Pero el espíritu de imitación y la adaptación al medio, pudieron más en mí que los sabios consejos de mis padres y los mandamientos del Decálogo. Una cosa hubo empero, en que mi caballerosidad nativa no transigió nunca; fué el abuso de la fuerza con el débil, así como la agresión injusta y cruel. El sentimiento de la injusticia, que ha sido siempre una de mis virtudes, ó digamos debilidades, afirmábase ya por entonces vigorosamente, y se afirmaba en un medio moral en que el abuso de la fuerza, la crueldad y la insensibilidad eran la regla corriente de conducta.

Decía á Pablos, su tío el verdugo de Segovia: «Mira, hijo, con lo que sabes de latín y retórica, serás singular en el arte de verdugo.» Esta frase graciosa de Quevedo, encierra una honda filosofía. Los rápidos progresos que yo hice en la vida airada de pedreas y asaltos, de ataques á la propiedad pública y privada, prueban, sin duda, que la geografía, la gramática, la cosmografía y el francés que me había enseñado mi padre, no fueron del todo inútiles. Tengo para mí, que dichos conocimien-

Biblioteca Nacional de España

tos, tempranamente adquiridos, produjeron un cierto fondo de cultura y un hábito de pensamiento y de imaginación, que me permitieron sobresalir rápidamente entre los ignorantes pilluelos que me rodeaban, superando á muchos de ellos, así en la maquinación de ardides, picardías y diabluras, como en el dominio de los juegos y luchas á que consagrábamos nuestras horas de vagar.

Pronto tuve camaradas entusiastas, compañeros de glorias y fatigas que emulaban mis flores y habilidades; recuerdo entre ellos á Tolosana, Pena, Fenollo, Sanclemente, Caputillo y otros, á los que vino á juntarse más adelante mi hermano Pedro, dos años más joven que yo. Merced á una gimnasia constante, mis músculos adquieren desarrollo, mis articulaciones agilidad y mi vista perspicacia. Saltaba como un saltamonte, trepaba como un mono, corría como un gamo, escalaba una tapia mejor que una lagartija, sin sentir jamás el vértigo de las alturas, aun en los aleros de los tejados y en la copa de los nogales; y en fin, manejaba el palo, la flecha, y sobre todo la honda, con singular tino y maestría.

Tantas y tan provechosas aptitudes no podían estar ociosas; y en efecto, no lo estuvieron. Nuestra habilidad en asaltar tapias y en trepar por los árboles, diéronnos muy pronto triste celebridad. Cobrábamos censos, diezmos y primicias, sobre habares, huertos, viñas y olivares; para nuestra cuadrilla se criaban los más sabrosos albérchigos, las más dulces brevas y los más suculentos melocotones. De nuestras reivindicaciones comunistas, informadas en un espíritu de niveladora equidad, no se libraban ni el huerto del cura, ni el cercado del alcalde. Ambas potestades, la eclesiástica y la civil, nos tenían completamente sin cuidado.

Biblioteca Nacional de España

En fin, yo me di tanta traza en asimilarme las bellaquerías, burlas y picardías de los chicos de Ayerbe, que llegué á ser uno de los muchachos á quienes los padres tenían en el *Indice* de *las malas compañías*. Con mostrarme tan diligente y dispuesto en todo género de travesuras y algaradas, había algunas, singularmente aquellas en que entraba por algo la mecánica, en las cuales todos reconocían mi superioridad. Mi concurso, pues, era solicitado por muchos y no siempre para cosa buena.

¿Había que armar una cencerrada contra un viejo ó una viuda casada en segundas ó terceras nupcias? Pues allí estaba yo disponiendo los tambores y cencerros y fabricando las flautas y *chifletes*, que hacía de caña, con sus correspondientes agujeros, lengüetas y hasta llaves. Una observación cuidadosa, fecundada por larga práctica, me había enseñado las distancias á que debían hacerse los agujeros para que resultasen los tonos y semitonos, así como la forma y dimensiones de las lengüetas. Recuerdo que algunas de mis flautas, que abarcaban cerca de dos octavas, sonaban con el timbre é intensidad del clarinete; y así me ocurrió más de una vez, ejecutando de oído algunas melodías populares, ser tomado por músico ambulante.

¿Disponíase una pedrea en las eras cercanas ó camino de la fuente? Yo era el encargado del delicado cometido de fabricar las hondas, que hacía de cáñamo y de trozos de becerro que los chicos me traían. Más de una vez ocurrió que, faltando el becerro viejo, tuvimos que echar mano del material de los borceguíes, cuya altura disminuía progresivamente. ¡Quién podrá contar la indignación de nuestros padres al comprobar aquella singular evolución retrógrada, en cuya virtud el que fué flamante borceguí había venido á parar en raquítica zapatilla!

Biblioteca Nacional de España

¿Jugábase á guerreros antiguos? Pues allí estaba yo para agenciar los yelmos y corazas, que hacía de cartón ó de latas viejas, y sobre todo, para elaborar las flechas, en cuya industria adquirí gran pericia. En efecto; mis flechas no sólo tenían gran alcance, sino que marchaban siempre en línea recta, sin oscilar en el aire ni volverse del revés. Un cierto espíritu de observación que en mí se desarrollaba, con ocasión de estos juegos, me hizo ver pronto que el asta ó varilla de la flecha debe pesar menos que el hierro, y ser perfectamente lisa y recta, á fin de que el proyectil no cabecee y se tuerza en su trayectoria y vaya directamente á clavarse en el hito. En consonancia con este principio, fabricaba el asta de caña y substituía los clavos ó alfileres que otros usaban á guisa de punta, con el cuento de las leznas rotas de zapatero. Este cuento ó espiga, tiene forma de lanza, pesa bastante, y convenientemente aguzado y bien sujeto al asta de caña por un bramante embreado, constituye un excelente hierro de dardo. Como arco, me valía de un largo y robusto palo de boj verde, trabajosamente encorvado, y de cuya excelencia en punto á fuerza y elasticidad me había asegurado comparando arcos fabricados con casi todas las maderas conocidas en el país.

Ya se comprenderá que tamañas flechas, las cuales en batallas con camaradas solía yo embolar, á fin de no herir gravemente á alguno, no se empleaban exclusivamente en vanos ni románticos simulacros de guerra antigua; servían también para menesteres más utilitarios. Cazábamos con ellas pájaros y gallinas, sin desdeñar los perros, gatos y conejos, si á tiro se presentaban.

Por cierto que estas empresas cinegéticas costáronme grandes palizas, disgustos y persecuciones sin cuento. Pues aunque todos participábamos en las citadas fecho-

Biblioteca Nacional de España

rías, no se mataba perdiz ó reclamo en jaula, ni conejo ó gallina en corral, cuya responsabilidad no se me imputara, bien en concepto de autor material, bien á título de fabricante del cuerpo del delito, ó bien, en fin, como instigador á su comisión.

Merecida ó exagerada, mi fama de pícaro y de travieso crecía de día en día, con harto dolor de mis padres, que estallaban en santa indignación cada vez que recibían quejas de los vecinos perjudicados. Las tundas domésticas vinieron frecuentemente á reforzar las sufridas de las manos de los querellosos, manos harto más duras que las bondadosas de mi madre. Vine de esta suerte á pagar con las propias las culpas de muchos, con gran contentamiento de mis cómplices, que se lavaban las manos, abandonándome constantemente en la estacada.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

Desarrollo de mis instintos artísticos.—Dictamen de un revocador sobre mis aptitudes.—¡Adiós mis ensueños de artista!—Utilitarismo é idealismo.—Decide mi padre hacerme estudiar para médico y enviarme á Jaca.

Por entonces, si mi memoria no me es infiel, comenzaron, ó al menos cobraron gran incremento, mis instintos artísticos. Tendría yo como 8 ó 9 años, cuando era ya en mí una manía incurable manchar papeles, hacer garambainas en los libros y embadurnar las tapias, puertas y fachadas recién revocadas del pueblo, con toda clase de garabatos, escenas guerreras y suertes del toreo. En cuanto *afanaba* una cuaderna, ya estaba comprando papel ó lapiceros; pero como no podía dibujar en casa, pues mis padres miraban la pintura como distracción pecaminosa, salíame al campo, y sentado en un ribazo junto á la carretera, copiaba carretas, caballos, aldeanos y cuantos accidentes del paisaje me parecían interesantes. De todo ello hacía gran colección, que guardaba como oro en paño. Holgábame también en embadurnar mis diseños con colores que me pro-

Biblioteca Nacional de España

porcionaba raspando pinturas de las paredes ó poniendo á remojo el forro, carmesí ó azul obscuro, de los librillos de fumar (entonces tenían cubierta de papeles lisos pintados con colores solubles). Recuerdo que adquirí gran habilidad en la extracción del color de los papeles pintados, los cuales empleaba también á guisa de pinceles, humedecidos y arrollados en forma de difumino, industria á que me obligaba la falta de caja de colores y la carencia de dinero para comprarlos.

Mis gustos artísticos, de cada vez más definidos y absorbentes, crearon en mí hábitos de soledad y contribuyeron no poco al carácter huraño que tanto disgustaba á mis padres. En realidad, mi inclinación á la soledad no nacía de aversión al trato social, toda vez que, según dejamos dicho, el de los niños me contentaba y satisfacía; nació de la necesidad de sustraerme, durante mis ensayos artísticos y fabricaciones clandestinas de instrumentos músicos y guerreros, á la severa vigilancia de las personas mayores.

Mi padre, trabajador y estudioso como pocos, dotado de gran voluntad y de un talento científico nada vulgar, tenía una laguna mental: carecía casi totalmente de sentido artístico y aborrecía ó menospreciaba toda cultura literaria y de puro adorno. Había formado de la vida un ideal extremadamente severo y positivo. Era lo que los educadores llaman un *intelectualista*. En su concepto, lo importante era la adquisición de conocimientos positivos y el desarrollo del entendimiento, á fin de preparar ventajosamente al adolescente para el ejercicio de una profesión honrosa y lucrativa, que permitiera ahorrar para la vejez y educar holgadamente á la familia, amparándola además de la miseria, en caso de prematura muerte del jefe del hogar. La educación del corazón, que tanta

Biblioteca Nacional de España

importancia tiene para la felicidad, no entró nunca en sus miras. Consideraba al hombre como un instrumento de producción que había que adiestrar muy tempranamente para prevenir contingencias y percances. Sin duda amaba el saber por el saber; pero rendíale tributo sobre todo por el poder que á la sabiduría va unido. «El hombre, solía decir, cuanto más sabe más gana, y cuanto más gana más útil es á sí y á su familia.»

Tengo para mí que estas tendencias de mis padres no fueron originarias, sino adquiridas; eran adaptaciones ó equilibraciones excesivas, impuestas por el ambiente moral que rodeó su juventud. Ese fúnebre *temor á la pobreza*, representa á menudo el poso amargo que deja en el alma la lucha contra la miseria, la injusticia y el abandono.

En la esfera práctica, la citada concepción utilitaria y un tanto pesimista del mundo que mi padre había formado, produjo dos consecuencias: *el sobretrabajo* y *la economía más austera*. Mi pobre madre, ya muy económica y hacendosa de suyo, hacía increibles sacrificios para descartar todo gasto superfluo y adaptarse á aquel régimen de sabia pero exagerada previsión.

Lejos de mí la idea de criticar una conducta que permitió á mis padres adquirir el peculio necesario para trasladarse á Zaragoza, dar carrera á los hijos y crearse una posición, si no brillante y fastuosa, desahogada y libre de cuidados; pero es preciso reconocer que el espíritu de economía tiene límites trazados por la prudencia, límites que es harto arriesgado traspasar. El ahorro excesivo gravita rápidamente hacia la tacañería, cayendo en la exageración de reputar superfluo hasta lo necesario; destierra del hogar la alegría que brota comunmente de la satisfacción de mil inocentes bagatelas y poco onero-

Biblioteca Nacional de España

sos caprichos, así como de los gustos artísticos y hasta de las pequeñas vanidades del traje y del *confort;* impide la dilatación de vida en las libres y gratas expansiones del libro, del teatro, de la pintura ó de la música, que no son vicios, sino necesidades instintivas del joven, que no puede desatender toda buena y armónica educación; y en fin, relaja en la familia los lazos del amor, porque los hijos se acostumbran á mirar á sus padres como los perennes detentadores de la felicidad del presente. Añadamos aún, que nadie puede vivir teniendo constantemente delante de los ojos el espectro amenazador de la muerte; el hombre vive porque olvida que debe morir. Buena y santa es la previsión que se anticipa á los tristes sucesos y ampara á la prole de los posibles y aciagos reveses de la fortuna; mas no debe olvidarse que la vida sólo es tolerable en cuanto vale la pena de ser vivida, es decir, en el supuesto de que la balanza de la sensibilidad tenga el platillo del placer más cargado que el del dolor. No es lícito olvidar tampoco, que cada edad tiene sus goces como tiene su cruz, y que es triste regla de conducta sacrificar enteramente la dicha de la edad juvenil á los mustios y anodinos placeres de la ancianidad.

Confío en que el lector hallará natural que yo reaccionase obstinadamente contra un ideal tan triste de la vida, ideal que mataba en flor todas mis ilusiones de mozuelo y cortaba bruscamente los arranques de mi naciente fantasía. Ciertamente, sin el misterioso atractivo del fruto prohibido, las alas de la imaginación hubieran crecido, pero no hubieran llegado quizás á adquirir el desarrollo hipertrófico que alcanzaron. Descontento del mundo que me rodeaba, refugiéme dentro de mí. En el teatro de mi calenturienta fantasía, sustituí los seres vulgares que trabajan y economizan por hombres

Biblioteca Nacional de España

ideales y superiores, sin otra ocupación que la serena contemplación de la verdad y de la belleza. Y traduciendo mis ensueños al papel, teniendo por varita mágica mi lápiz, forjé un mundo á mi antojo, poblado de todas aquellas cosas que alimentaban mis ensueños. Paisajes dantescos, valles amenos y rientes, guerras asoladoras, héroes griegos y romanos, los grandes cataclismos de la historia... todo desfilaba por mi lápiz inquieto, que se detenía poco en las escenas de costumbres, en la copia del natural vulgar y en los tráfagos de la vida común. Eran mi especialidad los terribles episodios de la guerra; y así, en un santiamén, cubría una pared de barcos echados á pique, de náufragos aferrados á una tabla, de soldados antiguos cubiertos de brillantes arneses y coronados de artístico y empenachado yelmo, de catapultas, muros, fosos, caballos y jinetes.

Pocas veces dibujaba soldados modernos: hallábalos insignificantes, prosaicos, cargados con su mochila y manta que les presta aire de faquines, con su feo ros, triste parodia del antiguo y majestuoso yelmo, y con la corta y casi inofensiva bayoneta, especie de asador sin mango, caricatura ridícula de la elegante, artística y tajante espada.

Además, la guerra moderna, á tiro limpio, considerábala antiartística y cobarde. Pensaba yo que en ella no puede vencer ya el guerrero más gallardo, forzudo y arrogante, sino acaso el más sedentario y ruín que disparó su fusil desde un reparo y á mansalva. Antojábaseme semejante manera de combatir, más propia para echar á perder la raza humana que para mejorarla; una verdadera selección al revés. Las guerras antiguas eran mortíferas, pero eran siempre elegantes, y en ellas ceñían casi siempre el lauro los exquisitos artistas de la

Biblioteca Nacional de España

forma y del ritmo. Hoy el plomo enemigo alcanza á los corpulentos, forzudos y arrojados, y respeta á los pequeños, flojos y pusilánimes.—En adelante,—decía para mis adentros,—no triunfarán los griegos, sino los persas; el heroísmo desarmado será arrollado por la riqueza y el frío cálculo; el zorro desarmará al león, y aquellos hermosos atletas, lustre y prez de la especie humana, los Milones de Crotona cuyos poderosos brazos, endurecidos en mil combates gloriosos, fueron el escudo y el antemural de la patria, quedarán relegados á la triste y baja condición de los Hércules de feria!

De los asuntos guerreros pasaba al santoral. Pero cuando pintaba santos, prefería los de acción á los contemplativos, y sobre todo los de caballería, entre los cuales, según adivinará fácilmente el lector, gozaba de todas mis simpatías, el mío, es decir, Santiago apóstol, patrón de las Españas y terror de la morisma. Complacíame en representarlo tal como lo había contemplado en las estampas, ó sea galopando impávido sobre una parva de cadáveres de moros, la espada sangrienta en la diestra y el formidable escudo en la siniestra. ¡Con qué piadoso esmero iluminaba yo el yelmo con un poco de gutagamba y pasaba una raya azul por la espada, y me ensañaba en las barbas de mi santo, las cuales me salían largas, desgreñadas, borrascosas, cual suponía yo que debían ser las barbas de los apóstoles!

Una de las copias del apóstol Santiago, hecha en papel é iluminada con unos colores que pude añascar en la iglesia, fué causa de mi perdición, y de que mis aficiones artísticas tuvieran en mi padre, ya de suyo muy mal avenido con toda clase de inclinaciones estéticas, un enemigo declarado. Aburrido ya, sin duda, de quitarme lápices y dibujos, y viendo la ardiente vocación que yo

Biblioteca Nacional de España

por la pintura demostraba, decidió mi padre averiguar si aquellos *monos* tenían algún mérito y prometían para su autor las glorias de un Velázquez ó los fracasos de un Orbaneja. Y como no hubiese nadie en el pueblo suficientemente competente en achaques de dibujo, recurrió el autor de mis días á un cierto revocador forastero, llegado por aquellos tiempos á Ayerbe, cuyo cabildo le había contratado para enjalbegar y pintar las paredes de la iglesia, terriblemente averiadas y chamuscadas por un reciente incendio.

Llegados á presencia del Aristarco, desplegué yo tímidamente mi estampa; miróla y remiróla el pintor de brocha gorda, quien, después de mover significativamente la cabeza y de adoptar una actitud digna y solemne, exclamó:—¡Vaya un mamarracho! Ni esto es apóstol, ni la figura tiene proporciones, ni los paños son propios, ni los muros lo parecen, ni el chico será jamás un artista.

Estupefacto quedó mi padre y yo aterrado ante el terrible veredicto.—¿Pero de veras no tiene el chico aptitudes para el arte?, osó mi padre replicar.—Ninguna, amigo mío, contestó implacable el rascaparedes. ¿No ve usted, continuó, cuán falso es el color y cuán incorrecto el dibujo? Y dirigiéndose á mí, añadió:—Venga acá, señor pintamonas y repare usted en las manazas del apóstol, que parecen muestras de guantero; en la cortedad del cuerpo, en el cual las ocho cabezas prescritas por los cánones, han menguado á siete escasas y, en fin, fíjese en el caballo que parece arrancado de un tío vivo.

Yo no entendía una jota de cánones; pero veía disiparse como humo mis más caras ilusiones y me atreví á contestar tímidamente: que una figura copiada ó arreglada de malas estampas, no podía juzgarse con la severidad

Biblioteca Nacional de España

de un estudio del natural; pues ni yo había contemplado apóstoles, ni visto los arneses ni vestimentas de antiguos guerreros. Añadí que algunos de los defectos denunciados no me lo parecían del todo: así, un guerrero á caballo, no podía ser tan largo como puesto de pie. Y en cuanto á las manos ¿quería usted que las de un apóstol, acostumbrado á pegar recio y á empuñar formidable y pesada lanza, las tuviera tan pulcras, pequeñas, suaves y relamidas como una señorita? Y por lo que atañe al colorido, tiene usted razón; pero no habiendo yo podido proporcionarme otros colores que el bermellón, el ocre y ultramar que usted gasta en la iglesia, lo que usted debia hacer, antes que criticar mi paleta, es regalarme otra mejor surtida. Y para terminar, yo dudo mucho que usted sea un verdadero artista, ni siquiera persona medianamente discreta y razonable, pues de serlo, sabría usted excusar y mirar con benevolencia las incorrecciones en que forzosamente ha de caer un principiante de 9 años, que pinta sin maestros, por pura afición y cuya inexperiencia y falta de habilidad podrían ser corregidas con el estudio y el trabajo.

Pero el héroe del almazarrón y del albayalde, que era un bruto en todas las acepciones de la palabra, no hizo caso de mis alegatos y me desahució definitivamente. El silencio harto significativo de mis padres me dió á entender que todo estaba perdido. En efecto, el veredicto del mancha-paredes cayó en mi familia como el dictamen de una Academia de Bellas Artes; decidieron, por tanto, que yo renunciara á los devaneos del dibujo y me preparara para seguir la carrera de médico. En consecuencia, arreció la persecución contra mis pobres lápices, carbones y papeles, lo que me obligó á emplear todas las artes del disimulo para ocultarlos y ocultarme,

Biblioteca Nacional de España

cuando, arrastrado por mi pasión favorita, holgábame en la copia de toros, caballos, guerreros y paisajes.

Así comenzó entre mi familia y yo esa guerra sorda entre el deber y el querer; así surgió en mi padre la oposición obstinadísima contra una vocación tan claramente afirmada y definida; oposición que había de prolongarse aún diez ó doce años, y en la cual, si no naufragaron del todo mis gustos y tendencias artísticas, murieron definitivamente mis aspiraciones á ser pintor. ¡Adiós ambiciosos ensueños de gloria, ilusiones de futuras grandezas!

El que en sus locos transportes aspiraba á dibujar como Velázquez, á expresar la pasión como Rafael, sentir el color como Leonardo, Ticiano y Rembrandt, debía caer del alto pedestal de su ambición, arrastrarse para siempre en el polvo de lo vulgar, y resignarse á parar en prosaico, humilde y obscurísimo médico de lugar! ¡Era menester trocar la mágica paleta del pintor, en donde la luz juega como en la onda y en la nube, formando irisadas cascadas, la nacarada concha portadora del protoplasma fecundo en donde duermen en germen, como durmieron en la mente divina antes del *fiat lux*, mundos y soles, por la roñosa y prosaica bolsa de operaciones! ¡Era forzoso cambiar el mágico pincel, creador de la vida, por el cruel y sanguinario bisturí, que sortea la muerte; el tiento del pintor que semeja cetro de reyes, por el nudoso bastón de médico de aldea!

Tenía yo entonces un concepto extraordinario del arte y de los artistas. A mis ojos, el pintor genial, aparecía como un sér superior, estirpe de dioses, destinado á depurar la naturaleza de escorias y prosaísmos, de incongruencias y fealdades, y ocupado en crear un mundo ideal, superior al real, y más digno de su Creador. Pensaba, además, que el sacerdote del arte, el ministro de la

Biblioteca Nacional de España

belleza, estaba llamado á desempeñar una gran misión social; reconfortar las almas heridas en sus conflictos con la realidad; cautivar, commover y embellecer los corazones, mostrándoles el ideal de la virtud; esparcir la dicha por todas partes con la sublime y arrobadora emoción del arte, y poner, en fin, un poco de luz y alegría en el tenebroso camino por donde marcha la humanidad embrutecida por el trabajo y apesadumbrada por el dolor.

Mi educación literaria hacía, entretanto, débiles progresos. Iba á la escuela; pero en ella atendía poco y aprendía menos. En realidad, mi instrucción elemental era bastante buena, gracias á los cuidados y á las lecciones de mi padre, quien me retenía en el aula antes con la mira de sujetarme que con la de que me ilustrara. Esta conducta de mi padre era tanto más necesaria, supuesto mi carácter díscolo y muy dado á la vagancia, cuanto que él no podía vigilarme directamente; se lo impedía la numerosa visita del pueblo y, sobre todo, sus salidas frecuentes á los anejos de Linás, Riglos, Los Anguiles y Fontellas. Era preciso, pues, que la vigilancia asidua de mis pasos y la represión de mis desmanes, corriera á cargo del maestro y de mi madre, la cual, harto atareada con la crianza de los chicos pequeños y el gobierno del hogar, no podía consagrar á su primogénito toda la atención requerida. No es extraño, pues, que el diablo me tentara, haciéndome volver á las andadas. En cuanto la ocasión se presentaba, el grupo de los revoltosos de clase, hacíamos pimienta, celebrándola unas veces con peleas que armábamos en las afueras; otras explorando y escalando las ruinas del histórico castillo, en donde nos complacíamos en imitar, combatiendo con flechas, las batallas de los tiempos feudales; otras, en fin, engolfándonos en la

Biblioteca Nacional de España

vecina *sarda*, bosque secular de encinas, en donde pasábamos largas horas tirando flechazos á los pájaros y buscando nidos de *picaraza* (garza).

Por cierto que en este último entretenimiento me ocurrió, más de una vez, una dolorosa sorpresa: encaramado en la copa de una encina, ocupábame en explorar con mi mano el contenido de un nido de garza, cuando, después de tocar una cosa peluda y repugnante, saqué súbitamente la diestra ensangrentada y dolorida á puros mordiscos; era que una familia de ratas, que había hecho presa del nido y devorado los huevos, se revolvía furiosamente contra el intruso que venía á molestarles en la pacífica posesión de su rapiña.

A su regreso de los pueblos, mi padre se enteraba de las travesuras y algaradas de sus hijos, y, montando en cólera, sacudíanos una de esas palizas monumentales en las que no tenía rival, amén de increpar á mi pobre madre, cosa que sentíamos mucho, por lo que él llamaba sus descuidos y excesivas blanduras para con nosotros.

El anuncio de estas felpas paternas, las cuales, por lógica progresión y por sabia adaptación á la insensibilidad de nuestra piel, se iniciaron con vergajos y terminaron con trancas, tenazas y badilas, infundíanos verdadero terror; y así aconteció en alguna ocasión, que por evitar el cruel molimiento de huesos y la poco agradable *soboterapia* de carnes, nos escapábamos de casa, causando con ello honda pena á nuestra madre que, angustiada y atribulada, nos buscaba por todo el pueblo.

Recuerdo que, habiendo hecho mi hermano y yo pimienta una tarde, y sabedores de que alguien había ido con el soplo al autor de mis días, decidimos escaparnos á los montes, en donde permanecimos dos ó tres días, merodeando por los campos y alimentándonos de frutas

Biblioteca Nacional de España

y raíces; hasta que una noche, y cuando ya íbamos tomando gusto á la vida nómada y salvaje, mi padre, que nos buscaba por todos los escondrijos de la montaña, hallónos durmiendo tranquilamente en un horno de cal. Sacudiónos de lo lindo, atónos codo con codo, y en tan afrentosa figura, nos condujo al pueblo, en donde tuvimos que aguantar la rechifla de chicos y mujeres.

Eran las somantas ó tundas, según habrá colegido fácilmente el lector, el ordinario término de nuestras juergas; pero, en virtud de un proceso psicológico que no atino á comprender, las tundas nos escocían, pero no nos escarmentaban ni corregían. Mientras los cardenales de la piel estaban frescos, guardábamonos muy bien de reincidir; pero con la cicatrización cutánea borrábase el recuerdo del dolor, y olvidábamos el propósito de la enmienda. Y es que los impulsos naturales son un resorte capaz de doblarse, pero no de romperse. Contrariados en nuestros gustos, privados del placer de campar á nuestras anchas por breñas y barrancos, á fin de ejercitar ora el lápiz del dibujante, ora la flecha del guerrero, ya, en fin, la red del naturalista, no por eso nos volvíamos aplicados, sumisos y diligentes en la escuela. Todo se reducía á variar el teatro de nuestras hazañas: las copias del paisaje se convertían en caricaturas del maestro; las pedreas al aire libre se transformaron en escaramuzas de banco á banco, en las cuales servían de proyectiles, papelitos, tronchos, acerolas, garbanzos y judías; y, en fin, el álbum del dibujante que en clase hubiera sido contrabando imposible, estaba representado por las anchas márgenes del Fleuri, que se cubrían de garambainas, fantasías y muñecos, alusivos unos al piadoso texto, otros harto irreverentes y profanos.

Triste es confesarlo; pero la ingenuidad me obliga á

Biblioteca Nacional de España

decir que los castigos violentos que nos imponían de continuo, sin corregir nuestra contumacia, servían para que miráramos á nuestros padres con un temor creciente, y para que, por reacción orgánica natural contra el dolor físico, se estableciera en la piel esa progresiva anestesia —especie de *modus vivendi* entre el cañón y la coraza— con que la obstinación se defiende del castigo y aplaza indefinidamente la enmienda.

En la escuela, mis caricaturas, alborotos y chocarrerías volvían loco al maestro, que, más de una vez, recurrió, para intimidarme, á la pena del calabozo, es decir, al encierro en un cuarto obscuro, plagado de ratones, por el que los chicos sentían supersticioso temor y yo miraba como un lugar de recreo y esparcimiento, pues en él hallaba la calma y recogimiento necesarios para meditar mis travesuras del día siguiente. Allí, en las negruras de la cárcel escolar, sin más luz que la penosamente filtrada á través de los agujeros de un ventano desvencijado, tuve la suerte de hacer un descubrimiento físico, estupendo, que yo, en mi candorosa ignorancia, creía completamente nuevo. Aludo á la cámara obscura, mal llamada de Porta, toda vez que su descubridor fué Leonardo de Vinci.

Hé aquí mi observación: El ventano cerrado de mi prisión daba á la plaza, y noté con asombro que la luz que por uno de sus resquicios se filtraba, proyectaba en la pared de mi cárcel, cabeza abajo y con sus naturales colores, las casas situadas enfrente, así como las personas y caballerías que discurrían por la carretera. Ensanché el agujero y advertí que las figuras se hacían vagas y nebulosas; achiqué la brecha del ventano sirviéndome de papeles pegados con saliva, y observé, lleno de satisfacción, que, conforme la abertura menguaba, el vigor y

Biblioteca Nacional de España

detalle de las figuras crecía. De todo lo cual saqué en consecuencia que la luz, cuando pasa por un orificio angosto y penetra en un cuarto obscuro, pinta la imagen y los objetos de que procede. Y sacando partido de mi descubrimiento, entreteníame en calcar sobre papel aquellas vivas y brillantes imágenes que parecían consolar, como una caricia, las soledades de mi cárcel.

—¿Qué me importa—pensaba yo—carecer de libertad? No puedo visitar el mundo, pero en compensación viene el mundo á visitarme á mí: todos estos fantasmas, estampados en la pared, son fiel trasunto de la realidad y valen más que ella, porque se hallan limpios de las miserias, crueldades y asechanzas, que tan peligrosos y antipáticos hacen á los hombres de carne y hueso. Yo asisto á los juegos de los chicos, sigo sus correrías, me entero de sus competencias, apuesto por los mejores, y gozo, en fin, lo mismo que si tomara parte en sus diversiones.

¡Qué felicidad sería convertirse en mero expectador del mundo, en vez de ser actor y expectador á la vez! Porque es preciso confesar que nuestras desgracias dimanan casi siempre de la acción. ¡Qué dicha contemplar los hombres á la manera como el astrónomo observa los astros, sin intervenir para nada en la dinámica de las voluntades, ni turbar trayectorias marcadas por el ciego destino! ¡Así debe contemplar Dios á los hombres desde el alto Empíreo! Ellos siguen los tortuosos caminos de la codicia y del egoísmo, confiados en que nadie les observa, que sus pensamientos no serán escudriñados y pesados; y no sospechan que el autor de la Creación tiene también su cámara obscura, tendida allá en las negruras del espacio, en cuyo fondo infinito, proyectados por algún astro colosal y cristalino, especie de lente gigantesca, ve Dios las imágenes de todos los fenómenos del

Biblioteca Nacional de España

Cosmos, desde el girar de los mundos hasta el palpitar de los átomos, desde la lenta contracción del infusorio perdido en los senos del mar hasta el centelleo de la idea que brilló un momento en el cerebro del hombre. Si no fuera irreverencia hablar de la retina de Dios, si fuera lícito imaginar materialidad en los medios con que el Alma del mundo asiste á la evolución de las cosas, diríamos que el ojo divino posee una retina tan vasta, que puede recibir la imagen total del Cosmos, una acuidad visual tan exquisita, que alcanza á distinguir hasta el átomo, y una tan poderosa capacidad para la apreciación de la profundidad, que ve por transparencia, con su tamaño natural y con su relieve propio, desde los mundos más próximos hasta las más remotas nebulosas!

Yo estaba ufano con mi descubrimiento, y cada día tomaba más apego á mi reino de las sombras. Pero tuve la debilidad de comunicar mi hallazgo á los amigos, y éstos me desilusionaron amargamente al decirme que dicho fenómeno no tenía importancia, por ser *cosa natural* y como juego que hace la luz al entrar en los cuartos obscuros; y en fin, que en su sentir las citadas sombras chinescas, repetidas veces observadas por ellos, no servían de nada ni merecían la atención que yo les había consagrado.

¡Cuántos descubrimientos se han realizado así, como el mío de la cámara obscura, perdiéndose para siempre, por creer sus autores que eran *cosas naturales y corrientes,* indignas de estudio y meditación! ¡Cuántos sabios alcanzaron gloria y fueron considerados como bienhechores de la humanidad, sólo porque se dignaron detenerse un poco ante los fenómenos, sacudiendo esa inercia del espíritu, esa *inadmirabilidad* propia de los hombres vulgares delante de los hechos más sorprendentes!

Biblioteca Nacional de España

Gusta el vulgo de alimentar su fantasía con narraciones estupendas, lances imposibles y milagros extraordinarios, y desdeña por vulgar, monótono y prosaico el mundo que le rodea, sin sospechar que en este mundo tan grosero, todo es milagro y maravilla. Todos podemos convertir el sainetón, gris, fastidioso y casero que en torno nuestro se representa, en un interesante teatro de alta magia, por cuyo escenario desfilen, en buen orden, hadas y gnomos, gigantes y monstruos, ángeles y diablos, castillos de oro y de diamantes, princesas que paran en cenicientas y cenicientas que suben á reinas. Para operar tan maravillosa metamorfosis, no hay sino hacer uso de una varilla mágica y de un talismán puestos por Dios en el alma: llámase la una *atención* y el otro *reflexión*.

Por lo demás, he dicho ya que mi flamante descubrimiento físico, no podía granjearme los honores de la prioridad. Dos siglos antes que yo habíalo publicado ya el gran Leonardo, que fué, no sólo un gran pintor, sino un físico ilustre; de presumir es también, que antes que él, otros muchos hombres sorprendieron, aunque no publicaron, el interesante y sorprendente fenómeno. Tengo para mí que el famoso y filosófico símil, llamado de *las sombras de la caverna*, imaginado por el divino Platón, implica también un conocimiento más ó menos preciso de la cámara obscura.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

Mi ida á Jaca.—El latín y los dómines.—El régimen de las gachas.—Retorno á los devaneos artísticos.

Corría el año 61, y hallándome próximo á cumplir los 10 de mi edad, que era la marcada para ingresar en la segunda enseñanza, decidió mi padre llevarme á estudiar el bachillerato á Jaca, cuyos padres escolapios era fama que enseñaban muy bien el latín y educaban y domaban á maravilla los caracteres díscolos y tornadizos. Tratada la cuestión en familia, opuse algunos tímidos reparos: dije á mi padre que, sintiendo decidida vocación por la pintura, prefería yo ir á Huesca ó á Zaragoza, ciudades donde había escuelas de dibujo y en cuyos Institutos podía cursar también, si se me consentía, aquellas disciplinas científicas y literarias que contribuyen poderosamente á la cultura del pintor y á la pureza y refinamiento del gusto artístico. Añadí que no me agradaba la medicina, ni esperaba, dados mis gustos é inclinaciones, cobrar afición al latín; de que se seguiría perder el tiempo y el dinero y aumen-

Biblioteca Nacional de España

tar, en el supuesto de que llegase al final de mi carrera, el número de médicos malos con uno peor, disminuyendo acaso la lista de los artistas estimables.

Pero mi padre no atendió mis observaciones. Parecía no creer en mi vocación, que tomaba acaso por veleidoso capricho de muchacho vicioso y antojadizo; fuera de que, desde la referida desautorización del famoso y aborrecido rascatabiques, mostrábase muy escéptico en lo tocante á mis aptitudes y disposiciones para la pintura.

Dejo ya consignado más atrás que mi padre, dotado de un cerebro bien organizado, carecía casi por completo de la nota del sentimiento; á lo que se agregaba todavía un concepto mezquino y equivocado del arte, considerado como profesión social. En su sentir, la pintura, la escultura, la música, hasta la literatura, no eran modos formales de vivir, sino ocupaciones azarosas, irregulares, propias de gandules y de gente bohemla y trashumante, y cuyo término fatal é inevitable, no podía ser otro que la pobreza y la desconsideración social. Cabeza positiva, entendimiento severo, en el cual no tenían puesto de honor sino los conocimientos útiles, mi padre estimaba la obsesión artística de algunos jóvenes, como una perturbación febril y pasajera, especie de enfermedad de crecimiento revelada por varios síntomas graves, á saber: la tendencia al fausto y al regalo, la aversión á la ciencia y al trabajo fecundo, y la indisciplina de la voluntad.

Para persuadirme y traerme á lo que él consideraba como buen camino, contábame historias de conocidos suyos, artistas fracasados, pintores de historia con demasiada historia y poco dinero; de literatos que se criaban para genios y cayeron en miserables gacetilleros ó en famélicos secretarios de Ayuntamiento de pue-

Biblioteca Nacional de España

blo; de músicos educados para emular á Bethoven y Mozart que pararon en derrotados, obscuros y mugrientos organistas de villorrio. Como última razón y á guisa de consuelo, me decía que, cuando fuera médico, es decir, á los 21 años de edad, y mi situación económica estuviese asegurada, podría divagar cuanto quisiese por las regiones sublimes del arte; pero entretanto su deber era proporcionarme un modo de vivir honesto y seguro, que me pusiera al abrigo de la miseria.

No era mi padre de los que, una vez tomada una resolución, vuelven sobre ella, y menos por las razones alegadas por sus hijos. Debí, por tanto, someterme y prepararme á la odisea de disgustos que me esperaba.

En los días siguientes, que eran los postreros de Septiembre, escribió mi padre á Jaca, anunciando á unos parientes tejedores, tan honrados como humildes, la decisión tomada, y su deseo de que recibiesen á su hijo en concepto de pupilo durante el tiempo que le durasen los estudios. La contestación fué afirmativa, como era de suponer dado el parentesco de mi tío Juan (este era el nombre de mi futuro patrón) y las obligaciones que para con mi padre tenía.

Mi excelente tío Juan, hermano de mi madre, era un hábil tejedor de Jaca, en donde gozaba honrosa fama de laborioso y de hombre cabal. Pero su situación económica, años antes desahogada, había sufrido recientes reveses, á los que vinieron todavía á añadirse la muerte de su mujer y la escapatoria del hijo mayor, brazo derecho del taller y amparo del anciano. Estas desgracias de familia le obligaron á contraer algunas deudas, siendo mi padre el principal, aunque desinteresado acreedor.

Cuento estos detalles para que se comprenda mejor mi especial situación en casa de mi tío. Deseoso mi padre

Biblioteca Nacional de España

de reintegrarse lo prestado, convino con mi pariente en pagar á éste un pequeño estipendio mensual por el hospedaje, destinando otra parte del importe de éste á enjugar la deuda.

Con tan singular procedimiento de cobro, cometióse un grave error; porque si bien la calidad del parentesco y la honradez de mis patrones, alejaba toda sospecha de malos tratos, era imposible que mi tío, escaso de recursos, y no muy bien de salud para trabajar, se sacrificara para procurar á su sobrino, sin compensaciones pecuniarias suficientes, una alimentación y un regalo que para él los quisiera.

Dispuesto todo para la partida, despedíme con sentimiento de mis amigos, compañeros de tantas travesuras y desmanes, dije adiós al maestro á quien tanto había hecho rabiar, y una hermosa mañana de Septiembre púseme en viaje.

Mi padre, que quiso acompañarme hasta Jaca, escogió como vehículo el carro del ordinario, en el cual y cubriendo el equipaje, habíase extendido un colchón para que sirviera de cómodo asiento á los viajeros. Yo me instalé junto á las lanzas del carro á fin de explorar cómodamente el paisaje.

Las dos primeras horas del viaje transcurrieron lentas y tristes. Era la primera vez que abandonaba el hogar y una impresión de vaga melancolía embargaba mi ánimo. Pensaba en los tiernos abrazos con que mi madre se despidió de su hijo, en las lágrimas conmovedoras que inundaron sus ojos al arrancarme á sus caricias, y en los prudentes consejos con que procuró inculcarme, hasta los últimos instantes, el cariño y obediencia á mis tíos y el respeto y veneración á mis futuros maestros.

Poco á poco fué cediendo mi tristeza; el instinto de lo

Biblioteca Nacional de España

pintoresco se sobrepuso á mi languidez; la curiosidad que espoleaba mis ojos vueltos hacia las márgenes del tortuoso y accidentado camino, fué extinguiendo la penosa vibración de mis recuerdos.

El camino, algo monótono desde Ayerbe á Murillo, se hace muy interesante desde esta población hasta Jaca. Durante gran parte del trayecto, la carretera serpentea por las orillas del Gállego, cuyas rápidas corrientes marchan, en unos puntos, someras y desparramadas, mientras que en otros se concentran y precipitan tumultuosamente por entre rocas gigantes, labrando profundas gargantas y canales.

Yo no me cansaba de admirar los mil detalles pintorescos que cada recodo del camino y cada altura penosamente ganada permitía descubrir. Entre otros panoramas sorprendentes, quedaron profundamente grabados en mi retina: los gigantes y estupendos *mallos* de Riglos, que semejan las rotas columnas de un palacio de titanes; las altísimas rocas de Lapeña que amenazan desgajarse sobre el pueblo, al pie del cual corre, embutido en profundísimo canal, el rumoroso Gállego; el elevado y sombrío monte Pano, que asoma su formidable cabeza por Occidente, no lejos de Anzánigo; y por último, la roja y colosal cimera del fantástico Uruel, que domina el valle de Jaca, y semeja centinela avanzado que guarda la entrada de la melancólica ciudad del Aragón.

Mi natural curiosidad se exaltaba en presencia de tan hermosas perspectivas; y así no cesaba de pedir á mi padre, que conocía á palmos el terreno, noticias detalladas sobre los ríos, aldeas y montañas por cuyas inmediaciones pasábamos. No sólo satisfizo mi curiosidad, sino que me contó multitud de episodios de su juventud enlazados con aquellos lugares, y algunas anécdotas y sucesos

Biblioteca Nacional de España

históricos, de que las orillas del Gállego habían sido teatro en la nefasta época de la primera guerra civil.

Llegados á Jaca é instalados en casa de mi tío, fué la primera providencia de mi padre presentarme á los reverendos Escolapios, á quienes me recomendó eficazmente, encargándoles que vigilaran severamente mi conducta y me castigaran sin contemplaciones en cuanto diera

Panorama de Jaca. Vista desde el camino de Biescas.

para ello el menor motivo. Poco después sufrí el examen de ingreso, que satisfizo plenamente á los frailes; fué tan lisonjero el éxito, que me consideraron como el alumno mejor preparado para la segunda enseñanza.

Tranquilo ya por el buen giro que tomaban las cosas, y esperanzado de que yo pagaría con una aplicación nunca desmentida los afanes y los sacrificios que se im-

Biblioteca Nacional de España

ponía al costearme una carrera, regresó mi padre á Ayerbe y yo me quedé entregado á mi propia voluntad.

He dicho ya que mi tío era muy anciano y estaba achacoso; vivía casi sin familia, pues de sus dos hijos sólo el pequeño, mi primo Timoteo, á la sazón aprendiz en una fábrica de chocolate, le acompañaba. Absorbido en su telar, cuidaba poco de la casa, que abandonaba al manejo de una vieja criada, tan opulenta de carnes como sobria de aseo. Los conocimientos culinarios de esta buena mujer no podían ser más sumarios ni mejor encaminados á evitar el despilfarro y la indisgestión.

Las coles, nabos y patatas constituían los platos fundamentales y de resistencia; rara vez se comía carne, pero en justa compensación abundaban las gachas de maíz, llamadas allí *farinetas*, que era una bendición. Días hubo que nos sirvió tres veces gachas, y á fin de evitar la monotonía, nuestra patrona, que no carecía de imaginativa, dió en la flor de asar las *farinetas* sobrantes del almuerzo, con cuyo ingenioso arbitrio convirtióse el engrudo de maíz en un plato nuevo, tan original como vistoso, el cual podía pasar, con algo de buena voluntad, por un aristocrático *pudding*.

Los días de fiesta nos reservaba la patrona una grata sorpresa: añadía generosamente á las plebeyas gachas algunos aristocráticos chicharrones. ¡Eran de ver los extremos de dolor que hacíamos mi primo y yo cuando la ciega lotería del cucharón nos agraciaba con sólo un premio, reservando casi todos los tropezones para otros más afortunados comensales! Y cuando la suerte me favorecía ¡con cuánto embeleso contemplaba los chicharrones desprendidos de su ganga de engrudo, reunidos en un lado del tosco mortero, y con qué ansia esperaba el supremo momento del saboreo final!

Biblioteca Nacional de España

Hambre, sin embargo, no pasábamos. Cuando nuestro estómago, poco satisfecho del régimen vegetariano, exigía compensaciones, no nos faltaban provisiones supletorias: el granero nos brindaba con montones de rojas y sabrosísimas manzanas, y la despensa convidábanos también con un plato tan fácil como sabroso, es decir, con un puré de patatas al natural, que confeccionábamos asando estos tubérculos sobre el rescoldo y adobando la amarilla y jugosa miga con unos granos de sal y unas gotas de vinagre.

Merced al régimen de las farinetas y á los ayunos de que más adelante hablaré, quedé hecho un espárrago. Hasta mis facultades mentales menguaron mucho, por aquello de que si «buenas tripas llevan corazón», las malas tripas no llevan corazón ni cerebro. Tengo para mí que el engrudo de maíz se me subió á la cabeza y ocupó el lugar de los sesos; pues, según veremos luego, los buenos de los frailes se vieron y se desearon para imprimir en ellos algunos pocos latines.

Bromas aparte, bien pronto conocí que nada hay capaz de reemplazar la tierna afección y los previsores cuidados de la madre. Ella es la providencia del niño y su verdadero ángel custodio. Sólo la madre sabe ordenar, porque sólo ella manda en nombre del amor; ella no más posee el secreto de convertir en suave y penetrante sugestión, antes aceptada que sentida, la admonición severa y la justa reprimenda. En fin, sólo la madre está dispensada de razonar sus órdenes: el niño las acata sin pedir los motivos, porque para creer que son buenas bástale saber que son suyas.

Bien diversamente suele proceder el adolescente con los mandatos de los extraños, cuando, según suele ocurrir, éstos ordenan con acritud, ó por mero formalismo y

Biblioteca Nacional de España

como ocupación enfadosa y rutinaria. Acostumbrado el niño á asociar íntimamente la intención y el afecto, le edifican muy poco las secas y agrias reprensiones de curadores y maestros; porque á los ojos del joven el despego, la desafección y el mal humor desautorizan los más atinados consejos, que adquieren, en virtud del citado fenómeno de asociación, colorido de tiranía y sabor de injusticia.

No sabría decir yo si el vacío de afecciones y la excesiva sequedad de mis maestros exacerbaron mis rebeldías nativas y me hicieron olvidar promesas sagradas. Algo debieron influir quizás; imagino, sin embargo, que no fueron la condición única de mis ulteriores extravíos. La loca de la casa con que mi padre no había contado, es decir, la imaginación, que de día en día iba exaltándose, á pesar del régimen enervante de las gachas asadas y de las patatas cocidas, fué sin duda el principal responsable de mi desaplicación.

Retoñaron, pues, vigorosamente mis delirios artísticos, que hallaron en el espectáculo de una naturaleza espléndida y romántica un terreno abonadísimo para su desarrollo. Cobré odio á la gramática latina, en donde no veía sino un turbión de palabras exóticas é inútiles, y un chaparrón de reglas desautorizadas por infinitas excepciones, que había que meter en la cabeza, quieras que no, á la manera del clavo en la madera, es decir, á martillazo limpio. Desazonábame también esa aridez mortal del estilo didáctico, desnudo de galas y atavíos, refractario al razonamiento y á la memoria, y comparable á una carretera polvorienta larguísima, sin márgenes floridas ni panoromas vistosos, especie de tunel abierto en cordillera.

Con la citada antipatía hacia la gramática, inauguróse

Biblioteca Nacional de España

en mí esa lucha sorda y tenaz entre el cerebro y el libro, en la cual, conforme ocurre en todos los conflictos entre lo vivo y lo muerto, pierde siempre lo muerto, es decir, el libro, sin ganar nada el cerebro; porque de los sabios y enjutos preceptos del texto pocos ó ningunos hieren el alma; pero en cambio las divagaciones y ensueños de ésta entran á saco, sin compasión, en las páginas de aquél, cuyas cándidas márgenes son asaltadas por una vegetación lujuriosa de versos, de paisajes, de episodios guerreros y de regocijadas caricaturas.

Mi gramática, vencida en esta batalla, transformóse rápidamente en álbum, donde mi inquieta fantasía depositaba diariamente el fruto de sus estrafalarios caprichos. Por desgracia, las márgenes del libro resultaban harto angostas para contener holgadamente todas mis alegres *escapadas al ideal*, como diría Zola; y así, más de una vez, desconsolado por la falta de espacio, exclamaba en mis adentros—¡lástima de gramática que no fuera todo márgenes!

Pero si mi Nebrija no servía para aprender, aprovechaba en cambio para divertirnos; y así, en cuanto llegaba yo á clase, rodeábanme los golosos de mi texto, que corría de mano en mano y era más zarandeado y sobado que rueda de barquillero.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

El padre Jacinto mi dómine de latín. – Cartagineses y romanos. – El régimen del terror. – Mi aversión al estudio. – Exaltación de mi fiebre artística y romántica. – El río Aragón símbolo de un pueblo.

No trato de disculpar mis yerros. Confieso paladinamente que el mal éxito de mis estudios debe imputarse, desde luego, á mi desatención sistemática á las enseñanzas de los dómines, y á las tendencias exclusivamente artísticas de mi espíritu. Mi cuerpo llenaba un lugar en las aulas, pero mi alma vagaba continuamente por los espacios imaginarios. En vano los enérgicos apóstrofes del profesor, acompañados de algún furibundo correazo, me llamaban á la realidad y pugnaban por arrancarme á mis distracciones; los golpes sonaban en mi cabeza como aldabonazo en casa desierta.

Pero hecha esta confesión, séame lícito declarar también que mi desdén por el estudio, fué en gran parte motivado por el desacertado sistema de enseñanza y por los procedimientos de estímulo y castigo, harto crueles é injustos, usados por los padres escolapios.

Biblioteca Nacional de España

Como único método pedagógico reinaba allí el *memorismo* puro, es decir, la cultura intensiva de la retentiva. Preocupábanse de crear cabezas almacenes, y cabezas fonógrafos, en lugar de cabezas de hombre; tratábase no más de que el niño aprendiese de coro y recitase con gran viveza y seguridad cuanto en el libro se contiene. Desarrollar la inteligencia, crear una individualidad mental, consentir que el alumno, sacrificando la letra al espíritu, se permitiera cambiar la forma de los enunciados... eso ni por pienso. Allí, como ocurre todavía hoy en muchas aulas, sabía solamente la lección... quien la recitaba fonográficamente, es decir, disparándola en chorro continuo y con gran viveza y fidelidad; no la sabía y era, por ende, severamente castigado, aquél á quien se le paraba un momento el chorro, ó le desafinaba un poco el cilindro fonográfico, ó el que cambiaba el orden de los enunciados, ó acaso, por flaqueza de memoria, se permitía una modificación inocente en los términos.

A guisa de estimulantes heroicos de los tardos, de aquellos cuyos brazos fatigados se resistían á dar vueltas al organillo, estropeándoseles bien la melodía del *musa musae,* bien el vals del *quis vel quid;* empleábanse en lugar de los inocentes palitos de pasa aconsejados para aliviar la memoria, el puntero, la correa, las disciplinas, los encierros, los reyes de gallos y otros medios coercitivos y afrentosos.

Como se ve, el viejo adagio *la letra con sangre entra,* reinaba entre aquellos buenos padres sin oposición; y lo singular del caso era que la sangre salía, pero la letra no entraba por ninguna parte. En cambio penetraba en nosotros una aversión al latín y un odio á los maestros, que nada bueno prometía.

Cometería grave injusticia si dijera que todos los frai-

Biblioteca Nacional de España

les aplicaban, con igual rigor, el citado principio; los había también humanos y hasta cariñosos y simpáticos. Pero yo no tuve la dicha de alcanzarlos, porque regentaban asignaturas de los últimos cursos y yo abandoné la escuela calasancia en el segundo.

Obedeciendo sin duda á la regla del *perfecto amolador*, que consiste en hacer la primera afiladura del cuchillo con la piedra de asperón más basta, para acabar de repasarlo con las más finas y suaves, el claustro de Jaca encargó muy sabiamente la amoladura de los alumnos del primer año, al más áspero desbravador de inteligencias.

Tocónos, en efecto, á los pobretes del primer curso de latín, el más cruel de todos los frailes, un tal padre Jacinto, natural de Egea, hombre de grandes bríos, de complexión recia, aventajadísimo en la alzada y fortísimo de puños. Su voz corpulenta y estentórea atronaba la clase y sonaba en nuestros oídos como el rugido del león. Bajo el poder de este Herodes, caímos unos 40 infelices niños, llegados de distintos pueblos de la montaña, y nostálgicos aún de las caricias maternales.

Ya desde la primera conferencia, en que planteó muy expresivamente su sistema de enseñanza y nos anunció la implacable severidad de sus castigos, comprendimos que las tiernas y suaves reconvenciones maternas no iban á tener en el padre Jacinto un entusiasta continuador.

Dividiónos en dos bandos ó grupos, llamados de *cartagineses y romanos*, según rezaban unos letreros puestos en alto en cada lado del aula. Tocóme en suerte ser *cartaginés*, y acredité bien pronto el nombre según lo que me zurraba Scipión, quiero decir el padre Jacinto, que era capaz él solo de acabar con todos los cartagineses y romanos. Para mí, pues, todos los días se tomaba

Biblioteca Nacional de España

Cartago sin que llegasen nunca los triunfos de Aníbal y menos aún las delicias de Capua.

Acobardados por aquel régimen de terror, entrábamos en clase temblando, y en cuanto comenzaban las conferencias, sentíamos un pavor tal, que no dábamos pie con bola. ¡Pobre del que se trabucaba en la conjugación de un verbo ó del que se caía en la declinación del *quinam*, *quaenam*, *quodnam* ó del no menos estrafalario *quicumque!* Los correazos caían sobre él como lluvia torrencial, aturdiéndole de cada vez más y paralizando sus facultades á impulsos del temor y de la emoción.

¡Cuántas veces, caído á los pies de mi verdugo, que blandía amenazadora su potente correa, maldije de los bárbaros del Norte, que no supieron acabar con el latín como acabaron con los latinos! Ello hubiera sido fatal para la cultura humana, pero nosotros habríamos vivido tranquilos, y el padre Jacinto no habría malogrado una vocación que le designaba irresistiblemente para sargento furriel.

Al salir de clase, nuestras caras irradiaban un júbilo inmenso, como quien acaba de librarse de una gran desgracia, sin considerar ¡pobretes! que al día siguiente debía reanudarse la tortura, entregando nuevamente nuestras muñecas, no bien deshinchadas aún de los bergantes del día anterior, á la terrible correa del dómine.

Como se ve, el padre Jacinto, nuestro preceptor de latín, tenía una singular manera de despejar las cabezas: aturdiéndolas á palos y mojicones. Consideraba, sin duda, á los niños como árboles cuyo fruto debía caer á puras sacudidas y golpes. En vez de proceder como el verdadero escultor de almas, modelando suave y pacientemente la estatua de la inteligencia con el buril de la

Biblioteca Nacional de España

razón, pretendía labrarla á puntapiés y puñetazos. Y así salía ello!

El educador que comienza demasiado pronto á castigar, corre el riesgo de no acabar jamás de castigar. El empleo exclusivo de la violencia, sin las prudentes alternativas de la bondad, de la indulgencia y aun del halago, embota rápidamente la sensibilidad física y moral y mata en el niño todo resto de pundonor y de dignidad personal. A fuerza de oirse llamar torpe, acaba por creer que lo es, é imagina que su torpeza carece de remedio. Tal me ocurrió á mí y á muchos de mis camaradas. Insultados, azotados y vejados desde los primeros días, y viendo que era casi imposible evitar aquella furiosa racha de malos tratos, puesto que se renovaba por la más pequeña falta, hubimos de aceptar filosóficamente nuestro papel de pigres y de víctimas, buscando nuestro remedio en la acomodación al castigo, y creyendo que la mejor manera de vengarnos del profesor, era hacer lo contrario de lo que aconsejaba y quería.

Aparte de mis distracciones, tenía yo un defecto fatal que todavía conservo: mi retentiva verbal era algo tarda; faltábame esa viveza y limpidez de expresión propia de los temperamentos oratorios. Y para colmo de desgracia, esta lentitud se exageraba enormemente con la emoción. En cambio, mi memoria de ideas, sin ser notable, era bastante aceptable y no del todo obtusa mi comprensión. Mi padre, buen psicólogo á su manera, había ya reparado en ello; por lo cual solía prevenir á mis preceptores, diciéndoles:—Tengan ustedes cuidado con el chico. De concepto lo aprenderá todo, pero no le exijan ustedes las lecciones al pie de la letra, porque es tardo de memoria y corto y encogido de expresión. Discúlpenle ustedes si en las definiciones cambia palabras, empleando voces

Biblioteca Nacional de España

menos propias. Déjenle explicarse que él se explicará.— Desgraciadamente ningún profesor tuvo en cuenta tan prudentes advertencias; jamás aguardaron á que me explicase!

Todo el mal nace de que el maestro debía ser, como dice muy bien Herbert Spencer, un gran psicólogo, y no es otra cosa, por punto general, que un recitador torpe y rutinario. Enseñado á ser mero portavoz de la tradición y simple receptáculo de ideas y de frases hechas, propende, por ley de herencia, á ejecutar en sus discípulos la mala obra que sus maestros le hicieron. Y al hablar así aludimos no sólo á nuestros maestros de Jaca, sino á la mayoría de nuestros institutos docentes, cuyo designio parece haber sido siempre matar la espontaneidad del alma española.

Después de todo, fuerza es confesar que estos rutinarios de la enseñanza obran con severa lógica. Convencidos sinceramente de que todas las direcciones del pensamiento fueron agotadas en el pasado, y de que ellos son los únicos depositarios de la verdad, tanto en el orden especulativo como en el práctico, proceden con gran consecuencia al imponer el dogmatismo en los dominios de la especulación y el memorismo en la esfera literaria, gramatical y científica.

Corolario de esta doctrina pedagógica es un desdichado criterio de evaluación de las aptitudes. Consiste en estimar como cualidades positivas y dignas de loa, la sugestibilidad, la inercia mental y el automatismo nervioso; y como atributos negativos que piden censura y vituperio, la espontaneidad del pensamiento y el espíritu crítico.

El ideal de estos educadores chapados á la antigua, es crear autómatas perfectos, hombres de barro en cuya

Biblioteca Nacional de España

cabeza vacía retumbe solamente la voz de los muertos.

¡Gran satisfacción, insigne triunfo, si en sus trabajos de limpia y monda de las cabezas juveniles, logran descartar todo germen de espontaneidad y rebeldía, si consiguen convertir el cerebro en un páramo donde no vegeten más pensamientos que los estólidos y rutinarios sembrados en el aula! ¡Y triunfo doblado si la sugestión se hace carne en el cerebro, si se organiza é incrusta como un esqueleto anquilosado, si el sistema religioso, filosófico ó político inoculado, llega á tener el carácter de una construcción ciclópea, capaz de arrostrar inmoble los asaltos reiterados de la duda y las acometidas de la lógica más penetrante y acerada!

No es, pues, de extrañar, que los educadores de este jaez truequen á menudo los frenos, al apreciar la disposición de sus discípulos, tomando la viveza por despejo, la retentiva por el ingenio, la pasividad por la virtud, la velocidad por la fuerza.

No he de negar yo, ciertamente, que la agilidad de la palabra y la retentiva tenaz y pronta, se asocian, á menudo, á un entendimiento privilegiado; es más, estimo que no hay talento superior que no nutra sus raíces en el terreno de una buena memoria; pero, conforme la experiencia acredita, es también frecuente hallar divorciadas ambas facultades, y aun desenvueltas en proporción inversa; circunstancia que no se escapó á nuestro Huarte, el cual, en su *Examen de ingenios*, hace notar ya que los jóvenes dotados de gran retentiva y que aprenden fácilmente los idiomas, suelen gozar de un mediano entendimiento para las ciencias y la filosofía.

En una clase cuyo profesor tenga como norma de juicio el citado proceder de evaluación, puede ocurrir que las mejores inteligencias ocupen los primeros puestos;

Biblioteca Nacional de España

empero sucederá más frecuente aún que los puestos de honor sean alcanzados por las cabezas de organización más sencilla, por los cerebros memoriosos cuyo automatismo se despierta rápidamente, como el mecanismo de una caja de música al menor impulso del manubrio. En estas cabezas mecánicas, la idea evocada por la interrogación, surge aislada, rotunda, en el campo de la conciencia, traduciéndose instantáneamente en reacciones verbales, sin que la corriente inicial sufra dispersiones ni retardos, ni medie más tiempo entre el aldabonazo de la demanda y la traca verbal de la respuesta, que el transcurrido entre la acción del manipulador del telégrafo y la recepción del despacho.

Semejante modo de juzgar de la capacidad de los niños, no es achaque exclusivo de ciertas corporaciones; hállasele también, aunque no con tanta frecuencia, en muchas aulas oficiales. En los escolapios de Jaca, donde imperaba sin atenuaciones, contribuyó poderosamente á la indiferencia y dejadez de la mayoría de los alumnos. Las cabezas tardas eran sistemáticamente sacrificadas á las rápidas, para las cuales trabajaba exclusivamente el profesor; y mientras los papagayos y chorlitos eran mimados y colmados de atenciones, las cabezas complejas y reflexivas, aunque algo indóciles; las poco memoriosas, pero inteligentes; las tardas de palabra y de comprensión, pero susceptibles, á la manera del perezoso buey, de labor honda y fecunda, fueron sistemáticamente relegadas al banco de los pigres, de los torpes y distraídos.

He consignado varias veces el pavor que nos infundían los castigos del padre Jacinto. Naturaleza hercúlea, su voz semejaba rugido de titán, y sus manos garras de león. Aunque sea insistiendo una vez más en este punto,

Biblioteca Nacional de España

recordaré un suceso que acredita cuánta era la fuerza de aquel patagón con sotana. A un infeliz, llamado Barba, que amedrentado y aturdido había contestado no sé qué disparate, descargóle el dómine tan formidable trompada, que lanzó al cuitado, á guisa de proyectil, contra una pizarra distante lo menos tres metros; la violencia del choque derribó el encerado, rompió el caballete que lo sostenía, y del rebote de aquel y del volar de las astillas, quedaron mal parados dos pobres muchachos más.

Todos los días había contusos y heridos; hasta se contaba que de resultas de sus terribles palizas había fallecido un estudiante. Ignoro si esto fué cierto: lo que me consta es que muchos padres se querellaban á menudo del mal trato recibido por sus hijos, y amenazaban á los frailes con acudir á la autoridad judicial.

Aquel régimen de violenta represión nos enervaba y preocupaba tanto, que nos privó hasta de la tranquilidad necesaria para el estudio. Nuestra única esperanza era que los padres, sabedores de nuestras desdichas, y movidos á compasión, nos sacaran de aquel infierno donde aprendíamos á odiar la ciencia tanto como á los hombres.

Afortunadamente yo tenía en el arte y en la contemplación de la naturaleza un gran consuelo. En presencia de aquella decoración de espléndidas montañas que rodean la histórica ciudad de Aragón, olvidaba mis dolores, desalientos y tristezas.

En efecto, el panorama del valle de Jaca es uno de los más bellos y variados que nos ofrece la cordillera pirenaica. Al Norte, limita el horizonte y se eleva majestuosamente en el cielo, el Pirineo, coronado de perpetuas nieves; al Sur, separado de la ciudad por fértil y amena llanura, asoma su robusta cabeza el monte Pano, en cuya

Biblioteca Nacional de España

ladera occidental, regada más de una vez con agarena sangre, se abre la cueva sagrada que fué un tiempo cuna y altar de la independencia aragonesa; y hacia el Mediodía cerrando el paso de las cálidas y áridas llanuras de Huesca y Zaragoza, yérguese hasta las nubes el fantástico, el gigantesco y umbrío Uruel, mudo testigo de las legendarias hazañas de la raza, colosal esfinge acostada entre el Gállego y el Aragón, y cuya cabeza rojiza y melancólica parece mirar obstinadamente al Sur, como señalando al duro almogavar el camino de las gloriosas empresas y de los altos destinos!

La ciudad misma guardaba para mí grandes encantos. Gustábame saborear las bellezas de su vieja catedral, discurrir por lo alto de las murallas, explorar los torreones y matacanes, y pasarme las horas sumergido en mis ensueños, oculto tras una almena, á guisa de vijía que atisba el enemigo y explora la llanura.

Para estas correrías de tejas arriba, dábame grandes facultades la casa de mi patrón, cuyo huerto lindaba con un torreón medio derruído y fácil de escalar.

Como es natural, en Jaca hallé también amigos y camaradas con quienes compartir juegos y travesuras. Un primo mío, Timoteo, acompañábame á menudo en mis giras por los alrededores de la ciudad y guiábame en los atrevidos merodeos de niéspolas, peras y manzanas.

País extremadamente frío el de Jaca, nuestra diversión favorita consistía, durante el invierno, en tirarnos á la cabeza bolas de apretada nieve, en cuya diversión tomaban parte hasta las señoritas, que disparaban sus proyectiles á mansalva desde ventanas y balcones. Cuando los terribles cierzos del Enero amontonaban grandes taludes de nieve junto á las murallas, una de nuestras predilectas ocupaciones era socavar en el espesor del hielo gran-

Biblioteca Nacional de España

des corredores y aposentos que transformábamos en casas, en roqueros castillos y en cuevas de trogloditas y esquimales. Ocioso es decir que con semejante régimen, y el continuo bregar con nieves y carámbanos, bien pronto me hice insensible al frío, aclimatándome perfectamente al riguroso clima jaqués.

Los juegos en cuadrilla no me interesaban tanto como mis paseos y excursiones solitarias. Una de mis giras predilectas era bajar al río Aragón, corretear por los bordes de su profundo y peñascoso cauce, remontando la corriente hasta que el cansancio me obligaba al reposo. Embelesábame contemplando sus cristalinos raudales y vislumbrando á través del inquieto oleaje, los plateados pececillos y los pintados guijarros del álveo. Más de una vez, sentado sobre algún peñasco desprendido de la montaña, intenté, aunque en vano, copiar fielmente en mi álbum, los cambiantes fugitivos de las olas y las pintadas piedras que asomaban á trechos, cubiertas de verdes musgos, sobre la superficie de las aguas.

A menudo, tras largas horas de contemplación, caía en una especie de ensimismamiento: el monótono rumor del oleaje y los cadenciosos sonidos producidos por las gotas al rebotar sobre los guijarros, paralizaban mi lápiz, anublaban insensiblemente mis ojos y sumergíame en un grato sopor y en un delicioso encanto, propicios á los poéticos ensueños y á las fantásticas evocaciones. El murmullo de la corriente adquiría poco á poco el timbre y colorido de trompa guerrera; y el susurro del viento parecía traer de las remotas playas del pasado la misteriosa voz de la tradición, henchida de regaladas historias y de melancólicas leyendas...

—Este es,—exclamaba,—el río sagrado de la patria; el que fecundó las tierras sembradas por nuestros antepasa-

Biblioteca Nacional de España

dos; el que dió nombre á un gran pueblo y hoy simboliza aún toda la historia del solar aragonés. Nacido en las obscuras gargantas del Pirineo por la fusión de humildes arroyuelos y de fríos veneros, crece caudaloso por el valle de Jaca y desagua generosamente en el Ebro. Así mi raza, que vegetó humilde, pero valerosa y libre, en los angostos valles pirenáicos, creció en el ancho cauce de la patria aragonesa, y desaguó por fin, libre y generosamente é inspirada en altos móviles políticos, en el dilatado mar de la patria española. Sus frías corrientes templaron los aceros de los héroes de la reconquista aragonesa y de los defensores de nuestras libertades, y ellas son acaso, las que circulando por nuestras venas, templan el resorte de la voluntad férrea y enérgica de la raza!

Mi sueño dorado era remontar el río sagrado, descubrir sus fuentes é *ibones*, y ascender hasta la cumbre del Pirineo, que se me ofrecía como una tentación continua á mi codicia de panoramas nuevos y de horizontes infinitos. ¿Qué habría allí entre esas cimas coronadas de perpetua nieve, quietas, solemnes, silenciosas é inmutables, á pesar de la incesante alternativa de las estaciones y del flujo y reflujo de la vida? ¿Se vería Francia quizás, con sus verdes montañas, sus rientes valles y sus bellísimas ciudades? ¡Quién sabe si desde la altísima cumbre pirenaica no aparecerán lagos cristalinos y serenos como espejos, bordeados por altísimos acantilados y tajantes y pintadas rocas, por las cuales se despeñen los arroyos en irisadas cascadas, y en cuyas orillas moren genios, sílfides y ondinas!

Aquella insana curiosidad me atormentaba; y si mis fuerzas hubieren sido poderosas á dar cima á la ansiada empresa, me hubiera lanzado sin vacilar sobre la colosal

Biblioteca Nacional de España

espalda del gigante, y hubiera escalado los altos picos. Tan resuelto estaba á saciar mi curiosidad, que en una ocasión me aventuré por las montañas y llegué mas allá de Villanua, al pie del célebre Coll de Ladrones. Pero la noche se acercaba, y habiendo sabido por un pastor que faltaban aún cuatro horas lo menos para ganar la cima, tuve el sentimiento de renunciar á mi empresa, regresando á Jaca todo mustio y cariacontecido.

Otra vez me propuse escalar la cresta del Uruel, de la misteriosa esfinge que atraía diariamente mis miradas; pero sólo pude remontar, falto de tiempo, las primeras estribaciones cubiertas de selvas seculares. En mi ansia de aventuras estupendas, hubiera dado cualquier cosa por topar con algún oso ó jabalí descomunales, ó siquiera con una modesta é inofensiva cabra montés; mas la suerte me fué adversa y llegué á casa despeado, fatigado, derrotado de vestido y zapatos, y lo que más me desconsolaba, sin poder contar ningún suceso extraordinario.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

Continúan mis distracciones.—Los encierros y ayunos.—Expedientes usados para escaparme. —Mis exámenes.—Retorno á Ayerbe y vuelta á las andadas.

He dicho ya en otra parte, que no sentía la menor afición por los estudios llamados clásicos, y singularmente por el latín, la gramática y la historia. Vivía aún en esa dichosa edad en que el niño siente mucha más curiosidad por las obras de la naturaleza que por las del hombre; época feliz cuya única preocupación es explorar y comprender el mundo exterior. Mucho tiempo debía transcurrir aún, antes de que se terminase esta fase contemplativa ú objetiva de mi evolución mental, y pudiera el ánimo, sazonado ya para la comprensión de lo abstracto, gustar de las excelencias y primores de la gramática, de las lenguas, de las matemáticas y de la filosofía. Esta sazón llegó también; pero muy tardíamente, como veremos más adelante.

Por entonces, pues, más que el insufrible martilleo de las conjugaciones y el molesto y cacofónico *unusquisque*,

Biblioteca Nacional de España

unaquaeque y *unumquodque* (verdadero cacareo de gallinas), atraíanme los poéticos alrededores de la ciudad, cuya topografía general, carreteras, caminos, senderos, ríos, ramblas, fuentes, regatos y regajos, flora y fauna, llegué á saber al dedillo, harto mejor que traducir los preceptos de Horacio y las catilinarias de Cicerón.

Vista la inutilidad de los castigos, los cuales me encontraban perfectamente vacunado, acordaron los dómines ensayar conmigo la pena del ayuno. Todas mis faltas, no purgadas, constaban en un libro especial que llevaba uno de los alumnos mimados, el primero del bando de los cartagineses. Pero ocurría que mis débitos crecían de continuo, y, no pudiendo ser pagados sino á razón de falta por día, temióse fundadamente que el curso entero iba á ser insuficiente para saldar el déficit. A fin, pues, de aligerar la deuda, conmutáronse á buena cuenta algunos ayunos por tandas de correazos y aun por exhibiciones afrentosas; más todos los arbitrios fueron vanos, puesto que una parte de mis atrasos no logró ser liquidada.

Entretanto, yo iba cumpliendo la condena. Al acabar la clase se me encerraba en el aula, quedándome sin comer. Poco á poco, me transformé en un comensal *veinticuatreno*, con harto contento de mi patrona que se despachaba conmigo con sólo la cena, en la cual no solía faltar el consabido plato de honor, ó dígase las farinetas comprimidas. Al principio, mi estómago protestó algo; mas acabó por acomodarse á aquel lastimoso estado de cosas. De enmienda no había que hablar; puesto en la pendiente, era forzoso recorrerla hasta el fin.

Considerando, además, que cualquiera que fuese el número de mis futuras faltas, no era dable que mis ayunos aumentasen, ni era probable se inventasen para mí

Biblioteca Nacional de España

nuevos suplicios; teniendo en cuenta, en fin, que el resultado final había de ser bochornoso, según me había anunciado repetidas veces el padre Jacinto, que me tenía antipatía, acaso por la heroica tenacidad con que yo hacía de yunque sin desportillarme ni rendirme, acabé por echarme la vergüenza á la espalda, y díme con furia á enredar en clase, á distraer á mis camaradas con caricaturas, y á tramar, en fin, todo género de burlas y tramoyas.

Con todo, á los dos meses de este régimen dietético, díme á pensar si no sería posible retornar alguna vez al método alimenticio natural, comiendo á medio día como todo el mundo, y evitando así el *surmenage* estomacal, obligada consecuencia de concentrar en un solo envite y en un solo plato, más ó menos enciclopédico y recalentado, las materias de tres comidas y de tres digestiones: la cosa merecía probarse y la probé.

En efecto, aprovechándome un día de la falta de vigilancia de los claustros, motivada por el alegre festín y sabrosas libaciones con que los padres celebraban no sé qué fiesta, ensayé mover el muelle de la cerraja con diversos artefactos. Un largo lapicero sirvióme de palanca; cedió el muelle, corrí prestamente el pestillo y salíme de rondón, cuidando de volver la puerta. Al presentarme en casa, dí un gran susto á mi patrona, que se había acostumbrado ya á suprimir mi parte de la común refacción, y temió que hubiese yo mejorado de conducta.

Mas la alegría dura poco en casa de los pobres. A pesar de mi cautela, averiguáronse mis escapadas, y castigóseme cruelmente, haciéndome pasar, además, por la afrenta de vestirme de rey de gallos. En los días siguientes cambióse la cerraja, y arreció la vigilancia de un modo, que todos mis arbitrios quedaron frustrados.

Biblioteca Nacional de España

Recuerdo que un jueves, los buenos de los frailes se olvidaron de soltarme al anochecer, y así hube de pasar la noche en mi cárcel, acostado en un banco, tiritando de frío, sin comer ni beber en treinta y dos horas. Al día siguiente, acabada la clase, dejáronme ir á comer, escusando el olvido. Ocioso es decir cuánto me irritó la negligencia y la insensibilidad de mis guardianes.

Yo juré que no me volvería á pasar trance semejante; y así, durante las horas del próximo encierro, díme á pensar el modo de librarme de una vez de mis cuotidianos ayunos. Asomado á la ventana de mi cárcel, que estaba en un principal, ocupéme en estudiar la topografía del jardín, la altura de las tapias y la posición de los árboles. Este rápido examen sugirióme un plan osado y peligroso, pero factible, que debía poner en práctica en el siguiente día; consistía en convertir la pared por debajo de la ventana, en una especie de escalera de estacas y de grietas, que permitiera descender desde aquella hasta lo alto de un emparrado arrimado al muro. Para realizar mi empresa, escalé durante la noche las tapias del jardín, trepé hasta lo alto del emparrado, y encaramado en un sólido madero, descarné en dos ó tres parajes las junturas de los ladrillos, fijando, para mayor seguridad, dos cortas estacas á diversas alturas. Mi plan salió perfectamente. Al siguiente día, y cuando los frailes estaban en el refectorio, escabullíme apoyando los pies en las grietas y estacas del muro, gané el jardín, metíme en un patio comunicante con éste, y pude, en fin, reanudar triunfante la salutífera costumbre de comer en casa, con gran sorpresa de mi tío, que, teniendo malos informes de mí, extrañóse mucho de un tan pronto y sincero arrepentimiento. Para evitar sospechas, una vez acabada mi comida y antes de que los buenos de los pa-

Biblioteca Nacional de España

dres abandonaran las sabrosas pláticas de sobremesa, me restituía á mi encierro, donde me hallaban con aire tranquilo y resignado.

Transcurrieron así bastantes días sin tropiezo. Yo estaba orgulloso de mi invención; pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que algunos de mis camaradas averiguasen mi procedimiento de evasión, y lo que fué peor, que lo pusiesen en práctica sin la cautela y prudencia indispensables. Anticiparon, contra mis consejos, la hora de la escapatoria, y cogidos *in fraganti*, precisamente en el momento de ganar el patio, fueron severamente castigados, confesando su delito y el modo de su ejecución.

La indignación de los frailes contra mí fué enorme; hablaban de expulsarme y de formarme consejo de disciplina. Yo estaba consternado al ver cómo se cernía sobre mi cabeza la tempestad. Pero entretanto resolví escribir á mi padre lo que pasaba, dándole cuenta del lastimoso estado á que los forzados ayunos de cinco meses me habían reducido, sin ocultarle la necesidad en que me había visto de proveer á mi nutrición, por un medio, pecaminoso ciertamente, pero disculpable como todo caso de fuerza mayor.

No hay que decir el disgusto que mi padre se tomó al conocer mi desaplicación y el triste concepto en que mis preceptores me tenían. Tentado estuvo por abandonarme á la furia frailuna; sin embargo, sus sentimientos de padre se sobrepusieron á todo, y escribió á los escolapios rogándoles que cediesen algo en sus rigores para conmigo, siquiera en consideración á mi salud notablemente quebrantada por el régimen de los diarios ayunos y por las correcciones harto contundentes del padre Jacinto.

A la carta se juntó también una recomendación verbal

Biblioteca Nacional de España

de mi tío, que tenía alguna franqueza con los frailes. Ambos recursos produjeron efecto, pues desde entonces cesaron mis encierros. Tuve, pues, los últimos quince días del curso, la dicha incomparable de alimentarme según el ritmo corriente de las tres digestiones cuotidianas, aunque este nuevo régimen no se estableció sin extrañeza del estómago, acostumbrado ya á funcionar por acumulación y á grandes intervalos, como molleja de buitre.

Después de lo pasado, el resultado de los exámenes estaba descontado. Temiendo con razón mi padre un grave percance, buscó recomendaciones para los catedráticos del Instituto de Huesca, á quienes tocaba la comisión de examinar en Jaca. Precisamente uno de ellos era D. Vicente Ventura, amigo de mi padre, á quien estaba muy agradecido y obligado por haber sanado á su mujer de una gravísima dolencia que exigió peligrosa intervención quirúrgica.

Llegado el examen, propusieron los frailes, según era de prever, mi suspensión; pero los profesores de Huesca, fundándose en un criterio equitativo, y advirtiendo que habían sido aprobados algunos alumnos tan malos ó peores que yo, lograron mi indulto, no sin oir antes la airada protesta del padre Jacinto, que pretendía hacerme pasar por el alumno más peligroso, díscolo é inepto de la clase.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

Mi regreso á Ayerbe.—Nuevas hazañas guerreras.—El cañón de madera.—Tres días de cárcel.—El mosquete simbólico.

Cuando regresé á Ayerbe en las próximas vacaciones, mi pobre madre apenas me reconoció; tal me pusieron las gachas de mi patrona, las caricias de los dómines y el procedimiento de la síntesis alimenticia. De mí podía contarse con verdad, cuanto Quevedo dice en su *Gran Tacaño*, de los pupilos del dómine Cabra. Seco, filamentoso, poliédrica la cara y hundidos los ojos, cérea la piel, largas y huesosas las zancas, afiladas y largas la nariz y la barba, semejaba un tísico en tercer grado. Gracias á los cuidados de mi madre y á la vida de aire libre, la convalecencia fué rápida. Las suculentas migas pastoriles, á que siempre he sido muy aficionado, las jugosas costillas de carnero, las perdices exquisitas, que mi padre, gran cazador al vuelo, aportaba á menudo de sus excursiones cinegéticas, y las sabrosas morcillas y longanizas elaboradas en casa, restauraron bien pronto mis fuerzas y me pusieron en condiciones de

Biblioteca Nacional de España

tomar parte en las peleas y zalagardas de los chicuelos del pueblo.

En aquel verano, mis juegos favoritos fueron los guerreros, y muy especialmente las luchas de honda, de flecha y de boxeo, con cuyos ejercicios mis músculos adquirieron algún desarrollo, mis miembros agilidad y mi vista tino y perspicacia.

La flecha y la honda me parecían poco todavía: yo aspiraba al cañón y á la escopeta. Pero careciendo de estos poderosos artificios de combate, me era necesario fabricarlos fuese como fuese. Para dar cima á mi empresa, tomé un trozo de madero, remanente de una obra de albañilería que mi padre había hecho, y con una gruesa barrena de carpintero, y á fuerza de trabajo y de paciencia, labré en el eje del tronco un tubo, que alisé después todo lo posible á favor de una especie de sacatrapos rodeado de lija. Para dar fortaleza al cañón, lo reforcé exteriormente con alambre y cuerda embreada; y á fin de evitar que al dar cebo á la pólvora se ensanchase el oído y saliese el tiro por encima, guarnecí aquél con un ajustado tubo de hoja de lata, procedente de una alcuza vieja. Yo estaba ufano con mi cañón, que alabaron extraordinariamente mis amigos, los cuales ardían en deseos de ensayarlo. Mi intención era añadirle ruedas antes de la prueba oficial, pero mis camaradas no lo consintieron; tal era la impaciencia que tenían de verlo funcionar y de admirar sus formidables efectos.

Después de madura deliberación, decidimos sacar el cañón en hombros por encima de las tapias de mi huerto, y ensayarlo sobre la flamante puerta de un cercado vecino, puerta que daba á un callejón angosto, bordeado de altas tapias, y apenas frecuentado.

Cargóse el artefacto á conciencia, metiendo primero un

Biblioteca Nacional de España

buen puñado de pólvora, embutiendo después un recio taco y atiborrando luego el ánima de tachuelas y guijarros. Púsose, en fin, en el oído, relleno también de pólvora, una larga mecha de yesca.

Los momentos eran solemnes. Era forzoso encender la yesca y yo no quise confiar á nadie este delicado cometido, para que no se dijera que rehuía el peligro. A favor, pues, de un fósforo puesto en un alambre, prendí fuego al cebo, hecho lo cual nos retiramos todos, con el corazón palpitante de emoción, á esperar, á una prudente distancia, el terrible estampido.

Fué éste formidable y ensordecedor; pero contra los vaticinios de los pesimistas, el cañón no reventó, antes bien cumplió, severa y dócilmente, con su deber. Un ancho boquete abierto en la puerta nueva, por el cual, airada y amenazadora asomó poco después la cabeza del hortelano, nos reveló los efectos materiales y morales del disparo, que, según se comprenderá sin esfuerzo, no pudimos repetir por aquel día. No había tiempo que perder y echamos á correr vertiginosamente, abandonando en la refriega el cuerpo del delito. Gran suerte fué para nosotros que la puerta, descompuesta y entorpecida por la lluvia de astillas, no acertase á girar inmediatamente, no obstante las furiosas sacudidas del colérico hortelano. Merced á esta circunstancia, tuvimos tiempo de tomarle ventaja en la carrera, aunque no tanta que no nos trompicasen en las piernas algunas piedras lanzadas por aquel energúmeno.

Mi travesura tuvo, de todos modos, consecuencias desagradables para mí; pues el bueno del labrador querellóse amargamente al alcalde, á quien presentó la terrible pieza de convicción, ó sea el pesado madero con que se había ejecutado la hazaña.

Biblioteca Nacional de España

El alcalde, que ya tenía noticias de otras depredaciones mías, asió gustosamente la ocasión que se le ofrecía de escarmentarme; y así, viniendo á mi casa en compañía del alguacil, dieron con mis huesos en la cárcel del lugar. Esto ocurrió con beneplácito de mi padre, que vió en mi encarcelamiento un medio excelente de corregirme: en su deseo de escarmentarme, llegó hasta ordenar que se me privase de alimento todo el tiempo que durase el encierro.

Yo protesté durante el camino contra las calumniosas imputaciones que corrían sobre mí. Casi todos los delitos que se me atribuían, habíanlos cometido otros granujas. No negué el disparo hecho sobre la puerta, pero me excusé diciendo que no creí jamás producir tamaño destrozo; y en fin, alegué la falta de equidad que resultaba del hecho de purgar solamente yo faltas cometidas entre varios camaradas, algunos acaso más responsables del hecho de autos, toda vez que fueron los que me indujeron á escoger, como blanco para las pruebas, la consabida puerta.

No me valieron alegatos, y sin más preámbulos, cumplióse la sentencia municipal. Al oir el rechinamiento del robusto cerrojo, que me recluía quién sabe hasta cuando; al sentir el ruido, cada vez más lejano, de las pisadas de mi carcelero, caí en profundo estupor. Comprendí al fin que mi encierro no era una broma; representaba una formal condena que era forzoso cumplir. De mi ensimismamiento me sacaron luego los rumores de gente que se acercaba á la cárcel y comentaba mi prisión. Bien pronto una caterva de chicos y mujeres se asomaron á las rejas para contemplar á su sabor al preso y hacerle mofa y escarnio. Esto no lo pude sufrir, y saliendo de mi apatía, agarré un pedrusco y amenacé

Biblioteca Nacional de España

con descalabrar á cuantos se encaramaran en la reja. Mi furor era tal, que lo hubiera ejecutado mejor que lo decía. Por fortuna, advertidos los curiosos, cesaron *incontinenti* de molestarme con sus soeces bromas y groseros insultos.

Supe entonces, y en bien temprana edad (11 años), cuán verdaderas son aquellas palabras con que Cervantes encarece las molestias que amargan la existencia del prisionero; allí, en efecto, «toda incomodidad tenía su asiento, y todo triste ruido su natural habitación».

Tranquilo ya por lo que toca al mundo exterior, parecióme tiempo de explorar el hediondo y húmedo recinto. Después de asegurarme de la solidez de la puerta y de la imposibilidad de forzar los cerrojos (exploración inicial é instintiva en todo preso), noté con disgusto que mi lecho se reducía á un montón de paja mohosa, donde crecían y medraban á sus anchas una flora y una fauna tan variadas, que hubieran hecho la felicidad de un naturalista. Aquel hervor de vida hambrienta y aquel calor de tumultuosa fermentación, antes me prometían los dolorosos efectos de una cantárida general, que el sueño plácido y reparador. Sobre el jergón y los indefinibles andrajos que lo recubrían, extendía sus obscuros sembrados el *aspergillus niger*, y campaban por sus respetos la pulga alegre y brincadora, la perezosa y noctámbula chinche, el piojo vil y asqueroso, y hasta la esbelta y friolera *blata orientalis*, plaga de cocinas y tahonas. Todos estos comensales, que esperaban hacía meses el siempre aplazado festín, parecieron rebullirse de gusto al olfatear la presa, á semejanza del gorrón que ve la mesa puesta y la vianda aparejada.

No me pareció bien satisfacer con mi pellejo á tanto buscón hambriento; y así, llegada la noche, huí de aquel

Biblioteca Nacional de España

lecho de Procusto, y acostéme sobre las duras losas, en un paraje relativamente limpio de polvo y broza. Y aunque asombre mi tranquilidad, confesaré que dormí algo, no obstante el cosquilleo que sentía en el vacío estómago y las tristes ideas que cruzaban por mi cabeza.

Así transcurrieron tres ó cuatro días. Lo del ayuno, sin embargo, no se cumplió, y no porque mi padre se arrepintiese de la dura sentencia fulminada, sino por la conmiseración de una señora conocida nuestra, doña Bernardina de Normante, la cual, de acuerdo sin duda con mi madre, forzó la severa consigna, enviándome, desde el siguiente día del encierro, excelentes guisados y apetitosas frutas. Yo hice honor á la cariñosa solicitud de doña Berdardina, devorando las chuletas, tortas, *sequillos* y *coscaranas;* porque, bien sabe Dios, que, con ser muy sinceros los remordimientos que sentía, no me habían quitado el apetito.

Pensará acaso el lector que el pasado percance me haría aborrecer las armas de fuego; antes al contrario, pareció excitar con superior energía mis experiencias de balística. Se fabricó otro cañón que disparamos contra una terrera; pero esta vez, cargada el arma hasta la boca, reventó como un barreno, sembrando el aire de astillas. Recuerdo que, en otra ocasión, nos salvamos milagrosamente de una desgracia, pues estalló en mil fragmentos una larga espita de bronce, que yo había transformado en pequeño cañón: á pesar de la distancia y de las precauciones tomadas, fuimos heridos ambos hermanos, aunque levemente.

Pero nuestro gozo mayor era salir al campo armados de escopeta, que disparábamos contra los pájaros, y cuando no los había, sobre piedras y troncos de árboles. Ocioso será decir que mi padre tenía encerrada su mag-

Biblioteca Nacional de España

nífica escopeta de caza, así como las municiones; pero nuestra industria suplía todas las deficiencias, procurándonos los medios de salir adelante con nuestras diabluras. Es verdad que carecíamos de buena carabina, pero contábamos, en cambio, con un viejo mosquete, arma inútil que mi padre conservaba para los fines que ahora diré.

Corrían tiempos de represión política. En nombre de un Gobierno suspicaz y receloso, que veía conspiradores por todas partes, eran perseguidos y encarcelados cuantos tenían fama de liberales ó eran sospechosos de mantener inteligencias con los generales desterrados. Era frecuente entonces la recogida de armas y la requisa de caballos.

Escarmentado mi padre por la no devolución de una magnífica escopeta, que tuvo la candidez de entregar á la Guardia civil, se proporcionó un escopetón enorme, mohoso, que debió ser de chispa, pero desprovisto de porta-pedernal y por consiguiente inútil. Tal era el arma que mi padre conservaba para las recogidas. No hay que decir cuán fielmente le fué siempre devuelto el destartalado mosquete, en cuanto pasaban las jaranas.

Este era el fusil que yo me propuse utilizar en mis excursiones y cacerías. Púsele una especie de llave de latón, portadora de una yesca encendida; arreglé la cazoleta, limpié el cañón y el oído, fabriqué la pólvora necesaria, hice balines y perdigones con trozos de plomo, y una vez acabados todos los preparativos y dispuestos los pertrechos de guerra, nos lanzamos, mi hermano y yo, á la persecución de pájaros, perdices y conejos.

Estábamos ufanos con nuestra arma, que no hubiéramos cambiado por la mejor escopeta del mundo; imaginábamos, además, en nuestro infantil candor, que aque-

Biblioteca Nacional de España

lla carabina de Ambrosio nos daba aspecto marcial y no podía menos de inspirar respeto, mezclado de temor, á todo aquel que osara mirarnos de malos modos. Recuerdo que una vez, en las afueras, un grandullón enemigo mío me amenazó con una escopeta; pero yo, bien lejos de temerle, apuntéle con mi formidable trabuco. El efecto sugestivo fué instantáneo; á la vista de la anchurosa boca del arma, que amenazaba vomitar una nube de metralla, nuestro bravo se escurrió prudentemente detrás de una tapia, poniendo luego pies en polvorosa. Si mi contrario dispara, apurado me hubiera visto para contestarle, porque á mi imponente mosquete le pasaba lo que á ciertos oradores grandilocuentes que desde la tribuna parecen cañones incontrastables, y resultan luego en la acción menos que cachorrillos. El mío no era más que un inofensivo cohete.

Nada más cómico que nuestro talante, cuando, hechos unos Quijotes, nos descolgábamos por las bardas del corral, nos uncíamas á nuestro pesadísimo escopetón, y emprendíamos la caminata en busca de aventuras. Para evitar rechiflas, en los caminos frecuentados nos desuncíamos del fusil, y cargaba yo solo con el arma que, por cierto, me abrumaba y me desnivelaba atrozmente. De vez en cuando me apuntalaba mi hermano para no caer, y aun solía echar una mano piadosa al anchuroso cañón.

En cuanto columbrábamos un pájaro hacíamos alto, encendía yo la mecha, enfilaba el armatoste hacia el ave, y bajaba gravemente el gatillo, es decir, la porción inferior del porta-mechas; comenzaba entonces en la cazoleta un largo chisporroteo de pólvora mojada, y, finalmente, transcurrido un medio minuto, y cuando ya el pájaro había volado, producíase espantable detonación que nos llenaba de admiración y de orgullo.

Biblioteca Nacional de España

¡Oh hermosa candidez de la infancia! ¡Qué felices nos sentíamos con aquel escopetón inofensivo! Jamás matamos nada, y, sin embargo, habíamos puesto en él las más lisonjeras esperanzas y el entusiasmo más sincero. ¡Así son la mayor parte de las cosas que ansiamos en la vida!: nos atraen por su brillo y apariencia, y al lograrlas vemos que no son sino bambolla y embeleco.

Aquel mosquete viejo, contemplado desde la cima del tiempo y de la experiencia, adquiere hoy á mis ojos la grandeza de un símbolo nacional. Por cualquier lado por donde tiendo la mirada yo no veo sino mi famoso mosquete roñoso é inofensivo: encuéntrolo en nuestro sistema de educación y de instrucción, más dispuesto á sugestionar con la apariencia, el brillo y el adorno, que apercibido á formar hombres de acción, cabezas originales y útiles; lo hallo en nuestras Cámaras legislativas tan ampulosas de frases, como hueras de decisiones políticas salvadoras; obsérvolo en el ejército y en la armada, empeñados en mantener una organización egoísta, caduca y anticientífica, cuyo fruto natural consiste, no en tener barcos, sino en aparentarlos; no en poseer buenos generales, marinos y soldados, sino en hacer creer á todo el mundo que los tenemos. ¡Y amamos estos vanos simulacros como si fueran realidades! ¡Y esperamos en ellos con la misma candidez con que yo esperaba prodigios de acción y de provecho del roñoso é inútil, pero aparatoso é imponente mosquetón!

En el fondo de mi afición á las armas de fuego latía una admiración ciega por la ciencia, y una curiosidad insaciable por el conocimiento de las fuerzas naturales. El incontrastable y misterioso poder de la pólvora causábame una sorpresa que el hábito era incapaz de moderar. Cada estallido de un cohete, cada disparo de un

Biblioteca Nacional de España

arma de fuego, eran para mí milagros estupendos. Cuando me informaban que todo consistía en la fuerza expansiva de los gases de la pólvora, no me quedaba satisfecho. La admisión de un resorte gaseoso fuertemente comprimido y puesto en libertad por un acto de combustión, daba cuenta solamente de la mitad del fenómeno; pero la condición primera se me escapaba. ¿Por qué, pensaba yo, se mantiene inactivo ese resorte en la pólvora no quemada? ¿Qué freno es ese tan poderoso y á la vez tan económico—puesto que nunca se consume,—capaz de obligar á la fuerza elástica de los gases á permanecer en estado de perpetua potencialidad? Mi ignorancia no me permitía esclarecer esas cuestiones, cuya solución estaba en la química, ciencia de que no tenía entonces la menor noticia; pero mi curiosidad vivía siempre alerta y esperaba satisfacerse cumplidamente algún día.

Ella me llevó á averiguar cómo se fabricaba la pólvora y hasta á fabricarla yo mismo. Proporcionábame el azufre en la tienda, el nitro en los sótanos de la casa y el carbón en las maderas ligeras chamuscadas. Obtenida la mezcla, graneábala con exquisito cuidado y la secaba al sol; menos una vez que, impaciente por la excesiva humedad de la atmósfera, puse el cacharro de la pólvora en un baño maría, y una chispa prendió en la mezcla, encendiendo grande llamarada. Fué suerte que todas estas operaciones de alquimia las hiciera yo en el tejado de la casa, á fin de evitar indiscreciones peligrosas; porque, de ser ejecutadas en las habitaciones, ¡Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir!

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

Dispone mi padre llevarme á Huesca á continuar mis estudios.—Exploración de la ciudad.—Nuestros profesores.

Aproximábase el Octubre de 1863, y mi familia decidió enviarme á Huesca para continuar el bachillerato. Los efectos que en mi salud habían producido los ayunos y correcciones impuestos por los frailes movieron á mi padre á desistir de mi retorno á Jaca, contrariando así sus designios, pues el autor de mis días creía (y acaso tenía razón) que su hijo no sería nunca buen latino si se le apartaba de la enseñanza de los escolapios.

Nota Goethe, muy exactamente, que todo padre desea para sus hijos aquello que no le fué dado alcanzar á él. El mío, que no tuvo ocasión durante su adolescencia de estudiar el latín, anhelaba ardientemente que su hijo, por natural compensación, saliera un gran latino y un consumado humanista. Tales deseos solo aparentemente estaban en oposición con su sistema de educación utilitaria. Su larga práctica de la vida le había enseñado que

Biblioteca Nacional de España

la autoridad y prestigio del doctor, á los ojos del cliente, derivan, más que de su ciencia, de su trato social, de su carácter y de su cultura general. Por lo mismo que él desdeñó siempre la estrategia auxiliar del agrado, de la afabilidad y de la amena y varia conversación, quería que su hijo, en esto como en otras cosas, no se le pareciese.

Preciso es reconocer que el público, y aun los llamados intelectuales, suelen discurrir con relación al médico de la más lamentable manera. Hé aquí sus más corrientes razones: «¿Tiene buen carácter?, luego posee ciencia. ¿Sabe aquellas cosas que sin desdoro suyo podría ignorar?, mejor dominará entonces los conocimientos técnicos que particularmente le incumben». Y al contrario, «quien no se digna molestarse en aprender el arte de agradar al mundo, ¿se habrá interesado más por el cultivo de la ciencia pura»?

La frecuente razón inversa del talento y del buen carácter, del sólido saber y de la huera pedantería, de la inagotable facundia y de la reflexión madura, pasa inadvertida del vulgo, que se atiene siempre en sus juicios á la primera impresión. Seamos, empero, indulgentes con él, pues no tiene la culpa si, al justipreciar al doctor, le juzga por el único lado accesible á su entendimiento, esto es, por sus maneras, sentimientos é instrucción general en materias profanas. No podría, sin violar leyes psicológicas indeclinables, proceder de otra suerte.

Pero volviendo á mi relato, diré que yo debía ser, más de lo que mi padre se imaginaba, un complemento suyo; pero no ciertamente en el terreno de las humanidades y de las lenguas muertas, y menos aún en lo tocante á gramática parda y arte de vivir, sino en lo concerniente al gusto por el arte puro, la ciencia abstracta y la filosofía,

Biblioteca Nacional de España

disciplinas á las cuales mostróse aquél siempre un tanto esquivo.

Animado, pues, el autor de mis días de las mejores esperanzas, acompañóme á Huesca é instalóme en una modesta casa de huéspedes, sosegada y quieta, habitual albergue de sacerdotes y seminaristas, y dirigida por una patrona que era una excelente mujer, tan sinceramente religiosa como cuidadosa y aseada.

Pronto intimé con los compañeros de pupilaje, entre los cuales hallé camaradas afectuosos y amigos sinceros. Lo fueron, sobre todo, el hijo de la patrona, excelente muchacho que seguía con provecho la carrera eclesiástica, y D. Leandro Castro, natural de Ayerbe, mozo rebotado de cura, pero listo y consumado latinista. A este último, muy amigo nuestro, confióle mi padre la tarea de tomarme diariamente las lecciones y de no dejarme de la mano hasta dominar todas las dificultades de la hermosa lengua de Horacio y de Virgilio.

No hay que decir cuán de mi gusto fué la decisión de mi padre y con cuánta alegría y alborozo hice mi entrada en la famosa y antiquísima *Osca*, la ciudad ilustrada por las hazañas de Sertorio. Contribuyó poderosamente á mi satisfacción la descripción encomiástica que unos estudiantes de Ayerbe me hicieron del Instituto y de la ciudad. Por ellos supe que los profesores de latín no se ocupaban en azotar á sus discípulos, así soltasen en clase las mayores herejías, ni se usaban puches en las casas de huéspedes, ni había casi maizales en la frondosa vega del Isuela. Holgóme también sobremanera la complacencia con que me pintaron las eras de Cáscaro, habitual palenque de juegos, luchas y algaradas estudiantiles; las frondosas alamedas y sotos del Isuela, poblados por un enjambre de pájaros, entre ellos la elegante oropéndola, que yo

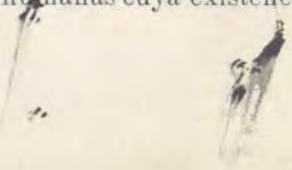
Biblioteca Nacional de España

desconocía y me proponía cazar para ampliar mis conocimientos ornitológicos; las vetustas y carcomidas murallas, obra de moros, reparo y defensa de la ciudad en otros tiempos, y hoy punto de cita de granujas y cuotidiano teatro de las pimientas estudiantiles.

En cuanto regresó mi padre y quedé dueño absoluto de mi voluntad y de unos cuantos reales, fué mi primera providencia comprar papel y unos llamativos colores de acuarela con que pensaba exteriorizar y fijar las novísimas impresiones artísticas. Armado, pues, de álbum y de lápices, me entregué á la exploración de la ciudad, exploración que se prolongó lo menos quince días, durante los cuales, más por curiosidad de conocer á mis profesores y camaradas que por devoción al estudio, asistí á las aulas de latín, de geografía, de geometría y aritmética.

El ansia de naturaleza, de mundo exterior novelesco y grandioso, me embargaba más que nunca. La gran lección que yo quería recibir era la población misma, con sus monumentos y calles, sus arboledas, sotos, fuentes y caminos.—El estudio vendría después —me decía.

Y en el fondo tenía yo alguna razón. A los 12 años, visitar una ciudad, por pequeña que sea, representa una transcendental lección de cosas y de ideas. El contraste entre la aldea y la urbe no puede ser mayor. Todo es diferente: las calles se alargan, las casas se hermosean y elevan, las chozas se han convertido en palacios, y las pobres iglesias románicas en soberbias catedrales góticas. Ante el sorprendente espectáculo, las ideas del niño se completan y el espíritu de generalización recibe un gran impulso. A los tipos del campesino y aldeano, del cura y del maestro, que parecían las solas formas posibles de humanidad, hay que añadir una infinidad de especies y variedades humanas cuya existencia ni siquiera



Biblioteca Nacional de España

sospechábamos. El concepto de hombre se amplía, pues, tornándose á la vez más uno y más vario, más general y más particular.

Diríase que el mundo se ha agrandado para el novel habitador de la ciudad. En adelante, ante el torrente abrumador de las nuevas impresiones, le será preciso ampliar la esfera de las representaciones sensibles, habilitando al efecto territorios cerebrales poco antes en barbecho. Signo revelador de esta gran crisis mental, de esta lucha por el espacio y por la sangre, librada, entre las células afectas á las viejas ideas y las adscriptas á las nuevas, de esta poderosa asimilación de sensaciones á que no sin fatiga y confusión inicial se acomoda el tierno protoplasma cerebral, es ese aturdimiento que nos embarga en los primeros días de la exploración de una gran ciudad. Acabada la acomodación plástica y creadas las nuevas asociaciones, la organización cerebral ha mejorado: se sabe más y se juzga mejor porque nuestros juicios se basan sobre un mayor número de casos particulares. Por donde se ve que no exageran mucho los que afirman que entre la capacidad intelectual de un hombre y la dimensión de la ciudad que cobijó su niñez hay una cierta proporción.

Pero en la villa populosa no habla solo el presente, sino también el pasado. Tanto como un museo de cosas es un archivo de recuerdos. Así como la concha fósil, hallada en empinado monte, evoca el mar que en remotas edades debió acariciar sus laderas, así también los torreones de las vetustas murallas, las capillas é iglesias, las mansiones señoriales de artísticas y blasonadas puertas, el fantástico castillo dibujado en lontananza y poblado de nobles sombras, nos revelan el oleaje y resaca de las ideas y sentimientos que agitaron el alma de nuestros an-

Biblioteca Nacional de España

tepasados... sentimientos é ideas que (fuerza es confesarlo) se van retirando también, como el mar de la montaña, del seno de las conciencias.

La ciudad representa, pues, para el joven la primera revelación concreta y precisa del pasado y del espíritu de raza. En la rústica y pobre aldea solo los vivos hablan. Sumergidos en plena naturaleza, ocupados en renovar eternamente la savia de la vida, los campesinos no se curan del porvenir ni del pasado: bástales la eterna y la urgente actualidad del trabajo. La fatiga impide pensar hasta en los muertos queridos, y el sudor, esa gran derivación del dolor, agota prontamente el manantial de las lágrimas. Desconoce su propia historia, lamenta la miseria de su estado presente y se cruza de brazos ante el porvenir. Refractario á la política, que suele ser profesión de ricos y de ociosos, su destino es marchar siempre á remolque de los habitantes de las grandes urbes, de donde, si recibe el beneficio del maestro, del médico y del cura, recibe también las plagas del cacique, del reclutador de quintos y del recaudador de contribuciones. De la ciudad ha salido siempre todo lo bueno y lo malo; ella ha sido el crisol en que se han fundido los sentimientos y aspiraciones, á menudo disonantes, de los pueblos; pero ella también, con el culto excesivo á las artes fomentadoras del lujo y enervadoras del trabajo viril, con sus vicios y ambiciones, con su atmósfera malsana, en la cual todos los gérmenes de la enfermedad y de la corrupción moral hallan fácil incubación y cultivo, se ha convertido, á veces, en causa poderosa de la decadencia de las nacionalidades y de la ruina de los estados.

Bien lejos me hallaba yo entonces de hacerme las precedentes reflexiones. Un cierto instinto artístico y una insaciable curiosidad hacia lo bello, lo grandioso ó lo

Biblioteca Nacional de España

meramente pintoresco, servíanme de guía y de estímulo; y así, todo mi anhelo era enriquecer un poco el menguado caudal de mis conocimientos estéticos é históricos, girando frecuentes visitas á los monumentos de Huesca, para cuya interpretación y estudio sirvióme de mucho la lectura de la hermosa obra de Quadrado, *Recuerdos y bellezas de España*, infolio que figuraba en la biblioteca del Instituto, y cuyas brillantes descripciones y bellísimas litografías me tenían encantado.

Difícil me sería hoy reproducir puntualmente los estados de alma y las corrientes de sentimiento que la contemplación de las antigüedades de Huesca me causaron. Diré, sin embargo, que de cuantos monumentos cautivaron mi atención por aquel tiempo, ninguno me emocionó más profundamente que la catedral, el primer ejemplar grandioso de arquitectura gótica que se ofrecía á mi curiosidad.

Sin llegar á la soberana majestad de los templos góticos de Burgos, Salamanca, León y Toledo, la catedral oscense es una admirable creación del arte ojival, digna por sus espléndidas bellezas de fijar la mirada del artista. La elevada torre del reloj, que franquea una hermosa fachada labrada en el siglo XIV por el vizcaíno Juan de Olótzaga; la majestuosa entrada principal, guarnecida por siete ojivas de amplitud decreciente y cuajadas de apóstoles, profetas y mártires, colocados en fila vertical y separados por floridos doseles y pedestales; el frontón triangular bordado de arabescos y adornado en su centro por colosal rosetón que semeja filigrana de piedra; la elevación inusitada de la nave central y del crucero; lo esbelto y atrevido de las columnas, cuyos capiteles se descomponen en nerviaduras caprichosamente entrelazadas en la altísima bóveda; los arabescos y calados

Biblioteca Nacional de España

primorosos de los capiteles y rosetones; y, sobre todo, la insuperable creación del escultor Forment, ó sea el maravilloso retablo de alabastro parecido á un encaje fabricado por hadas... llenóme de ingenua y profunda admiración, acompañada, sin embargo, de una impresión de vago malestar, como la que se sentiría al penetrar en un palacio grandioso, pero agrietado por un terremoto y amenazando ruina.

No tenía yo entonces la más remota idea de los estilos arquitectónicos, ni por tanto de sus condiciones de estabilidad; pero al notar los muchos retoques y reparos que había sufrido la fábrica; al reparar en el imponente y antiartístico armazón de los botareles, semejantes á puntales de una construcción próxima á derrumbarse; al percibir, en fin, las grietas disimuladas de la bóveda y muros, eché de menos la modesta pero maciza iglesia románica del pueblo, en la cual la sujeción á las sabias leyes del equilibrio, y lo recio y bien ponderado de la fábrica, deja tranquilo el ánimo sobre la seguridad de la construcción. Tardé muchos años en averiguar que esa inquietud instintiva, reveladora de la fragilidad de una obra, está de acuerdo con los severos postulados de la sabia y perenne arquitectura. Mucho más adelante, leyendo á Taine y otros críticos de arte, me persuadí de que á pesar de su prolija, elegante y bellísima ornamentación, y de la impresión de grandiosidad, de recogimiento y de misterio que producen en el ánimo del creyente, las construcciones ojivales representan, en el orden de los estilos arquitectónicos, algo anormal y extravagante; el abandono de las eternas leyes de la *euritmia* reveladas por el genio griego; la gracia serena sacrificada á la paradoja; en fin, la solidez y duración de la obra pospuesta á la intensidad y novedad de un efecto retórico.

Biblioteca Nacional de España

Impresión de otra índole causóme la contemplación de la iglesia de San Pedro el viejo, la más antigua quizá de todas las oscenses, toda vez que, según atestigua la tradición, sirvió de capilla á los mozárabes durante los luctuosos tiempos de la conquista musulmana. Es ésta una antiquísima fábrica bizantina, despojada de adornos y riquezas, pero sólida y robusta cual la fe de sus fundadores.

No sin cierto temor y recogimiento me aventuré por sus lóbregos y misteriosos claustros, carcomidos por la humedad y medio enterrados por los escombros. A la mortecina luz de una lámpara contemplé los sarcófagos donde duermen su sueño eterno algunos reyes é infantes de Aragón, entre ellos el rey monje, sombrío protagonista de la leyenda de la famosa campana.

Allí, en medio de aquellas ruinas emocionantes, al reparar en lo borroso de las inscripciones, en el desgaste y desmoronamiento de las marmóreas lápidas, hirió, quizás por primera vez, mi imaginación una idea desconsoladora: la ruina y la destrucción á que por ley inexorable está sujeta toda obra humana. Allí toqué de cerca los efectos de esa eterna batalla entre el espíritu que pretende salvar la eternidad, confiando sus pensamientos al mármol, y los impulsos ciegos, perennes é inmutables de los agentes cósmicos. Ante el torrente avasallador de la fuerza, igual da una tumba que un peñasco. Empeñada en su labor eterna de transformar el accidentado y pintoresco planeta en que habitamos, en una esfera lisa, sin ríos y sin montañas, sin contrastes ni bellezas, con la misma desconsoladora igualdad borra el débil signo trazado en la corteza terrestre por el genio humano, que desgasta el gigante acantilado debido á formidable erupción; con igual soberana indiferencia rompe las esclusas

Biblioteca Nacional de España

de un canal, que corroe el rocalloso lecho de un río, transformando (insensible á la belleza de sus propias creaciones) la imponente y fragorosa cascada en *rápido* murmurador é insignificante.

En pos del examen de los monumentos importantes, vino la exploración de los de menor cuantía, así como la de las bellezas naturales de la fértil vega que circunda la ciudad. Blanco preferente de mi curiosidad insaciable fueron las antiguas murallas corroídas por la humedad, revestidas de céspedes, ortigas é higueras salvajes, y desde cuyos torreones, aún visibles aunque rotos y desmochados, cuenta la tradición que partió la agarena flecha que hirió mortalmente á Sancho Ramírez en el heroico asedio de la ciudad; el alcázar de los antiguos reyes aragoneses convertido en Universidad por Pedro IV, y hoy en Instituto, y en cuyos sótanos contempla todavía el viajero emocionado la lúgubre campana, donde, según la leyenda, ordenó el rey monje el sacrificio de la altiva y levantisca nobleza; las Casas Consistoriales, flanqueadas de altos torreones, y en cuyas estancias dictaba sus fallos el antiguo justicia de la ciudad, representante del pueblo y fiscal de los reyes; la románica iglesia de San Miguel, acostada poéticamente en la margen derecha del Isuela, y en cuyo soportal administraban justicia en no muy alejados tiempos los jurados; la histórica ermita de San Jorge, levantada en el campo de batalla de Alcaraz, en conmemoración de la famosa victoria lograda sobre los musulmanes; la barroca y grandiosa iglesia de San Lorenzo, erigida en honor de los gloriosos mártires; el modesto santuario de Cillas, que se alza humilde en las riberas del Isuela, no lejos de la afamada fuente de la Salud, sombreada por frondosos álamos; en fin, el imponente castillo de Monte-Aragón, frontera y baluarte avan-

Biblioteca Nacional de España

zado, en los primeros años de la reconquista, de la monarquía aragonesa, y cuyos rojizos y arruinados muros rasgados por grandes ventanales parecen conservar aún el calor del terrible incendio que los calcinó.

Pero es ya ocasión de que hable algo de mis profesores y camaradas.

D. Antonio Aquilué, maestro profesor de latín, era todo lo contrario del terrible padre Restituto. Celoso y competente, pero muy anciano, bondadoso y casi ciego, carecía de entereza para luchar con aquellos diablillos de 12 años, que convertían la clase en una prolongación del patio del Instituto. Pasados esos pocos días de espectación y de duda, durante los cuales el novel discípulo explora, con tímidos ensayos primero, con travesuras audaces después, la psicología del maestro, el aula vino á parar en una novillada. Allí se alborotaba, se dibujaba, se leían novelas, se fumaba, se tiraban papelitos, se jugaba á la baraja... en fin, se hacía todo menos prestar atención á la docta y pausada disertación del pobre maestro, que se desgañitaba para dejarse oir en aquella algazara y pasaba las de Caín para imponer, de vez en cuando, al auditorio breves instantes de calma y silencio. Alentados con la impunidad, pues la ceguera y sordera de aquel santo varón le impedían sorprender á los insolentes autores de mil travesuras, oíamos sus severas reprimendas con la misma edificación y respeto con que debe oir una tribu de salvajes al heroico misionero á quien esperan merendarse.

Referir menudamente las diabluras que allí se ejecutaban sería cuento de nunca acabar, y repetir ademas cosas harto sabidas de todos.

Entre otras bromas pesadas, recuerdo la de un amigo que soltó en clase una ratonera cuajada de ratones, cu-

Biblioteca Nacional de España

yas escapadas sembraron el desorden en todos los bancos. Llegado el buen tiempo, cruzaban el aire, arrojados por manos invisibles, pájaros y hasta murciélagos. Otras veces la emprendíamos con las antiparras ó la chistera del dómine, la cual, prendida de un hilo que sostenía un pillete, abandonaba suavemente la plataforma y parecía asentir, según el capricho del maese Pedro que tiraba de la cuerda, á las razones del profesor, como si tuviera un alma dentro. Impelidas por arcos de goma volaban por el aire bolitas de papel, que rebotaban á menudo, ya en el birrete, ya en la calva del venerable y bondadoso anciano, quien más de una vez, indignado y furioso por tanta osadía y desconsideración, echábanos con cajas destempladas á la calle.

No era yo ciertamente impecable, pero tampoco me contaba entre los más atrevidos y revoltosos. Una cierta compasión hacia aquel santo varón, todo bondad y candidez, contenían y refrenaban mis maleantes iniciativas. No obstante lo cual debí purgar más de una vez, en unión de camaradas más insolentes, aquellas faltas colectivas en una cierta cárcel escolar, especie de cuadra con rejas, habilitada hacía tiempo para encerrar durante veinticuatro horas á los alumnos díscolos y recalcitrantes. En esta cárcel, lejos de aburrirme, daba suelta á mis delirios pictóricos, dibujando con tiza y carbón en las paredes batallas campales entre bedeles y alumnos, en las cuales llevaban los primeros, como se deja fácilmente comprender, la peor parte.

Por un contraste notable, en la cátedra del profesor de Geografía no chistaba nadie. Era este un señor rubio, bastante joven, de complexión recia, vivo y expedito de sentidos, austero y grave en sus palabras y severísimo y justiciero en los exámenes. El alumno que enredaba ó se

Biblioteca Nacional de España

disrtaía hablando en voz baja con sus camaradas era arrojado inmediatamente de clase, y su falta, registrada en la lista, decidía á menudo la suerte del examen. Explicaba con llaneza, claridad y método, y sus lecciones, oídas al principio con esa aparente atención impuesta por el miedo, llegaron á interesarnos profundamente.

Se valía á cada instante, para aclarar y objetivar sus

Fachada del Instituto de Huesca.

conceptos, de la pizarra, mapas murales, esferas armilares y demás representaciones en relieve de la tierra y de los astros. Aunque llegaba yo preparado por las enseñanzas paternas, saqué mucho partido de las doctrinas que nos inculcaba, para lo cual favorecióme sobremanera mi afición al dibujo, pues el profesor, que era un buen pedagogo, nos excitó á copiar de los grandes mapas de

Biblioteca Nacional de España

clase ó del atlas manual, anejo al texto, la forma de las islas y continentes, las fronteras de las naciones y provincias, la posición de los ríos, lagos y cordilleras. De este modo se avivaba nuestra atención y se robustecía la representación mental de los objetos que la mera inspección superficial de una lámina mural hubiera acaso dejado inadvertidos. Tan de mi gusto resultó este método de enseñanza y tales progresos hice, que en un santiamén cubría un papel con el mapa de Europa, dibujando de memoria y en colores el contorno de todas las naciones y departamentos, sin atascarme siquiera en la complicada geografía de la confederación germánica ni en la no menos enrevesada de los Estados danubianos.

Que el dibujo es un recurso excelente para el estudio de las ciencias concretas, no habrá nadie que lo dude. Y, sin embargo, ¡son tan pocos los profesores que se sirven de él! De mí sé decir, que tan persuadido estoy de que la reproducción gráfica personal del fenómeno estudiado es un poderoso mordiente de la imagen mental y un gran rectificador de prejuicios, que me atrevo á declarar que todo cuanto el lápiz no puede reproducir, siquiera sea con alguna aproximación, no se conoce bien ó se ignora del todo. Solo los charlatanes y los pedantes abominan del dibujo, porque temen, y con razón, que el lápiz denuncie las vaguedades é incongruencia de sus conceptos científicos.

El diverso comportamiento de los estudiantes en las dos citadas clases me reveló dos hechos que posteriores observaciones han confirmado plenamente. Es el primero, que el maestro de alumnos de 10 á 14 años debe ser forzosamente joven, enérgico y expedito de sentidos; los profesores ancianos, por sabios que sean, son constantemente víctimas de la desconsideración é insolencia

Biblioteca Nacional de España

de mozalvetes para quienes los estudios serios y graves, así como la quietud y la compostura, constituyen un suplicio. Es el segundo, que los muchachos de los citados años son incapaces, salvo honrosas excepciones, de comprender la utilidad de las lenguas y de las matemáticas. Solo el temor al severo pedagogo puede obligar á galopines que viven todavía en la *época muscular* del desarrollo, á aguantar á pie firme largas tiradas de verbos latinos irregulares y sartas inacabables de binomios y polinomios. Así que, en cuanto el alumno cuenta con la impunidad, rebélase ruidosamente su íntima naturaleza, mezcla de mono y de diablo, de ángel y de fiera; y el infeliz profesor, que sufre las funestas consecuencias de su bondad y de un desdichado plan de enseñanza, necesita, para hacerse respetar, interrumpir á cada paso la serena majestad de la exposición doctrinal, descender del alto sitial de la ciencia y convertirse en autoritario y colérico furriel.

Fuerza es convenir que, en tan temprana edad, la tierna inteligencia infantil se deleita solamente, ó por lo menos se interesa, por aquellas ciencias que amplían la exploración empírica del mundo comenzada por el niño, tales como la geografía, la astronomía, la geometría y la historia; disciplinas por las cuales debería inaugurarse la llamada segunda enseñanza, reservando las lenguas muertas, la psicología y las matemáticas para los últimos cursos. Pero en fin, de esta interesante cuestión pedagógica tiempo habrá de hablar en el curso de esta historia.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XII

Mis camaradas.—Reyertas estudiantiles.—Graves consecuencias de llevar un sobretodo un poco largo.—Accidente en un estanque.—No hay rosas sin espinas.

Según adivinará fácilmente el lector, mis aficiones artísticas, así como mis deseos de acción incesante, variada y emocional, siguieron en *crescendo*, pues hallé en Huesca camaradas que comprendía y compartían mis gustos y que me empujaban á la realización de las más descabelladas travesuras. El sentimentalismo soñador, el ansia de emociones intensas y cierto carácter puntilloso, que no consentía fácilmente ofensas ni humillaciones, fueron causa de varios percances y aun de verdaderos peligros, de los cuales solo mi robusta naturaleza de montañés pudo librarme.

No he de caer deliberadamente en el abuso de referir todos los episodios desdichados de aquel año; si tal hiciera no acabaría nunca mi relato, y correría el riesgo de aburrir soberanamente al lector. Para no poner demasiado á prueba su paciencia y permanecer fiel al plan que

Biblioteca Nacional de España

me he impuesto, me limitaré á contar aquí algunos de los lances y peripecias que dejaron más hondo surco en mi memoria y tuvieron el carácter de verdaderas *lecciones de humanidad*.

En el Instituto de Huesca no se estilaban afortunadamente novatadas; pero en cambio había algo tan malo ó peor: el abuso constante del fuerte contra el débil, y el matonismo erigido en sistema y regulando los juegos y relaciones públicas entre camaradas.

Todo recién llegado que por su facha, indumentaria ó carácter, desagradaba á los *gallitos* de los últimos cursos, á aquellos insolentes dictadores de patio y de plazuela, se veía obligado, para librarse de atropellos, ó á recogerse en casita en las horas de asueto ó á impetrar el amparo de algún otro grandullón capaz de tener á raya al persecutor.

Yo tuve la desdicha de resultar antipático á los susodichos caciques, toda vez que sin causa justificada, y desde los primeros días de mi llegada, me maltrataron de palabra y obra, lanzándome, á mi pesar, á reyertas de las cuales salía casi siempre mal librado. Pero entre los que más abusaban de sus fuerzas, recuerdo á un tal Azcón, natural de Alcalá de Gállego, pigre crónico que había interrumpido varias veces sus estudios. Frisaría en los 18 ó 19 años; su torso cuadrado y fornido, su recio y tostado pescuezo, y sus morenos y vigorosos brazos, denunciaban á la legua al gañán que ha endurecido sus músculos guiando el arado y empuñando la azada.

Este salvaje reconoció bien pronto el flaco de mi carácter, y deseoso siempre de armar camorra y de divertirse á mi costa cuantas veces me encontraba en los alrededores del Instituto, me insultaba procazmente, llenándome de improperios y llamándome además *italiano* y *carne*

Biblioteca Nacional de España

de cabra (este último mote solía darse por burla á todos los de Ayerbe).

Pero el mote de *italiano* exige una explicación. Mi pobre madre, que era extraordinariamente hacendosa y económica, hízome un saco de abrigo aprovechando un sobretodo un poco antiguo de mi padre. Hasta aquí la cosa nada tiene de particular; lo grave fué que, preocupada con la idea de mi rápido crecimiento, y anticipándose un tanto á los sucesos, dejóme los faldones del gambeto harto más largos de lo que la moda de entonces ordenaba. ¡Forzoso es confesarlo! mi facha y talante dábanme un parecido lamentable con esos errabundos saboyanos que por aquellos tiempos recorrían la España tañendo un arpa ó exhibiendo osos y monas y alborotando siempre la chiquillería de las calles.

La súbita aparición de mi desgarbado sobretodo en medio de aquellos zumbones fué acogida por una rechifla general acompañada de burlas y bromas de todo género. En medio del alboroto, una voz más recia y autoritaria que las otras – la del referido Azcón—tradujo de pronto con un apodo gráfico la idea indistinta que bullía en todas aquellas regocijadas cabezas:

—¡El *italiano*, mirad al *saboyano*!—Verdad—repitieron á coro mis maleantes camaradas.—¡Sí, solo le falta el arpa!—Y las bromas continuaron apurando mi paciencia. Uno decía:—¿Qué has hecho de la mona?—Y otro:—Ponte trabillas, que pisas los faldones.--A buen seguro,—exclamaba el de más allá—que el difunto era mejor mozo.—Y así hubieran seguido las pullas y chirigotas, si la cólera y el coraje, á duras penas contenidos hasta entonces, no me hubieran lanzado como un rayo sobre Azcón y sus insolentes secuaces.

Otro muchacho más prudente y flemático habría toma-

Biblioteca Nacional de España

do la cosa á risa, y el mote hubiera sido prontamente olvidado hasta por el padrino; pero yo, que ignoraba aquel sabio adagio: «si quieres que no ridiculicen tus defectos anticípate á ridiculizarlos tú mismo», tomé el asunto por lo heroico, y presa de la mayor indignación comencé á repartir puñetazos sobre el autor del mote y todos los innumerables compadres que le habían confirmado. El resultado de mi temeridad é insensatez fué provocar las furiosas represalias de aquellos bárbaros, y caer á poco en tierra, destrozados el pantalón y el chaleco, sangrientos la nariz y los labios y molido el cuerpo por innumerables puntapiés y mojicones, y, sobre todo, por el peso colosal de toda aquella masa humana que culebreó durante algunos minutos sobre mis espaldas. Solo el gabán, inocente ocasión del atropello, resistió incólume la borrasca, una de las mayores que he corrido en mi accidentada vida de estudiante.

Cuando se cansaron de golpearme, levantéme como pude, recogí los restos de mis ropas y libros, limpiéme el sudor y la sangre del rostro, y desencuadernado y cojeando metíme en casa jurando vengarme del atropello.

Después de tan rudo y contundente escarmiento, creerá acaso el lector que mi bilis se habría apaciguado. Pues no señor; que en mí la obstinación de la casta fué siempre más poderosa que el instinto de conservación. Pocos días después, al salir de clase, topé con un corro de zumbones que, prevalidos de la presencia de Azcón, lanzáronme al rostro el odioso apodo. Ciego de furor salté como un león en medio de mis enemigos y repartí en los primeros momentos una buena andanada de golpes; pero mi arrogancia y mis humos tuvieron que pasar nuevamente por la afrenta y humillación de la derrota. Y las consecuencias de la agresión colectiva hubieran sido

Biblioteca Nacional de España

aún más graves que en la pasada riña, si los bedeles, que oyeron la jarana, no hubieran acudido al poco rato, arrancándome al encono de aquellos granujas.

Y con igual ocasión, y con las mismas lamentables consecuencias para mi curtido y asendereado pellejo, fueron sucediéndose las riñas durante dos ó tres meses. Mis camaradas no sabían qué admirar más, si el ensañamiento y constancia de Azcón y de sus compinches en propinarme tundas ó la terquedad y estoicismo con que yo las provocaba y recibía.

¡Cuántas veces, al recogerme en casa mohino y cabizbajo, abollado el sombrero, desarreglado y manchado de tierra y sangre el cabello, anhelante aún el pecho por la emoción y rojos y húmedos los ojos por la corajina y el despecho, me decía melancólica y filosóficamente: «¡Y pensar que todo esto me pasa por cuatro dedos de tela que pudieron cortarse á tiempo!»

Al hacerme tan amarga reflexión me equivocaba de medio á medio. Lo que á mí me sucedía les pasaba también, con leves variantes, á otros pipiolos de los primeros años, no obstante vestir á la *dernière*. El pretexto no faltaba nunca. Y es obvio que, aunque mi desdichado gabán hubiera sido trasunto fiel del último figurín, el conflicto con los matones de los últimos años fuera inevitable. Precisamente concurrían en mí dos circunstancias que más temprano ó más tarde me habrían convertido en blanco de las iras de aquellos bárbaros; era una la fama de atrevido, fuerte y arriesgado que yo traía de Ayerbe, patria de calaveras y solar fecundo de guapos y matones; y era la otra la indignación que me han producido siempre la injusticia y el abuso.

Todas estas luchas infantiles que á muchos parecerán chiquilladas sin importancia, entrañan una transcenden-

Biblioteca Nacional de España

cia grande para el ulterior comportamiento del adolescente y hasta para el porvenir del hombre. La preocupación cuotidiana de la propia defensa y el sentimiento de la soledad y del abandono en medio de enemigos encarnizados, produce en el niño adaptaciones correlativas de carácter y de conducta justificadas por las circunstancias, pero fatales muchas veces al éxito de los estudios. El muchacho más inofensivo y pacífico, lanzado muy á su pesar en una batalla diaria é inevitable, acaba por adoptar un *modus vivendi*, una estrategia con que esquivar ó atenuar el continuado peligro. Si el carácter nativo es débil, la adaptación al medio se verifica mediante la humillación, el halago y la lisonja; mas si es enérgico y altivo, y desdeña por mujeriles y bajos tales recursos, apela constantemente á la fuerza. Tal me ocurrió á mí.

Hé aquí, poco más ó menos, cómo discurría yo entonces, y cómo de las amargas enseñanzas del mundo sacaba tristes corolarios prácticos. «El niño, y quizá también el hombre—pensaba—son naturalmente malos, envidiosos, salvajes, violentos, atormentadores de los débiles y temerosos de los fuertes. Para vivir en paz con ellos es de todo punto indispensable inspirar miedo y respeto. Pero esto no se logra sino con la fuerza, la audacia y la sangre fría. Hay, pues, que ser tan fuerte como el más fuerte. Es menester educar á la vez los nervios y los músculos y llegar á ser duro como un roble, insensible como el toro, y ladino como la zorra.

«Pero ¿cómo alcanzar esa superioridad, y sobre todo alcanzarla luego? Mis insolentes adversarios se permiten tener más años que yo; mi debilidad parece inevitable, en tanto que el tiempo, ayudando la obra de la naturaleza, no eleve mi estatura, amplíe mi pecho y endurezca y desarrolle mis brazos».

Biblioteca Nacional de España

Afortunadamente conocía yo bien los efectos eminentemente tónicos de la gimnasia y del trabajo forzado. Había observado cuánta ventaja llevan siempre en las riñas, pedreas, saltos y carreras, los muchachos recios y trigueños recién llegados de la aldea y acostumbrados al peso de la azada, á los señoritos altos y pálidos, de tórax angosto, zancas largas y juanetudas, criados en la penumbra de las angostas calles de la ciudad, y al suave y dulce calor del halda materna. Tampoco se me había escapado que la fuerza é insensibilidad infunden ánimo, audacia y entereza, mientras que la debilidad tiene por casi obligadas compañeras la pusilanimidad, la humillación y la lisonja. Me acordaba de que los héroes griegos fueron bravos acaso porque fueron fuertes. Sospechaba ya que esa disociación tan cara á los retóricos y moralistas, entre el corazón y los músculos, entre el valor moral y la fuerza bruta es una excepción rara, despreciable en la práctica.

En consecuencia, resolví entregarme sistemáticamente á los ejercicios gimnásticos, á cuyo fin me pasaba solitario horas y horas en los sotos y arboledas del Isuela, ocupado en trepar á los árboles, saltar acequias, levantar á pulso pesados guijarros, manejar la honda y la flecha, en ejecutar, en fin, cuantos actos creía conducentes á desarrollar mis hombros y brazos, prestar fuerza, resorte y agilidad á mis piernas, dureza y velocidad á mis puños, frialdad y calma al corazón. Esperaba yo confiadamente que, al cabo de algunos meses, lo más largo al año venidero, las cosas cambiarían radicalmente, y que hasta los perdonavidas más orgullosos y altaneros habrían de deponer su encono y mirarme con respeto.

Esta consoladora esperanza—á primera vista tan ilusoria—se realizó en gran parte en los cursos próximos,

Biblioteca Nacional de España

según verá más adelante el lector. La gimnasia y mi indomable amor propio hicieron milagros. Porque, en medio de mis graves deficiencias y defectos, he sido fiel toda mi vida á una máxima salvadora, tan vulgar como poco practicada, á saber: «si quieres triunfar en las empresas difíciles pon en ellas todas las fuerzas de tu espíritu gastando en los medios más tiempo y más trabajo de los que el mundo juzga necesarios al logro de los fines». El esfuerzo sobrante jamás daña; antes tiene oportuno y adecuado empleo en otra ocasión, mientras que una pequeña insuficiencia nos hace marrar el blanco y fracasar del todo en el empeño.

Un suceso de muy distinto género de los referidos me proporcionó una amarga enseñanza acerca del egoísmo de los niños, y del miedo, como innato, que todos sentimos á la justicia.

Un día del mes de Enero nos divertíamos varios amigos retozando y patinando en la balsa de un molino situado no lejos de la alameda. El frío era glacial y la capa de hielo del estanque tan espesa, que soportaba perfectamente nuestros cuerpos. A poca distancia de la orilla unos galopines habían abierto en el hielo, arrojando sobre él grandes piedras, un anchuroso agujero por donde asomaba el agua, que denunciaba por su matiz verde obscuro la gran profundidad del fondo. Fiado en mi agilidad, y tentado por el diablo, propuse á mis camaradas brincar por encima del ancho boquete, y para animarlos salté yo primeramente, siguiéndome los demás. Mi mala estrella dispuso que, en uno de mis brincos, resbalase en un trozo de hielo movedizo, y cayendo de espaldas me hundiese con estrépito en el agua, debajo de la cual permanecí algunos segundos. Mi apuro fué grande, pues aunque sabía nadar, hallábame bajo formi-

Biblioteca Nacional de España

dable costra de hielo y no podía atinar con el boquete, ni por tanto respirar. Después de forcejear ansiosamente acerté con el agujero, agarréme á los movedizos carámbanos de los bordes, que cedían en parte á la presión de mis manos y, en fin, en virtud de un supremo y doloroso esfuerzo, logré emerger la cabeza y resollar. Ví entonces con estupor que mis camaradas, creyéndome sin duda ahogado, habían huído, abandonándome á mi suerte. En aquella incómoda postura, falto de fuerzas, aterido y como paralizado por el frío, yo no podía incorporarme; para ello hubiera sido necesario ejecutar lo que en el *argot* de los gimnastas se llama la *dominación doble;* además, el suelo estaba demasiado hondo para dar sostén á mis pies. Por fortuna, pataleando y tanteando en todas direcciones, tropecé con una estaca que me prestó el deseado é imprescindible apoyo, y sacando por fin el tronco del agujero, me libré de una muerte cierta.

Calado hasta los huesos y sintiendo un frío riguroso, quise ponerme en marcha; pero noté al poco rato que el agua del pantalón comenzaba á congelarse, impidiéndome andar. Temeroso de helarme, desnudéme enteramente, escurrí lo posible el agua de la ropa, que tendí á secar en la margen de un campo resguardado del riguroso cierzo. Mientras tanto, cobigéme, todo encogido, en la puerta de un pajar bañado por los rayos del sol poniente, que apenas tuvieron calor suficiente para enjugar mi amoratada y aterida piel. El frío hacíame dar diente con diente, obligándome al poco rato, para entrar en calor, á correr vertiginosamente por el vecino barbecho, yendo y viniendo al pajar durante cerca de una hora, que fué el tiempo que tardó en secarse algo la camisa. Poco después (serían las cinco de la tarde), acabé de vestirme, fuíme corriendo á casa, sustituí la ropa toda-

Biblioteca Nacional de España

vía húmeda por otra, y reaccioné franca y saludablemente.

El lector que haya seguido el relato de mis peripecias imaginará, sin duda, que mi aventura polar tuvo graves consecuencias para mi salud, produciéndome alguna de las muchas inflamaciones *a frigore*, catalogadas y descritas minuciosamente en los libros de patología. Pues no hubo tal; ni siquiera me constipé.

No hay torpeza de la cual no quepa extraer alguna útil moraleja; y yo, del tremendo remojón, saqué dos apotegmas, uno fisiológico y otro moral: 1.ª Digan lo que quieran los patólogos, el frío, obrando como condición exclusiva, no constipa ni causa pulmonías. 2.ª Los sentimientos de filantropía y compasión en los jóvenes son tan frágiles, que no resisten al riesgo de mojarse un poco los puños de la camisa.

La necesidad de fortalecerme para repeler las continuas agresiones de los chicos no fué poderosa á hacerme olvidar el culto de lo bello; antes bien, mis inclinaciones artísticas hallaron pábulo é incentivo en el nuevo género de vida. Antes de la que podríamos llamar *era gimnástica* ó *muscular* de mi vida, mis ensueños artísticos tenían por tema el hombre en acción. Tratábase siempre de representar las fieras y arrogantes actitudes del *gran mamífero de presa*, el gesto heroico del *sobre-hombre* (como diría el perturbado y egotista Nietzsche) en los momentos en que se digna degollar á los *subhombres*, es decir, á los cobardes, débiles é insuficientes. Como en la pintura antigua, que solo nos ofrece en espectáculo bellos cuerpos humanos, en mis dibujos la naturaleza vegetal y animal ocupaba un puesto muy secundario. Pero ahora, con ocasión de mis paseos solitarios por los sotos y verjeles del Isuela, comencé á admirar la soberana hermo-

Biblioteca Nacional de España

sura del reino de las plantas, y á escuchar con atención y placer ese concierto de las fuerzas orgánicas, perpetuamente ocupadas en rehacer y modelar, á despecho de la muerte, la brillante y multiforme estatua de la vida... á comprender algo de ese confuso rumor de colmena que agita la tierra, el agua y el árbol, y en el cual el alma sensible del artista y del pensador cree percibir el clamor de un mundo que llora el olvido, la inatención y la indiferencia humanas.

Parecía como que un sentido nuevo se hubiera abierto á mi espíritu. Ya no me creía solo en la soledad del bosque; las plantas y los animales me acompañaban, haciéndome confidente de sus anhelos y de sus heroicos combates por la luz, el aire y la tierra.

El hombre copia siempre lo que ama. En el mundo orgánico, como en el psicológico, amar es reproducir. No ama quien no desea descartar de la mente por un acto de abstracción las imágenes indiferentes, sustituyéndolas por las representaciones queridas; quien no anhela á todas horas reforzar la idea fervorosamente acariciada, con la reiterada contemplación de la copia, donde además se nos ofrece el objeto embellecido, interpretado, simplificado, y por consiguiente superiormente inteligible.

Fiel á la citada ley psicológica, yo copié cuanto causaba encanto á mis ojos. Las páginas de mi álbum, convertidas en archivo y relicario de mis amores, llenáronse de grupos de árboles, de ramilletes de flores silvestres, de arroyos que se deslizaban sobre guijas y entre juncos, de zarzas y florestas, donde anidaban el ruiseñor y el jilguero, y se posaban libélulas y mariposas.

Mis dibujos, empero, no me satisfacían. La forma se mostraba relativamente dócil, pero el color se resistía,

Biblioteca Nacional de España

Agobiábame la infinita riqueza de la gama cromática ostentada en tierras, follajes y flores, y causábame honda pena el reconocer lo menguado de mi paleta y la inexperiencia de mis pinceles. Es que yo, como todos los aficionados neófitos, desconocía el difícil arte de los matices y transiciones, de las tintas inciertas, de los reflejos y transparencias, con cuyos recursos el hábil pintor reproduce la suave y cambiante ondulación de la vida, y evita las rigideces y opacidades de los paisajes de cartón, de las flores de trapo y de las carnes de madera.

Poco á poco llegué, sin embargo, á analizar mejor el color y á combinar menos desacertadamente los tonos simples. En ese verde rabioso y disonante con que los niños y los ignorantes, reproducen el follaje, acabé por discernir una variada serie de matices, desde el cromo al verde mar, desde el verde azulado del olivo al verde negro del ciprés, y al verde marrón y naranja de la mustia hoja otoñal.

Y siguiendo por este camino, llegué á persuadirme de que los colores puros de la paleta del pintor son mera abstracción, sin realidad objetiva; son producto del análisis, una verdadera revelación de la ciencia. Al brindarnos el placer de los ojos, la naturaleza ostenta siempre acordes de colores espectrales, en los cuales el blanco y el negro, es decir, la luz y la sombra, atenúan, degradan y diversifican al infinito las combinaciones cromáticas; del mismo modo que, al ofrecernos los placeres del oído, huye también de los tonos simples y combina, para regalo de nuestro sentido musical, sucesiones de acordes matizados y atenuados por ese blanco y negro de la sensación acústica que se llaman ruido y silencio.

Por donde vine á entender que la naturaleza aborrece lo simple y lo puro, y que nuestros sentidos mismos lo

Biblioteca Nacional de España

repugnan. Y la razón de esto—que naturalmente entonces no se me ocurría—debe ser que los mecanismos sensoriales representan adaptaciones á la realidad total y viva del mundo, y están, por tanto, organizados para recibir combinaciones ó grupos de pulsaciones armónicas. Compréndese bien, pues, que las impresiones simples nos disgusten, mientras que las agrupadas en ritmos variados nos deleiten. La misión del pintor se reduce á copiar fielmente estos acordes cromáticos y formas complejas, analizándolos previamente y educando á tal fin sus sentidos, su inteligencia y sus manos.

Mas, desgraciadamente, no es lo mismo sugerir un precepto que aplicarlo. La capacidad, para sentir la belleza, hállase muy generalizada en los espíritus cultivados; mas la aptitud para percibir los elementos de la impresión agradable y fundirlos después en combinaciones exentas de disonancias es harto limitada, y hasta parece faltar enteramente en muchos hombres. Semejante dificultad analítico-sintética da cuenta de un fenómeno vulgar: los niños y los artistas chapuceros, no acertando á analizar el color, lo simplifican, reproduciendo la nota simple dominante, á la manera del músico de oído, que solo suele reproducir al piano la melodía, desatendiéndose de la armonía, ó reduciéndola á la más mínima expresión. Tan cierto es esto, que un artista medianamente culto discierne al primer golpe de vista y desde lejos los peores cuadros de una exposición; los reconoce en seguida por lo chillón y simplista del colorido y lo esquemático y monótono de las formas y actitudes.

Pero anudando el hilo de mi relato, roto por la precedente digresión, diré que aquellas rudimentarias observaciones é imperfectas copias de los matices com-

Biblioteca Nacional de España

plejos de plantas y animales condujéronme á realizar un proyecto, tan inútil como poco razonable. Me propuse catalogar en un álbum todos los tonos y matices con que las tierras, los vegetales y los animales se engalanan; algo así como un dicionario pictórico, en donde al lado de cada sustantivo de cosa figuraran en serie evolutiva todas las tonalidades complejas del objeto simbolizado, y en casillas adyacentes la proporción de los tintes simples integrantes del color real. Para realizar tan estrafalario empeño—que debía iniciarse por la cromática de las plantas—díme á coleccionar arbustos, hierbas, cortezas y flores, proporcionándome las primeras materias en los verjeles del Isuela y en los matorrales de las vecinas colinas de los Mártires. Mientras la obra tuvo por tema las flores silvestres, todo salió á pedir de boca; pero en cuanto abordé el capítulo de las flores cultivadas, la impura realidad se atravesó en el camino, y me impuso cortapisas que mi carácter no podía tolerar. Las flores, esos seres tan bellos é inocentes, no eran libres; tenían amo y había que arrancarlas á viva fuerza de los pensiles y macetas; cuanto más que ningún floricultor ó dueño de huerto hubiera atendido mis ruegos y comprendido el alcance de la extraña empresa en que me había metido. Las rosas tienen para todos espinas; para mí tuvieron, según luego veremos, más que espinas: palos y mojicones.

De entre los muchos contratiempos sobrevenidos como consecuencia del robo de flores recuerdo muy bien dos, asociados íntimamente en mi memoria, por triste ironía de la suerte, á la redacción del capítulo de las rosas. Voy á contarlos brevemente, para que se vea cuántos inconvenientes ofrece, en el prosaico mundo en que vivimos, el inocente y fervoroso culto del arte puro.

Biblioteca Nacional de España

Uno de mis amigos, confidente de mis gustos y empresas, como me viese contrariado por carecer de ejemplares de una hermosa rosa llamada en Huesca *de Alejandría,* flor tan notable por su color como por su fragancia, propúsome el asalto de un jardín donde abundaban esa y además muchas plantas de adorno. Acepté gustoso la proposición, que tenía para mí también el atractivo irresistible de una aventura peligrosa, y fijamos la hora de dar el golpe para las nueve de la noche del siguiente día. Llegada la hora de la cita, acudió puntualmente mi amigo con dos compañeros más seducidos por la codicia del inocente botín, y nos aproximamos cautelosamente á las tapias del huerto, por encima de las cuales descollaba un alto emparrado y brillaban á trechos las copas de unos magníficos rosales trepadores, cuyas diminutas y bellísimas flores tempranas brillaban como mariposas blancas á la indecisa claridad de la velada luna. Preciso era, antes de lanzarnos al escalo, saber si los dueños, ó acaso el hortelano, se hallaban en la casa de campo, y para salir de dudas recurrimos al candoroso ardid de disparar dos ó tres piedras al tejado. Al estrépito no respondió ni una voz, ni un rumor. Animados por aquel silencio solemne, nos acercamos de puntillas á un punto accesible de la pared, trepamos á lo alto, salvamos la varillas del emparrado y saltamos, no sin emoción, sobre el paseo que circundaba el jardín.

Apenas habíamos cogido algunas rosas de Alejandría, cuando junto á nosotros aparecieron súbitamente dos gañanes que, armados de sendas trancas, acometiéronnos furiosamente. Pronto nos repusimos de la sorpresa y emprendimos vertiginosa carrera por las calles del jardín. Pero ¿cómo escapar? Las puertas estaban cerradas y las bardas del cercado tan altas, que no era posible encara-

Biblioteca Nacional de España

marse antes de que los furiosos hortelanos dieran sobre nosotros con sus amenazadoras estacas. En tan angustiosa situación, el instinto más que la reflexión nos impuso la estrategia de correr desalentados alrededor del huerto, para ver si conseguíamos cansar á los gañanes ó ganarles en la carrera tal ventaja que nos fuera dable disponer de los pocos segundos indispensables al asalto de la pared. ¡Todo menos entregarnos á la furia de nuestros enemigos! Pero ¡ay! todo esto eran cuentas galanas. A decir verdad, durante el primer cuarto de hora las cosas no marcharon mal enteramente; la costumbre de correr y el acicate del miedo nos permitieron conservar sobre nuestros enemigos una ventaja de más de 20 m. Pero en el segundo cuarto de hora la distancia disminuía progresivamente; á los cuarenta minutos, poco más ó menos, era de 15; á la media hora de menos de 10. La angustia nos devoraba. No cejábamos, sin embargo, en aquella suprema lucha por el espacio y por el tiempo. Una fuerza irresistible, el único resorte verdaderamente grande que se agita en nosotros, el impulso incoercible de vivir íntegramente, sin abdicaciones orgánicas, sin perder un tejido ni una célula, nos impelía hacia adelante. En tan supremo trance nuestra alma se había pasado á los músculos (el corazón, otro músculo también, encendía todas sus calderas y prefería estallar á rendirse).

Ni Héctor, huyendo en torno de los muros de Troya perseguido por el implacable Aquiles, debió correr como nosotros, que no pudiendo presumir de héroes troyanos, guardábamonos bien de afrontar la cólera de aquellos zafios Aquiles de azadón y podadera.

Pero ¡oh dolor! la recia musculatura de nuestros perseguidores no se fatigaba todavía, y en cambio nuestras

Biblioteca Nacional de España

piernas comenzaban á flaquear, el corazón latía sin compás y vertiginosamente, el fuelle respiratorio se agitaba febril, el incendio difundido por los músculos nos abrasaba, las fauces secas por el potente resoplido pulmonar demandaban un refrigerio imposible; una inquietud y una angustia profundas invadían nuestro sér! ¡Y á todo esto la distancia disminuía terriblemente! Las trancas de nuestros enemigos volaban por el aire y golpeaban furiosamente nuestras piernas y espaldas, anunciándonos la proximidad del terrible desenlace. Oíase ya cercano el silbar de los palos y el resuello de aquellos energúmenos. Uno de los camaradas, paralizado por el cansancio, cae, y sus gritos y alaridos llegan á nosotros sirviéndonos de supremo acicate. ¡Dentro de poco todo iba á acabar! Sin embargo, la caída de nuestro compañero diónos un momento de tregua, permitiéndonos respirar y cobrar alguna ventaja. Renació la esperanza, pero ¡ah! para desvanecerse muy pronto; porque nuestros enemigos, cansados de tanta obstinación y deseosos de atraparnos á todo trance, acordaron una decisión fatal: dividieron sus fuerzas; uno de ellos continuó corriendo en línea recta; el otro marchó en dirección contraria. ¡Íbamos á ser cogidos irremediablemente entre dos fuegos! No había tiempo que perder. Yo tenía mi plan, que había madurado en los cortos instantes en que, al doblar las esquinas, perdía de vista á mis persecutores y podía explorar á mi sabor las tapias y árboles del paseo. Aprovechando, pues, uno de esos momentos, en un supremo esfuerzo me lancé á las ramas de un manzano, desde el cual gané la tapia vecina y me puse en franquía. Y estuve oportunísimo, porque segundos después oí terrible alboroto y ruido de palos, ayes y gemidos que partían el alma. Eran mis pobres compañeros de infortunio que

Biblioteca Nacional de España

caían en tierra bajo una lluvia de golpes. Impulsado por un sentimiento de venganza, é indignado por el abuso de que juzgaba víctimas á mis amigos, tuve todavía la desfachatez de encaramarme en la tapia y de disparar cuatro ó cinco gruesos guijarros sobre los crueles vapuleadores, en los cuales debí hacer blanco, porque se volvieron furiosos en mi dirección. Tuve, naturalmente, la prudencia de no esperarlos.

Así acabó aquella famosa aventura de las rosas de Alejandría. El molimiento fué tal, que mis compañeros no asistieron á clase en varios días, y uno de ellos, si mal no recuerdo, cayó enfermo de cuidado. A la verdad, la paliza no fué para menos; y aun yo, que salí relativamente bien librado del lance, me resentí por mucho tiempo de dos anchas contusiones causadas en mis espaldas por aquellas estacas volantes. Hoy mismo, por automática asociación de ideas, en cuanto veo una rosa pequeña, surge en mi mente la lamentable escena del jardín, y me parece que se renueva el escozor del espinazo.

Más sabor cómico que dramático tuvo otro episodio que se desarrolló en los jardines de la estación del ferrocarril. Cultivábanse allí unas rosas de te, cuyas elegantes formas y suave y variado colorido excitaban diariamente mi codicia y atraían tentadoramente mis miradas. Una tarde no pude resistir la comezón de completar mi colección de dibujos con la reproducción de tan exquisitos ejemplares, y aprovechando un momento de ausencia del guarda, salté el vallado y apoderéme de las rosas. Quiso mi mala estrella que, cuando había traspasado ya la empalizada, me columbrase el guardafreno, quien, escopeta en mano y en actitud amenazadora, echó á correr en pos de mí. En vano dióme á grandes voces el alto, ordenándome que me rindiera á discreción para evitar una per-

Biblioteca Nacional de España

digonada. Acordábame harto de los palos de marras para acceder á sus ruegos; y así escapé desolado, marchando á campo traviesa sin cuidarme de mirar atrás. A los pocos minutos logré cogerle gran delantera, y ya me creía salvo, cuando quiso mi mala estrella que, al saltar una ancha acequia bordeada por bancos de cieno, cuya desecación superficial fingía á la vista cómoda y sólida margen, cayese en la opuesta orilla y me hundiese en el légamo hasta medio cuerpo. Forcejeé ansiosamente por salir del atasco, pero cada contorsión contribuía á clavarme más en el espeso barro, donde quedé cogido como pájaro en liga. Por fortuna, unas pobres mujeres que lavaban no lejos de allí, acudieron en mi ayuda y sacáronme del lodazal hecho una lástima. Desnudéme como Dios me dió á entender, dispuesso á lavarme la ropa; pero esto no lo consintieron mis caritativas salvadoras, que, apoderándose de mis prendas, limpiáronlas cuidadosamente, durante cuya operación tuve que permanecer escondido, acurrucado y en camisa bajo unas sombrías mimbreras. Pero se me olvidaba decir que antes de esto llegó el furioso guarda, quien al verme de aquel talante, y no sabiendo por dónde asirme sin detrimento de su limpio uniforme, acabó por soltar la risa y dejóme en paz. En realidad, mi corteza de barro me hacía más invulnerable que la más resistente coraza.

Los citados episodios y otros que no cuento, por no ser demasiado difuso, parecerán inverosímiles en estos tiempos que corremos. ¿Qué mozalbete ó señorito expondría hoy el pellejo por el placer de contemplar una rosa y de enriquecer un álbum? ¿No es verdad que tan candoroso culto de lo bello, en su más inocente y fugitivo símbolo, en la flor, hará sonreir á la adolescencia de hoy?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIII

Las vacaciones.—Pinturas fúnebres.—Descubrimiento de una biblioteca de novelas.—Se recrudece mi furor romántico.—El Robinsón y el Quijote.

La vida feliz implica un cambio incesante del medio moral y material. Ser dichoso, es moverse; es establecer un ritmo de sensaciones antagonistas; es provocar por turno la reviviscencia de recuerdos agradables. Por ley ineludible de nuestra mecánica cerebral, cada sensación ó emoción actual suscita, por acción de contraste, el deseo de los estados mentales complementarios. Un horizonte limitado nos hace echar de menos el dilatado de las montañas; la monótona planicie del mar ó del desierto evoca el placentero rincón del nativo valle y el caliente nido del hogar. Y pasando del orden físico al moral, la disciplina del estudio y el austero régimen del aula son la causa de que codiciemos la vida de aire libre y la libertad de escoger arbitrariamente el tema de nuestros pensamientos.

¡Cómo entonan el ánimo y ensanchan el corazón estos

Biblioteca Nacional de España

cambios de postura! Cuando, satisfaciendo anhelos largo tiempo incumplidos, reproducimos las sensaciones de que brotaron los sentimientos y recuerdos postergados y casi olvidados, ¡cuán profundamente parecen agradecernos éstos la actualidad! Al pasar de la potencia al acto, al convertirse de sombras indecisas en imágenes vivas y luminosas, se diría que todo nuestro sér, al sentirse vivir por entero, entona un himno de gracias, himno en el cual las notas más vibrantes y jaculatorias, las que dominan en el armónico concertante de la colmena orgánica, brotan de las células á quienes el exclusivismo de las tareas intelectuales condenó al paro forzoso, y con él al frío de la anemia y al desvío del sujeto.

Así me explico el placer vivísimo y delirante de las vacaciones estudiantiles, del jovial y bullicioso retorno á la vida natural y espontánea. ¡Cuán hermosa parece la libertad del espíritu cuando la salud y la juventud le prestan sus poderosas y doradas alas! ¡Cuán triste en aquella edad en que, parafraseando una famosa definición del hombre, quedamos reducidos á una inteligencia abandonada de sus órganos! Pero en la aurora de la vida, ¡qué dulce satisfacción orgánica emancipar el cuerpo de la tiranía del horario escolar, desentumecer los órganos casi atrofiados por desuso, restaurando y equilibrando una máquina que corría peligro de ser mutilada por las férreas cadenas de la división del trabajo!

Ocúrrenme las precedentes reflexiones al recordar el júbilo y entusiasmo con que yo solemnicé en el verano de 1864 mi regreso al hogar, una vez terminados los exámenes de Junio, en los cuales, si no alcancé honoríficos diplomas, no tuve tampoco tropiezos deplorables.

Como imaginará fácilmente el lector, puesto que conoce ya mis aficiones á la vida campestre, fué mi primer

Biblioteca Nacional de España

cuidado bañar el espíritu en el oleaje de la libre naturaleza; es decir, reforzar mis recuerdos con la visión de las alegres montañas y risueñas campiñas del lugar, elementos objetivos de mis imaginaciones pictóricas, y renovar las amistades con mis antiguos camaradas, á quienes mostré lleno de noble orgullo los monigotes dibujados durante el curso, así como mi álbum vegetal y animal todavía incompleto.

Calmada mi sed de jiras y alocadas correrías por el lugar, llamóme mi padre á capítulo, y me expuso sus propósitos respecto de mí. Declaróme su resuelta voluntad de que, dejándome de fútiles pasatiempos y de pueriles y ridículos devaneos artísticos, consagrase todo el verano al estudio, repasando desde luego las asignaturas recientemente aprobadas, aunque medianamente aprendidas, y leyendo después los enrevesados textos del futuro curso, á fin de facilitar con el anticipado ejercicio las tareas del año próximo.

No tuve más remedio que hallar excelentes sus consejos, y aun creo que me propuse sinceramente cumplirlos, á menos de sobrevenir caso de fuerza mayor; pero, ¡ay! el demonio de la indisciplina que jamás conseguí abatir por completo, y mis indigestas y empalagosas inclinaciones artísticas, de cada día más obstinadas, dieron al traste con tan razonables propósitos, haciéndome recaer en la incorregible manía de pintarrajear tapias y papeles.

Conforme ocurre muy á menudo en los muchachos desobedientes, el piadoso deseo de ahorrar disgustos á los padres convirtióme en un redomado hipócrita. A pretexto de que mis árduas lecturas y meditaciones exigían silencio y recogimiento absolutos, imposibles de lograr en el gabinete de estudio, solicité y obtuve del autor de

Biblioteca Nacional de España

mis días el permiso de habilitar para cuarto de trabajo el palomar, recinto encumbrado y aislado del granero, una de cuyas ventanas daba al tejado de vecina casa, y desde cuya puerta podía yo atisbar, muy á mi sabor, á las personas que pretendiesen penetrar en el desván y vigilar mi conducta. Mi ardid salía á pedir de boca, como se verá luego.

Por un colmo de precaución, en los ratos destinados á dibujar ó leer novelas salíame al tejado vecino, donde, junto á una chimenea y en un rincón al abrigo de las miradas indiscretas, habíame fabricado con tablazón, palitroques y broza, una especie de confesionario ó tonel de Diógenes, bajo cuyo asiento escondía los artículos de contrabando, tales como papel, lápices, colores y libros profanos. Naturalmente, cuando me remordía la conciencia y juzgaba necesario para tranquilidad de mi espíritu volver á la tarea de traducir á Cornelio Nepote ó de estudiar la psicología de Monlau y las matemáticas de Pallín y Bustillo, retornaba á mi honesto retiro del palomar, á fin de que todos pudiesen certificar mi aplicación; allí permanecía de preferencia durante las horas en que mi padre se hallaba en casa despachando su consulta.

Fuera de estos breves instantes, mi laboratorio era el tonel de Diógenes y mi labor favorita el dibujo. No recuerdo detalladamente los temas que mi pincel profanó durante aquel verano; solo sé que por aquellos tiempos dí en la flor de cultivar el registro lúgubre y melancólico.

Verdad vulgarísima es que en las aficiones giratorias de los chicos desempeñan un papel importante la sugestión y la imitación. No sé quién (creo que fué en Huesca) habíame prestado un cuaderno de composiciones funerarias y elégicas, manuscritas unas y originales de vates

Biblioteca Nacional de España

inéditos que se proponían acaso emular las glorias de Leopardi y Hugo Fóscolo, é impresas otras, entre las cuales se contaban los manoseados y chabacanos versos atribuídos gratuitamente á Espronceda, y titulados *La desesperación*, y las famosas *Noches lúgubres* de Cadalso.

Inducido por tan desconsoladoras lecturas, creí inexcusable deber mío poner la cara triste y compungida como si me hubiera ocurrido una gran desgracia, y afectar en mis palabras y en mis obras la más negra é incurable melancolía. Los ruines engendros de mi fantasía tiñéronse, por consiguiente, de luto, y mi pincel, que marcaba las oscilaciones de mi enfermiza sensibilidad como la aguja del galvanómetro señala las sacudidas de las corrientes eléctricas, solo hallaba complacencia en los paisajes desolados, en los desiertos barridos por el simoún, en los naufragios en alta mar y en las macabras escenas de cementerio.

Acude á mi memoria, entre otras pinturas de menos fuste, una bastante pretenciosa, donde aparecía un valle rocalloso cercado de abruptas y peladas montañas, semejantes á cráteres lunares; sus cimas grises, como calcinadas por la erupción de un volcán, destacaban por claro en el fondo cárdeno del cielo, al cual prestaban un tinte de penetrante melancolía una enorme luna verdosa medio velada por densos nubarrones y algunos buhos y lechuzas que juzgué indispensables para aumentar el carácter lúgubre de aquella cursi y estrafalaria composición.

Si mi memoria no me es infiel, al final de aquel verano ocurrió un suceso que tuvo grandísima influencia en la dirección de mis futuros gustos literarios y artísticos.

Dejo consignado ya que en mi casa no se consentían libros de recreo. Ciertamente mi padre poseía algunas obras de entretenimiento, pero recatábalas, como mortal

Biblioteca Nacional de España

veneno, de nuestra insana curiosidad; pues en su sentir, durante el período educativo, no debían los jóvenes distraer la imaginación con lecturas frívolas, por tener el grave inconveniente de hacer áridos y odiosos por obra de contraste los severos cuanto provechosos estudios de la física y de las matemáticas. No obstante la prohibición, mi madre, á hurtadillas de la autoridad paterna, y á guisa de premio de nuestra aplicación y docilidad, nos consentía leer alguna novelilla romántica que guardaba en el fondo del baúl desde sus tiempos de soltera. Eran, lo recuerdo bien: *El solitario del monte salvaje, La extranjera, La caña de Balzac, Catalina Howard, Genoveva de Brabante* y algunas otras, cuyos títulos y autores no han dejado rastros en mi memoria. Ocioso es decir que, tanto mis hermanos como yo, nos las leíamos de un tirón, y, por lo que á mí respecta, me entusiasmaba tanto la lectura, que no comía ni dormía hasta averiguar en qué paraba el enredo y cómo salía de sus apurados trances el protagonista.

Fuera de estas novelas, mis lecturas de recreo habíanse reducido hasta entonces á algunas poesías de Espronceda, de quien era yo ardiente admirador, una colección de romances clásicos y muchos romances vulgares é historias de caballería andante, que por aquellos tiempos vendían á cuatro cuartos los ciegos y los tenderos de estampas, aleluyas y objetos de escritorio.

Pero tan mezquino pasto intelectual no bastaba á mi codicia de curiosear historias fantásticas y narraciones maravillosas. Tenía, además, oscura conciencia de que había algo mejor y más artístico; había oído celebrar, más de una vez, las pintorescas, amenas y entretenidas novelas de Dumas (padre), de Eugenio Sué (entonces en predicamento) y de nuestro romántico Fernández y Gon-

Biblioteca Nacional de España

zález; las clásicas y robustas creaciones de *Cervantes* y *Quevedo*, y las tiernas, sentidas y declamatorias narraciones de Chateaubriand y Lamartine. Naturalmente, ardía en deseos de saborear estos prodigios de la imaginación humana; mas por desgracia, las personas graves del pueblo, poseedoras de tan preciados tesoros, se hubieran guardado bien de prestarlos á un travieso rapazuelo como yo. Veíame, pues, condenado á ignorar, quién sabe hasta cuándo, las grandes revelaciones de la forma literaria y las más altas y sublimes creaciones de la fantasía.

Por fortuna, mi buena estrella y mis continuas excursiones por los tejados, procuráronme un hallazgo de inestimable valor, y que satisfizo plenamente mi ansia loca de quiméricos ensueños. Un día, explorando al azar mis resbaladizos dominios de tejas arriba, me asomé á la ventana de un desván perteneciente á un confitero, y contemplé ¡oh gratísima sorpresa! al lado de trastos viejos y de algunos cañizos cubiertos de dulce y frutas secas, una copiosa y variadísima colección de novelas, historias, versos y libros de viajes. Allí se mostraban, tentando mi ardiente curiosidad, el tan celebrado *Conde de Montecristo* y *Los tres Mosqueteros*, de Dumas (padre); *María ó la hija de un jornalero*, de E. Sué; *Men Rodríguez de Sanabria*, de Fernández y González; *Los mártires*, *Atala y Chactas* y el *René* de Chateaubriand; *Graziella*, de Lamartine; *Nuestra Señora de París* y *Noventa y tres*, de Víctor Hugo; *Gil Blas de Santillana*, de Le Sage; *Historia de España*, por Mariana; *Las comedias de Calderón*, varios libros y poesías de Quevedo, *Los viajes*, del capitán Kook, el *Robinsón Crusoe*, el *Quijote* y una infinidad de libros de menor cuantía de que no guardo recuerdo puntual. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre

Biblioteca Nacional de España

de gusto y que no cifraba solamente su dicha en fabricar caramelos y pasteles.

Ante tan fausto acontecimiento, la emoción me embargó durante algunos minutos. Repuesto de la sorpresa y decidido á aprovecharme de la buena fortuna, me eché á pensar en la forma más adecuada de explotación de aquella mina; pronto comprendí que había que poner en ello mucha cautela á fin de evitar las sospechas del dueño y el definitivo malogro de mis furtivas lecturas. Mi prudencia llegó al extremo de respetar, por el momento, los exquisitos y apetecibles dulces del cañizo, temeroso de que, si el pastelero echaba de menos sus peras y ciruelas confitadas, acabara por cerrar ó enrejar la ventana, dejándome, como suele decirse, á la luna de Valencia. Después de madura reflexión decidí dar el primer golpe por la mañana temprano, durante el sueño de los inquilinos, y tomar los libros codiciados de uno en uno, reponiendo cada ejemplar leído en el mismo lugar ocupado en el estante, del cual, para evitar comprometedores tanteos y equivocaciones, tracé rápidamente un plano ó diseño bastante exacto.

Gracias á tales precauciones, á mi serenidad y buena estrella, pude leer con fruición incomparable las obras más interesantes de la biblioteca, sin que el bueno del confitero se percatara del abuso, ni recelaran mis padres nada malo de mis largas ausencias en el palomar; ¡me creían, sin duda, absorto y encarnizado con las ecuaciones de segundo grado y con la traducción de César y Salustio!

¡Quién sería capaz de encarecer debidamente lo que yo me deleité y solacé con aquellas atractivas y sabrosísimas lecturas! Tan grandes fueron mi entusiasmo y arrobamiento que me olvidaba de todos los vulgares menes-

Biblioteca Nacional de España

teres de la vida material, atestiguando una vez más el dicho de que cuando el hombre se ocupa demasiado en las cosas del alma, acaba por no creer en su propio cuerpo. Embarcado en el pintado globo de la fantasía, perdí de vista la tierra y casi rompí las dos delgadas amarras que me juntaban á ella: el sueño transformado en continuado y enervador ensueño, y la digestión reducida á lo estrictamente preciso para poder soñar.

¡Cuántas exquisitas sensaciones de arte hasta allí ignoradas me causaron aquellas febriles lecturas! ¡Qué de gallardos, heroicos y novísimos tipos humanos me revelaron! Las descripciones brillantes de los bosques vírgenes de América, donde la vida vegetal parece desbordar y ahogar la insignificancia del hombre, en *Atala;* los místicos y castos amores de Cimodocea en *Los Mártires;* la tierna y angelical figura de *Graziella;* la pasión furiosa, exaltada y casi monstruosa de Cuasimodo en *Nuestra Señora de París;* y sobre todo, la nobleza, magnanimidad y valor puntilloso de *Artagnan, Porthos* y *Aramis* en *Los tres Mosqueteros,* y la fría, terrible y meditada venganza del protagonista del *Conde de Montecristo*, cautiváronme y conmoviéronme de un modo extraordinario.

Por fin, podía lisonjearme ya de haber trabado íntimo conocimiento con el mundo de los entes, de la fantasía; con ese brillante *Eldorado* donde moran los héroes de la voluntad y de la pasión, seres soberbios y magníficos, de corazón hipertrófico y sobreexcitado, que aman, odian, desprecian, matan y mueren con una gallardía y un gesto sobrehumanos.

Y fijándome en otro aspecto de la inspiración artística, maravillábame del poder casi divino de la imaginación del poeta y del novelista, quienes desdeñando las artes del diseño y toda representación plástica de los persona-

Biblioteca Nacional de España

jes y del ambiente físico en que éstos se agitan, sin echar mano de otro recurso que la fría palabra escrita, esto es, el símbolo evocador del pensamiento, saben alzar en la mente del lector una construcción ideal tan perfecta y de tal modo viva, coloreada y emocionante, que la realidad misma parece, comparada con ella, pálida é imperfecta copia, indigna casi de atraer la atención y de encadenar los afectos.

Y, además, ¡cómo la contemplación de estos seres imaginarios nos consuela de las amarguras de la vida! ¡Qué dulce beleño para las víctimas de la realidad! Hé aquí —me he dicho muchas veces—una panacea del alma, por cuya virtud hasta el más desdichado puede hallar lenitivo á su dolor, y alcanzar en cierto modo en la tierra el ideal por que suspira. No tiene sino escoger en los ricos y brillantes dominios de la fantasía literaria el rosado ensueño que mejor compense los vacíos, arideces y desolaciones de su estado actual. La medicina es tanto más eficaz cuanto que la ficción novelesca posee la extraña virtud de unir nuestro espíritu con el del protagonista. Enlazado con él, como dos hermanos siameses, le seguimos en sus aventuras, dando cima á gloriosísimas empresas; sus amores son nuestros amores; sus caídas, nuestras caídas; ¡y cuando en el ansiado desenlace asistimos á la apoteosis de la virtud y de la fortuna, sentimos en las calenturientas sienes el roce acariciador del lauro y en el corazón la suprema emoción de las grandes y legítimas victorias!

¡Alabemos á la Naturaleza por su exquisita previsión! Ella no ha podido (porque sin duda se ha estrellado contra fuerzas incontrastables) hacernos á todos sanos, hermosos, sabios y felices, pero nos ha procurado una ingeniosa compensación: el kaleidoscopio de nuestros ensue-

Biblioteca Nacional de España

ños, la escena prodigiosa por donde desfila, con brillo y claridad insuperables, la interminable y vistosa cabalgata de nuestras quimeras. Y ha sido tan caritativa y tan sabia, que ha puesto el mágico escenario en lo más íntimo del alma, para que al hombre le parezca siempre más positivo y próximo que el mundo exterior, que ese cruel y enigmático *noumeno* de los filósofos, perdido en las brumas del espacio y regido por leyes extrañas á nuestra voluntad. Bien miradas las cosas, solo son desgraciados: el loco incapaz de escoger sus ensueños, y el enfermo á quien el dolor impide soñar.

Muy difícil me sería señalar hoy, después de tantos años transcurridos, cuáles fueron los libros que en mi ignorancia infantil consideraba más loables y meritorios. Creo, empero, no desviarme demasiado de la verdad si declaro que de todas las novelas leídas, las que hirieron con más energía mi imaginación y cautivaron más hondamente mis sentidos, fueron las amenísimas y caballerescas de Dumas (padre) y las ultra-románticas de Víctor Hugo, creaciones brillantes que diputé entonces por superiores al *Fausto*, al *Gil Blas de Santillana* y hasta—fuerza es confesarlo—al asombroso *Don Quijote*.

Hay una psicología de la adolescencia y juventud, todavía poco explorada y que se traduce por rasgos bastante típicos. El joven adora la hipérbole; cuando pinta, exagera el color; cuando narra, amplifica y diluye; si lee, gusta de la forma enfática, vehemente y declamatoria de las frases apocalípticas, de las tesis extremas y radicales. Prefiere lo particular á lo general, lo maravilloso á lo verdadero, lo ideal á lo real, lo dramático á lo lírico. Como los cascabeles y lentejuelas al salvaje, seducen al adolescente las cadencias y sonoridades de la rima y la pompa y estruendo de las imágenes magníficas y de los ad-

Biblioteca Nacional de España

jetivos altisonantes. Así como en el orden científico suele anteponer las enseñanzas que ilustran su concepción plástica y objetiva del mundo á las llamadas disciplinas del espíritu (la gramática, la filosofía, etc.) en la esfera del arte delira por las descripciones fantásticas, por los cuadros de faunas y floras exóticas y maravillosas y por las hazañas y aventuras estupendas; en cambio, déjanle frío la propiedad y exactitud del lenguaje, la austera y difícil sobriedad del estilo, la fidelidad de la observación y los pacientes análisis y filigranas del psicologismo. Como si contemplara el mundo al través de una lente de aumento, todo lo ve amplificado y contorneado de mágicas irisaciones; al revés de la vejez, que cae en el defecto contrario, en el de ver las cosas al través de una lente divergente que todo lo achica, seca y envilece. El arco de la sensibilidad ultratirante en la juventud se afloja en la ancianidad; las flechas que antes, por sobra de pujanza, pasaban por encima del blanco, pierden en la vejez elevación y acaban por caer en tierra por debajo de aquél.

No olvidemos tampoco que cada profesión tiene sus libros. Excluídas las obras desprovistas de arte, estilo é invención, afirmamos que no hay libros malos, sino libros inadecuados á determinadas edades y condiciones sociales. En vano será que el crítico de arte fulmine sus anatemas sobre ciertos géneros literarios; no evitará nunca que el filisteo, el mercader y el obrero, que viven existencia monótona y acompasada, busquen su mundo antípoda en los terroríficos y espeluznantes engendros de Ponson du Terrail, Ohnet y otros; ni que el estudiante soñador y algo calavera, que tasca inquieto el freno en el aula fatigado por la aridez de las descripciones científicas, se entusiasme con Zorrilla, Espronceda, Dumas y Víctor Hugo; ni, en fin, que la pálida y ociosa señorita,

Biblioteca Nacional de España

ansiosa de regalar su oído con las frases más almibaradas del diccionario amoroso, se entusiasme con las ternezas y sensiblerías de los héroes de Bernardine de S. Pierre, Lamartine, Chateaubriand, Dickens y Pérez Escrich. Porque cada lector—digámoslo una vez más—busca instintivamente el ambiente artístico que mejor compensa las mezquindades, mediocridades y prosaísmos de su vida social.

Pero antes de terminar este capítulo quisiera decir algo de la impresión que me causaran el *Robinsón* y *Don Quijote*.

El *Robinsón Crusoe* (que volví á leer más adelante con verdadera delectación) revelóme el soberano poder del individuo enfrente de la naturaleza; las victorias alcanzadas por una voluntad resuelta á vivir en pugna con los agentes cósmicos empeñados en matar; los infinitos recursos de la ciencia y del ingenio, enfrente de las imprevisiones y crueldades de la ignorancia. Admiré también cómo un hombre aislado puede bastarse á sí mismo, á condición de invertir todas las fuerzas de su espíritu en una grandiosa empresa; de qué modo la fe religiosa y el amor de Dios llegan á reemplazar en el solitario las afecciones del hogar, infundiendo en su ánimo esa hermosa inconsciencia y sereno optimismo indispensables para triunfar en los arduos trances de la vida.

Pero lo que más me subyugó fué la satisfacción y noble orgullo que debe sentir el afortunado mortal que, por azar ó á impulsos del propio esfuerzo, descubre un rincón nuevo del planeta, una isla encantada, poblada, es cierto, de asechanzas y peligros, pero susceptible de convertirse progresivamente, por ministerio del trabajo y de la prudencia humana, en un deleitoso paraíso, en una digna morada del espíritu. ¡Qué soberano deleite—pensaba—

Biblioteca Nacional de España

debe ser hallar tierras no profanadas aún por la planta del hombre; sentirse Adán sin las insidias de la serpiente; tender la vista por un horizonte nuevo; contemplar plantas y animales peregrinos é inéditos, que parecen criados expresamente para nosotros, como preciado galardón del heroico esfuerzo!

¡Qué gran ventura debe ser proyectar libremente nuestra personalidad por el espacio, sin más trabas que las impuestas por la razón y el instinto! En mi entusiasmo infantil por el individualismo salvaje, casi sentía que mi héroe hubiera logrado evadirse del islote y retornado á su patria. ¡Habría resultado tan romántico que la parca le hubiera sorprendido en la soledad del misterioso retiro! ¡Ahí es nada, tener por sepulcro una isla perdida en las brumas del Océano; por epitafio un nombre repetido eternamente por las vocingleras lenguas de los papagayos; por panegírico la obra del espíritu patente en la transformación de árboles y plantas, en la roturación de tierras incultas, en la destrucción de fieras y alimañas! ¡Solo los dioses deben morir así!

Aunque mi espíritu no estaba todavía preparado para apreciar en todo su soberano valor la inestimable joya de Cervantes, mucho me solacé también con las cómicas aventuras de D. Quijote y con los sabrosos coloquios de caballero y escudero. Mas á fuer de ingenuo debo declarar que no me agradó la sabia pero triste filosofía que se desprende de la genial novela. ¡Cómo había de gustarme su sentido hondamente realista, si venía á ser un jarro de agua fría arrojado sobre mi incorregible idealismo!

Llegábame al alma sobre todo lo malparado que el heroico y esforzado caballero quedaba en sus lances y aventuras, y hubiera dado cualquier cosa por haberle vengado de los groseros atropellos de galeotes y yangüe-

Biblioteca Nacional de España

ses. Además—por qué no decirlo—aquella melancólica derrota del final causóme fría y desoladora decepción. No—exclamaba en mis arrebatos románticos—el noble y alentadísimo D. Quijote no mereció ser vencido. Triste, pero necesario, parece que los redentores políticos y religiosos acaben en mártires, porque la sangre ha sido en todo tiempo la mejor retórica para las multitudes; pero en la obra de arte destinada á levantar el corazón y sublimar el espíritu, el ideal no debe ceder ante las impurezas de lo real.

Pero mi desconsuelo y amargura llegaron al paroxismo al ver cómo el loco extraordinario terminaba en cuerdo; de qué lastimosa manera el soñador sublime se convertía en un caso clínico vulgar, desvirtuando, mediante una inesperada curación y un trivial arrepentimiento, la obra de un redentor semidivino, de un insuperable paladín del honor y de la virtud. «No—añadía apostrofando en mis soliloquios á Cervantes—has abusado de tu genio. Tu loco tenía razón cuando loqueaba, y la perdió al sanar de su locura y convertirse en la prosaica y vulgar figura de Alonso Quijano. Con tu grandiosa fábula has matado, no solo los libros de caballería, sino acaso algo que vale más, el escaso idealismo de la raza española. ¡Quién sabe si después de ti no osará ya descubrir nuevos mundos! Cuando trazabas, manco sublime, esas páginas inmortales, ¿no te asaltó el temor de que la soberana ironía que de ellas trasciende podría algún día enfriar el ardor de tu patria por las nobles y generosas empresas? ¡Mucho es de temer que en adelante la inextinguible y socarrona risa de nuestros Sanchos—que abundan más de lo que tú pensabas—paralice la idea atrevida y genial en nuestros cerebros y el gesto heroico y triunfador en nuestro brazo!»

Biblioteca Nacional de España

Como se ve, por esas frases que traducen algo libremente mis emociones de la adolescencia y juventud, el inexorable realismo de D. Quijote no me hizo gracia ninguna. Solo más tarde, curado ó por lo menos aliviado (porque restablecido no creo haber estado nunca) del ñoño y enfadoso romanticismo que padecía, aprendí á gustar del espíritu del libro, á recrearme con la gracia, donosura y elegancia del estilo, y á apreciar en su justo valor la suprema armonía resultante del contraste entre los dos soberbios tipos de D. Quijote y Sancho; personajes que, con ser altamente ideales, resultan los más reales y universales concebibles, porque en ellos encarnan los dos modos antípodas del sentimiento humano, la acomodación al mundo y la sujeción al ideal, la doctrina de los que al obrar alzan la mirada al cielo, y la norma de los que al pensar no osan apartar sus ojos de la tierra.

Andando el tiempo llegué á reconciliarme también con la tendencia de la hermosa obra, y consideré falsos y mentirosos todos esos simbolismos y satíricas alusiones que la redomada malicia ó la admiración excesiva encuentran en D. Quijote. En torno de esta obra maestra, como en torno de otras creaciones célebres, se ha formado un culto fetichista, cuyos adeptos han defendido y propalado los mayores desatinos. Lejos de pensar que la tendencia del libro inmortal fué dañosa al espíritu nacional, creo actualmente, por el contrario, que produjo efectos altamente patrióticos y renovadores, en cuanto representaba una reacción defensiva del realismo español castizo contra la invasión de las exóticas, amaneradas y disparatadas novelas caballerescas.

¡Lástima grande que los políticos de antaño no hubieran sabido aprovechar la lección llevando el positivismo á las relaciones internacionales! Lo que no quiere decir

Biblioteca Nacional de España

precisamente que aquéllos pecaran de idealistas y redentores. Porque, en mi sentir, yerran de medio á medio quienes imputan nuestra decadencia al quijotismo político y religioso. No fueron la generosidad ni el altruismo las causas morales de nuestra ruina, sino la desapoderada ambición de los reyes de la casa de Austria, empeñados en salvar con sangre y dineros españoles intereses dinásticos que nada nos importaban. En aquellos tiempos los fuertes miraban la religión como pretexto y apoyo de sus codicias, como hoy se invocan para la conquista y expropiación de los pueblos débiles los intereses de la civilización y los fueros de la humanidad. Y nos perdió también la ceguera de reyes y pueblos, que no vieron, en unos tiempos en que Italia, Francia, Alemania é Inglaterra se poblaban y florecían á impulsos de una gran cultura científica, artística é industrial, esta verdad trivialísima, que solo el trabajo y el pensamiento crean la riqueza, y con la riqueza la influencia y la fuerza.

España ha vivido (con leves períodos de bonanza) empeñada en subir y triunfar, volviendo del revés aquella hermosa divisa política de Platón: «Libertad, concordia, cultura». Intolerancia, discordia, ignorancia: tales fueron y no otras las causas de la decadencia—mejor dicho, del atraso porque desde el siglo XIX hemos variado muy poco—de la raza española.

Cervantes, pues, no condenó el levantado y sublime quijotismo moral. Se propuso sencillamente defender en el terreno del arte el fecundo principio del realismo ó naturalismo, enseñándonos que la fuente más copiosa y legítima de la inspiración del novelista es la observación atenta de la naturaleza. Sigamos fielmente sus preceptos. Copiemos la vida para crear obra vlva; no pretendamos

Biblioteca Nacional de España

hacer pasar por retrato del natural la borrosa reproducción de nuestros ensueños, porque éstos representan una naturaleza de segunda ó tercera mano, falseada, deformada y sutilizada por el imperfecto mecanismo cerebral de la abstracción y asociación.

Pero insistiendo una vez más en este pensamiento, guardémonos bien de sacar de la incomparable creación de Cervantes esa moraleja falsa neciamente propalada por algunos: la doctrina del positivismo moral, aberración que jamás alentó en el generoso y honrado pecho de aquel genio. Y no olvidemos que valen mil veces más para el lustre, gloria y prosperidad de los pueblos, los Quijotes locos que los Panzas cuerdos, los que trabajan para la sociedad impulsados por un alto sentimiento de solidaridad humana, que los que laboran para sí, inspirados en antipático egoísmo. No tendrá hoy el mundo princesas que rescatar, encantadores y gigantes que exterminar ni forzados que liberar; pero el espíritu altruista y caballeresco de los héroes tiene todavía ancho campo en que ejercitarse. Debe disipar el encanto de la ignorancia en que viven como aletargados muchos hombres; combatir á los malandrines y encantadores de la intolerancia, cuya legión crece de día en día; rescatar á los humildes de las crueles galeras del trabajo muscular y del torcedor del hambre, mil veces más bárbaro que el látigo del cómitre; purgar el planeta de monstruos más efectivos y peligrosos que los destruídos por Hércules, es decir, de las causas sociales de las enfermedades del alma y de las causas físicas de las dolencias del cuerpo, y esforzarse, en fin, por convertir, á impulsos de la ciencia y la caridad, el mísero planeta que habitamos en lo que debe ser, en lo que será quizás con el tiempo, en el verdadero Paraíso terrenal de la especie humana.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIV

Crecen las distracciones.—La barbería del Sr Lorenzo.—Majos y conspiradores.—Las pedreas.—Escaramuza con la fuerza pública.—El placer de los dioses.

Hay en el cinematógrafo de la memoria imágenes borrosas y aun verdaderas lagunas, correspondientes á épocas durante las cuales la atención, como la fotografía instantánea en día nublado, no dispuso de energía bastante para impresionar la placa cerebral. Cuando, en virtud de estos vacíos de impresión, una evocación luminosa destaca aislada en el fondo negro del inconsciente, piérdese toda referencia de tiempo; el hecho recordado puede en vigor localizarse vagamente en una época, mas no en una casilla ó división cronológica precisa.

A esta categoría de visiones aisladas é incorrectas, en cuanto al orden de sucesión, por discontinuidad de la serie cinematográfica, pertenecen mis recuerdos de los años 65 y 66. Tengo, empero, conciencia oscura de que el 65 interrumpí los estudios, por estimar mi padre que su

Biblioteca Nacional de España

hijo no tenía aún la cabeza suficientemente madura para el cultivo de la ciencia; y de que los principales, si no todos los sucesos de que vamos á ocuparnos en este capítulo, acaecieron el año 66, ó sea en mi tercer curso de bachillerato, que abrazaba la historia general y particular de España, el álgebra, la trigonometría y el griego recientemente introducido en la segunda enseñanza, en virtud de una disposición transitoria.

De lo que tengo seguridad es que el referido tercer curso marcó el período más agitado y azaroso de mi vida estudiantil. Recuerdo también que por entonces no fuí solo al Instituto oscense; acompañóme mi hermano, que debía comenzar sus estudios. Era Pedro un muchacho tan dócil y atento como aplicado y pundonoroso. Poseía, sin duda, inclinaciones artísticas y amor de lo pintoresco; pero estos gustos no fueron poderosos á extraviarle del buen camino y á distraerle del estudio. Mi padre, que cifraba grandes esperanzas en su formalidad y obediencia, temió sin duda el contagio perturbador de mi rebeldía, y obrando con previsión, nos separó instalándonos en casa aparte. Pedro fué alojado en una apacible casa de huéspedes; yo, por castigo de mis distracciones, debí acomodarme de mancebo en una barbería. Al adoptar respecto de mí tan heroica resolución, se propuso mi padre dos fines: desde luego atarme corto evitando que perdiese el tiempo en correrías y algaradas, y además enseñarme un oficio con que pudiera algún día ganarme el pan en caso de orfandad prematura y de carencia de recursos para continuar la carrera.

Dado mi carácter inquieto, recelaba sin duda el autor de mis días que la holgura y libertad de la casa de huéspedes acabaría por corromperme y desmoralizarme; y en cambio prometíase maravillas de la virtud educatriz del

Biblioteca Nacional de España

trabajo manual y de la estrecha sujección al amo, cuyo carácter severo—según le contaron—parecióle de perlas para domar la turbulencia de mi temperamento.

No me pesa hoy, antes la celebro, semejante decisión que mi padre reiteró tenazmente, según se verá en el curso de mi relato. Ella me puso en contacto con el alma del pueblo, á quien aprendí á conocer y á estimar; ella, domando el nativo orgullo, desenvolvió en mí la sana y consoladora dignidad de la pobreza laboriosa, así como el desdén y desafecto, que aun hoy á duras penas disimulo, hacia esas clases opulentas y privilegiadas, que solo podrían hacerse perdonar su dorada y altiva ociosidad convirtiéndose *motu proprio* en los portaestandartes de la cultura popular y en los paternales y solícitos curadores de los ignorantes y de los desheredados.

Pero entonces sentí mi descenso como una desdicha, y el rudo golpe repercutió en todo mi sér, exasperando dolorosamente mi sensibilidad poética y artística. ¡Qué desencanto! ¡Y en qué ocasión! Precisamente cuando vibraba todavía mi alma con la honda sacudida del choque romántico. Yo, que me solazaba evocando las espirituales creaciones de las novelas recién leídas... que en mi loco afán de imitar á los héroes venerados vacilaba entre la péñola del poeta, la espada del guerrero y el pincel del artista... ¡verme irremediablemente reducido á empuñar la sucia y jabonosa brocha barberil! ¡Había para morirse de vergüenza!

Pero ¡qué remedio! Fuéme forzoso apagar mis ínfulas de señorito antojadizo y devorar en silencio lo que yo neciamente consideraba humillación inmerecida. Afortunadamente, á los 14 años la sensibilidad es tan plástica que á todo se acomoda. A fin de acelerar esta adaptación á la humildad servil, una vez ausente mi padre, recordóme

Biblioteca Nacional de España

el principal las inexcusables obligaciones de mi cargo, y me invitó á limpliar bacías, enjabonar barbas y barrer la tienda.

No era, sin embargo, un ogro el Sr. Lorenzo (1)—que así se llamaba el amo—á pesar de su fama de gruñón y de la severidad y acritud que prometían sus facciones duras y su color bilioso; antes bien estuvo conmigo considerado y afable, y condolido al ver mi cara de cuaresma trató de consolarme con estas ó semejantes palabras: «¡Animo, muchacho! Duros son todos los principios, pero te irás haciendo. Déjate de orgullos y aplícate á remojar barbas, que si, como presumo, vas sacando maña, dentro de poco te consentiré hacer tus primeras armas sobre algún parroquiano acorchado, cariredondo y poco quejón, y, ¡qué diablos! alguna propineja caerá. Cuanto más, que si coges apego y ley á nuestra honrosa facultad, antes de un año habrás tomado la borla, quiero decir, que llegarás á lo más sublime del arte: cortar el pelo en disminución y á la romana, recortar y rizar barbas y bigotes, y afeitar coronas canonicales... Ascenderás entonces á oficial y gozarás del momio y prebenda de cuatro duros al mes, amén de las propinas».

¡Bonito porvenir!

Sobrábale razón al Sr. Lorenzo. Acabé por acomodarme á aquel nuévo género de vida, y llegué hasta encontrar simpáticos los amos y tolerable mi prisión. Con el tiempo, intimé con el oficial, mozo sanguíneo y bonachón, gran tocador de guitarra y alegre requebrador de criadas y modistas, el cual, en ausencia del amo, me dispensaba de la obligación aneja á mi cargo de empuñar la bacía ó

(1) Callo el verdadero nombre de mi patrón, pues ignoro si viven sus hijos, á quienes no quisiera molestar con mis indiscreciones.

Biblioteca Nacional de España

bacenilla (que así la llamábamos en Huesca), y me dejaba á mis anchas garrapatear papeles y dibujar monigotes. Cobróme afición sobre todo con motivo de las cartas almibaradas y plagadas de versos chirles que me presté á escribir á su novia y en su nombre. Él, correspondiendo á mis finezas, quiso enseñarme á tocar la guitarra; pero yo, que jamás tuve pasión por la música, no pasé de tañer medianamente la jota y de pespuntear sin gracia un par de polkas elementales.

Harto conocida es la antropología del barbero para que yo me dé el pisto de descubrirla á mis lectores. Nadie ignora que el legítimo rapabarbas es parlanchín, entrometido, oficioso y tocador de guitarra ó de bandurria; pero no es tan sabido que la mayoría de ellos alardea de profesar ideas republicanas y aun socialistas. Exceptuábase de la regla mi amo, ya que ni tocaba la guitarra ni era dicharachero; pero entraba en la grey común por sus radicalismos políticos y sus pujos revolucionarios. Adornábale otra flor, no frecuente entre la gente del oficio; profesaba la *guapeza* en la buena acepción de la palabra. Cuando acudían á afeitarse sus camaradas de juergas y de rondas, no se hablaba en la tienda sino de riñas, broncas, punzadas, jabeques y madrugones. Más de uno de aquellos parroquianos había visitado la cárcel y ostentaba en el pecho honrosas cicatrices de cuchilladas en buena lid recibidas. Sin ser mi amo jactancioso ni matón, cuando venía á cuento y estaba en vena de confidencias, refería grave y complacientemente las pendencias y jaranas de que había sido protagonista, y en las cuales, obrando en defensa propia y siempre cara á cara, había dado buena cuenta de sí. Lo que él decía: «O ponerse ó no ponerse; no soy pendenciero, pero el que me busca me encuentra».

Biblioteca Nacional de España

Sus compadres aprobaban sus máximas y asentían á sus relatos. Por las muestras de veneración y respeto que le rendian, vine á conocer que el Sr. Lorenzo tenía malas pulgas, y era además entre aquellas gentes el definidor de agravios y juez inapelable en los puntos dudosos de honra y caballerosidad callejera.

Solo me faltaba, para acabar de enloquecer, aprender esas cosas. Llena todavía la imaginación de los fingidos lances de los héroes de Dumas, me quedaba embobado oyendo la emocionante y realista narración de las proezas de aquellos mozos crudos. A fuer de sincero, declaro que admiraba, no sin un tanto de envidia, la gallardía y guapeza de mi patrón, á quien diputaba entonces por más bravo y entero que un caballero de la tabla redonda.

La conversación de los parroquianos giraba otras veces sobre política. Cuando las noticias que tenían que comunicarse pedían sigilo, recatábanse de los mancebos, aunque no de nuestra viva curiosidad, que atajaba todo disimulo. Así tuvimos conocimiento de las conspiraciones de Prim, Moriones y Pierrad, generales desterrados que, al decir de nuestros contertulios, estaban á punto de cruzar la frontera al frente de una tropa de aguerridos carabineros y de bravos montañeses de Jaca, Hecho y Ansó, á fin de proclamar la revolución y derrocar las que en tales tiempos se llamaban *ominosas* instituciones.

Aquellos inofensivos *ojalateros* frotábanse las manos de gusto, saboreando de antemano el triunfo inaplazable de la soberanía nacional y la vergonzosa derrota de serviles y moderados. Parroquiano hubo que no se contentaba con menos, el día de la gloriosa redención, que con exterminar á la familia real, pasar á cuchillo gobernado-

Biblioteca Nacional de España

res y esbirros, y repartirse de paso las haciendas de los ricos. Mientras tanto, la infeliz esposa del barbero, que participaba poco de las halagüeñas esperanzas de aquellos pacíficos conspiradores, antes bien recelaba alguna delación comprometedora, vivía en perpetua alarma, temiendo que cualquiera noche, á la hora menos pensada, cayera la policía sobre su casa y se llevaran á su marido amarrado á Fernando Póo. En cuanto á mí, aunque no entendía jota de política ni esperaba que la revolución triunfante suprimiese el griego y el latín, me entusiasmaba aquel movimiento político por dos razones obvias: porque harto de leer historia tenía curiosidad de presenciar cómo ésta se hace y á qué saben motines y barricadas; y además, porque el credo liberal casaba muy bien con mi temperamento mental exageradamente individualista y acérrimo enemigo del llamado principio de autoridad, y de toda suerte de privilegios de casta y de coacciones y cortapisas gubernamentales. Y para demostrar á mi amo la sinceridad de mis convicciones democráticas, dí en copiar al lápiz en mis ratos de vagar los bustos de Prim y de Pierrad, cuyas nobles líneas y copiosa y blanca barba patriarcal me tenían entusiasmado.

Con ser tales retratos harto chapuceros é infieles, disputábanselos nuestros correligionarios, de quienes recibí entusiastas elogios, aunque ninguna propina. Contribuyeron poderosamente mis estampas (más de una vez perpetradas con la agravante de alguna décima chabacana enderezada á la libertad) á endulzar mi cautiverio, toda vez que mi maestro, encantado de mis sentimientos liberales y de mis éxitos pictóricos, dió rienda suelta á su aprendiz, concediéndole, además de las reglamentarias horas de clase, casi toda las tardes de poco trabajo.

Biblioteca Nacional de España

Por lo que hace al estudio, no me preocupaba demasiado. Mis chifladuras, agravadas ahora con el fomento de los instintos guerreros y ultra-revolucionarios, me alejaban cada vez más de los clásicos y de la antipática y árida trigonometría, cuyos conceptos de seno, coseno, tangente y cotangente sonaban en mi alma soñadora como una música pedante evocadora de imágenes pecaminosas.

Según habrá echado de ver el lector, las excelentes miras paternas frustráronme del todo. De mi flojedad en el aula continuaban siendo responsables mis voluntariedades y vicios, así como la sugestión imitatriz de las pasadas lecturas.

Intrépidos y fuertes eran los altos modelos, los héroes de novela á quienes rendía ferviente admiración, y yo estaba, por consiguiente, obligado á ser un Cid y un Hércules en una pieza. Ni tampoco me hubiera dejado pensar en más discretos empeños el vivo recuerdo de los ultrajes sufridos de los gandules de los últimos años, cuya procacidad é insolencia me proponía emular y vengar. Y como toda mi vida he sido un sistemático, sistemáticamente proseguí la empresa, ya iniciada en los cursos anteriores, de hipertrofiar el músculo y de cultivar la audacia. Fiel á mi plan, aprovechaba hasta las horas de forzada reclusión. Los ratos en que faltaba el amo pasábamelos en *pulsear* y bracear con el oficial, alma cándida que secundaba dócilmente mis caprichos. Varios eran nuestros deportes: luchábamos unas veces cuerpo á cuerpo, cual los antiguos atletas griegos, hasta caer en tierra sudorosos y jadeantes; otras embrazábamos largo palo de escoba (*juego de la pica* en el *argot* gimnástico) y forcejeábamos reciamente hasta ceder uno de los dos. Cuando mi compañero, que sin duda me juzgaba un poco chiflado,

Biblioteca Nacional de España

no se prestaba á semejantes ejercicios, ocupábame en hacer contracciones colgado de una puerta ó puesto de manos sobre el respaldo de dos sillas. El ama, una infeliz mujer, muy temerosa del mal genio de su esposo, se desesperaba al sorprender el ajetreo de los muebles, y me llamaba lunático y estrafalario; y á fe que no la faltaba razón.

Las tardes libres consagrábalas al campo, prosiguiendo tenazmente las antiguas y favoritas prácticas de manejar la flecha y tirar la honda. Gran pericia adquirí en este último ejercicio, hasta el punto de atravesar con seguridad un sombrero arrojado al aire á 20 pasos de distancia. No me contenté solo con el tino; cultivé también el alcance, y señaladamente la celeridad del disparo, en la cual aventajé notablemente á mis rivales, pues, mientras éstos disparaban una piedra, lanzaba yo cuatro ó cinco.

El fruto de estos ejercicios se tocó bien pronto. Al final de aquel año mi vigor físico se acrecentó; los certeros disparos de mi honda hiciéronme temible en las pedreas, extendiéndose doquier mi mala fama de arriscado y peligroso; aun aquellos que me maltrataron durante el curso anterior brindáronme su amistad ó prometieron neutralidad Fuéme, en fin, ofrecida la jefatura de los dos principales bandos y la dirección técnica de las pedreas; oferta inútil, pues el mando supremo del bando á que me dignaba pertenecer me lo adjudicaba yo por fuero de mi audacia y á ciencia y paciencia de los antiguos caciques.

No era en mí todo esto ciega fogosidad y arrojo de quien desconoce el peligro y se enardece y emborracha en el fragor de la pelea. Cierto que en algunas muy desiguales y reñidas pedreas, impaciente por la inesperada

Biblioteca Nacional de España

resistencia, soltaba el freno del furor heroico, y me adelantaba gallardo y amenazador sobre la enemiga hueste, que pocas veces osaba esperarme. Pero séame lícito también confesar, en descargo de mi conciencia, que en mi denuedo había algo de fingido y no poco de cálculo y observación psicológica. Durante mi ya larga práctica de las trifulcas y contiendas estudiantiles, había notado que la audacia y el furor aparente son grandes inductores del pavor. Quien disimula bien su miedo, da miedo; pocos resisten al que á todo se atreve. «Vencer—dicen—es avanzar»; avancemos, pues,—me decía—y suceda lo que quiera.—Y me lanzaba hacia el enemigo campo, confiado en que mi fingida entereza y mis certeros tiros me librarían casi siempre de los peligros de una lucha cuerpo á cuerpo, en la cual, por estar más cerca los contendientes, son más peligrosas las descargas de la ira.

Corro riesgo de hacerme pesado, deteniéndome en estas frívolas contiendas de los chicos. En ellas hay, sin embargo, prescindiendo de su alta significación psicológica y antropológica, lecciones útiles para los hombres. La ingenuidad del alma infantil transparenta admirablemente los resortes y fines á menudo latentes en las luchas sociales. Reparemos desde luego que, no obstante su carácter de juegos de imitación, palpita en las riñas de los muchachos un sentimiento eminentemente social: el amor á la gloria, ó sea el anhelo de la aprobación de los iguales; nunca—y esto solo bastaría para hacer simpáticos los niños—el sórdido interés. ¡Ojalá que en las luchas por la vida los hombres continuaran siendo niños! Desgraciadamente, en cuanto el alma pierde la aureola juvenil, los generosos torneos por el aplauso son sustituídos por las egoístas competencias del dinero. Solo algunos pocos espíritus siguen fieles en

Biblioteca Nacional de España

la edad viril el noble ideal del niño. Tontos de capirote serán—me diréis.—Así es la verdad, pero ¡feliz la nación que los posee, los alienta y los cultiva!

Otra enseñanza arrojan las contiendas infantiles. Revélase asimismo en ellas, mejor aún que en las competencias de los hombres, cuán principal y decisiva parte tienen en el éxito una voluntad robusta y una educación apropiada. El que toma las cosas á broma es siempre vencido por el que las toma en serio; el mero aficionado, cede al profesional; quien no lleva al palenque sino intereses menudos y fútiles satisfacciones de vanidad, se ve constantemente arrollado por el que pone el alma entera en la empresa y de antemano educó sus brazos y templó sus armas. Mi superioridad sobre mis rivales en las citadas zaragatas procedía simplemente de que había tomado en serio mi papel de guerrero, educándome expresamente para vencer; mientras los demás, obrando con cordura, miraban las peleas como distracciones de poco momento.

La formalidad verdaderamente risible con que yo consideraba aquellos vanos simulacros de la guerra me llevó hasta modificar y perfeccionar los instrumentos de combate. Después de ensayar cuerdas de diferentes materiales más ó menos elásticos, adquirí la convicción de que la ruidosa y pesada honda de cáñamo trenzado, vendida entonces á real por los alpargateros, era muy defectuosa, debiendo reemplazarse por hondas cortas, ligeras y silenciosas. Para mi uso particular fabriqué una, semejante en el fondo á la de los pastores, provista de cordones inextensibles de seda ó de algodón y de una cazoleta ó navécula de regular profundidad, hecha de cordobán, delgada y muy flexible. Mi honda reformada fué aceptada por todos, en vista de sus buenos efec-

Biblioteca Nacional de España

tos; y por el módico precio de cuatro cuartos proveí del nuevo armamento hasta á mis competidores. Otra modificación útil, en la cual no tuve afortunadamente imitadores, fué la relativa á los proyectiles; mientras mis compañeros se servían indiferentemente de todo género de piedras, con lo cual de 20 disparos marraban 19, yo usaba solamente ciertos guijarros lisos de mediano volumen y casi del todo esféricos y de peso sensiblemente igual. Aparte la ventaja de soltarse fácilmente de la cazoleta, tales guijarros marraban poquísimas veces. Gracias á tan excelentes proyectiles, que por cierto silbaban muy poco y apenas se divisaban en el aire, tenía la seguridad de dejar fuera de combate en el momento decisivo á cualquiera de mis adversarios que se me adelantara á cincuenta pasos. En mi afán de innovar, llegué á servirme de balas de plomo (que tenían la ventaja de ser invisibles); pero las deseché al fin por caras y harto peligrosas.

Finalmente, y para acabar de perfilar mi instrucción bélica, consagréme también á perfeccionar la rutinaria táctica defensiva. Sabido es cuán torpe es nuestro organismo como mecanismo de defensa; si el proyectil es fino, no lo ve; si es grueso y destaca por su color, para el golpe con un acto reflejo, el salto ó el agachamiento, frecuentemente ineficaz por tardo é incongruente. Había, pues, que educar esta reacción ciega é instintiva convirtiéndola en elegante esgrima y en respuesta inteligente. Para ello díme á analizar prolijamente la compleja operación de *huir el bulto*, y busqué en cada caso el movimiento más económico y eficaz que debía realizarse, dados la dirección, número y velocidad de los proyectiles. Jamás consideraron los astrónomos con más seriedad y formalidad el llamado «problema de los tres cuerpos» que yo

Biblioteca Nacional de España

el caso táctico de las tres piedras y una sola cabeza, ó digamos cometas y planeta. Arrastrado por mi chifladura llegué hasta redactar, grave y enfáticamente, un cuaderno intitulado «La estrategia lapidaria», que fué copiado por algunos bobalicones, y cuyo texto sirvióme de pretexto para lucir mis gallardías pictóricas, representando esquemáticamente las principales posturas y actitudes de retirada del cuerpo, y singularmente de la testa, amenazados por peladillas de arroyo bien encaminadas. Recuerdo que en la primera página, y á guisa de *introito*, sentaba esta observación, calificada pomposamente de *principio fundamental fisiológico:* «el cuerpo humano es más veloz que los proyectiles; cualesquiera que fueren el número y celeridad, todo buen soldado dispone siempre de tiempo bastante para hurtar el cuerpo de la línea de tiro, á condición de no sufrir distracciones ni apartar la mirada de las hondas enemigas». Lo malo era que, á despecho de mis reglas, el cuerpo se dormía más de una vez en la suerte, y los proyectiles no se retrasaban nunca ni cambiaban de trayectoria.

No recuerdo si mi cátedra de balística tuvo éxito; pero estoy seguro de que mis demostraciones experimentales eran asaz divertidas. En efecto; cuando, invitado por una cuadrilla de honderos escépticos á que probase prácticamente la eficacia de mi método, ¡nada más cómico que presenciar la ridícula danza de contorsiones, saltos, quiebros, cuarteos y piruetas con que esquivaba la granizada y persuadía á los recalcitrantes!

Sin esfuerzo imaginará el lector que antes de alcanzar tanta maestría táctica habríanme descalabrado muchas veces; y así era la verdad, tanto que mi cabeza semejaba, y aún semeja, una criba de cicatrices. Alguna vez, al salir de clase y encasquetarme el sombrero, me encon-

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

traba con que éste no encajaba bien, porque el chichón, casi imperceptible antes de entrar en el aula, había crecido durante la explicación, libre del freno de la montera, y secundado quizás por el rubor de las reprimendas. Hay que convenir, empero, que durante el glorioso tiempo de mi dictadura lapidaria, por cada cantazo recibido devolvía yo cien. Mas aún: creo que la impericia de mis secuaces me causó más contusiones que el tino de mis adversarios.

Una vez, sobre todo, pudo la aludida impericia costarme cara. Cierto fornido y alto mocetón, especie de magiar militante siempre en mi bando (y que reservaba yo para producir, en las batallas reñidas, efectos morales decisivos mediante los grandes pedruscos de su honda), combatiendo un día á mi lado en las eras de Cáscaro, tuvo la desgracia de que se le escapase un ancho casco de ladrillo. Acertóme de plano en la cabeza, y aun sin haber sido lanzado con gran impulso, hízome caer sin sentido, presa de una conmoción cerebral; levánteme á los pocos minutos, atolondrado y con la cabeza sangrienta, y entrando en furor, como Aquiles á la vista del cadáver de Pactrolo, puse en la honda una de las escogidas piedras inmarrables é hice ademán de disparársela á boca jarro al imprudente y desmañado gigante; por fortuna intervinieron mis amigos y depuse mi enojo, que pudo haber costado una desgracia. Claro es que yo, sabedor de cuán grandes eran mi tino y mi fuerza, no usaba jamás la honda á cortas distancias, pues sin esta precaución, en vez de tolerables chichones y heridas fácilmente curables, hubiera producido verdaderos homicidios. Así y todo, hoy que sé cuán fácilmente cabe provocar una fractura craneal seguida de meningitis mortal, no acierto á explicarme cómo en varios años de furiosas

Biblioteca Nacional de España

peleas no hubo que deplorar algún gravísimo accidente. El milagro corresponde, sin duda, á esa admirable organización de la infancia cuyas células frescas y vigorosas parecen conservar la rica plasticidad regenerativa de la cola de la lagartija y de los tentáculos de la hidra, y saben luchar victoriosamente contra los microbios más virulentos y mal intencionados.

En aquellos tiempos no existían aún los bandos de republicanos y monárquicos organizados después de la revolución en la mayoría de los Institutos; pero sí campeaban cuadrillas ó grupos rivales en los que tácita ó expresamente se clasificaban los liberales y los serviles ó reaccionarios. Excusado es decir que cuando nuestras reyertas tomaban algún colorido político, afiliábame sin vacilar á la pandilla liberal, á la que, en virtud de afinidades y concordancias psicológicas fáciles de adivinar, pertenecían también—fuerza es confesarlo—los muchachos más díscolos, gandules y bravíos. Durante el combate, no enarbolábamos banderas, ni usábamos morriones y correajes, ni galón ni distintivo alguno, arreos que nuestra altiva independencia hubiera mirado como librea vil y marca de esclavos. Conocedor del espíritu de mi tropa, guardéme bien de imponerla el menor asomo de organización y disciplina. Sabía que mi jefatura solo sería acatada á condición de ser suave: aconsejaba, y la razón y el interés colectivo hacían lo demás. Al final de aquel año se incorporó mi hermano á la gloriosa compañía liberal, donde lució, según veremos luego, envidiables y relevantes aptitudes guerreras.

Los que recuerden aquellos heroicos y pintorescos tiempos del Instituto oscense saben que nuestros ejercicios bélicos se efectuaban en los cerros de los Mártires y alrededores del polvorín, cerca del cual los días de

Biblioteca Nacional de España

fiesta acudía la gente á admirar la intrepidez y fiereza de las cuadrillas escolares; más frecuentemente aún, y señaladamente entre semana, tenían lugar en un largo y desierto callejón frontero del Instituto y emplazado entre éste y la plaza de toros. Para evitar disgustos, cuidábamos de no herir á los transeuntes; pero, á despecho de nuestras precauciones, no pudimos evitar alguna vez la fortuita descalabradura de tal cual pacífico pasajero, ni la involuntaria fractura de vidrieras y faroles. Naturalmente el vecindario acudió en queja á la Alcaldía, denunciando nuestros continuos desafueros, y la autoridad municipal, celosa de la tranquilidad pública y resuelta á acabar radicalmente con tan peligrosas peleas, destacó sus sabuesos, que nos propinaron al cogernos *in fraganti* más de un cintarazo.

Tamañas algaradas y diabluras fueron ocasión, según se adivinará fácilmente, de muchos lances y episodios desdichados. No abusaré del lector contándolos todos; referiré solamente dos, que darán idea de los aprietos en que nuestro atolondramiento y ardor bélico nos metía.

Del primer lance, más cómico que dramático, fué el héroe mi hermano. Peleábamos tranquilamente en el consabido callejón del Instituto, y apenas cruzados los primeros proyectiles, noté con extrañeza que los adversarios habían levantado precipitadamente el campo. Recelando una celada, acaso un ataque por retaguardia, destaqué dos números para que, dando un rodeo, explorasen el terreno y trajeran nuevas de lo ocurrido. Pero antes del regreso de los emisarios aclaróse súbitamente el misterio: en el otro extremo de la calleja, momentos antes ocupado por nuestros adversarios, aparecieron cuatro municipales sable en mano, y al grito de «esperad, canallas», avanzaron amenazadores. Presumí entonces lo

Biblioteca Nacional de España

ocurrido: la hueste enemiga, sorprendida por la fuerza pública, había huído á la desbandada, y perseguida quizá por los *guindillas*, había sufrido de manos de éstos los inevitables cintarazos.

La situación era crítica. Harto sabíamos que nuestro destino era encomendar la salvación á la fuga; mas, al objeto de ganar tiempo y detener un poco á los guardias, dí el alto á mi gente, y ordené que antes de tocar retirada se hiciese una descarga general. La osadía sirviónos una vez más. Los municipales, que venían desalados sobre nosotros, pararon en firme, y uno de ellos cayó en tierra, lanzándonos furiosos insultos. ¿Qué había pasado? Mi piedra, sacada del zurrón de las infalibles, dió violentamente en el muslo de uno de los persecutores, que mal de su grado dobló la rodilla en tierra transido de dolor; otro guijarro hizo blanco en el hombro del segundo *guindilla;* y el proyectil de mi hermano, lanzado con gran impulso acertó, por peregrina casualidad, en la hoja del sable del tercer guardia, rompió el acero al ras del puño y quedó el buen hombre esgrimiendo ridículamente un mango de latón mondo y lirondo. Solo un municipal quedó sin escarmiento. Siguióse, como decíamos, un instante de estupor, del cual nos aprovechamos hábilmente para poner pies en polvorosa. Cuando los bravos y coléricos *guindillas* invadieron nuestros reales, era ya imposible el alcance; habíamos cruzado cual pájaros las próximas eras de Cáscaro, salvado el alto muro gateando por sus sillares, y transpuesto finalmente el río y la alameda.

Cara pudo costarnos la aventura. Uno de los municipales guardó cama unos días, según contaron: se nos buscó insistentemente por todas partes; afortunadamente ningún compañero nos delató, y aunque la policía

Biblioteca Nacional de España

quiso hacer un escarmiento ejemplar en las presumibles cabezas de motín, no lo consiguió, al menos en lo que á mí respecta; porque mi amo, sabedor del lance y acérrimo enemigo de la milicia popular, con quien había cambiado más de un linternazo, me ocultó por unos días en casa de un correligionario.

La otra peripecia dramática ha quedado rotulada en mi memoria con el nombre de *paliza del montañés*. Batíame solo, desde un campo próximo á la carretera, contra ocho ó diez estudiantes parapetados en lo alto del muro, posición ventajosa á que les obligaba, para igualar las condiciones, mi diabólica puntería en la honda. En lo más recio del zafarrancho, y cuando acababa de hacer blanco en un sombrero enemigo, veo avanzar hacia mí, con aire nada tranquilizador y enarbolando una vara, á un arriero montañés, que momentos antes cruzaba pacíficamente la carretera con su recua. Esperábale yo entre confiado y escamón, sin sabér qué partido tomar, hasta que por sus primeras palabras comprendí lo sucedido: era que de lo alto de la muralla le habían tirado una piedra, y oyendo el restallido de mi honda y viendo mi actitud de disparar, creyóme autor de la agresión. En vano protesté de mi inocencia y le señalé á mis adversarios, que por mi mala ventura habíanse eclipsado en aquellos momentos. Propinóme monumental paliza, rompiendo la vara en mis costillas. Desahogado á su sabor, incorporóse á la recua, y yo quedé molido y maltrecho. Hirviendo de coraje juré vengarme del atropello injustificado, para lo cual la disposición del terreno iba maravillosamente á servirme. Renqueando por el dolor escalé, como Dios me dió entender, el cercano muro, me remonté á las eras de Cáscaro y corrí á lo largo de la derruída almena hasta ponerme enfrente del rencoroso montañés que caminaba

Biblioteca Nacional de España

tranquilamente por la carretera, bien ajeno á la borrasca que le esperaba. En un santiamén reuní diez ó doce gruesos guijarros, y ciego de ira los arrojé sobre el ausetano con grandísima celeridad. Espantóse la recua que echó á correr á la desbandada, y el colérico gañán, que no podía escalar la muralla, ni abandonar las caballerías, ni esquivar el cuerpo tras de ningún obstáculo, juraba y pateaba como un energúmeno, amenazándome con los puños crispados por la rabia; mas yo, abusando de mi posición, proseguí mi venganza y acribilléle á pedradas. Duró su calle de la amargura hasta que, recobrando y arreando la recua, ganó un trozo de carretera al abrigo de la terrible granizada. En cuanto llegó á la posada, denunció el hecho á la autoridad; sin embargo, no logró averiguar el nombre del agresor, y mi placer de los dioses no tuvo desagradables consecuencias.

El temor de cansar á mis lectores con nuevas chiquilladas indignas de atención, me obligan á callar muchos sucesos y divertidas aventuras acaecidas durante los años 66 y 67, tales como: la destrucción de una casa abandonada, en cuyos recintos luchábamos, imitando los asaltos de las fortalezas; el saqueo de una viña, á ciencia y paciencia de los vendimiadores, dispersos por los certeros disparos de mi tropa; la venganza del río Flumen, episodio desarrollado en la carretera de Barbastro, y en el cual fueron acribillados á pedradas y puestos en fuga ciertos transeuntes mal intencionados, quienes, por broma, nos habían descalabrado á mi hermano y á mí, en ocasión de estar bañándonos debajo de un puente, etc., etc.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XV

Inquina de mi catedrático de griego.—Decide mi padre escarmentarme convirtiéndome en aprendiz de zapatero.—Mis proezas en obra prima.—El ataque de Linás.—Consideraciones en torno de la muerte.

Después de lo expuesto, no es preciso decir que mi instrucción científica y literaria adelantó muy poco durante el curso de 1886. El latín y griego me aburrieron soberanamente, y la Historia universal y de España, que consistían en una retahila insoportable de fechas y una inacabable letanía de nombres de reyes y de batallas ganadas ó perdidas según el afecto ó desvío de la Providencia, no tuvo para mí ningún atractivo.

Así y todo, el curso habríase salvado sin contratiempo, si el catedrático de griego, un buen señor tan desabrido como suspicaz, no me hubiera convertido en blanco de su inquina y mal humor. Cierto que no me distinguía yo por demasiado solícito y puntual, ni me entusiasmaban

Biblioteca Nacional de España

grandemente sus lecciones dichas con premiosa, sibilitante y un si es no tartamuda palabra; mas de su ojeriza no fueron mis distracciones la causa principal, sino un desdichado defecto fisiológico de que nunca he logrado corregirme.

Según acontece á los salvajes y á las mujeres, he adolecido siempre de lamentable facilidad para soltar la carcajada: una observación chocante, un gesto insólito, una inesperada chirigota, bastaban para excitar mi hilaridad, sin que fueran parte á refrenarme la santidad del lugar y lo solemne de la ocasión. En mi huesoso semblante de Mefistófeles rústico estallaba la risa con la facilidad é inconsciencia de un fenómeno cósmico, como surge el oleaje en el mar azotado por la brisa. Y era lo más grave que, en virtud de una de esas singularidades y disonancias de la expresión del rostro, mi espontánea sonrisa de bobalicón asombrado adquiría á los ojos de algunos un no sé qué de sarcástico, irritante y provocativo. En vano hacía esfuerzos para dominar mis nervios y evitar que mi inocente alegría sacara de quicio al profesor, el cual echaba siempre á mala parte la jovialidad de sus discípulos; el aparato inhibidor de mis músculos risores no fué jamás poderoso á imponer á mis labios el reposado continente, y á mis ojos el aire grave y solemne que tan bien cuadran á la contemplación serena de la ciencia.

Pero el bueno del maestro, que no entendía jota de semejantes tiquis miquis de fisiología infantil, ni sabía el dicho de Dumas «que solo los bribones no se ríen», montaba en cólera cada vez que sorprendía mi hilaridad, en la que veía, por un exceso de suspicacia, cierta intención satírica y mortificante que jamás pasó por mi ánimo. Ni me valió para desarmar su enojo asegurarle que no me

Biblioteca Nacional de España

reía de él, á quien sinceramente respetaba y veneraba, sino de las bromas y salidas de algunos compañeros retozones y parlanchines. Y creciendo progresivamente su irritación, dió en la manía de humillarme diariamente con odiosas comparaciones zoológicas y bromas de dudoso gusto. Complacíase en citarme como ejemplo típico de torpeza y de pigricia; así era frecuente oirle cuando alguno desbarraba ó enredaba en clase: «usted es casi tan pigre como Ramón»; «de no enmendarse, parará usted sin remedio en lo que Ramón»; y otras frases molestas de este jaez, tan infecundas para la enmienda como mortificantes al sentimiento de la propia estima (1).

Ocurrió, fatalmente, lo que debía ocurrir. Considerándome definitivamente desahuciado, debilitóse progresivamente mi respeto al catedrático, relajóse el sentimiento del pudor, y desvergonzándome al fin, no pensé sino en vengarme atormentando al pobre señor con toda suerte de pesadas bromas é insolentes desafueros. Y así, para herirle en lo más vivo, que eran sus profundas convicciones ultramontanas, hacía circular por la clase grotescas caricaturas en que aparecía, ya pintado de miliciano y con un letrero colgante de sus labios que decía: «¡Viva la Constitución!», ya andando en cuatro pies, cubierta la cabeza con boina descomunal—y esta era la más negra—cabalgado por Espartero, que parecía cantarle el *trágala*

---

(1) Esta maldita prontitud á la risa fuéme funesta en más de un caso, ocasionándome el enojo de maestros dignísimos á quienes rendí gran consideración y verdadero cariño. Aún recuerdo apenado el acento dolorido con que mi profesor de Medicina legal, el excelente y sabio Dr. Fornés, exclamaba al sorprender mi sonrisa: «¡esa risita de Ramón!» Por desgracia, toda mi vida he sido víctima de la insubordinación de mis músculos y de mis ideas!

Biblioteca Nacional de España

al oído. Tan ridículos monigotes pasaban de banco en banco, regocijando y desasosegando á los chicos, que oían al irritable pedagogo como quien oye llover.

Con estas y otras pesadas burlas fué tal el odio que me cobró, que, á punto de trasladarse á Cataluña, aprovechó la solemne ocasión de la plática de despedida para deplorar amargamente tener que ausentarse sin castigar mis insolentes ultrajes.—A bien que mis rectos comprofesores sabrán vengarme—añadió—consolándose de no poder gustar personalmente del excelso placer de la revancha. Yo estuve por contestarle «¡buen viaje!», pero me contuve por no empeorar mi ya comprometida situación.

Graves fueron de todos modos las resultas de mis imprudencias. Desalentado por tan inexorable conminación, recibida precisamente días antes de los exámenes, dí por seguro el fracaso, y no osé tentar fortuna ni poner á prueba el espíritu de compañerismo de los jueces. Con lo cual, y con haber obtenido solamente notas de mediano en las demás asignaturas, púsose furioso mi padre, amenazándome con ejemplar y radical escarmiento. Resuelto á arrancar de cuajo mis chifladuras artísticas y vanidades literarias, meditó y puso por obra un plan terapéutico no exento de ingenio y eficacia, que consistía en la aplicación del sabido principio médico: *Contraria contrariis*. «¿Que es—debió preguntarse mi padre— lo más diametralmente opuesto en el orden profesional y estético, á la dulce y arrobadora poesía y á las gallardías y excelsitudes del arte pictórico?» Pues los oficios menestrales más viles y bajos, como el de soguero, deshollinador, ó zapatero remendón. Este último oficio sobre todo, parecióle pintiparado para abatir mis pujos románticos y sumergirme en la prosaica realidad de la

Biblioteca Nacional de España

vida. En vano mi pobre madre intercedió para dulcificar el afrentoso veredicto, proponiendo la suspensión de los estudios por un año, para ver si mi cabeza, muy hecha á pájaros todavía, acababa de consolidarse; no accedió mi progenitor á tanta lenidad, y sin más preámbulos buscóme una zapatería. «Anda, pazguato—me dijo—y sabe al fin cuán majadero eres al rechazar el griego y el latín. Desde hoy tascarás el freno sujeto día y noche á los caprichos de un amo gruñón, y vivirás bajo la perpetua amenaza del tirapié y de la horma; la pez y el betún te harán olvidar pronto el carmín y el ultramar; y la plácida y embelesadora literatura, y tus imbéciles caballerías andantes cederán ante la diaria preocupación de remendar zapatos rotos y abarcas sucias.»

Pensé al principio que todo pararía en inofensivas amenazas, pero salí pronto de mi engaño. Antes de terminar el mes de Junio (habitábamos entonces en Gurrea de Gállego) puso por obra su proyecto, asentándome de aprendiz con un zapatero, hombre de pocas palabras, rústico y mal encarado, el cual, abusando de sus fueros y adoctrinado por mi padre, hízome pasar las de Caín. Obligóme á comer un cocido sin substancia y sin tropezones, á dormir en obscuro y destartalado desván cuajado de ratones y telarañas, y puso además, á mi cargo, los más bajos y sucios menesteres de la tienda. Quitáronme lápices y papel, y se me prohibió hasta emborronar con carbón las paredes del desván. Privada así la fantasía de adecuado órgano de exteriorización, vivió de sí misma y alzó en la mente las más brillantes y risueñas perspectivas. Jamás viví vida más prosaica ni soñé cosas más altas, sublimes y consoladoras. En cuanto acababa de cenar, asaltaba ansiosamente mi cuchitril, y antes de que el sueño me rindiera, ocupábame en dar forma y

Biblioteca Nacional de España

vida al caos de manchas de la pared y á las telaranas del techo, que se transformaban, á impulsos del pensamiento, en los bastidores de mágico escenario por donde desfilaban ambiciosas y doradas quimeras.

Aquel régimen de aislamiento moral y de alimentación feculenta hubiera acabado por convertirme en un místico exaltado—como á un amante del yermo—si mi madre, temerosa de los efectos enervantes de las berzas y del cocido incoloro (ese infame potingue en gran parte responsable de la decadencia física y mental de la raza española), no hubiera alegrado de vez en cuando mi atribulado estómago con algunas sabrosas tortas y deliciosas tajadas de perdiz. Al final de aquel verano conseguí también lápiz y papel, comprados gracias á una generosa propina recibida de la hija de los condes de Parcent, preciosa y gentil señorita de 14 abriles que se dignó un día visitar la tienda y confiar al zafio aprendiz el delicado cometido de arreglar una elegante y diminuta botina descosida durante el trajín de reciente cacería (1).

Trasladada nuevamente mi familia á Ayerbe, cambié de dueño, entrando á servir á un tal *Pedrín*, de la fami-

---

(1) Los condes de Parcent solían pasar entonces los veranos en Gurrea, centro de sus vastas posesiones señoriales, y donde tenían un magnífico palacio. Recuerdo todavía con placer las soberbias cacerías (con acompañamiento de bocinas, tiendas de campaña, brillantes trajes de caza, etc.) efectuadas en los bosques próximos, y á las cuales era mi padre graciosamente invitado á título de primera escopeta de la comarca. El hermano del conde era un buen aficionado á la pintura. Aún debe conservarse en mi casa cierto retrato de mi padre que el citado señor ejecutó al óleo y con robusto y bien entonado colorido.

Biblioteca Nacional de España

lia de los Coarasas de Loarre, zapatero muy campechano y chistoso, pero que gozaba fama de ser harto severo y autoritario con sus aprendices. Recibió de mi padre el encargo no solo de tratarme sin contemplaciones, sino de curar radicalmente todos mis antojos alimenticios blanda y mimosamente tolerados por mi madre. Mi obligada tarea en la nueva zapatería consistía en limpiar las herramientas, fabricar cabos untados de pez, coser remiendos (que por cierto me ponían las manos hechas una lástima de callos y costurones), echar medias suelas y preparar el engrudo.

Encantado estaba el Sr. Pedrín (quien no obstante la fama de mal genio, era un bello sujeto y un buen amigo de mi familia) de mis progresos, así como de la paciente humildad con que soportaba todas las bajezas y prosaísmos del oficio, y las estudiadas modificaciones y deficiencias del *menú*.

Un día díjole á mi padre: «D. Justo, su chico de usted es una alhaja; trabaja con tanto garbo y vocación, que voy á ponerlo pronto á coser botinas nuevas.—Y ¿qué tal la comida?—Traga hasta las piedras: calabaza, tomate, nabos, cocido... todo lo devora sin hacer un gesto.—Lo dudo; fíjese usted bien, no sea que el chico, que es muy marrullero, se la pegue.»

Algo escamado mi maestro, observóme con disimulo durante la cena, y no tardó en advertir que rápida y solapadamente escondía yo las repugnadas tajadas en un pañuelo puesto al efecto sobre mis rodillas. Afeóme ásperamente la desobediencia y el disimulo, y tomó á empeño el democratizarme el estómago y hacerme tragar hasta las más viles bazofias: no lo consiguió, sin embargo. Sus bien intencionadas porfías no dieron más resultado que enflaquecerme y convertirme por inevita-

Biblioteca Nacional de España

ble compensación alimenticia, en un formidable comedor de pan (1).

Habiendo corrido por el pueblo las nuevas de mis rápidos avances zapateriles, un tal Fenollo, maestro zapatero de mucha cuenta y fama, y dueño además de la mejor tienda de la población, propuso contratarme por un cierto número de años, con la cláusula de que si, antes de la primera añada, abandonaba el oficio debía mi padre abonarle una indemnización de dos reales diarios. Cerrado el trato, é instalado en el nuevo obrador (más alegre y capaz que el de Pedrín, y emplazado en la hermosa plaza baja), puse á mal tiempo buena cara. No tardé en intimar con el hijo del patrón, simpático muchacho de mi edad y gustos, y dime tal aire en el manejo de la lezna, que á los pocos meses cosía á todo ruedo, haciendo zapatos nuevos de los llamados entonces *abotinados*, recortando hábilmente tacones, y siéndome familiares los calados y adornos de las punteras y todas las excelencias y filigranas del artista en obra prima. Mis progresos fueron calurosamente alentados por el amo, que me prometió, si continuaba en la misma texitura, premiar mi celo con un jornal de dos reales diarios, amén de la ropa y comida. Entretanto, para honrar y enaltecer mi capacidad zapateril, confiábame las boti-

(1) El señor Pedrín vive aún, y dirige un acreditado taller de zapatería en Huesca, donde es muy estimado. Hace algunos años, y poco después de haberse hecho público cierto inmerecido cuanto afortunado triunfo mío, salióme á recibir á la estación oscense, y sin poder contener las lágrimas, abrazóme emocionado, esclamando:—¡Y yo que pensaba que tenías aptitudes especiales para el oficio!—¡Quién sabe! Acaso mi antiguo y excelente maestro tenga razón. ¡Hay tanta gente que yerra la vocación y que toma sus gustos por aptitudes!

Biblioteca Nacional de España

nas de las señoritas más remilgadas y antojadizas; botinas en cuyos altos, esbeltos y arquitectónicos tacones, hacía yo primores de ornamentación. ¡Qué diablos! ¡De algo habían de servirme el *Arte poética* de Horacio y mis aficiones artísticas!

Por aquel año (1867) acaeció la famosa intentona revolucionaria de Moriones y Pierrad, que tuvo sangriento epílogo en el choque de Linás de Marcuello. La atmósfera política hallábase entonces muy densa y cargada. General era el descontento contra el Gobierno; el odio á los moderados había ganado hasta las aldeas más apartadas, y todo hacía presagiar la tormenta que se avecinaba, y de la cual el citado encuentro fué el primer relámpago amenazador.

En Ayerbe fué recibida con júbilo la noticia de la sublevación de los generales, cuyo triunfo creíase inminente. Muchos se aprestaban á alistarse en las filas rebeldes; solo en nuestro pueblo y Bolea había—al decir de la gente—sobre 500 hombres comprometidos, que esperaban no más, para incorporarse á los revolucionarios, recibir armas y equipos. Súpose, por fin, que las huestes liberales, formadas por carabineros y montañeses del alto Aragón, habían pernoctado en Murillo, Lapeña y Riglos, desde cuyos pueblos movilizábanse hacia Linás de Marcuello, aldea situada al pie de la vecina sierra de Gratal. Intensa emoción reinaba en Ayerbe; muchos juzgaban inminente la entrada de los insurrectos.

De improviso, apareció en la plaza baja la columna del general Manso de Zúñiga, compuesta de algunas fuerzas de infantería y de 50 soberbios y vistosos coraceros que entusiasmaron á los muchachos con su aire marcial y brillantes escarceos. No me saciaba de admirar las bruñidas corazas y empenachados yelmos, férreas defensas

Biblioteca Nacional de España

que evocaban en mi memoria el recio arnés de los antiguos guerreros y las épicas luchas de la reconquista. Subyugóme sobre todo el golpe de vista ofrecido por la brillante tropa dispuesta en correcta formación. Al moverse los caballos, toda aquella masa de metal espléndido rielaba al sol como el oleaje de un mar rizado por la brisa: de las desnudas espadas brotaban relámpagos deslumbradores; y el blanco polvo alzado por el inquieto piafar de los alazanes dibujaba en torno de cada guerrero un como nimbo de gloria.

Impaciente por combatir, el general ordenó al alcalde la inmediata traída de bagajes, y sin detenerse más que lo estrictamente necesario para racionar á los soldados, partió en dirección de Linás, adonde debió llegar en las primeras horas de la tarde. No transcurrió mucho tiempo sin que oyéramos el lejano y sordo estampido de las descargas, multiplicado por el eco de las vecinas montañas.

Por los corrillos improvisados en las plazas circulaban todo género de comentarios tocantes al resultado de la batalla librada en aquellos angustiosos momentos entre la libertad y la reacción. Entretanto, buen golpe de vecinos comprometidos habían huído hacia la sierra, para esperar el desenlace. Ardíamos todos en curiosidad y en impaciencia por conocer lo ocurrido. Por fin, varios chicos nos escapamos al campo de la lucha, caminando á campo traviesa; y llegados todavía á buena hora á la cúspide de una colina que por el Sur domina la aldea de Linás, presenciamos una escena lastimosa. Las fuerzas leales replegábanse en aquel instante con visibles muestras de desaliento hacia Ayerbe, mientras los insurrectos, que conservaban sus excelentes posiciones en las casas del pueblo y cercados inmediatos, comenzaban á co-

Biblioteca Nacional de España

rrerse por el pie de la sierra desdeñando perseguir al enemigo, sin duda por no derramar inútilmente sangre española. Descendimos entonces á un altozano próximo á la vereda por donde la tropa caminaba. Grande fué nuestra sorpresa al ver que aquellos coraceros tan gallardos é imponentes, marchaban ahora desordenados y silenciosos, abollados los cascos y sangrientos los uniformes. Algunos de ellos habían perdido el caballo en la refriega y caminaban á pie, macilentos y tristes. Montados en caballerías y escoltados por bagajeros y soldados, venían numerosos heridos, cuyos lastimeros ayes, por el dolor arrancados á cada trompicón del áspero camino, desgarraban el alma y movían á piedad... Y en medio de aquel melancólico desfile, surgió como una aparición trágica la pálida figura del general agonizante ó muerto, sujeto al caballo por los piadosos brazos de un ayudante. Profunda impresión sentí al contemplar el brillante uniforme manchado de polvo y sangre, los abatidos y solemnes rostros de la fúnebre comitiva, y sobre todo la faz intensamente blanca y desencajada del bravo caudillo horas antes rebosante de energía, de vida y de vigor.

Confieso que aquella realista y trágica imagen de la guerra enfrió bastante mis bélicos entusiasmos. En ningún libro había leído que las heridas de fusil fueran tan acerbamente dolorosas y sangrientas, ni que la gloriosa muerte recibida en el campo de batalla evocara de tan intenso modo en el alma del espectador, la desconsoladora idea de la indiferencia del destino y de la inanidad, de la robustez y de la fuerza.

Al llegar al pueblo, contaron los soldados pormenores del encuentro. Noticiosos los insurrectos (en número de 1.600 hombres) de la escasez de las fuerzas del general

Biblioteca Nacional de España

Manso, aguardáronle apostados en excelentes posiciones que se extendían por los cercados inmediatos á Linás. El ejército leal, en cuanto avistó al enemigo, hízose fuerte en los altozanos próximos á la aldea, y cruzáronse los primeros disparos. Impaciente el caudillo isabelino por la inesperada resistencia de fuerzas que supuso indisciplinadas, ordenó el avance de sus tropas, que fueron recibidas con nutridas descargas. Debió ocurrir un movimiento de vacilación motivado quizás por el desorden de la caballería incapaz de maniobrar por lo angosto y quebrado del terreno; y entonces el jefe, dando ejemplo á los suyos y arrastrado por su bravura, espoleó reciamente el caballo, y se adelantó gran trecho hacia el enemigo. Con esto, cobraron ánimo los leales y volaron á alcanzar al bizarro general; pero, desgraciadamente, antes que llegaran á socorrerle, una descarga derribóle mortalmente herido. Cuentan que en aquel momento angustioso, un colosal ansotano, mozo de 7 pies de estatura, y de 19 años apenas, abalanzóse temerariamente al caído, con el objeto de desarmarlo y hacerlo prisionero; mas una certera bala le hirió en el corazón desplomándolo junto al caudillo. Perdido el general, y siendo insuficientes las fuerzas para proseguir el ataque, retiráronse al cabo los leales, después de recoger los numerosos heridos que fueron asistidos y curados en el hospital de Ayerbe. (1)

Según era de presumir, tocóle á mi padre aquellos días no poco que hacer con la diaria curación de los soldados

---

(1) No respondemos de la fidelidad absoluta del precedente relato. Trasladamos aquí exclusivamente nuestros recuerdos personales, así como la versión, descartada de anécdotas y de suposiciones inverosímiles, que por aquellos tiempos corría en Ayerbe.

Biblioteca Nacional de España

víctimas de la refriega, así como con el cuidado de otros heridos pertenecientes á las fuerzas insurrectas, los cuales se hallaban ocultos en diversas aldeas de la vecina sierra, y hasta en lo más fragoso de los montes.

La contemplación al siguiente día, en los campos de Linás, de los cuerpos que cayeron con ocasión del sangriento drama, y el examen poco tiempo después de las infelices víctimas de otra inesperada refriega librada cerca de Ayerbe (1) entre carabineros y contrabandistas, trajeron por primera vez á mi espíritu la terrible enseñanza de la muerte, la más íntima, filosófica y revolucionaria de todas las enseñanzas. Ciertamente, antes de los citados sucesos había visto muertos y presenciado alguna vez el conmovedor espectáculo de la agonía; pero mi emoción harto débil, habíase disipado como espuma en la onda.

---

(1) Ocurrió este choque cerca de Plasencia, carretera de Ayerbe á Huesca. Una cuadrilla de contrabandistas, á quienes, al cruzar el Pirineo, había sido arrebatado, con muerte de algún paquetero, un valiosísimo contrabando, deseando vengarse y recobrar el botín, siguieron á corta distancia á los carros portadores del apresado cargamento y á la fuerte escolta de carabineros y de fuerzas de infantería que lo custodiaban. Llegados más allá de Ayerbe, y aprovechando un momento durante el cual, demasiado adelantada la escolta de infantería, no quedaba junto á los carros sino una docena de carabineros, sorprendieron á éstos, descargaron sus magníficos fusiles Lefaucheux, mataron seis ó siete infelices, dispersaron los demás, y cargaron rápidamente el contrabando en sus recuas. Cuando la escolta, que iba á la cabeza del convoy, tuvo noticia de la audaz y sangrienta acometida, fué ya imposible alcanzar á los terribles contrabandistas, que tomaron, por caminos solo de ellos conocidos, la vuelta de Zaragoza. A cargo de mi padre corrió la autopsia de aquellos desgraciados, y yo, llevado de mi curiosidad, le acompañé ayudándole en la fúnebre tarea.

Biblioteca Nacional de España

En la aurora de la vida, tan inverosímil resulta la idea de la muerte, que apenas suscita alguna pasajera cavilación. ¡Quién piensa en morir cuando siente en su corazón juvenil golpear con furia la savia ascendente de la vida, y contempla delante de sí, en la confusa y azul lejanía del tiempo, una serie inacabable de lustros de espléndida existencia! Fruto amargo de la edad madura es la melancólica preocupación del fenecer. La angustiosa idea del no ser se abre paso en la conciencia, señoreando y orientando casi todos nuestros actos, cuando dolorosas sensaciones internas atestiguan los primeros rozamientos de órganos nobles desgastados por la fatiga, cuando la diaria experiencia de las ajenas desgracias nos obliga á pensar en la probabilidad é inminencia de las propias. Entonces solamente brota la persuación de que nuestra máquina es tan sutil y quebradiza, que un invisible microbio, una insólita ráfaga de aire, una débil oscilación térmica, un choque moral, una mirada que rehuye encontrarse con la nuestra, pueden dar al traste en un momento con la obra maestra de la creación; la cual aseméjase, por lo deleznable y compleja, á esos ingeniosísimos é intrincados relojes que marcan las horas, señalan los días de la semana, anuncian los meses, las estaciones, los años, las salidas del sol y de la luna, pero que ¡ay! adolecen tan solo de un pequeño defecto: pararse definitivamente á la primera violenta sacudida que reciben.

¡Feliz la infancia que no sabe ni desea saber nada de las reconditeces y fragilidades de la relojería orgánica! ¡Cómo va á creer en la vulnerabilidad de órganos cuya presencia jamás fué certificada por el dolor! ¿Se preocupará de los límites de la fuerza y de la razón antes de empezar á gastar el inagotable capital de voluntad y de

Biblioteca Nacional de España

pensamiento que atesora y por el cual juzgase capaz de dar cima á las más altas y arriesgadas empresas? Preciso es convenir en que la naturaleza, al otorgar generosamente en la primavera del vivir, fe robusta en la eternidad de la vida se ha mostrado tan piadosa como sabia. ¡Quién se aventuraría á un viaje largo y peligroso si conociera ó presumiera los obstáculos y asechanzas del camino!

No obstante el inconsciente é instintivo optimismo del alma juvenil, los sucesos antes narrados, exhibiendo á mis ojos con toda su tremenda y desnuda realidad la imagen del no ser, tuvieron eficacia bastante para conmoverme de manera duradera y transformar mis ideas y sentimientos. Comprendía la muerte por vejez y la muerte por enfermedad, pero no acababa de persuadirme de la legitimidad y necesidad del aniquilamiento del hombre rebosante de vida y juventud. Habituada nuestra razón desde la niñez á la suave y progresiva mutación de los fenómenos naturales, solo halla lógica en la evolución. Pasa el proceso del morir en el anciano y el enfermo por suaves transiciones, que van creando paulatinamente en el ambiente moral la serena convicción de la inevitable catástrofe. La muerte misma, procediendo con exquisita cortesía, se anuncia discretamente en el esqueleto que asoma al través de las demacradas mejillas del paciente ó del decrépito, preparándonos piadosamente para la desgarradora y eterna despedida. Mas, esos súbitos desplomes en el cénit de la carrera vital, sin que el esqueleto asome ni el acomodamiento sentimental se establezca, constituyen un contrasentido que la razón repugna y mira cual inexplicable trastorno del orden natural.

Y luego ¡la desconsoladora facilidad de la muerte por accidente! Triste caída sin combate ni protesta, en que el

Biblioteca Nacional de España

organismo parece huir cual soldado bisoño del palenque, arrojando vergonzosamente las salvadoras armas de la *trombosis*, del *síncope*, de la *fagocitosis* y del *poder regenerador* de los tejidos. ¡Cuesta trabajo creer que un delgadísimo taladro que no interesó órgano esencial ninguno, que perturbó solamente el juego de un mecanismo secundario de la máquina, acaso una vena ó arteria de poco momento, sea motivo suficiente para que el principio vital abandone para siempre su propia obra, y entregue el sublime artificio orgánico á los estragos de la podredumbre y de la disolución!

Entonces ¿qué eres y que significas tú, orgulloso rey de la creación, imagen de Dios en la tierra? ¡Hé aquí que solo por haber perdido inopinadamente un poco de sangre, porque tus células hambrientas de oxígeno no han sabido esperar unas horas, acaso unos minutos, la renovación del gas vivificante, caes y malogras para siempre un noble destino que te llamaba á las gloriosas cimas del ideal! ¡Y mueres tan completa y absolutamente como si una montaña hubiese caído sobre ti, cual si en tu soberbia hubieras provocado la ira de los dioses y concitado la furia de los elementos!

Cuando se medita serenamente sobre estas cosas, difícil es desechar un pensamiento obsesionante: que la naturaleza al organizar nuestro cuerpo no se preocupó en lo más mínimo de los posibles progresos de la civilización—por ejemplo, de la fatal invención de las armas de fuego—ni tuvo en cuenta las numerosas causas de destrucción creadas por la que Spencer ha llamado *fase industrial* de las naciones. En tal supuesto, se hace más comprensible esa encantadora confianza con que nuestros órganos oponen, á la terrible violencia del hierro y del plomo, el endeble armazón craneal y torácico, yelmo

Biblioteca Nacional de España

y coraza excelentes contra los ataques del hombre primitivo, pero totalmente ineficaces contra el fusil de aguja del hombre civilizado.

En presencia de la rigurosa competencia entre el cañón y la coraza, la naturaleza parece haberse encogido de hombros, y rezagándose veinte siglos de la ciencia de matar, continúa esgrimiendo cándidamente la roñosa espada de Bernardo, es decir, los mismos sencillos procedimientos con que la *vis medicatrix* de los tiempos prehistóricos salía al encuentro de los más corrientes casos de enfermedad y de muerte. Diríase que la máquina humana, á la manera de otras muchas máquinas zoológicas, está montada para durar unas cuantas décadas, mas solo bajo las condiciones cósmicas más corrientes y menos perturbadoras. El divino relojero no ha querido garantizar nuestro reloj de carne contra los refinamientos de la crueldad humana, como ningún fabricante de relojes de bolsillo nos garantizaría los suyos si presumiese que íbamos á destinarlos á jugar á la pelota. Evidentemente, la fuerza creadora creyó que íbamos á ser unos ángeles, ó acaso pensó, y esta idea parece más justa y consoladora, que las heridas causadas por la ciencia, á la ciencia toca remediarlas. Pero en tanto que el arte de sanar iguala al arte de matar... ¡pobres de los que nacimos demasiado temprano!

Otra de las cosas que más profunda impresión me causaron fué esa expresión de calma beatífica del difunto, en contradicción flagrante con los espasmos, luchas y terrores de la agonía. Acostumbrados á asociar el gesto con un modo particular de sentimiento, consentimos difícilmente en referir al mero reposo muscular la expresión de tranquila placidez de los difuntos; antes bien estimamos esta inmutable serenidad del semblante como

Biblioteca Nacional de España

símbolo de un estado equivalente de conciencia. Y el extraño contraste, agrandado é interpretado por la imaginación, toma las grandiosas proporciones de un conflicto filosófico.

La naturaleza nos infunde el triste pavor á la muerte como si ésta representara el mayor de los males: cercano el terrible trance, el organismo entero se subleva protestando ruidosamente ante la amenaza de ser arrancado á la mágica visión de la luz y á la hermosa ilusión de la eternidad. Y sin embargo, llegado el anonadamiento final todo es reposo y serenidad augusta. Los muertos parecen decirnos: «Engañóme el instinto; prometíame un suplicio, y ya lo ves: estoy tranquilo, no sufro; duermo. Mi sueño actual es preferible al pasado. Antes, cuando dormía, solo parcialmente reposaba. En la noche orgánica suspenden no más su actividad los músculos voluntarios, esos groseros soldados del hormiguero viviente; las células nobles velan como el caudillo en víspera de la batalla; el corazón continúa jadeante su penoso latido comparable al suplicio de Tántalo; la nutrición prosigue su interminable carrera; la fantasía nos atormenta con negras pesadillas; el dolor se adormece exclusivamente para renacer más pujante en la venidera aurora... Pero ahora descanso verdadera y totalmente: mi reposo es el sueño del sueño; en mi colmena celular no se oye el gemido de un esclavo; iguales resultan en este augusto silencio el cerebro que manda y el músculo que obedece. No temas, pues, mortal, cuando llegue tu hora: la naturaleza, como la tierna madre, nos ama tanto, que exagera el peligro del morir para retenernos más tiempo en sus amorosos brazos. Bien quisiera ella prolongar nuestra existencia hasta la eternidad; pero ¡ah! un hado adverso, acaso el insuperable obstáculo de las fuerzas cósmicas, se lo impide.»

Biblioteca Nacional de España

La ciencia nos enseña que la muerte, terror de los individuos, constituye la alegría de la especie. Ella descarta lo caduco, porque es inflexible, y entroniza lo nuevo, porque es adaptable. A las cabezas orientadas hacia el pasado, sustituye las dirigidas hacia el porvenir. Gracias á ella la excelsa labor de la civilización humana es perpetuamente confiada á manos jóvenes y vigorosas y á cerebros viriles y entusiastas.

En el orden fisiológico la muerte representa también un gran progreso. La vida perenne sin división del trabajo ni diferenciación funcional, hubiera sido un vegetar obscuro apenas superior al inconsciente persistir del reino mineral. El morir es, pues, el precio del pensar.

Resultaron, sin duda, incompatibles pensamiento é inmortalidad. Los protozoarios que no piensan carecen de muerte natural, como no mueren tampoco todos esos ínfimos seres monocelulares que hacen del amor, es decir de la multiplicación de la especie, la principal tarea de la vida. La sublime perfección de nuestro organismo, la cual ha obligado á las células más diferenciadas y nobles, para mejor llenar su alto cometido, á abandonar el hermoso privilegio de la generación, representa quizás, en sentir de los sabios, la causa primordial de la senescencia y de la muerte.

¿Vencerá algún día la naturaleza, que no en vano nos ha dado el ansia de persistir indefinidamente? ¿Habrá vencido ya, según filósofos famosos aseguran, creando después de la fase de crisálida, de soñolienta *imago*, la forma pura y alada de mariposa incorpórea destinada á libar eternamente el pólen de la verdad y de la belleza en el excelso é inagotable cáliz de lo absoluto? ¡Terribles é insondables enigmas!

¡Qué duras son las enseñanzas del mundo! ¡Cuán blan-

Biblioteca Nacional de España

das y halagadoras la de los libros! Y ¡cuánto es de temer que la escultura humana, blandamente modelada durante la juventud al roce suave y acariciador de la hoja de papel, endurezca sus rasgos y extreme sus actitudes á impulsos del formidable y férreo cincel de la experiencia!

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVI

Vuelta al estudio.—Matricúlome en dibujo.—Mis profesores de Retórica y Psicología.—Impresión causada por las enseñanzas filosóficas.—Una travesura desdichada.—En busca de aventuras.

Había transcurrido un año de mi vida zapateril cuando mi padre, satisfecho del experimento moral, y considerándome curado de mis delirios idealistas, dispuso mi vuelta á los estudios. Ofrecíle sinceramente aplicarme á condición de que me consintiese matricularme en dibujo, asignatura perfectamente compatible á mi juicio con la cultura clásica, y sobre todo con el estudio de las ciencias físicas y naturales. Accedió por fin, no sin escrúpulo, á mi ruego, y para garantizar mi quietud y formalidad en lo futuro, asentóme de mancebo en la barbería de un tal Borruel, situada en la plaza de Santo Domingo. Si mis recuerdos no mienten, tocóme cursar aquel año Psicología, Historia sagrada, Latín y Retórica y Poética.

Según adivinará el lector, en cuanto empezaron las clases me entregué con ardor infatigable al dibujo. Pron-

Biblioteca Nacional de España

to pasé de la pepitoria fisionómica (ojos, narices, bocas) á las cabezas completas y aun cuerpos enteros. Trabajé con tan furiosa actividad, que antes de los tres meses agoté la colección oficial de cuadros litográficos. Mi profesor, D. León Abadías, en vista de tan extraño caso de locura gráfica, puso galantemente á mi disposición sus colecciones privadas de dibujos, que me consentía llevar por turno á casa para trabajar durante las interminables veladas del invierno. Fiesta deleitosa del espíritu y embeleso de mis sentidos resultaba para mí la citada labor, en la cual me pasaba, sin conocer la fatiga, las noches de turbio en turbio y los días de claro en claro, ocupado en admirar y copiar religiosamente las nobles líneas de los dioses y héroes griegos y la expresión dulce y beatífica de las espirituales madonas de Rafael y de Murillo. Aquella embriaguez era la satisfacción del ciego instinto pictórico que aspiraba á ser arte verdadero y consciente; el deleite supremo del amador de lo bello que, extraviado por falta de guía y norma en la contemplación de lo imperfecto, sacia por fin su sed de ideal en las puras corrientes de la hermosura clásica.

Nada bastaba á mi lápiz infatigable. Viendo D. León apurados sus cartapacios, ascendióme á copiar del yeso y del natural, y por último tanteó mis fuerzas en la acuarela. Quedó satisfechísimo de mis trabajos, considerándome—según declaró más de una vez—como el discípulo más brillante de cuantos habían pasado por su Academia. Tan lisonjero juicio llenóme de noble orgullo. Segun era de esperar, llegados los exámenes, galardonó mi celo y laboriosidad con sobresaliente y premio. Pero mi excelente maestro hizo más aún en mi obsequio: se tomó la molestia de visitar á mi padre en Ayerbe, á quien instó encarecidamente para que, sin vacilar un momento,

Biblioteca Nacional de España

me consagrara al hermoso arte de Apeles, en el cual me esperaban, en su sentir, triunfos halagadores. Arrastrado por su cariño, y decidido á arrancarme para siempre á las galeras de la profesión quirúrgica, extremó los elogios al catecúmeno... pero todo fué en vano. Imposible fué persuadir al autor de mis días de que en las inclinaciones artísticas de su retoño había algo más que pasajero dilettantismo.

No obstante mi locura reproductiva, estudié también con algún provecho la Retórica y Poética, asignatura que se compadecía muy bien con mis gustos y tendencias. El retórico D. Cosme Blasco, joven maestro de formas docentes, suaves y atildadas, bajo las cuales se ocultaba un carácter enérgico y entero, poseía el arte esquisito de hacer agradable el estudio, y el no menos valioso de estimular la aplicación de sus discípulos. Preguntábanos la lección á todos; tomaba nota diaria de las contestaciones, y con arreglo á ellas nos ordenaba en los bancos. Yo salía casi siempre airoso de las conferencias; pero á despecho de mis buenos deseos, no conseguí pasar nunca del segundo ó tercer lugar. El puesto de honor era alcanzado siempre por alguno de esos estudiantes que, á la aplicación y despejo de los mejores, juntan una viva retentiva verbal y saben recitar de coro largos pasajes latinos y castellanos. Ese don exquisito que los psicólogos modernos llaman *memoria espontánea ú orgánica;* esa capacidad de retener sartas inacabables de voces inconexas; ese precioso capital orgánico, archivo de la razón, descanso de la atención y del juicio, facilidad y expedición del trabajo intelectual, ha sido precisamente el atributo en que la naturaleza se ha mostrado conmigo más avara. Mi facultad de retener corresponde casi exclusivamente á la *memoria constructiva* ó

Biblioteca Nacional de España

sistemática, que se nutre con la atención y asociación y opera solamente á condición de establecer una concatenación natural y lógica entre las nuevas y las antiguas adquisiciones. Tan desgraciado he sido bajo este respecto, que jamás pude recitar al pie de la letra una plana de un texto científico ó literario. Logro, es cierto, retener con relativa facilidad las ideas y hasta el orden de exposición; pero al evocarlas en la mente, su vistoso ropaje verbal se descompone y cambia á veces tanto, que no las reconocería su propio autor. Compruébase en mí, de exagerada manera, una nota ó propiedad de la reviviscencia de las ideas bien estudiada por Wund, á saber: que el recuerdo no es una simple copia de la percepción, sino un nuevo acontecimiento mental, el resultado de una síntesis especial que entraña elementos añadidos á la imagen reproducida y carece de otros en ella contenidos. La conciencia de tan desdichada imperfección no dejó de contribuir á desanimarme del estudio, y tiempos adelante, fué causa también de que me apartara sistemáticamente de las ocasiones de hablar en público, renunciando á toda pretensión oratoria. ¿Ha sido esto un bien ó un mal para mi carrera?

Por mal y gravísimo lo reputé siempre; pero hoy, mirando las cosas de más alto, considero mi deficiencia mnemónica como una fortuna. El talento oratorio —que se nutre como es sabido en el terreno de una gran memoria verbal —como la hermosura, representan para sus posesores una invitación perpetua á la tiranía y á la holganza. Decía Cánovas, con mucho gracejo, que la vieja definición de orador «*vir bonus dicendi peritus*» debía ser sustituída por esta otra: «el que es capaz de hablar bien de lo que no entiende.» Y pudo añadir que muchas de nuestras celebridades oratorias, al verse aplaudidas

Biblioteca Nacional de España

cuando saben poco del tema, acaban por acostumbrarse á ignorarlo por completo. Por el contrario, cuando no se puede ser baratamente elocuente, hay mucho camino andado para resultar laborioso; y ocurre además que la voluntad, en pugna con la rebelde deficiencia verbal, procura compensarla, desenvolviendo otros territorios cerebrales más dóciles y propicios al acicate de la atención y al buril modelador de la labor intensiva. Estoy persuadido de que, dadas mis tendencias románticas, mi manía razonadora y el ansia de originalidad y aplauso, una regular facundia y una memoria de voces ágil y despierta, me hubiera convertido sin remedio en uno de tantos floridos, inconsistentes y paradójicos oradores, plaga de ateneos, polilla de comisiones y cabildos y vergüenza y rémora de nuestra política.

Con harto menos provecho, por falta de adecuada disposición del ánimo, estudié la Psicología, Lógica y Ética. Nuestro profesor, D. Vicente Ventura, era un maestro docto y celoso, cuya voz ronca y nasal deslucía un tanto la brillantez de sus lecciones. Penetrado de profundo sentimiento religioso (que le impulsaba á postrarse horas enteras en la catedral con los brazos en cruz y el alma en éxtasis), sus palabras traducían la robusta fe del sacerdote más que la fría crítica del filósofo. Era, ante todo, D. Ventura el orador de tonos ciceronianos, de retórica colorista y pomposa, de períodos rotundos, de vibrantes apóstrofes rugientes de apostólica indignación contra el error materialista y la impiedad protestante. Ferviente admirador de la escolástica, para él no habían existido sino dos grandes genios filosóficos: Aristóteles y Santo Tomás. De vez en cuando, arrastrado por su fogosidad de tribuno, se exaltaba, poniendo como chupa de dómine á Locke, á Condillac, y sobre todo á Rousseau y á Vol-

Biblioteca Nacional de España

taire. Ignorante yo de la vida y milagros de dichos filósofos, me dije más de una vez: ¿qué le habrán hecho estos señores á D. Ventura para que los apostrofe tan duramente? Y fué lo peor que, á fuerza de execrar y maltratar á los racionalistas, casi nos resultaban simpáticos.

Arma dificilísima de esgrimir es la indignación retórica. A poco que se extremen los adjetivos denigrantes, la verosimilitud nos abandona; el crítico se convierte en sectario y el criticado en víctima inocente. Los ardientes panegiristas de la filosofía ortodoxa harían bien en recordar el *trop de zèle* del diplomático francés y la ley psicológica de la *inversión de los efectos*, comparable á la fisiológica de la producción de las imágenes visuales negativas. Nada más inhábil que este lenguaje de invectivas con que nuestros publicistas filósofos tratan á los panteístas, y señaladamente á positivistas, materialistas y socialistas. Como si el tener razón dispensara de usar caridad y amor con los adversarios, no se les caen de la boca los epítetos de imbécil, cretino, grosero, brutal, rastrero, execrable y vil. Con cuyos imprudentes calificativos se consigue á menudo aguijar la dormida curiosidad del oyente que, asombrándose de la importancia concedida á los paladines del error, acaba por preguntarse: «pero ¿qué diablos de doctrinas habrán propalado esos herejes y con qué argumentos las habrán apoyado? Me gustaría saberlo.» ¡Y en efecto... se llegan á saber!

Más de una vez he pretendido inquirir los móviles de esa instintiva aversión que sentimos hacia nuestros adversarios en ideas y sentimientos, y no he conseguido esclarecerlos satisfactoriamente. Pienso que todos tenemos un entendimiento bueno ó mediano, que se nos ha dado para formar una imagen lógica del mundo. Supongamos que la representación resulta borrosa, incompleta

Biblioteca Nacional de España

ó incongruente, ¿hay en ello motivo para aborrecernos y vilipendiarnos? Si fuéramos fotógrafos, ¿perseguiríamos á un compañero de oficio que, al enfocar un monumento, escogiese punto de vista diferente del nuestro? Si tal hiciéramos, probaríamos que la causa de la hostilidad no es el posible mal gusto del copiante, ni el empleo de objetivo mal corregido, sino más bien la pérdida de la exclusiva fotográfica á que nuestro cándido egoísmo aspiraba.

Varias son, en mi sentir, las causas de esta inquina sectaria. Una de ellas es el orgullo. Las fibras más delicadas del amor propio se irritan dolorosamente cuando vemos irreverentemente discutida nuestra pretendida infalibilidad y menospreciada la alta opinión que de nuestra capacidad para hallar la certeza en filosofía, en religión ó en política hemos formado. A este enojo de majestad ofendida suele juntarse el provocado por una consideración harto más terrenal y utilitaria: el temor de perder nuestras sabrosas temporalidades. Habituados á enlazar las ideas con los provechos y á tarifar las doctrinas como las mercancías, temblamos ante la sola sospecha de que el medio moral nos abandone (por considerarnos cual venerables reliquias de un modo de ideas extinguido) y tengamos que vegetar obscura y tristemente en el seno de multitudes hostiles é incapaces de comprender y premiar nuestras hondas lucubraciones.

Además de estos motivos egoístas, tengo para mí que influye no poco también la pésima educación que se nos da. Puesto que la tolerancia es un sentimiento social desarrollado en razón directa de la civilización de los pueblos, fuerza es convenir en que las aficiones inquisitoriales del alma española representan, en el fondo, el resultado de una defectuosa dirección de la vo-

Biblioteca Nacional de España

luntad y de una bochornosa ignorancia. Digo ignorancia, y no atenúo la expresión, porque sólo quien se paga de sugestiones y no de pruebas; quien de puro frívolo y esclavo del pensamiento ajeno, no se detuvo jamás á reflexionar sobre las dificultades casi insuperables con que la razón tropieza para forjar una hipótesis plausible y verosímil sobre el inextricable mecanismo del mundo y de la vida, es capaz de odiar al desdichado que, perdido en la tenebrosa selva de la metafísica, tomó vereda aparte ó acabó por extraviarse falto de guía ó de luz intelectual suficiente. En la hora solemne de escudriñar el augusto misterio de las cosas, es deber inexcusable de quien se precie de filósofo, imponer silencio al salvaje y al industrial que todos llevamos dentro, como triste legado de bárbaras edades. Caridad, reflexión, buena crianza; tales son los infalibles remedios contra las malas palabras y los injustos sentimientos. Inquietémonos de la acción y no de las ideas, y dejemos á cada cual libre de formar del universo el esquema teórico que convenga mejor á su genio intelectual.

Tratándose de un trabajo autopsicológico, no podemos dispensarnos de apuntar algo, siquiera sea de pasada, acerca de las ideas suscitadas por el estudio de la psicología, lógica y ética. Plantean estas ciencias, según es notorio, los problemas más arduos de la vida y del espíritu. Y siempre es instructivo averiguar qué posición adopta enfrente de estos la juvenil é inexperta razón de los 16 años. Ciertamente, no es llana empresa recordar y definir puntualmente estados de alma fugitivos y borrosos por atención insuficiente; revelar en la pizarra cerebral, donde tantas cosas han sido escritas después, los inciertos trazos de las viejas ideas y emociones. Explorando con amor en esas remotas formaciones del espíritu

Biblioteca Nacional de España

que por lo antiguas y negras podrían llamarse sus *estratos carboníferos*, é intensificando con un poderoso esfuerzo de atención retrospectiva las vagas reminiscencias en ellos impresas, creo poder asegurar que el efecto de la iniciación filosófica fué múltiple: sentimiento de asombro por la multitud de escuelas filosóficas; dudas acerca de la identidad del hombre como creador de sistemas; desconfianza de la razón como órgano del conocer; extrañeza enfrente del idealismo, etc., etc. Expondremos aquí, en desorden, algunas de estas impresiones, las cuales—ocioso es declararlo—serán interpretadas según nuestros recursos expresivos de hoy, y no según el fragmentario léxico de nuestra niñez.

Pluralidad de escuelas filosóficas.—Hé aquí el soberano, el terrible argumento del escepticismo, argumento que jamás deja de asaltar alguna vez, aun á los espíritus más dóciles á la voz de la tradición. «Puesto que hay muchas religiones, una debe ser verdadera ó todas falsas; existiendo muchas filosofías, una será legítima ó quizás ninguna. Casualidad notable, aunque no cosa imposible, sería que nuestros maestros y no los de otras naciones y razas estuvieran en lo cierto.» Confieso que la revelación de la pluralidad de las teorías explicativas del hombre y del mundo, y su irreductibilidad á una fórmula común, me inquietaron durante algún tiempo.

¿Cómo es posible—me decía—que en tan importante negocio no haya unanimidad de pareceres? En presencia de problemas tan graves como la inmortalidad del alma, el origen del mal y la finalidad de nuestra especie, ¿cómo no existe un *consensus unus*, una orientación general de las inteligencias hacia el polo de la verdad? ¿Es que el sentimiento y el instinto valen más que la razón para llegar á la certeza? Entonces, ¿quién otorgó á este fali-

Biblioteca Nacional de España

ble guía el título de oráculo irrecusable? El animal, bajo este respecto, aventaja al hombre: ve poco, pero ve claro. Su instinto no se equivoca, porque gobierna solo; mientras que en nosotros reinan dos autócratas: el instinto y la razón, los cuales obran tarde y mal, por gastar sus energías en disputarse el mando y en ponerse de acuerdo. ¿Por qué nuestro hermoso credo religioso y filosófico no es la obra mecánica de un instinto? ¡Cuán hermoso sería que el Supremo Hacedor hubiera grabado indeleblemente en la conciencia, bajo fórmulas universales y luminosas, la génesis y mecanismo del cosmos y los imperativos de la voluntad! ¿Qué le hubiera costado? Unas cuantas células nerviosas dispuestas en sistema, asociadas para coordinar dinámicamente una sucesión de actos mentales... El sol al herir nuestra retina provoca por acto reflejo el cierre de los párpados y la sensación de deslumbramiento; en nuestro filósofo mecánico evocaría además, en el escenario del sentido interno, la teoría del sol y las fórmulas de la transformación de la energía.

Pero lo que más me impresionó fué que todas las escuelas parecían tener razón; todas se apoyaban en la lógica; todas se creían infalibles é irrefutables; todas, en fin, eran defendidas por hombres de sólido saber y de soberano entendimiento.

¿Cuál es la causa de esta diversidad de escuelas? Mi profesor salía fácilmente del atasco atribuyendo las herejías, así como la obcecación materialista y escéptica, al orgullo y bajas pasiones de los filósofos, justificando así el conocido dicho de Erasmo de que todas las heterodoxias paran en casorio. Empero semejante imputación no me parecía justa. Cabe, en lo posible, que un escritor sostenga durante su juventud, por frívola petulancia ó pueril alarde *d'esprit fort*, una doctrina á todas luces

Biblioteca Nacional de España

errónea; pero obstinarse en ella hasta su ancianidad, atrayéndose la animadversión de los contemporáneos y creando á los suyos desagradable situación moral, paréceme cosa incomprensible. Y suponiendo que el filósofo erró por móviles pecaminosos, ¿cómo pudo abrigar la ilusión de que su vano sistema le absolvía de toda responsabilidad ante Dios? ¿Quién será tan mentecato que arrostre la condenación eterna por la pueril vanidad de propalar doctrinas desprovistas hasta del mérito de la originalidad, toda vez que, según se sabe, fueron inventadas y claramente formuladas por los filósofos antiguos?

Y de conjetura en conjetura, vine á parar á una hipótesis anatómica muy poco original, sugerida probablemente por alguna lectura ó acaso por las conversaciones de mi padre, gran partidario del organicismo.—¿No podrían—me dije—explicarse las susodichas divergencias de los criterios filosóficos por diferencias orgánicas individuales? ¿Estamos bien seguros de que el *homo sapiens* constituye una sola especie intelectual, de que el cerebro humano está vaciado en el mismo molde?

¿Cómo explicarnos si no, que la razón de los unos dispute el dogma como obra divina, y la de los otros cual obra humana? ¿Cómo la existencia de escépticos? Parece, pues, que el Supremo Artífice, para variedad y armonía del mundo intelectual, ha creado: águilas del pensamiento capaces de cernerse en las alturas de la abstracción, desde las cuales se divisan bien las ideas platónicas, los eternos modelos del mundo inteligible, pero se ven mal las realidades concretas, como observadas al través de nieblas y celajes; y las modestas y casi ápteras gallináceas del mero buen sentido, con ojos hechos á mirar á la tierra, y cuya retina intelectual solo puede

Biblioteca Nacional de España

registrar las macizas realidades del mundo geométrico, la *res extensa* de los cartesianos. Por lo demás, este dualismo intelectual señalado por varios filósofos fué ya expresado, de maravillosa manera, por el genio de Rafael en su célebre cuadro de la *Escuela de Atenas*.

Obscuridad del lenguaje psicológico.—Gran sorpresa me causó lo abstruso y recóndito de la jerga metafísica. En las ciencias históricas, físicas y naturales, en matemáticas, etc., toda afirmación va seguida de confirmación ó de prueba. Cuando en las demostraciones geométricas los términos son bien comprendidos y la atención ha seguido fielmente, sin distracciones ni paradas, la cadena de los silogismos, la certeza se impone á la razón de un modo absolutamente obligatorio, creando de pasada en la esfera sentimental una tranquilidad absoluta acerca de la extensión y eficacia de nuestra capacidad cognoscitiva.

No me pareció que ocurría lo mismo en las llamadas ciencias del espíritu. Sería injusto negar que la psicología encierra también verdades evidentes. Por menguada que fuera entonces mi sindéresis, hube de comprender que todos los fenómenos inmediatamente atestiguados por el sentido íntimo son tan ciertos y positivos como los teoremas geométricos. Pero esta confianza me abandonó al abordar las teorías. En cuanto mi profesor, saliendo de la esfera puramente fenomenal, se elevaba en alas de su fantasía creadora á las altas regiones de la especulación pura, y trataba de justificar las doctrinas corrientes tocantes á la naturaleza del espíritu y la esencia de sus llamadas facultades y operaciones, vi con extrañeza que el terreno cedía y que caminábamos á tientas en medio de impenetrables tinieblas. Noté con estupor que muchos asertos eran afirmaciones sin pruebas; otros

Biblioteca Nacional de España

representaban meras alegaciones del deseo; algunas hallaban su fundamento en hipótesis necesitadas á su vez de confirmación; y, en fin, no pocos me parecieron incomprensibles é inimaginables, cualquiera que fuese mi esfuerzo de atención y mi conocimiento del sentido de los términos.

¡Cuántas proposiciones pasaron sin dejar huellas por mi memoria, por no haber dado asidero á la razón! Curioso é instructivo libro podría escribirse con las teorías que, por falta de madurez de juicio, no suelen entender los chicos, con las doctrinas ininteligibles por defecto de claridad del lenguaje pedagógico, y con los conceptos que los maestros aseguran formalmente comprender siendo realmente incomprensibles!

Reflexionando acerca de la formalidad con que muchos dicen entender lo ininteligible, y otros aseguran ver turbio lo más evidente, me he persuadido de que los hombres no *sentimos* del mismo modo las palabras.

Entre las idiosincrasias filosóficas, hállanse, además de las individualidades armónicas y superiormente dotadas, dos tipos dialécticos que, por ser muy comunes, no osaré llamar patológicos, aunque tienen algo de anormal. Ambos se podrían calificar de fetichistas; pero el uno padece la superstición de las palabras abstractas, y el otro el de las concretas.

El *fetichista de los universales* y de las voces abstractas se reconoce en que, por movimiento instintivo, asocia á toda expresión vaga, contradictoria ó paradójica, una objetividad maciza y casi hipertrófica. En estas místicas naturalezas, las palabas *eterno*, *infinito*, *inmenso*, etc., suscitan una cierta emoción religiosa comparable á la que sentían los paganos junto al trípode sagrado. Misteriosas resonancias; rumores de vida honda y leja-

Biblioteca Nacional de España

na; azules y vagas lontananzas; profundidades de abismo; todo esto y mucho más evocan en la mente de dichos fetichistas las citadas palabras, las cuales al pasar por la imaginación pierden su nativa vacuidad, su carácter de tono negro de la cromática del juicio, para hincharse y dilatarse cual globo gigantesco, desbordante de sustancialidad. Para estos tales, las proposiciones más vulgares ó simplemente contradictorias, como hayan sido formuladas por eximias autoridades filosóficas, se convierten en símbolos misteriosos ó encierran un hondo é inexcrutable sentido.

En el contrario defecto caen los *fetichistas de lo concreto*. Repugnan los conceptos excesivamente abstractos y generales, que juzgan mero verbalismo, inconsistentes creaciones de la fantasía despojadas de toda especie de objetividad. Recelan del lenguaje metafórico, porque saben cuán propensos somos á dar imágenes por demostraciones. Temerosos de ser sorprendidos, demandan á cada postulado sus títulos, á cada hipótesis su razón de ser. Complácense en arrancar la careta con que el sentimiento suele disfrazarse de razón, y los velos misteriosos que envuelven la causalidad metafísica, que truecan, naturalmente, en causalidad mecánica.

Todos tenemos durante la adolescencia y juventud algo de estos dos temperamentos mentales, pero con libraciones preferentes hacia el uno ó el otro. Yo gravité á menudo hacia el segundo, quizás por instintiva acomodación á lo sencillo, á lo que no exige grandes esfuerzos, acaso también por imposición de mis gustos artísticos y de mi culto pagano de la forma. Inspirábanme gran desconfianza las nebulosidades del lenguaje y los enrevesamientos y recovecos de la dialéctica. Al seguir en el texto un largo razonamiento metafísico, asaltábame el miedo

Biblioteca Nacional de España

de tomar las palabras por ideas, de caer en la ilusión tan frecuente de suponer hondo donde se ve negro ó no se ve nada. Mucho antes de conocer los libros de Bain y de Spencer, he necesitado hacerme gran violencia para conceder valor á las hipótesis inconcebibles y á las proposiciones que, por alguna de sus faces, muestran predicados contradictorios. ¿Se me anunciaba una explicación representable bajo alguna forma sensible? Pues admitía de buen grado su posibilidad, ya que no su realidad. ¿Antojábaseme el supuesto inimaginable? Pues declaraba ingenuamente no entender la doctrina, y expresaba además el recelo de que se me engañase, abusando de mi candor con la prestidigitación de los sofismas. ¿Terquedad de espíritu? ¿Incapacidad filosófica? Puede ser.

Esta repugnancia instintiva por el dogmatismo y las teorías excesivamente abstractas y unitaristas ha persistido en la edad viril, y explica la antipatía que sentí más adelante contra los osados constructores de vistosas torres dialécticas, los arrogantes paladines de los sistemas *a priori*, los Schelling, Krause y Hegel, á quienes no me atreveré á calificar con Schopenhauer, *farsantes de la filosofía*, pero de cuya obra opiné y opino todavía que representa el abandono del verdadero método filosófico creado por Aristóteles, y un lamentable retroceso en la marcha del espíritu humano.

Pero dejando á un lado esta cuestión crítica, vamos á citar un caso que dará idea de la aversión con que, ya de adolescente, miraba toda noción obscura ó contradictoria. Consígnase, según es notorio, en nuestros libros de texto (el Monlau por ejemplo) esta proposición: que el alma en el acto de la introinspección es á un tiempo sujeto y objeto, es decir, que tiene conciencia de sí, y por tanto se mueve á sí propia: *vis sui motrix*, se-

Biblioteca Nacional de España

gún la tan celebrada cuanto enigmática frase de Platón.

¿Cómo,—exclamarán mis lectores, y más si son un poco metafísicos—tan limitado es usted que no entendió cosa tan llana? ¡Pues si todo el mundo la admite, y además la citada proposición representa pura y simplemente la expresión de un hecho de conciencia! Conformes. Ni desconozco tampoco que el fondo del asunto entraña un transcendentalísimo problema filosófico: el de saber dónde acaba el sujeto y comienza el cerebro, y cuáles son por tanto las operaciones propias de cada uno.

Pero abstracción hecha de la gravísima cuestión de la naturaleza del sujeto y de sus relaciones con el cuerpo, ¿quien osará negar que la citada proposición implica una contradicción de términos merecedora por lo menos de distingos y aclaraciones? ¿Cómo no se ha de desconcertar el alumno medianamente pensador, al decirle que el alma en algunas de sus operaciones resulta efecto de sí misma; con lo que se destruye un postulado indeclinable de la noción de causalidad, esto es, la individualidad del agente y del paciente, y la separación entre el motor y la cosa movida? Aferrarse á la legitimidad de este enunciado contradictorio vale tanto como sostener que el telescopio, en vez de retratar los astros, se retrata á sí mismo; que la espada puede herir su propia punta; que la flecha disparada del arco se clava en su propio hierro. Concíbese que una substancia pueda ser causa de un fenómeno y efecto de otro; pero declarar que existen causas que son efectos de sí mismas, destruir la inevitable dualidad de términos y de substancias que la moción de causalidad implica, es pagarse demasiado de palabras ó apartar sistemáticamente la atención de la invencible dificultad.

Aquí debe haber algo obscuro, algo no meditado bien

Biblioteca Nacional de España

—me decía.—Pero mi instinto crítico, todavía rudimentario é inexperto, no podía desatar el nudo; sentía repugnancia y nada más.

Actualmente, después de conocer la doctrina kantiana acerca del sujeto, y los excelentes análisis de los positivistas críticos sobre la incognoscibilidad del *yo*; después de haber estudiado el aspecto biológico de la cuestión, sobre el cual tanta luz han arrojado los experimentos y conclusiones de la fisiología y patología, opino que la mencionada confusión nace del error, común á la mayoría de las escuelas filosóficas, de considerar las percepciones, las ideas, los juicios, en fin, todos los acontecimientos de la vida consciente, como esfera propia del *yo*, cuando en realidad son todavía prolongación del mundo exterior, del *no yo* de los idealistas. Solo en fuerza de una propensión instintiva, de una ilusión inseparable de la visión interna, calificamos de *mundo exterior* las operaciones del cerebro sensorial, y de *yo* ó *mundo interior* las operaciones del cerebro de ideación *(centros de asociación* de Flechsig).

En mi modesto opinar, tan mundo exterior es el *substractum* nervioso que conserva los recuerdos de las excitaciones pasadas y colabora en las altas operaciones intelectuales (categorías, ideas, etc.), como el que se limita á presentar á la conciencia las excitaciones actuales ó intuiciones sensibles recogidas por los sentidos. El sujeto *no piensa, pues, sino que asiste al pensamiento;* sigue y contempla en cierto modo los procesos que en el cerebro se suceden, y en virtud de su capacidad de actuar (única cosa que sabemos de él), atiende, clasifica, separa y combina las nociones é ideas, derramando la luz y la sombra, la actividad ó el reposo por todo el ámbito de la conciencia. Afirmar que el espíritu se contempla á sí mismo,

Biblioteca Nacional de España

vale tanto como decir que *tenemos sentido para la substancia*, que somos capaces de aprehender el enigmático *noumenon* de Kant, el oculto protagonista de nuestros actos mentales.

Solo de esta suerte desaparece la contradicción, aunque naturalmente no se disipa el insondable arcano. Unicamente así se salva el sujeto de la ruina con que le amenazan los mil hechos fisiológicos y patológicos (locura, destrucción de la memoria, del juicio, del razonamiento, dobles y triples personalidades, etc.), los cuales acreditan que el cerebro no es el grosero instrumento de la más baja mentalidad, sino el *subtractum* de las más altas operaciones psíquicas, el representante de la naturaleza cerca del espíritu, el exclusivo intermediario entre la incógnita interior y la incógnita exterior. Mundo y copia del mundo, ideas y combinaciones de ideas, son probablemente átomos en movimiento; solo del *yo* no podemos afirmar esto, ó por mejor decir no sabemos qué pensar.

El criterio de fe y el de razón.—El niño es profundamente sistemático, y además creyente entusiasta en los fueros de la razón y en el soberano poder de la lógica.

Al menos tal era yo á los 16 años. Asombrado de las brillantes conquistas hechas por la inteligencia en las Matemáticas, Astronomía y Ciencias físicas y biológicas, daba por supuesto que no existía problema refractario al entendimiento, convenientemente asesorado por la observación y por la experiencia. Así es que, con verdadero desencanto, oí de labios de nuestro profesor de Lógica proclamar la debilidad de la razón individual como criterio del conocer. Antorcha vacilante que se apaga, brújula frecuentemente desimantada al calor de las pasiones y egoísmos, tal era según mi maestro la razón, cuan-

Biblioteca Nacional de España

do no se deja guiar por el soberano resplandor de la verdad revelada. Por donde vine á colegir que entre la lógica y la psicología no reinaba el mejor acuerdo.

La ciencia del alma, al buscar el amparo del dogma, apareciósemе cual una anomalía incomprensible de la arquitectura del edificio científico total. Si la lógica impera en las ciencias de la materia y de la fuerza ¿por qué no habrá de imperar también en las ciencias del espíritu, en la psicología, en la lingüística, en la historia, en la sociología misma?

Sin duda al expresarme de esta suerte hablaba en mí el artista más que el pensador. La verdad era que repugnaba á mi sentido estético la asimetría y la desproporción. ¡Cuánto más armónica y bella—me decía—fuera la construcción sublime de las ciencias obedeciendo á un plan único y estribando en solo principio! Incapaz entonces de presumir los graves peligros que entraña el erigir la razón en criterio soberano de la religión y de la teología, el citado abandono de la lógica, siquiera fuese para salvar la estabilidad de los principios religiosos, parecíame abdicación injustificada y flagrante falta de espíritu filosófico. Hoy, naturalmente, pienso de otro modo. Creo que la fe hace bien en no razonar; es sentimiento y no lógica; es amor que crea, y no análisis que destruye. Muchos lo han dicho: la crítica excluye la creencia, porque creer es casi lo contrario que pensar.

El problema crítico.—Aunque en forma sobria, y como temeroso de despertar insanas curiosidades, expuso nuestro profesor también la tesis de los idealistas y las inquietantes dudas de Kant sobre la objetividad del conocimiento. Confieso que al principio no me enteré bien del alcance de la doctrina, que me pareció algo así como impertinente extravagancia, un alarde de

Biblioteca Nacional de España

ingenio sutil y paradógico. Luego la reflexión trajo el asombro.

¿Cómo—me pregunté—es posible que hayan existido filósofos capaces de defender seriamente la falta de objetividad de nuestras percepciones? Pero ¿hay cosa más cierta y evidente que la realidad del mundo exterior? ¿En qué argumentos se fundan estos estrafalarios de la crítica?

Yo no los conocía, porque mi profesor no los quiso explanar por entero. Afortunadamente hallé en la biblioteca la *Filosofía fundamental* de Balmes, y en los capítulos referentes á Kant, Hume, Berkeley y Fichte, creí entender algo de las razones alegadas por la escuela idealista y escéptica en apoyo de su estrambótica doctrina. El argumento de Berkeley «de que nuestras percepciones son copias de objetos que jamás vemos inmediatamente, siéndonos, por tanto, imposible garantizar su cualidad de imágenes, puesto que desconocemos los originales á que corresponden» y los ingeniosos y profundos razonamientos de Kant sobre la imposibilidad de salir de nuestros pensamientos y de nuestras percepciones, que representan meros símbolos y no copias de la realidad incognoscible, me hicieron meditar, trayendo á mi espíritu la primera sospecha acerca de la imperfección del cerebro humano como instrumento de la razón, sospecha que, andando el tiempo, había de cristalizar en un cierto ensayo filosófico (1).

El conflicto era mucho más grave de lo que había creído. Porque, en efecto, si lo que percibimos no son los

---

(1) Aludo á un libro todavía inédito: *Las incongruencias y limitaciones del hombre como organismo y como inteligencia.*

Biblioteca Nacional de España

cuerpos, sino una parte de nosotros mismos, ¿quién nos garantiza la realidad y exterioridad del mundo sensible? ¿Será posible que el azul de los cielos, el verde de los prados, el canto del ruiseñor y el perfume de las flores, no estén en los objetos, sino en nosotros? Entonces cuando yo creo pintar la Naturaleza no hago, en puridad, sino retratarme á mí mismo, ó por mejor decir, interpretar una cierta agitación de mis células nerviosas correspondiente á cierta supuesta palpitación del éter exterior. Por consiguiente, la vida mental es un engaño cometido con la doble complicidad del sentimiento y del instinto. La conciencia podría compararse á una botella lacrada abandonada á merced del oleaje del mar, y á cuyo interior la realidad del mundo solo llega bajo la forma de sordos rumores y de sacudidas mecánicas.

En presencia de estos hechos ¿qué confianza puede inspirarnos eso que se llama sentido común? Si en el foco mismo de la conciencia, santuario de todo conocimiento, se representa esta comedia que podríamos designar la *farsa de la substancia*, ¿en cuántas equivocaciones no caerá la razón al pretender esclarecer la esencia de las cosas y las leyes reguladoras de las relaciones entre el mundo subjetivo y el objetivo?

Al cavilar sobre estas limitaciones del espíritu humano, siéntese algo así como abatimientos de rey destronado, nostalgias y desfallecimientos de águila alicortada y prisionera. ¡Que desconsoladora decepción! ¡Y qué extraño contraste entre la conciencia y el mundo! Dentro del alma un mágico teatro cuajado de nobles fantasmas adornados y realzados con todos los prestigios del color, con todas las armonías del sonido, con todas las voluptuosidades de los sentidos inferiores; y fuera de nosotros, la cualidad transformada en cantidad, la incesante pal-

Biblioteca Nacional de España

pitación de un océano tenebroso, el eterno bullir de los átomos, ó, por mejor decir, de una infinita muchedumbre de incógnitas. Puente misterioso tendido entre dos riberas invisibles; cable conductor, cuyos rotos extremos juntan dos piélagos de ignota energía, tal parece ser el pobre pensamiento humano al relampaguear en los recónditos senos del cerebro!

Difícil es descartar, cuando se medita en el arduo problema del conocimiento, esta interrogación inquietante. ¿Estamos bien seguros de que fuimos organizados para penetrar el mecanismo del mundo? El hecho, harto significativo, de que nuestros sentidos representan solamente aparatos numeradores de los latidos del ambiente; su incapacidad para aprehender las substancias; su carácter de estrecha adaptación á la colecta y transformación de un corto número de movimientos, precisamente los necesarios para establecer entre el mundo interior y el exterior coordinaciones dinámicas útiles á la vida del individuo ó de la especie, ¿no parece decirnos que el hombre no ha sido creado para fabricar metafísica ni perderse en lucubraciones sobre las causas primeras? A otros fines se encaminan sus actividades, y á blanco más alto apunta la evolución de la vida. ¿A cuál?

. . . . . .

. . . . . .

La ola escéptica resbaló por mi frente dejándome algo de su amargor. Sin querer habíame asomado al antro tenebroso, pero afortunadamente me aparté antes del vértigo. La robusta voz de la Naturaleza apagó los tenues vagidos de la crítica. Y cediendo al instinto y al natural optimismo de la juventud, me abandoné ingenuamente á la hermosa ilusión de la substancia, á los hechizos del color, del ritmo y de la forma. Pensé que el idealismo es

Biblioteca Nacional de España

doctrina excelente para ciegos y sordos. El mundo recobró sus encantos y volvió á aparecérseme tan real y tan digno de ser admirado y copiado como antes; ¡que la imagen proyectada por los sentidos claros, serenos y rozagantes de la adolescencia, es harto profunda y luminosa para que el hálito de la duda empañe sus trazos vigorosos y sus tintas espléndidas!

He dicho más atrás que el que copia adora lo copiado; añado ahora, que copiar es casi lo contrario que discurrir. Cuando nuestra alma enfoca á guisa de telescopio el lejano mundo de las realidades, acaba por hacerse un poco hipermétrope para sí misma, distinguiendo difícilmente el mundo del pensamiento. Diríase que los ojos del intelecto, deslumbrados por la brillantez de la sensación, no aciertan á ver claro en el crepúsculo de las representaciones ideales.

Temeroso de errar, y no muy seguro de mi fuerza dialéctica, acabé por decirme: «¡Nada de filosofías!; descansemos en la autoridad de los textos y dejemos que nuestros maestros piensen por nosotros. Quizás cuando sea hombre piense á mi vez. Veré entonces cuál es la escuela filosófica que está en posesión de la verdad, ó cuál es, al menos, la que ha rasgado en mayor extensión el tupido velo que envuelve el augusto misterio».

¡La verdad absoluta! ¡Hermosa quimera!

Siete lustros han pasado desde entonces, y no sé todavía dónde está. Y por cada día se afirma más en mí la convicción de que el mundo y la vida en sus resortes íntimos son, hoy por hoy, ininteligibles. Y me doy á pensar que los forjadores de sistemas, los orgullosos filósofos que aspiran á fijar definitivamente el rumbo de la Humanidad, son comparables al loco que, en noche lóbrega, alzado en la cima del Montblanc, encendiera, grave y

Biblioteca Nacional de España

solemnemente una cerilla, y se jactara de alumbrar con ella el Universo!

Avanzaba el curso del 68 y aproximábanse los exámenes, en los cuales esperaba salir medianamente airoso, cuando un contratiempo inesperado malogró mis esperanzas.

Paseábame una tarde por la carretera inmediata á la muralla, no lejos de la plaza de Santo Domingo. De improviso divisé una tapia recién revocada y perfectamente blanca. En aquellos heroicos tiempos de mi grafomanía, una superficie limpia, lisa y virginal, era una tentación pictórica irresistible, atrayéndome como atrae la luz á la aturdida mariposa vespertina. Ver, pues, la pared y mancharla con tiza y carboncillo, fué cosa de breves instantes. Pero aquel día quiso el diablo que me propasara á retratar, de tamaño natural, á algunos de mis profesores, y señaladamente á mi maestro de Psicología y Lógica, D. Vicente Ventura, cuyos rasgos fisonómicos, sumamente acentuados, prestábanse admirablemente á la caricatura. Con lápiz, nada adulador—lo confieso—hice resaltar su ojo tuerto, su nariz algo roma y sus anchurosas, turgentes y rapadas mejillas eclesiásticas, que denunciaban á la legua, en virtud de esa íntima correlación entre la idea y la forma, el culto tomista y la lealtad á D. Carlos. Acabado el diseño, apartéme de la pared para juzgar á distancia del efecto. Pasaron entonces una caterva de chicuelos y tal cual estudiante, quienes contemplando los monigotes y advirtiendo á seguida el parecido, prorrumpieron á coro: «¡Mirad el tuerto Ventura!» Y sin que yo fuera poderoso á evitarlo, dieron en el capricho de apedrear la caricatura.

Dispuso mi mala estrella que precisamente en aque-

Biblioteca Nacional de España

llos momentos llegara el original mismo del retrato y sorprendiera la ridícula escena del fusilamiento en estampa. Asustado de la diabólica coincidencia me escabullí, ocultándome detrás de un árbol.

Partidario acérrimo de los prestigios académicos y de la excelsa dignidad de la toga, D. Ventura, al verse apedreado en efigie, estalló en santa indignación, y enderezando á los chicos acre reprimenda, amenazóles con denunciarlos á la autoridad si no delataban al autor de la grotesca caricatura. No tardó en averiguar que el promotor de la burla había sido el chico del médico de Ayerbe, es decir—y esto le llegó al alma—el hijo de uno de sus amigos más estimados!

¡Quién podría contar la exasperación de D. Ventura cuando al siguiente día, se encaró conmigo en clase! Aquello fué un paroxismo de cólera exteriorizada por una andanada de calificativos denigrantes, entre los cuales figuraban, por suaves y casi acariciadores, los de canalla, infame, criminal y protervo. No me regateó la menor afrenta ni me ahorró ninguna humillación. ¡Jamás ví un hombre más fuera de sí!

Aterrado quedé al escuchar la furibunda filípica. Balbuciente de emoción no acerté á formular una excusa satisfactoria; intenté, empero, con frase entrecortada, hacerle comprender que no había sido mi ánimo molestarle en lo más mínimo con aquella desdichada caricatura forjada sin intención y por mero pasatiempo; y que en cuanto á la pedrea, se efectuó sin mi concurso y contra mi resuelta voluntad. D. Ventura se mantuvo implacable. La indignación le ahogaba, y sin paciencia para escuchar mis disculpas, arrojóme violentamente del aula. Era preciso - según decía—que la oveja contumaz no contaminase al inocente rebaño.

Biblioteca Nacional de España

Supo mi padre lo ocurrido y escribió á mi maestro para aplacarle; mas no logró su efecto. A duras penas consiguió que me admitiese nuevamente en clase, en donde me relegó, no obstante mi sincero arrepentimiento, al pelotón de los irredimibles y de los suspensos por derecho propio. Cundió la alarma en el claustro y se recordaron, para mi mal, mis proezas de los pasados años.

Mi situación empeoraba de día en día. No me desanimé á pesar de todo. Durante el mes de Mayo entreguéme al estudio con ahinco, y las eras de Cáscaro, y mis buenos amigos—el hoy ilustre Salillas, entre otros—son testigos de las largas horas pasadas hojeando la Psicología de Monlau, y ocupado en sacar el jugo y la esencia de los conceptos enrevesados de *substancia y accidente, esencia y existencia, transcendencia é inmanencia...*

Muchas eran las nociones que escapaban á mi débil penetración; pero me propuse aprenderlas de memoria según hacían muchos, á fin de salir airoso del examen. De este modo logré, en los últimos días de Mayo, tener prontas y á punto de ser quemadas unas cuantas carretillas de fuegos artificiales, es decir, de castillos de palabras anudadas entre sí como los cohetes de una traca valenciana. Todo consistía en que el examinador pusiese el cebo en el *principio* del artificio pirotécnico, y en que la emoción no me mojase la pólvora... Y en efecto, la pólvora se mojó.

En el momento de sentarme en la silla de los reos ante el austero tribunal de exámenes, D. Ventura, cuyo ceño no habían desarrugado mis recientes compostura y aplicación, irguióse con ademán solemne en el estrado y dirigió al público y á sus compañeros de tribunal estas enfáticas palabras, que conservo tenazmente grabadas en la memoria:

Biblioteca Nacional de España

«Señores: Cumpliendo un doloroso deber de conciencia me abstengo de examinar al Sr. Ramón. Nadie podrá reprocharme, que en la hora de la justicia, pesaron más en la balanza la indignación y la cólera que el frío juicio y la imparcialidad severa. Entrego, pues, el examinando á la serena rectitud de mis compañeros, para que, exentos de pasión, califiquen como se merezca al alumno más díscolo y peor intencionado de la clase, al que en su furor insano no reparó en mofarse pública é insolentemente de su maestro, exponiendo la honrosa toga del profesorado al escarnio de los truhanes y á la befa y rechifla del populacho».

Confuso y atónito quedé al oir tan crueles dicterios, Quise retirarme del examen, y así lo signifiqué humildemente al tribunal, diciendo: «He estudiado atentamente el texto, pero en el estado en que me hallo, temo una desazón. Me abstengo, pues, á mi vez, siguiendo el discreto ejemplo de D. Ventura; pues si mi maestro no tiene la serenidad indispensable para juzgar, menos he de tenerla yo para ser juzgado, sobre todo después de oir las piadosísimas frases de su discurso.»—¡Hace usted muy mal!—me contestó con acento desabrido y gesto displicente uno de los jueces,—no fiando de la rectitud del tribunal, cuya delicadeza é hidalguía están muy por encima de sus malévolas insinuaciones. Siéntese usted, y si positivamente sabe, será usted aprobado, á pesar de todo».

Tuve la candidez de caer en la red, y alleném e al examen. A todo contesté algo, según el texto, y á mi ver, bastante más de lo exigido á mis condiscípulos para granjear un aprobado; pero los jueces, como obedeciendo á una consigna, metiéronme en honduras y tiquis miquis de alta metafísica; y cuando me hubieron desconcertado enteramente, transcurridos más de tres cuartos

Biblioteca Nacional de España

de hora de mortal angustia, despidiéronme satisfechos de su obra.

A qué seguir... Quisieron sin duda darme una lección, y en efecto la recibí, la agradecí y no la olvidé nunca. Fué una preciosa lección de humanidad, de las que modelan el carácter y dan frutos de juicio y de acción!

¡Había hecho un pan como unas hostias! ¿Qué decir al llegar á mi casa? ¿Cómo soportar la justa indignación de mis padres? Cediendo al fin á un sentimiento avasallador de desaliento y de vergüenza, resolví hacer una calaverada: marcharme lejos, muy lejos, substrayéndome á las miradas airadas y á las palabras coléricas. Quería arribar á una playa habitada por hombres nuevos, ignorantes de la filosofía escolástica, de Platón y de Aristóletes, capaces de encerrar por loco á quien les hablase de *entendimiento agente* y *entendimiento pasivo*, de *ideas innatas* y *categorías ideales*... Deseaba ardientemente vegetar desconocido entre gentes desconocidas, ser juzgado por mis obras y no por mi historia...

Comuniqué mi designio á varios compañeros de infortunio, y agradóles el proyecto. Y reunidos unos cuantos reales, nos escapamos, sin más preámbulos, en busca de aventuras. Ya en camino, innumerables fueron los proyectos formados: quiénes pretendían que arribados á Zaragoza sentáramos plaza de soldados, sirviendo al Rey hasta parar en generales; quiénes, menos ambiciosos y más prácticos, opinaban que nos asentáramos de aprendices en algún obrador ó comercio, asaltando la fortuna por el trampolín del mostrador; cuáles, en fin, proponían que nos entregáramos por de pronto, y en tanto la casualidad ó la providencia proveían á nuestro sustento, al pillaje y merodeo...

En estas pláticas y disputas llegamos á Vicien. Ano-

Biblioteca Nacional de España

checía, y como el hambre comenzase á dejarse sentir, un compañero llamado Javierre aconsejó que se hiciese una visita al maestro del pueblo, tío suyo, hombre campechano y á carta cabal. Aprobado el plan, entramos solemnemente en la aldea, que encontramos ardiendo en fiestas, con baile y algazara en la plaza y *mayos* en las calles. El maestro se alegró de ver á su sobrino, así como á la honrada compañía, y nos obsequió franca y cariñosamente. Comimos de lo lindo y dormimos diez horas de un tirón.

Al siguiente día, tranquilos los estómagos, y reposadas las fatigadas piernas, nuestras ideas tomaron otro rumbo, y comenzó á cundir entre los compañeros la idea de retornar al abandonado redil. Un buen sueño había disipado los románticos ensueños; una excelente digestión después del baile (á que algunos camaradas se habían entregado la víspera), había creado en nuestra cuadrilla un optimismo y un regocijo de vivir propicios al arrepentimiento. Nada pudieron contra aquellas flacas pero sanas voluntades mis especiosos sofismas. Ni hallaron mejor acogida en sus oídos los supremos llamamientos al honor de la palabra empeñada, y el recuerdo de las hermosas perspectivas que una existencia libre, fértil en enseñanzas y en aventuras, abría ante nosotros. Todos prefirieron la azotaina cierta á la gloria incierta, el sombrío pasado al luminoso y enigmático porvenir. Al fin hube de ceder. Y en el crepúsculo de aquel día aciago, que debió ser el primero de un éxodo heroico y triunfante, regresé á Huesca, con la negra melancolía de Don Quijote vencido, con la profunda pena de Calicrates herido antes de comenzar la gloriosa batalla!

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVII

Mi iniciación en los estudios anatómicos.—La cirugía antigua y la moderna.—Saqueo macabro. Las fases de la observación.—La memoria de las cosas y la de los libros.—La revolución de Septiembre.

El verano de 1868 está en mi memoria asociado á dos acontecimientos: mi iniciación en los estudios anatómicos, y la revolución de Septiembre.

Dejo ya consignado en otro capítulo que mi padre había sido, durante su carrera, un hábil disector y un fervoroso devoto de la anatomía humana. Solía decir que sus éxitos quirúrgicos debíanse á la pericia anatómica adquirida, más que leyendo libros, explorando cadáveres. Y añadía que el médico ignorante en la ciencia de la organización era comparable al piloto que pretendiera navegar de altura sin el menor conocimiento del mecanismo del barco.

Importa recordar, para comprender lo que sigue, que aquellos tiempos eran la edad de oro de la cirugía artística, de precisión y escamoteo. Frescos aún los laureles

Biblioteca Nacional de España

conquistados en Francia por Velpeau y Nelaton y en España por Argumosa y Toca, los médicos noveles, algo duchos en achaques de disección, salían del aula resueltos á emular, con nuevas audacias operatorias, la gloria de tan altos maestros. Y fuerza es confesar que la empresa era entonces más ardua que hoy. Antaño los caballeros del bisturí triunfaban solamente cuando se habían tomado el trabajo de estudiar el organismo hasta en sus más recónditos repliegues. Pero hogaño, gracias á las conquistas de la asepsia y de la anestesia, parece como que la fiera orgánica se haya domesticado, haciéndose de cada vez menos esquiva con el minero de piel adentro. El cirujano actual se atreve á todo, porque sabe que, á condición de impedir la agresión de los microbios del pus, de la erisipela, el tétanos y la septicemia, le serán indulgentemente perdonados sus pecados artísticos y distracciones anatómicas. Ante la amenaza del bisturí, la *vis medicatrix* parece decir al escultor de la carne: «paso porque seas Adán, lento y premioso; tolero que, de vez en cuando, te asombres al tropezar con una vena ó arteria que no figuraba en el fragmentario y borroso atlas de tu magín; pero, en justa compensación, ahórrame el combate perturbador de la infección que me resta fuerzas regenerativas y me obliga á dividir la atención entre la herida del operador y la herida del microbio».

Ocioso es advertir que en aquella época no había nacido la microbiología. Ni Pasteur ni Koch habían dado á luz sus descubrimientos inmortales, de que tanto y tan bien ha sabido aprovecharse el arte operatoria. La garantía del éxito dependía, pues, casi enteramente de la pulcritud y rapidez de la intervención y, sobre todo, del grado de diafanidad con que en la mente del cirujano aparecía, en el solemne momento de desflorar la virgi-

Biblioteca Nacional de España

nidad de los tejidos, la complicada máquina viviente. El operador de buena cepa, educado en el anfiteatro, podía prever la marcha del bisturí á través del dédalo de músculos, nervios y vasos, con la misma precisión con que prevé el artillero, al desarrollar sus ecuaciones, la trayectoria de un proyectil.

Después de lo dicho, hallará natural el lector que mi padre se propusiera aficionarme á la anatomía, y aun que mostrase en ello singular impaciencia y apresuramiento. Fundándose, sin duda, en el aforismo vulgar «quien da primero da dos veces», decidió inculcar á su hijo inmediata y vigorosamente las nociones eminentemente intuitivas de la osteología humana.

«Pesado y árido te parecerá el estudio de los huesos—me decía;—pero hallarás en él, por compensación, claridad y utilidad. Aprendiendo ahora la osteología, llevarás también una gran ventaja á tus condiscípulos futuros, que no podrán consagrar la atención y el tiempo necesarios á profundizar una parte tan importante de la ciencia de la organización. Apenas hay médico adocenado que no lo sea por haber flaqueado en los comienzos. El estudiante que aprende concienzudamente los huesos, entiende luego bien los músculos, vasos y nervios; quien domina la anatomía halla fáciles y llanas la fisiología y patología; en fin, el que ha profundizado la máquina sana y enferma, resulta en definitiva médico óptimo y brillante y prestigioso cirujano. Y sabe de cierto que la anatomía es más necesaria al cirujano que al médico. La patología interna tiene no poco de ciencia contemplativa; al modo de la astronomía, prevé eclipses que no sabe evitar; mientras que la patología externa, como ciencia de acción y señorío que es, á todo se arroja, mudando y suspendiendo á capricho el curso de los proce-

Biblioteca Nacional de España

sos orgánicos. Y quisiera persuadirte eficazmente de que tu provecho y conveniencia se cifran en ser cirujano y no médico; porque has de notar que las gentes agradecen el trabajo no en razón del mérito intrínseco, sino de la evidencia del servicio y de lo cruento y audaz de la intervención. Para los efectos del premio existirá siempre entre el cirujano y el médico la misma relación que entre el diplomático y el caudillo. Quien persuadiendo triunfa, granjea opinión, no libre de envidia; quien triunfa combatiendo, tiraniza hasta la envidia misma. Tras éste corre desalada la gloria; aquél suele perseguirla sin alcanzarla. ¡Triste verdad es que el hombre solo se humilla ante la gloria roja! Un poco de sangre realza el esplendor del éxito, marcándolo con el cuño de la popularidad.» Y adoptando un tono entre grave y humorístico, prosiguió:

«Y para qué acabes de conocer esta gran verdad, repara cuáles son las profesiones que conducen más rápidamente al honor y al provecho; justamente las que hacen granjería del dolor y de la sangre, á saber: la *milicia*, la *cirugía* y la *tauromaquia*. Hasta en las cosas divinas ha penetrado este pagano criterio de valorar las obras por la sangre que costaron: advierte, si no, cuán olvidados y postergados están los santos contemplativos, los sabios, filósofos y apologistas, y cuántos devotos y preces alcanzan mártires y guerreros. Para el vulgo, entre San Agustín y San Pablo, la elección no es dudosa. En conclusión, si no temiera que mis palabras sonasen á exageración, osaría afirmar que el glóbulo rojo es la moneda más preciosa que existe, puesto que es la única que se admite en la compra y reparación de la honra, así como en la adquisición y reparto de cielo y tierra.»

Por estas y otras razones, que por no cansar me dejo

Biblioteca Nacional de España

en el tintero, quedó patente la preeminencia del excelso arte quirúrgico sobre todas las demás especialidades de la ciencia de curar, así como la inexcusable necesidad de que yo dominase, lo antes posible, la anatomía, raíz y fundamento de aquel arte, estrenándome, según era natural, con la osteología humana.

Y en el fondo mi padre discurría bien, aunque con relación á su discípulo no consiguiera precisamente los fines que se propuso. La anatomía aprendida aquel verano, no me convirtió ciertamente en un eximio *ebanista* de la carne; pero, según verá el lector, me inspiró el gusto por los estudios morfológicos que, por otra parte, casaban bien con la índole de mi temperamento mental, acentuadamente objetivista. Tengo para mí que el futuro disector de Zaragoza, el catedrático de Anatomía de Valencia, el investigador modesto, pero tenaz y activo que resultó después, fueron el fruto y consecuencia de aquellas primeras lecciones de osteología recibidas en un granero. A casi todos los hombres les sucede lo mismo. Nuestra jerarquía social y la función particular desempeñada, dependen, á menudo, de una acción sugestiva ocurrida en la adolescencia, acción acaso baladí y quizás olvidada, pero que, á la manera de la aguja del guardafreno, encarriló definitivamente nuestra actividad y marcó un rumbo seguro á la obra del porvenir.

Quizás interese algo al lector el saber cómo nos procuramos el material científico de la nueva enseñanza. A riesgo de hacerme pesado, entraré aquí en algunos pormenores.

Estudiar los huesos en el papel, es decir, teóricamente, hubiera sido un crimen didáctico, de que mi maestro era incapaz. Sabía harto que la naturaleza solo se deja comprender por la contemplación directa, sin velos huma-

Biblioteca Nacional de España

nos, y que los libros no son por lo general otra cosa que índices de nombres y memorándum de ideas. La realidad exterior debía presentarse vigorosa, palpitante, á fin de que el choque de alma llegara á lo íntimo: nada, pues, de intérpretes ó pantallas coloreadas interpuestas entre las cosas y el entendimiento.

Mas ¿cómo adquirir el precioso material humano? Se imponía una resolución heroica.

Y, en efecto, una noche de luna, maestro y discípulo abandonaron sigilosamente el hogar y asaltaron las tapias del solitario camposanto, y en una hondonada del terreno vieron asomar en confusión revuelta, medio enterradas en la hierba, varias osamentas procedentes sin duda de esas exhumaciones ó desahucios en masa que, de vez en cuando, so pretexto de escasez de espacio, imponen los vivos á los muertos.

¡Grande fué la impresión que me causó el hallazgo y contemplación de aquellos restos humanos! A la mortecina luz del luminar de la noche, aquellas calaveras medio envueltas en la grava, y sobre las cuales trepaban irreverentes cardos y ortigas, me parecieron algo así como el armazón de un buque náufrago encallado en playa enemiga. Enfrenando la emoción, y temerosos de ser sorprendidos en la fúnebre tarea, dimos comienzo á la colecta, escogiendo en aquel banco de humanas conchas los cráneos, las costillas, las pelvis y fémures más enteros, nacarados y rozagantes. Preferíamos las calaveras blancas y jóvenes, cuyos huesos, como las ideas, se habían mantenido elásticos y movibles, á las cabezas duras y seniles, de coyunturas rígidas y soldadas y de creencias anquilosadas é inmobles. Al escalar, de retorno, la tapia del fosal con la fúnebre carga á la espalda, el pavor me hizo apretar el paso. Parecíame per-

Biblioteca Nacional de España

cibir, en el entrechocar de las osamentas, protestas é imprecaciones de los difuntos, y á cada momento temía que algún genio ó duende, maléfico guardián de tan tristes lugares, nos atajara el paso, castigando á los audaces profanadores de la muerte.

Pero no pasó nada. La nota de lo maravilloso, tan cara á mi enfermiza sensibilidad de poeta, faltó por completo en aquel episodio macabro, durante el cual, para que todo fuera vulgar, ni siquiera apareció el mortecino y cárdeno resplandor de los fuegos fatuos.

Y al llegar aquí me asalta una reflexión. ¿Porqué sentimos miedo en presencia de los muertos ó de sus despojos? En la lucha histórica de las especies por la existencia ¿qué ventaja granjeó el organismo al crear y fortalecer ese instinto singular que nos aparta invenciblemente de los cadáveres, y que tanto ha contribuído á retrasar, considerado en sus efectos morales, el conocimiento de los resortes íntimos de la vida? ¿Será que la naturaleza en ésta como en otras materias nos engaña piadosamente imponiéndonos una asociación ilógica, es decir, obligándonos á fundir en un mismo sentimiento el miedo á la muerte, perfectamente justificado, con el miedo al muerto, verdadero contrasentido?

Pero, ¡quién sabe! Acaso el instinto es más sabio y previsor de lo que parece. La repugnancia al muerto, ¿no podría representar una reacción defensiva, ciega y confusa, pero en el fondo sabia (porque la naturaleza solo tiene en cuenta los casos comunes) para preservarnos de la infección? El muerto—se dirá—no siempre es temible como fuente de contagio. Ciertamente; pero no olvidemos que la vida procede en todas sus operaciones con una exquisita economía de mecanismos, y prefiere en sus precauciones defensivas pecar por carta de más

Biblioteca Nacional de España

que por carta de menos. Por esta razón nos desviamos casi con igual repugnancia del caído al golpe de certera bala que del atropellado por la alevosa agresión de los microbios, de esas balas vivas, archimicroscópicas que se agitan y reproducen y tienen la terrible virtud de convertir al difunto en una especie de bomba explosiva, cargada de mortíferos é invencibles proyectiles.

Mas, apartando digresiones, declaro que esta impresión inicial de pavor y repugnancia, fué progresivamente disipándose, dejando libre el ánimo para la admiración y reflexión.

El colorido emocional de nuestras percepciones cambia de fase, según un constante ritmo. En presencia de un objeto nuevo é interesante, el primer movimiento de la mente es de asombro y de extrañeza; más adelante, cuando la sensibilidad y la imaginación comienzan á callar, el análisis comienza. Vive el poeta lírico en esa fase primordial del conocimiento; su estado de alma corresponde perfectamente al período emocional ó admirativo del científico; pero mientras el poeta permanece indefinidamente en la fase contemplativa, sin tratar de esclarecer el fondo del problema que le subyuga, el investigador la traspasa pronto entregándose de lleno al análisis de las causas eficientes.

Yo me hallé sumergido durante algunos días en el susodicho estado emocional (1). Y según les ocurre á los

(1) El que halle impertinentes y ociosas estas digresiones un tanto líricas debe recordar nuestro prólogo. Hemos prometido historiar los sentimientos é ideas brotados al choque de la realidad, y no podemos faltar á nuestra promesa. Ni se olvide tampoco que los estados del alma infantil son narrados por el hombre maduro, que pone naturalmente de su cosecha el lenguaje y algunas reflexiones y amplificaciones.

Biblioteca Nacional de España

vates cuando sienten con fuerza el choque de lo maravilloso, traduje mi entusiasmo por comparaciones más ó menos aventuradas y vulgares. Así, el cráneo, cima y coronamiento del edificio orgánico, fué comparado á la cúpula de catedral magnífica en cuyo interior se hallan estampados los frescos de las ideas, ó á la nacarada concha que guardó un día la perla del sentimiento; el tórax y columna vertebral antojáronseme una jaula donde gime prisionero el corazón; las órbitas, negras y enormes, parecíanme unas veces ojos colosales, todo pupilas, y otras, pozos dispuestos para que nuestra mirada contemple la verdad tremenda del destino.

Durante la noche, la fantasía, perturbada por la emoción, continuaba la obra de interpretación poética, que tocaba á veces en los lindes de la alucinación. En ese claro-obscuro de conciencia que precede y sigue al sueño, estado tan propicio á la ilusión y hasta á la pesadilla, más de una vez me pareció ver que los esqueletos se agitaban, como si el principio vital que los abandonó hubiera vuelto á trabar sus coyunturas prestándoles la animación de la vida. De las entreabiertas quijadas brotaba un murmullo de misteriosas voces que hablaban de este modo: «Crees que miro amenazador, y tiemblas. Error. Mis hueras órbitas no son pupilas para mirar hacia fuera, sino embudos para mirar hacia dentro; verdaderos anteojos—los telescopios de lo eterno—que convidan al mortal á sondear el fondo de las cosas y percibir su desconsoladora vacuidad. En vano me hablas; no oigo; el rumor de tu voz retumba en la caja craneal, huérfana de nervios. Por algo mis oídos, descarnados como la verdad, carecen de pabellón. Hecho estoy, por decreto del destino, no para escuchar ni aprender, sino para hacer pensar. Obra mía son la religión y la filoso-

Biblioteca Nacional de España

fía: el obscuro enigma que guardo no es tormento, sino espuela. Por adivinarlo trabajó sin descanso el pensamiento de los sabios, alcanzando, de pasada, bienes y provechos sin cuento; porque, indescifrable y todo, mi secreto es oculto resorte en cuya virtud la humanidad asciende, penosa, pero seguramente, por la inacabable cuesta del progreso.

»Sabe que la causa primera, el *demiurgo* de la máquina de la vida, se preocupa exclusivamente de la *humanidad*. Obscuro colaborador de una obra cuyo plan y finalidad se te escapan, tu papel se reduce á comunicar á tus descendientes la llama de la existencia, y á la sociedad el fruto de tu saber. Ignorante de esta verdad, crees ser algo como *individuo*, cayendo en la ilusión de suponerte *fin*, cuando eres simplemente un *medio*. Presumes de inmortal, y no eres en el fondo sino un vano despojo, un miserable esqueleto como yo; esqueleto disfrazado con el antifaz de la carne, y empeñado en probar que vive y entiende, como si pudiera llamarse vida á una chispa de conciencia y á una ondulación muscular que surgen aisladas entre dos eternidades de inconsciencia y de reposo. Cierto que tu inerte osamenta, cual un tiempo la mía, finge y aparenta verdor y lozanía, vistiéndose de células, á la manera del carcomido tronco que alardea vigor, porque alberga en sus concavidades rumorosa colmena, ó encubre su corteza inerte con el tapiz de musgo verdegueante. Mas ¡ay! tu careta, tejida de carne y sangre, caerá algún día como el traje del cómico al acabar la farsa. ¡Pobre de ti el día en que el enjambre de abejas te abandone y con ellas el pensamiento y la fuerza, las dos mieles de la vida!...»

Pero esta fase sentimental del conocimiento, tan inclinada á la evocación de imágenes quiméricas, se disipó

Biblioteca Nacional de España

por fin y comencé á estudiar con gusto las piezas del esqueleto en que veía el armazón y como el mecánico esquema del edificio orgánico. La imaginación colaboraba aún, pero sus vuelos no traspasaban el horizonte sensible, y en todo caso daban interés al análisis disimulando la aridez extraordinaria del tema. Cada hueso se me aparecía entonces como un estrato geológico, en que la vida había dejado huellas y hasta escrito, con patentes rasgos, su accidentada historia. Por ahí—me decía, señalando á un hueso del cráneo—discurre un canal donde se alojó una arteria que palpitó, sin duda, á impulso de la pasión, ensanchando con sus oleadas y estremecimientos el rocalloso cauce; acullá se divisa un conducto, especie de angosto desfiladero abierto en la roca viva para alojar un nervio que busca amparo en el hueso, cual hilo telegráfico en el poste; más allá asoma una cresta ó protuberancia, especie de cordillera, de donde arranca el músculo, esa roja y complicada máquina en donde el calor se convierte en fuerza mecánica, y la cual, en su nacimiento y modo de actividad recuerda respectivamente el río brotado de la montaña, y los molinos y fábricas de sus orillas; hacia este lado se dilata ancha fosa socavada por el aleteo del cerebro, testimonio elocuente de que en la naturaleza lo duro siempre cede á lo blando, porque lo blando oscila, arremete y corroe, y lo duro se defiende tan solo con las impotentes reacciones de la inercia.

En este éxodo, á través del rocalloso desierto humano, nuestro Moisés fué el libro monumental de Lacaba, á que se añadió más adelante el Cruveilhier; pero quien verdaderamente me condujo á la tierra de promisión fué mi padre. Llevado de un celo docente incomparable, consagraba todos sus ocios á hacerme notar los más in-

Biblioteca Nacional de España

significantes accidentes de la conformación de los huesos, aclarándome sus relaciones y usos y desarrollando de pasada, en mí, una cualidad escasamente cultivada por nuestra juventud, la *sensibilidad analítica*, ó sea la aptitud de percibir lo insólito y nuevo en lo que aparece corriente y uniforme. Arrastrados por el entusiasmo, roturamos y medimos hasta los más nimios pormenores; en fin, nada esencial quedó por reparar en la morfología interior y exterior de cada pieza del esqueleto. Complacíase mi lápiz en animar las inertes conchas del organismo, dibujando en esquema los músculos que las agitaron y las venas y arterias que las nutrieron. Adornado del vistoso velamen, el armazón del barco humano se presentaba más bello y comprensible. La carne añadida explicaba el esqueleto, y éste explicaba la carne.

Bien miradas las cosas, mi fervor anatómico era una de tantas manifestaciones de mis sentimientos de artista; la osteología constituía un tema pictórico más. Sediento de cosas visibles y concretas, acogía con ansia el pedazo de maciza realidad que se me entregaba. Áridos y todo, aquellos conocimientos me resultaban más positivos y patentes que los silogismos de D. Ventura y las lucubraciones de la escolástica. Por otra parte, sentía especial delectación en ir desmontando y rehaciendo, pieza á pieza, el reloj orgánico, y me lisonjeaba de lograr entender, algún día, un poco de su recóndito mecanismo.

Gran satisfacción recibió mi padre al notar mi diligencia. Roconoció que su hijo, tan desacreditado en los maleantes y regocijados patios del Instituto oscensce, era menos gandul y frívolo de lo que le habían contado; en su generosa indulgencia, olvidó hasta el malhadado fracaso psicológico. Y en los optimistas y candorosos vaticinios que todo padre gusta hacer del porvenir de sus hijos,

Biblioteca Nacional de España

pensó, más de una vez, que su retoño no estaba destinado á vegetar en el obscuro rincón del cirujano rural. Otras más amplias perspectivas se abrirían ante él. ¡Por qué no había de vestir, andando el tiempo, la honrosa toga del maestro!

Me acuerdo todavía cuán grandes eran su placer y orgullo—bien disculpables en su doble naturaleza de padre y de maestro—cuando, en presencia de algún facultativo amigo, invitábame á lucir conocimientos osteológicos con preguntas del tenor siguiente: ¿Qué órganos pasan por la hendidura esfenoidal y el agujero rasgado posterior? ¿Con qué huesos se articula la apófisis orbitaria del palatino? ¿En qué punto de la cara puede una punta de alfiler tocar cinco huesos? ¿Cuántos músculos se insertan en la cresta del ilíaco y en la línea áspera del fémur? Y otras mil cuestiones de este jaez, que yo despachaba de carretilla, embobando á los circunstantes.

No dejó de sorprender al autor de mis días que un muchacho que pasaba plaza—y así era la verdad—de poco memorioso, hubiese logrado retener, en solos dos meses de trabajo, tantos cientos de nombres enrevesados y muchísimos detalles descriptivos de pasos de arterias y relaciones de músculos y nervios. «¡No tal!—solía exclamar con acento entre severo y acariciador—tu falta de memoria es una excusa con que pretendes cohonestar tu holgazanería». Y sin embargo, ambos teníamos razón hasta cierto punto. Según dejo consignado ya, mi retentiva era mala para los nombres sueltos, para el polvo de los conceptos aislados, exentos de ganchos y facetas que consientan trabarlos y erigirlos en construcción lógica imaginable; pero semejante flaqueza mnemónica disminuía mucho en cuanto la palabra y la idea aparecían asocia-

Biblioteca Nacional de España

das con una percepción visual reiterada y vigorosa. Opino que esta facilidad de asociar vocablos y conceptos á la imagen de un objeto mejor que á la pálida é indecisa copia de la realidad reflejada en los textos, constituye propiedad esencial de todas ó de la mayoría de las inteligencias. Dudosa parece la existencia de excepciones; y pienso que cuantos se quejan de retentiva infiel equivocaron el método de aprender. El cerebro, que es la lógica hecha carne, se venga del extravío. «Nada ó casi nada me resta—afirman algunos—de lo estudiado durante la adolescencia; los detalles descriptivos de la anatomía y fisiología disipáronse como huella en la arena». Pero cabría preguntarles: ¿Contemplaron ustedes directamente los objetos? En caso afirmativo, ¿fueron éstos atendidos, durante horas, con íntimo recogimiento, y procuraron ustedes organizar vigorosamente la imagen mental, escogiendo al efecto el tiempo en que la fragua cerebral arde con la llama del entusiasmo?—No.—Pues entonces.....

Todavía no he podido olvidar, después de cerca de cuarenta años, la anatomía aprendida en Ayerbe. Al escribir estas líneas las imágenes del etmoides, del esfenoides, del coronal, etc., me danzan en la cabeza con el colorido y vivacidad de una obsesión. Nada sería más fácil para mí que trazar un diseño fiel de todos sus detalles. Cuéntase que Temístocles pedía un arte de olvidar, para descartar recuerdos importunos y dolorosos. Por motivos diferentes celebraría yo que se descubriese un narcótico capaz de adormecer ó borrar esas ideas cuya utilidad pasó definitivamente, y las cuales se alzan en la conciencia con la firmeza y tenacidad de construcciones ciclópeas, ó cual vegetaciones exuberantes y parásitas que invaden y esterilizan el terreno cerebral en donde podrían medrar nuevas flores de civilización y de cultura.

Biblioteca Nacional de España

Porque aquel adagio «el saber no ocupa lugar», tomado á la letra, es uno de los más graves desatinos que se hayan podido decir.

Al final de aquel verano nos sorprendió la famosa revolución de Septiembre, suceso que tanta importancia había de tener en la vida moral y política de España. Ayerbe, villa de 600 vecinos y conocida en todo el Alto Aragón por el liberalismo de sus hijos, no podía permanecer indiferente ante el alzamiento nacional. Y así, en cuanto el telégrafo trajo la nueva de la batalla de Alcolea, los ayerbenses se sublevaron también, proclamando el credo progresista y creando la indispensable Junta revolucionaria.

Recuerdo que fué una hermosa mañana de otoño. Desde las primeras horas del día la población perdió su aspecto pacífico; una inquietud extraña y rumorosa pareció apoderarse de los vecinos, que, formando corros en la plaza, comentaban calurosamente las noticias y proclamas revolucionarias llegadas de Huesca y Zaragoza. Sin comprender la significación de los sucesos, llamóme la atención que, contra la costumbre, la Guardia civil permaneciese encuartelada, sin meterse con los alborotadores, y que la guardia rural, terror de los campesinos, hubiera desaparecido, abandonando, según dijeron, equipos y uniformes. Por escotillón y cual si obedecieran á una consigna, surgían por todas partes labriegos armados con todo género de arreos militares y hasta con hoces y puñales. Ciertas personas, que parecían estar en el secreto de lo ocurrido, organizaron con dicho personal improvisado un batallón de voluntarios, de cuya fuerza fué segregado un retén ó guardia permanente, que se instaló en el palacio de los marqueses de Ayerbe. En la ven-

Biblioteca Nacional de España

tana del cuerpo de guardia flameaba roja bandera, sin emblemas ni escudos. Pelotones del pueblo, á los que nos sumamos los zagalones y muchachos, recorrían la población, marchando á los acordes de la banda municipal y desahogándose con los gritos de «¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones! ¡Mueran los moderados!» Con las calientes y arrebatadoras notas del himno de Riego, incansablemente ejecutado por la citada banda, alternaban entusiastas vítores á Serrano, á Topete, á Pierrad, y, sobre todo á Prim, que el pueblo adoraba, porque, mejor que otro alguno, simbolizaba los dos grandes anhelos de la raza: la victoria sobre el extranjero y el culto á la libertad. Un grupo de sublevados arrancó de las escuelas el retrato de Isabel II, quemándolo en la plaza, entre las rechiflas y denuestos de plebe alborotada. Luego ocurrió un hecho que jamás he podido comprender. En cumplimiento de un malhadado bando de la Junta revolucionaria provincial que ordenaba «que todas las campanas, menos las de los relojes, fueran descolgadas y enviadas á la Casa Nacional de la Moneda», el Comité revolucionario de Ayerbe mandó descolgar las hermosas campanas de la iglesia y reducirlas á añicos, orden que se cumplió en todas sus partes.

Confieso que, no obstante simpatizar con el movimiento liberal y complacerme como el que más en aquellos alborotos, ese acto de inútil vandalismo me trajo como una sombra de remordimiento. ¿Qué positivo beneficio recibía el pueblo con enviar á Madrid sus campanas para acuñar unos puñados de *cuadernas?* Ninguno; y, en cambio, como diría el poeta, se privaba para siempre de una música amiga, alegría de sus descansos, anunciadora de sus fiestas, centinela de sus peligros, pregonera de sus dolores y, en fin, símbolo y órgano de la solidari-

Biblioteca Nacional de España

dad del pueblo; pues la campana es la única voz cuya potente vibración alcanza á los términos del lugar y es capaz de hacer latir, al unísono, los corazones, juntando en haz, para los fines de una acción común, las dispersas voluntades.

Me apenaba, sobre todo, la falta de sentido artístico que el hecho referido denotaba. Los destructores de aquellas campanas, ¿cómo no sintieron que rompían también algo vivo y muy íntimo; que renunciaban á recuerdos queridos..... que renegaban de fechas inolvidables?..... ¿Cómo no acudió á su memoria que aquel bronce dobló en el entierro de sus padres..... que sus sonoros ecos anunciaron y realzaron mil veces en el pueblo los dos acontecimientos más grandes y solemnes del espíritu: la hora del nacer y el instante del morir?.....

Ignoro si los pedazos de aquellas campanas fueron á Madrid; pero recuerdo bien que al poco tiempo hubo que comprar otras.

Algún tiempo después de los sucesos que narro el batallón de milicianos se organizó más seriamente aprovechando al efecto los pertrechos de la guardia rural y los fusiles proporcionados por algunos patriotas. Alma de aquella milicia popular fueron: Pueyo, Fontana, Nivela y otros consecuentes y antiguos progresistas, cuyos sentimientos democráticos les habían valido, en los ominosos tiempos de González Brabo, deportaciones y persecuciones sin cuento. A estos estimables jefes, tan prudentes como desinteresados, se debió el que, durante la efervescencia pasional de los primeros días, no ocurriera un solo desmán y los milicianos desahogaran sus vehemencias con la inofensiva derivación de vistosos escarceos militares, guardias, retenes, revistas y ejercicios.

Naturalmente, á los chicos nos entusiasmaban aque-

Biblioteca Nacional de España

llas paradas y ejercicios, y muy señaladamente las maniobras de la escuadra de gastadores, en la cual destacaba, por su marcialidad y gallardía, un cierto carpintero, radical exaltado, apodado *Carretillas*. Antiguo miliciano nacional, conservaba religiosamente, y lucía en las formaciones, flamante casaca y descomunal morrión. Su aspecto de veterano y el decoro y propiedad del uniforme eran objeto de general admiración y envidia, y constituían para él títulos de dominio, de que, á decir verdad, no abusó nunca. Como era de esperar, el famoso morrión de *Carretillas* sugestionó á los chicos, que decidieron encasquetarse también el venerable símbolo progresista; y así al poco tiempo (é ignoro por la iniciativa de quién) la mayoría de los mozalbetes aparecieron encaperuzados con una especie de ros alto sin visera, copa de paño rojo, escarapela lateral formada con los colores nacionales y unas cintas colgantes en las que campeaba el mote: ¡Viva la libertad!

En Ayerbe, como en todas las poblaciones de España, las escasas personas ilustradas que se pusieron á la cabeza del movimiento revolucionario conocían quizás el sentido de éste; pero el pueblo, y singularmente los proletarios, no se enteraron ni poco ni mucho de su tendencia y alcance. Casi todos esperaban de la libertad algo que pudiera traducirse en aumento y mejora de las condiciones materiales de la vida. Fácil sería recordar sucesos y frases que prueban la existencia de este anhelo socialista, latente siempre en el corazón de los desheredados.

Allá va un cantar muy popular entonces en Ayerbe, y cuyos chabacanos versos son harto significativos:

Ya pensaban los rurales
que nunca s'acabaría
el cobrar los ocho riales
sin saber d'onde salían.

Biblioteca Nacional de España

El siguiente dicho que me comunica un amigo de Ayerbe (1) es tambien muy elocuente. A uno de los más exaltados patriotas, ronco á fuerza de gritar ¡Abajo los Borbones! le preguntaron:—Pero ¿sabes tú quiénes son los *Borbones?* A lo que contestó con aire de profunda convicción: ¡Otra que diez! pues ¿quiénes han de ser sino... los *rurales?*

¿Porqué esta aversión de los campesinos á los guardianes de la propiedad? Fácil es presumirlo. Se aborrecía á la guardia rural por el exagerado celo con que amparaba los intereses de la burguesía territorial. Por la cosa más insignificante los rurales molestaban y vejaban á los pobres aldeanos, á quienes zampaban en la cárcel ó castigaban con fuertes multas, sin pararse á distinguir el ladrón formal del infeliz que, aguijado por la miseria, cogía en el monte esparto para hacer un *vencejo*, ó arrancaba menguada carga de aliagas y romeros, ó apacentaba una vaca en las dudosas lindes de una propiedad: pequeños abusos consuetudinarios tolerados recíprocamente por todos, como venerable resto de comunismo patriarcal. Hasta los chicos sentíamos esta inquina hacia los pardos uniformes. En cuanto nos sorprendían haciendo ademán de escalar una tapia ó de trepar á un árbol, aunque fuera en invierno, nos propinaban monumental paliza ó formulaban una denuncia en regla, seguida de la multa correspondiente.

Pese á los entusiastas de las llamadas libertades modernas y á los almidonados y orondos paladines del indivi-

---

(1) Algunos de estos datos los debo á la amabilidad de mi estimado amigo y condiscípulo Dr. Ricardo Monreal, ilustrado médico de Ayerbe, que ha querido reforzar mis borrosas reminiscencias con el rico caudal de sus recuerdos.

Biblioteca Nacional de España

dualismo, empeñados en no ver el abismo psicológico que separa las clases intelectuales de los infelices esclavos del trabajo manual, éstos creerán siempre que libertad es sinónima de bienestar. En vano se le dirá al proletariado que estas dos palabras significan cosas distintas; que la libertad solo es un medio para la conquista de la dicha material, la cual no es patrimonio exclusivo de los poderosos; que si á pesar del libre ejercicio de sus facultades vienen el *paro* forzoso y la miseria, debe resignarse á su suerte, fiándolo todo á la providencia y á la esperanza en una vida mejor. Todas estas razones son para el pobre puros *tiquis miquis*, cuando no burlas sangrientas. ¡Como si la sensibilidad humana pudiera ser engañada con sugestiones y buenas palabras!

Del desdén del proletariado por las conquistas democráticas y el ejercicio de los deberes políticos no debemos extrañarnos. La libertad de conciencia, la de la prensa, el sufragio universal, etc., solo interesan á los que tienen la cotidiana digestión asegurada y gozan del ocio indispensable para leer y pensar. Primero es vivir, después vivir bien y luego cooperar moral y materialmente á la seguridad y engrandecimiento de la patria. El *primum vivere deinde philosophare* se aplica mejor al pobre que al sabio. ¿Qué le importa la vida de la colonia á quien no tiene garantizada la propia? Medicinas, no libertades pide el doliente.

Seamos sinceros y no nos duela consignar, pese á nuestro egoísmo, que el individualismo, principio cardinal de la democracia, es esencialmente anticristiano y representa en la lucha social la tiranía de los fuertes. En la fiera batalla económica librada en el campo de la libre concurrencia, el pobre, el débil y el ineducado serán siempre las víctimas. El liberalismo puro, no mitigado

Biblioteca Nacional de España

en sus crudezas por instituciones de tendencia socialista, se traducirá indefectiblemente para el jornalero en la menguada libertad de escoger el amo y la clase de fatiga que le resulten más llevaderas y menos dolorosas.

La solución actual del problema debe ser una solución de armonía. En la dinámica social, como en la dinámica planetaria, el orden resulta de una afortunada combinación de fuerzas centrípetas y centrífugas, de individualismo y socialismo. ¿Predomina el individualismo?, la sociedad se disgrega. ¿Prevalece el socialismo?, el individuo es tiranizado. Pero en la necesidad de escoger entre ambos extremos, vale más caer en el exceso de solidaridad que en el abuso de libertad, como es más tolerable vegetar esclavo que morirse libre.

Es más: una sociedad sin zánganos, donde el atruismo superara al egoísmo, donde merced al sacrificio de todos no se produjeran desniveles económicos ni hubiera pobres y ricos, explotadores y explotados; en una sociedad de este género repito, faltaría por completo la preocupación de la libertad que, en el fondo, no es otra cosa que el grito del instinto de la conservación individual lastimado, de la justicia escarnecida, de la solidaridad olvidada. Este organismo ideal, en que el socialismo es tolerado en gracia al bienestar que procura al individuo, no es una pura abstracción: la naturaleza nos lo ofrece en las colonias de insectos y en las agrupaciones celulares de los animales superiores. Reinas y obreras, células nerviosas y musculares, directores y dirigidos, todos laboran por el bien colectivo, sin echar de menos el privilegio de la libertad, que entre los hombres se confunde muy á menudo con el deseo patológico de gastar sin producir.

Tendiendo la mirada por los extensos dominios de la

Biblioteca Nacional de España

zoología y antropología primitiva, se buscará en vano un solo ejemplo de libertad completa que no esté indisolublemente asociada á una existencia rudimentaria, difícil y azarosa. El ocioso sin riesgo, rodeado de respetos y amparado de la comunidad, es, ¡quién lo diría!, una creación exclusiva de la civilización humana.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVIII

Comienzo en Zaragoza la carrera médica.—El Ebro y sus alamedas.—Mis profesores del preparatorio: Ballarín, Guallart y Solano.—Cobro afición á la disección bajo la dirección docente de mi padre.

NADA que merezca contarse ocurrió durante los últimos años pasados en Huesca y Ayerbe. Estudié algo, aprobé las asignaturas que me faltaban, graduéme de Bachiller, y mi padre, decidido más que nunca á hacer de su hijo un Galeno, me acompañó á Zaragoza, matriculándome en las asignaturas del año preparatorio. Y para que no me distrajeran devaneos y malas compañías, me acomodó de mancebo en casa de D. Mariano Bailo, paisano, amigo y condiscípulo suyo, que gozaba de excelente reputación como cirujano y como hombre de bien.

La alegría de verme en una ciudad nueva, populosa y ennoblecida por grandes recuerdos históricos, cedió bien pronto á una decepción. Mis amigos de Huesca, los regocijados camaradas de glorias y fatigas, recibiéronme con

Biblioteca Nacional de España

la mayor indiferencia. Adelantados uno ó dos años en su carrera, habían contraído nuevas amistades entre sus condiscípulos, y á mis requerimientos de veterano y probado amigo mostráronme un desvío que me llegó al alma. Fué el primer desengaño de la amistad y cometí la tontería de tomar por lo serio mi papel de víctima, jurando que en adelante me abstendría de poner afecto é intimidad en ningún condiscípulo. De tan merecida frialdad, empero, yo solo era responsable. No se alejaron ellos de mí, antes bien fuí yo quien se alejó de ellos al retrasarme en la carrera.

Consoléme entonces, no sin devorar algunas rabietas, como suelo consolarme siempre de todo linaje de contratiempos, bañando el alma en plena naturaleza. El Ebro caudaloso y sus rientes y umbrías alamedas estaban allí, brindando un lenitivo á mi dolor y prometiéndome reemplazar, con suaves y placenteras sensaciones, el vano y fugitivo calor de la amistad.

Para los hombres capaces de saborear sus excelencias, es el campo soberano apagador de emociones, irreemplazable conmutador de pensamientos. ¿Qué añade á nuestra alma—se ha dicho por alguien—un cielo azul y una vegetación espléndida? Nada, en efecto, para el hombre orgulloso que, anteponiendo sus ideas á la naturaleza, solo sabe mirar hacia sí; mucho, muchísimo para quienes abren sus sentidos á los esplendores del cielo y á las armonías del mundo.

Al abandonar el torbellino de la ciudad, satisfacemos además lo que los médicos llaman una *indicación causal*, esto es, evitamos la *fiera humana*, causa habitual de nuestras amarguras. Es de ver cómo al primer roce del aire fresco y bravío, las ideas sombrías se disipan cual niebla ante el sol: poco á poco nos sentimos penetrados

Biblioteca Nacional de España

de la augusta serenidad de los cielos, la cual, pasando de los ojos al corazón, ahuyenta negras melancolías y restaura la alegría de vivir.

Declaro con todo eso, que en los tiempos á que aludo llevábanme también á las pintorescas orillas del Ebro otros sentimientos. Entre mis tendencias estrafalarias cuéntase una afición desmedida á averiguar el curso de los ríos y á sorprender sus afluentes y manantiales; culto casi fetichista al agua incomprensible en un oriundo de los valles pirenaicos. Y la circunstancia de ser este el primer río caudaloso que veía, añadía no poco incentivo á mi nativa curiosidad hidrológica.

¿De dónde provenía aquel formidable caudal de agua cuyas ondas, después de lamer mansa y rendidamente los muros del Pilar, parecían modular, al estallar fragosas en el puente de piedra, himnos heroicos?

Arrastrado por la curiosidad, remonté más de un vez sus corrientes hasta llegar á Alagón y descendí, río abajo, hasta cerca de Pina. Estimulábanme, además, en mis correrías ribereñas el deseo romántico de hallar paisajes idílicos no profanados por planta humana. ¡Cuánto hubiera dado por descubrir una isleta misteriosa, ceñida y defendida por ingentes olas, bañada en brumas y cuajada de lianas, líquenes y olmos seculares! ¡Y qué desilusión averiguar en el libro de Geografía que todo el curso del río sagrado, del Ganges aragonés, estaba explorado y que sus fuentes no eran secreto para nadie!

Por cierto que este antojo infantil por conocer los manantiales del Ebro, fué satisfecho al fin hace tres años. Imaginábame, en mi candor, que la famosa fuente de Reinosa estaría adornada de algún emblema, columna, arco ó estatua destinados á consagrar el poético y apacible lugar donde emergen las aguas del célebre río sim-

Biblioteca Nacional de España

bólico que mereció por su grandeza dar nombre á la tierra y á la raza; y en vez del monumento conmemorativo á la vieja Iberia, algo semejante á la majestuosa estatua del Nilo que se conserva en la galería capitolina de Roma, mostráronme en torno del sagrado manantial montones de piedras, cascos de botella, latas y cacharros rotos, por entre los cuales asomaban trabajosamente las cristalinas corrientes, para ser inmediatamente profanadas por zahareñas lavanderas y maleantes juerguistas!

Pero no divaguemos. Juzgo al lector harto de enfadosos lirismos, y es hora de que digamos algo de mis profesores. Eran éstos el veterano D. Florencio Ballarín, catedrático de Historia natural; D. Marcelo Guallart, que explicaba Física, y D. Bruno Solano, auxiliar por entonces encargado de la ampliación de Química.

Poco recuerdo de D. Marcelo Guallart. Unicamente puedo decir que sus lecciones, sabias y modestas, pecaban algo de monótonas, y que su clase, no muy frecuentada (no hay que olvidar que estaba reciente la *gloriosa*), solo se llenaba de bote en bote los días de experimentos aparatosos y teatrales.

Mayor relieve y colorido tienen mis remembranzas de Ballarín y Solano, maestros dignos por mil conceptos de ser recordados con aplauso.

El anciano D. Florencio Ballarín, contemporáneo de Fernando VII, de quien fué perseguido por liberal y además por irrespetuoso con la augusta persona del monarca, era un profesor ilustrado, dotado de una imaginación y de un verbo que hacían muy interesantes sus lecciones. Fué el primero á quien oí defender con calurosa convicción la necesidad de la enseñanza objetiva y experimental, hoy tan cacareada como poco practicada.

Biblioteca Nacional de España

Predicaba con el ejemplo, y así sus lecciones de zoología y mineralogía se daban en el Museo, y las de botánica en el Jardín de plantas.

¡Lástima grande que no hubiéramos alcanzado más joven á D. Florencio, cuando sus facultades se hallaban en todo su esplendor! En los tiempos á que nos referimos era ya setentón y adolecía de esa irritabilidad y desigualdad de humor que constituyen el triste patrimonio de la ancianidad. En sus reprimendas y castigos faltaba casi siempre la debida proporcionalidad entre la acción y la reacción. Una incorrección de lenguaje, una sonrisa furtiva, una distracción momentánea, bastaban para que adoptara tonos heroicos y nos llenara de improperios.

Cierto día me preguntó las arterias de los miembros superiores. En un lenguaje deslabazado y premioso contestéle, entre otras cosas, «que la arteria humeral se extiende á lo largo del brazo».....—Pero hombre—me interrumpio indignado—¡á lo largo! ¡Cualquiera diría que es usted sastre y está tomando medida de mangas!

Una de sus buenas costumbres docentes—hoy casi enteramente abandonada—consistía en señalar periódicamente un tema de discusión, de cuya defensa se encargaba un alumno, á quien debían hacer observaciones otros varios. Tocóme el turno de objetante y un miedo cerval me dominaba. Tratábase del mecanismo de la hematosis. El disertante, mi buen amigo el Dr. Senac, hoy ilustrado médico militar y uno de tantos talentos obscurecidos por falta de ambición, hizo un bonito discurso, pronunciado con facilidad y desembarazo. Había sostenido la tesis, entonces muy en boga, de que la sangre venosa resultaba nociva al organismo á causa del ácido carbónico en ella acumulado y del cual debía desprenderse en

Biblioteca Nacional de España

el pulmón. Y yo, que había bebido en las mismas fuentes (la *Fisiología* de Beclard), le dije ó intenté decirle «que el daño no estaba en el exceso de ácido carbónico, gas enteramente inofensivo, sino en la ausencia de oxígeno, ya consumido en los capilares con ocasión de la respiración de los tejidos».

Mas tan sencillo reparo fué expuesto con frase tan desmañada y sinuosa y con voz tan entrecortada y balbuciente, que Ballarín, no pudiendo comprenderme ni sufrirme, ordenóme callar con cajas destempladas, acabando por decir socarronamente «que conservaba todavía el pelo de la dehesa». Mi inocencia era tal que no entendí la frase ni casi la intención mortificante.

Como impresión de este estreno oratorio saqué en limpio una enseñanza: que el hijo de mi madre no había venido al mundo para ser diputado, ni siquiera charlatán. ¡Cuánto he envidiado después, al presenciar otras experiencias oratorias más importantes, la enorme ventaja que llevan en la lucha por la vida esos hombres privilegiados que no necesitan tener razón para que se les oiga!

Pero aparte de las citadas rarezas, Ballarín era un buen profesor á quien respetábamos por su ciencia. Le estábamos además agradecidos porque, de vez en cuando, nos concedía graciosamente un día de asueto, y ciertamente por un motivo que el lector adivinaría difícilmente. ¡Ya se sabía! en cuanto llegaba á cátedra malhumorado, con la cara verticalmente acortada, la enorme y aguileña nariz frontera de la barba, el aire de contrariedad... y daba comienzo á la tarea mascullando gangosa é ininteligiblemente la palabra «Seño... res»... todos, como movidos de un resorte, requeríamos el sombrero, nos poníamos en pie y tomábamos tranquilamente la puerta... con bene-

Biblioteca Nacional de España

plácito del profesor, que se limitada á deplorar la flaqueza de su memoria. ¡Era que el bueno de D. Florencio se había dejado en casa la dentadura! Tan cómodo y confortante olvido para una ancianidad harto averiada, ¿era voluntario ó involuntario? Hé aquí un problema que nunca pudimos resolver.

Cosa sabida es que los profesores, aun los más refractarios á la rutina, repiten fonográficamente todos los cursos ciertas frases y ejemplos que los alumnos conocen y anuncian á plazo fijo, como se hace con los eclipses. Tal le ocurría á Ballarín. Entre los ejemplos estereotipados no hay condiscípulo que haya olvidado uno famoso expuesto invariablemente al tratar de la escala de dureza de los minerales. «Señores—decía:—el diamante ocupa el número 7.° de la escala de la dureza; resulta, pues, el cuerpo más duro que se conoce; pero entendámonos, la resistencia al rayado no implica resistencia á la fractura. Precisamente el diamante es notablemente quebradizo. Ahí tienen ustedes—añadía—el testimonio irrecusable de esta lamentable propiedad». Y en aquel momento alargaba la mano por encima de la mesa, mostrando flamante solitario afeado en su centro por una fractura estrellada. Y á seguida refería que, durante cierta disputa, no sé si científica ó política, no pudiendo persuadir al adversario, descargóle en la cabeza formidable puñetazo. Por desdicha del agresor, el cráneo del interlocutor era de los que merecían figurar con un núm. 8 en la consabida escala de la dureza, toda vez que rompió en mil trozos el valiosísimo diamante... Al llegar aquí era de rítual soltar una carcajada general, que no impacientaba en lo más mínimo al bueno de Ballarín.

Muy diferente era el temperamento intelectual y docente de D. Bruno Solano. Elocuente, fogoso, afable, no

Biblioteca Nacional de España

exento de severidad en ocasiones, su cátedra era un templo donde oíamos embelesados la pintoresca é interesante narración de los amores y odios de los cuerpos: las aventuras del oxígeno, especie de D. Juan, ardoroso é irresistible conquistador de la virginidad de los simples; las crueles venganzas del hidrógeno, celoso amante responsable de tanta viudez molecular, y las intrigas y tercerías del calor y electricidad, dueñas entrometidas capaces de perturbar y de divorciar hasta los matrimonios de inclinación más firmes y estables...

¡Qué dicción más agradable y seráfica la suya! ¡qué plasticidad y colorido de imaginación! ¡qué suprema habilidad para hacer comprensibles y amenos, mediante comparaciones luminosas, los puntos más difíciles ó las nociones más áridas, enjutas y estropajosas! Recuerdo que á la albúmina la llamaba la *nebulosa* de la química.

Acude á mi memoria una exclamación feliz de D. Bruno con ocasión de cierta conferencia pública. Tratábase en ella de los productos de destilación de la hulla, del tan celebrado *pan de la industria*, y el conferenciante, para hacer más objetiva su lección, dispuso en la cátedra los aparatos correspondientes, y procedió á destilar un trozo de combustible. Apenas se difundieron por la sala las primeras furtivas oleadas del poco agradable gas, un burguesillo petimetre exclamó, tapándose las narices: «¡Qué mal huele!»—«No tal—rugió D. Bruno,—¡huele á progreso!»

Pues ¿y el hombre moral? ¿Quién no recuerda aquel heroico acto de rectitud realizado con motivo de sus oposiciones á la Cátedra de Historia natural del Instituto de Zaragoza? Tocaban á su fin los ejercicios, y D. Bruno, con asombro del tribunal que iba á votarle catedrático,

Biblioteca Nacional de España

no compareció en el último acto de las oposiciones. Lo extraño de la situación movió á los jueces á enviar emisarios que buscasen á Solano. Halláronle tranquilamente en su casa y trajeron una respuesta digna de Arístides: «Me retiro porque durante los ejercicios me he persuadido de que uno de los opositores sabe más que yo, y no quiero dar ocasión á que se cometa una injusticia.»

Cuando tomaba tan grave decisión para su porvenir, Solano era un modesto auxiliar de universidad. Con el exiguo sueldo del cargo y los escasos gajes de sus lecciones en colegios particulares, mantenía á su madre idolatrada. Llena está la vida del sabio profesor de hermosos rasgos, reveladores de que el amor á la justicia era tan grande en él como su desdén hacia el vil metal. Tiempos después, alcanzó, en honrosa oposición, la propiedad de la cátedra que entonces regentaba. Pero el maestro murió joven, consecutivamente á una operación quirúrgica que no pudo soportar.

Confieso que cuando visito á Zaragoza, una de las cosas que más me entristece es la ausencia del malogrado compañero. Sus pláticas diarias en el *Café Suizo*, donde se congregaban sus íntimos y admiradores, eran un regalo del espíritu. Su popularidad era tan grande como merecida. Eso que después se ha llamado *extensión universitaria*, fué una de tantas iniciativas suyas. No reservó nunca su ciencia para los privilegiados de la matrícula oficial, sino que la propagó al gran público, creando lazos intelectuales y afectivos entre la cátedra y el taller, el laboratorio y la fábrica. Estaba persuadido de que la ciencia debe asociarse á la vida, para inspirarla y dirigirla. Su exquisita sensibilidad de artista y de pensador le permitían descubrir, hasta en las cosas más vulgares, puntos de vista superiores. Y percibía y traducía como

Biblioteca Nacional de España

nadie esa penetrante poesía que exhalan los limbos misteriosos de la ciencia... las movibles é inciertas fronteras que separan lo conocido de lo ignoto. Pero Solano era además un soberbio temperamento de escritor. ¡Un escritor que no quiso casi nunca escribir!... De sus brillantes dotes literarias dan testimonio esos preciosos, y por desgracia escasísimos artículos científicos y de vulgarización, insertos en los diarios zaragozanos, y sobre todo, el bellísimo discurso de apertura universitaria acerca de las orientaciones de la química moderna.

Pero volviendo á mis estudios, debo decir que, gracias á tan buenos maestros, aproveché bastante, es decir, todo lo que mi juicio, todavía en agraz, y mis continuas escapadas artísticas consentían. Sólo una vez regresé á mis andanzas de chiquillo travieso.

Cierto camarada de Huesca llamado Herrera, mozo despejado y resuelto (tuerto de resultas de una travesura), y gran admirador de mi honda, rogóme encarecidamente que, olvidando por un día la historia natural, le ayudase en cierta refriega que debía celebrarse en las despejadas eras del barrio de la Magdalena, entre estudiantes y fematerios, ó entre *pijaitos* y *matracos*. Caí en la tentación. Mi honda hizo de las suyas. Descalabré unos cuantos enemigos y contribuí al triunfo de los *señoritos*, á pesar del refuerzo que á última hora recibieron los fematerios de sus congéneres de la parroquia de San Pablo. No me engreí en la victoria, y sintiéndome casi hombre, tuve la fortaleza de no reincidir. Cada cosa á su tiempo. Y el de las chiquilladas había pasado. Tenía yo entonces diez y seis años. Esta relativa formalidad me permitió aprobar sin percances el preparatorio, y matricularme en el primer curso de Medicina.

Por aquella época (creo que fué en 1870) trasladóse mi

Biblioteca Nacional de España

familia á Zaragoza. Deseoso mi padre de dar carrera á sus hijos, vigilarlos de cerca y sustraerse definitivamente á los sinsabores que acarrea la práctica médica en los pueblos, tomó parte en unas oposiciones á médicos de la Beneficencia provincial, y conseguida una plaza, estableciόse en la capital aragonesa en donde, á poco de su llegada, el sabio clínico y condiscípulo suyo D. Genaro Casas, á la sazón Decano y casi dictador de la Facultad de Medicina, le confirió el cargo de profesor interino de disección.

Conocido el entusiasmo de mi padre por la anatomía, y su vocación decidida por la enseñanza, adivinará fácilmente el lector el celo y ardor que pondría en el desempeño de su cometido y en conseguir que su hijo saliese un hábil disector.

Hétenos, pues, á los dos metidos en harina, como suele decirse. ¡Y con maestro tal, cualquiera escurría el bulto! Tres años nos pasamos en aquella humilde sala de disección, perdida en la huerta del viejo hospital de Santa Engracia, desmontando pieza á pieza la enrevesada maquinaria de músculos, nervios y vasos, y comprobando las lindas cosas que nos contaban los anatómicos. Al principio, ante la losa anatómica, protestaron al unísono cerebro y estómago; pero pronto vino la adaptación. En adelante, vi en el cadáver, no la *muerte*, con su cortejo de tristes sugestiones, sino el admirable artificio de la vida. Á medida que adelantaba crecía mi curiosidad. «Voy á admirar por fin—me decía,—el maravilloso microcosmo de los filósofos, el compendio y síntesis de la creación.» Mi fantasía de aventurero romántico despachábase á su gusto. Parecíame aquello un África tenebrosa, de la cual sólo habréis contemplado el desierto, es decir, el árido esqueleto. Acaso se encontraba allí la isla ideal

Biblioteca Nacional de España

con que sueña todo investigador, ese mundo virgen, prometedor de inacabables sorpresas!...

Conforme pide el método, para no extraviarnos en la selva inextricable de vasos y nervios, trabajábamos en presencia de los libros, tomando al Cruveilhier y al Sappey por guías. Redoblábamos el ardor al compás de las dificultades; y pródigos de tiempo (mi padre por entonces tenía pocos enfermos), consagrábamos á la tarea todo el vagar que nos dejaban, á mi padre la clientela y á mí los estudios de otras asignaturas. Incansable él, no consentía fatiga en torno suyo.

¡Pobres Sappey y Cruveilhier cuando marraban en una minucia; cuando, por ejemplo, diputaban constante disposición accesoria ó no acertaban á describir un órgano con suficiente claridad!—¡Ah farsantes!—exclamábamos;—vosotros os copiais rutinariamente, describís sin observar.—Pero nuestro enojo pasaba pronto, convirtiéndose en admiración en cuanto los venerados textos acertaban en un punto difícil. Fuerza es confesar que los descuidos eran excepcionalísimos. El encuentro de algunos fué, sin embargo, altamente tónico, pues aportó la creencia de que la ciencia dista mucho de ser obra perfecta y definitiva. En nuestras dudas fué juez supremo y texto irrecusable el cadáver. Sólo en sus hojas de carne, desplegadas por el escalpelo, residía la verdad.

Gran provecho saqué de tal maestro y de semejante sistema de enseñanza; que no hay profesor más celoso que el que aprende enseñando y aprende para enseñar. Mi lápiz, responsable de tantos disgustos, halló por fin gracia á los ojos de mi padre, que se complacía ahora en hacerme copiar cuanto mostraban las piezas anatómicas. ¡Qué satisfacción cuando, á fuerza de paciencia, conseguíamos desprender de su ganga de grasa el dimi-

Biblioteca Nacional de España

nuto *ganglio oftálmico* con sus tenues radículas nerviosas, atisbar en su escondrijo el enrevesado foco ganglionar *esfeno-palatino*, ó perseguir triunfantes, á través de los túneles del *peñasco*, los sutiles *nervios petrosos!* Con todo ello enriquecía mis apuntes y daba carácter objetivo á mis conocimientos.

Poco á poco mis acuarelas anatómicas llegaron á formar grueso cartapacio, del cual mostrábase orgulloso el autor de mis días. Su entusiasmo llegó al punto de proyectar seriamente la publicación de un Atlas anatómico iluminado, que había de dejar, según él, tamañitos á los famosísimos de Bourgery y de Bonami. Y se habría lanzado resueltamente á la empresa, si la rudimentaria cromolitografía zaragozana lo hubiera consentido. Por desgracia, la primera prueba ejecutada en casa de un litógrafo resultó abominable estampa. Ni fueron mejores otras copias que años después (allá por los 76 ó 77), publicó nuestro generoso amigo Molina Mergeliza. Desde entonces, ¡qué de veces he deplorado ese bochornoso atraso de las artes gráficas en España! A despecho del más sincero patriotismo, el hombre de ciencia se ve en el caso de recurrir al extranjero, en cuanto necesita reproducir alguna lámina anatómica ó histológica.

Para terminar este capítulo añadiré que, en vista de mi laboriosidad y relativa pericia en el arte de disecar, al final del primer año se me otorgó una plaza de *ayudante de disección*. Este cargo oficial, halagando mi amor propio, fomentó todavía más mis aficiones anatómicas.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIX [1]

Prosiguen mis estudios.—Mis catedráticos de Medicina.—D. Manuel Daina y el premio de Anatomía topográfica.—Un singular procedimiento de examen.—Nuestro decano, D. Genaro Casas. Mis petulancias polémicas.—Notas breves acerca de algunos profesores y algunos incidentes ocurridos en sus clases.

A despecho de mis escapadas artísticas continué la carrera sin tropiezos, aunque sin permitirme el lujo de sobresalir. A decir verdad, sólo estudié con esmero la *Anatomía* y la *Fisiología;* á las demás asignaturas—las *Patologías médica y quirúrgica*, la *Terapéutica*, la *Higiene*, etc.,—consagré la atención estrictamente necesaria para obtener el *aprobado*. A lo que de-

(1) Reanudo estos recuerdos en Septiembre de 1914, después de diez años de silencio. A ello me han movido las reiteradas instancias de algunos amigos y discípulos que desean asistir al comienzo de mi modesta vida científica. Para complacerles prometo escribir, de un tirón, los restantes capítulos, abreviando las descripciones y descartando, en lo posible, digresiones enojosas. Perdone, pues, el lector si en el apresuramiento de la redacción cambio de tono y hasta de estilo. Tenga además en cuenta que el tiempo no ha pasado en vano.

Biblioteca Nacional de España

bió quizás contribuir algo cierto ministro de la Revolución, quien por devoción al igualitarismo democrático redujo las calificaciones de exámenes á dos: *aprobado* y *suspenso*. Confieso que jamás he logrado percibir la ventaja educativa de la supresión de las notas. En una edad en que la pereza y las distracciones hallan tantas ocasiones de asaltar la voluntad, ¿qué mal hay en fomentar la emulación y hasta la vanidad? Hágase el milagro y hágalo el diablo. Si en el alma del estudiante queda un residuo de pasión malsana, pronto se encargará la vida de disiparla. Lo esencial es acrecentar y mantener el tesoro de la ciencia y el hábito del trabajo.

Para los alumnos ganosos de distinciones académicas quedaba el recurso de los premios. Pero no todos los jóvenes aplicados poseen la pretensión y audacia necesarias para tales competencias. El temor de parecer presumidos ú orgullosos fué causa de que la mayoría de los premios de la Facultad quedaran desiertos. Y no ciertamente por ausencia de jóvenes aventajados. Excluyéndome yo, que sólo podía aspirar al premio en las asignaturas anatómicas, figuraban entre mis condiscípulos mozos sobresalientes. Recuerdo ahora á Pablo Salinas, Victorino Sierra, Severo Cenarro, Simeón Pastor, Joaquín Gimeno, Pascual Senac, Andrés Martínez, José Rebullida y otros. Por mi parte sólo tenté fortuna en la *Anatomía topográfica y operaciones*, asignatura de que era titular D. Manuel Daina. Y el resultado, aunque favorable, quitóme las ganas de reincidir. Pero lo sucedido merece contarse, para que se vea que en eso del estudio, como en otras muchas cosas, lo mismo se puede pecar por carta de más que por carta de menos.

Tenía D. Manuel Daina verdadera debilidad por mí. Considerábame en su bondad como el mejor de sus alum-

Biblioteca Nacional de España

nos, y yo correspondía á este buen concepto esmerándome en la ejecución de las preparaciones anatómicas, de que, como ayudante disector, estaba oficialmente encargado. Se comprenderá, pues, que terminado el curso me instara encarecidamente á solicitar el premio y que yo me dispusiera á complacerle, preparándome concienzudamente para el certamen. Sabido es que en todo programa, además de las lecciones corrientes, figuran ciertas materias fundamentales ó simplemente difíciles donde el alumno puede lucir su aplicación y memoria. Mis lectores médicos recordarán que en la *Anatomía topográfica* estos temas de prueba son: la *región del cuello*, la *inguinal*, la *crural*, la *perineal* y el *hueco poplíteo*. Por arduas y complicadas las había disecado con cariño y reproducido más de una vez en mis láminas anatómicas.

Llegó el concurso; estuve solo; tocóme *el anillo inguinal;* escribí largo y tendido; ilustré la descripción con varios esquemas y llevé mi preocupación del detalle hasta precisar las dimensiones en milímetros. Ufano durante la lectura, esperé después largo rato el fallo del tribunal. Desde el vestíbulo oía á los jueces discutir acaloradamente.—¿Qué pasará?—me decía, un tanto escamado. Al fin, me comunicó el jurado su acuerdo de adjudicarme el premio. Daina y su compañero me abrazaron, felicitándome. Pero D. Nicolás Montells (profesor de Patología quirúrgica) se me acercó, diciéndome en tono desabrido:—«Conste que á mí no me la pega usted. Eso está copiado».—En vano intenté respetuosamente sacarle de su error. Para el bueno de Montells, era imposible que un alumno recordara en milímetros los diámetros del conducto inguinal. Afortunadamente, mi maestro Daina, que me conocía bien, defendióme ardorosamente. Con su exquisita prudencia previno, además, el estallido de mi cólera, pa-

Biblioteca Nacional de España

sión á la que entonces era yo extraordinariamente propenso. Todo se arregló, pero el incidente contribuyó, no poco, á que, en lo sucesivo, desistiese de prepararme para semejantes concursos.

Merece D. Manuel Daina en este lugar un recuerdo afectuoso. De simpática figura y carácter afable, gozaba de la reputación y estima que proporcionan el talento y la ecuanimidad, asistidos de espléndida posición social. La misma sencillez y elegancia con que vestía, resplandecían en su palabra, que era correcta, tranquila, persuasiva y matizada, á veces, con rasgos de fino escepticismo. Era, acaso, D. Manuel el más europeo de nuestros profesores, quizá el único que había ampliado en el extranjero su educación profesional y científica. Había sido discípulo de las grandes figuras quirúrgicas de París y era un encanto oirle referir las hazañas operatorias de Nélaton y Velpeau, así como los errores imperdonables á que conducían las ligerezas del reconocimiento y el criminal afán de sumar estadísticas de intervenciones temerarias. Mucho valía como operador, pero valía todavía más como cirujano.

Por cierto que D. Manuel Daina ensayó en aquel curso un sistema muy original de calificar. La víspera de los exámenes sorprendiónos á Cenarro y á mí con el siguiente curioso encargo:—«Persuadido estoy—nos dijo—de que no hay profesor, por atento que sea, que conozca tan bien á sus discípulos como ellos se conocen entre sí. Y en consecuencia, he resuelto que ustedes, en representación de todos sus compañeros, formulen las calificaciones. Ahí va la lista. Confío en la rectitud y formalidad de ustedes, y de antemano apruebo lo que hagan».

Expusimos algunas tímidas excusas, mas acabamos por aceptar el delicado honor, prometiendo—según era de

Biblioteca Nacional de España

rigor—guardar el secreto. Aquella noche Cenarro y yo cambiamos impresiones acerca de los méritos de nuestros condiscípulos, aquilatamos el talento, grado de aplicación y asistencia á clase de cada uno, y formulamos, de perfecto acuerdo, las notas. Entre los indultados—hubo, naturalmente, bastante manga ancha—recuerdo á un tal Pueyo, mozo muy aplicado y pobre, que apenas asistía á clase por enfermo y á quien el profesor contaba entre los irredimibles. Naturalmente, Cenarro y yo comenzamos por adjudicarnos la nota de *sobresaliente* (1). Al repasar la lista, y notar la racha de indultos y rectificaciones, experimentó D. Manuel alguna sorpresa; pero sonrió bondadosamente y aprobó la propuesta. Claro es que después de tal acuerdo los exámenes fueron pura fórmula.

Otro de los buenos maestros de la Escuela de Medicina aragonesa fué D. Genaro Casas, amigo y condiscípulo de mi padre (ambos cursaron la carrera en Barcelona). Exiguo de estatura, y afeado por una lupia voluminosa implantada en la frente, tenía un aspecto enfermizo y deforme, que se desvanecía en cuanto comenzaba á hablar. Porque D. Genaro, Decano y casi creador de la Escuela de Medicina, además de ser clínico eminente, maestro de vocación y modelo de profesores celosos, poseía un talento oratorio de primera fuerza, adornado por una cultura clásica nada vulgar.

Imperaba entonces en las escuelas médicas el *vitalismo* de Barthez, inspirado en el hipocratismo, doctrina de que fué también ardiente partidario el Dr. Santero, á la sazón catedrático de Clínica médica de Madrid. Natural

(1) Por aquel año (1872), otro ministro de la Revolución restableció las calificaciones de examen.

Biblioteca Nacional de España

era que los profesores de aquel tiempo—que podíamos llamar *era prebacteriana*—reaccionaran con alguna viveza contra las tendencias materialistas ú organicistas de la química, histología y más tarde de la bacteriología. Pero D. Genaro, vitalista convencido, supo siempre hacer justicia á las conquistas positivas de estas ciencias, cuyos datos interpretaba muy hábilmente en el sentido de su espiritualismo orgánico. Aún recuerdo la exposición magistral que nos hizo de la *Patología celular*, de Virchow, libro esencialmente revolucionario, aparecido por entonces.—Naturalmente, D. Genaro aceptaba los hechos, pero repudiaba el espíritu. Claro está que los distingos del sabio maestro no hacían gracia á todos sus discípulos; pero aun los que pasábamos por más avanzados y noveleros, seguíamosle con respeto en sus loables intentos de conciliación entre lo viejo y lo nuevo. Todos le venerábamos y queríamos, porque su celo por la enseñanza era tan grande como su talento y su bondad.

Por cierto que mi petulancia puso un día á prueba su inagotable benevolencia. Referiré el incidente—que hoy recuerdo con pena,—para que se vea hasta qué punto llegaba la rebeldía de mi carácter y la paternal tolerancia del maestro. Había yo leído la citada *Patología celular* de Virchow y algunos otros libros anatomo-patológicos á la moda, donde, á vueltas de un análisis objetivo insuficiente, se hacía la apología de la célula, presentándola como un ser vivo, autónomo, protagonista exclusivo de los episodios patológicos. Quedaba de esta suerte rota la unidad orgánica, tan cara á vitalistas y animistas. La enfermedad venía á ser algo así como un incidente de fronteras ó á modo de motín de ciudad, que reprimían automáticamente las fuerzas locales sin la menor intervención de la autoridad central, representa-

Biblioteca Nacional de España

da por el sistema nervioso. Infatuado con lecturas bastante mal digeridas, contrariábame ver cómo D. Genaro interpretaba en sentido vitalista todos los procesos celulares. Así, no obstante mi timidez y cortedad, el choque llegó al fin. Un día de conferencia, preguntóme el maestro acerca de las *lesiones de la inflamación*, y después de exponer los datos objetivos corrientes, tuve, al interpretarlos, la audacia de oponerme á su doctrina vitalista. Con un descaro de que yo mismo estaba asustado, manifesté que: «La hiperemia y la exudación no constituían actos defensivos del principio vital, sino meros efectos de la irritación y multiplicación de las células. En mi concepto—añadía,—las fuerzas centrales, caso de que existan, no intervienen para nada en el proceso, como lo prueba el hecho alegado por Virchow, de existir inflamación en tejidos desprovistos de vasos y nervios, etcétera» (1). Ante mis arrogancias, los condiscípulos mirábanse estupefactos.

No se inmutó D. Genaro ante mi falta de respeto; antes bien mostró que se alegraba de contender con un discípulo. Y con formas suaves, trató de persuadirme de «que el acto inflamatorio representa siempre una reacción defensiva contra los agentes vulnerantes; hizo notar que, aun en los tejidos exangües citados por mí (córnea y cartílago) desarrollábase la hiperemia, puesto que en el punto lesionado afluían jugos y glóbulos de pus, y, en fin, añadió que la incuestionable congruencia de las citadas reacciones, en orden á la eliminación

(1) Comprenderá el lector que, después del tiempo transcurrido, no puedo precisar los términos de la polémica; pero sí los argumentos y el espíritu que los informaba.

Biblioteca Nacional de España

de las causas y reparación de sus estragos, implicaba lógicamente un principio superior de unidad y coordinación».

Pero yo mantuve tercamente mi punto de vista, y aferrándome deslealmente al sentido literal de las palabras del maestro, manifesté «que no se me alcanzaba cómo dónde no había vasos ni sangre (el cartílago y la córnea), podía hablarse de hiperemia». En fin, que di en clase un espectáculo deplorable, causando con ello grave disgusto al buenísimo de D. Genaro. El cual, al encontrarse con mi padre al siguiente día, le dijo esta frase que recuerdo muy bien: «Tienes un hijo tan díscolo y obstinado, que como él crea tener razón no callará, aunque de su silencio dependiera la vida de sus padres».

Y lo más grave de aquella impertinencia mía fué que, en el fondo, D. Genaro tenía razón. Por fortuna, arrepentido de mi irreverencia, el lance no volvió á repetirse. Y aquella salida de chiquillo petulante fué olvidada por el paternal maestro. Y cuando años después, al transformarse nuestra Facultad de provincial en oficial, nuestro veterano profesor ganó en honrosa lid su cátedra de *Clínica médica*, nadie se alegró más sinceramente que yo.

Con algo menos relieve surgen en mi memoria las figuras prestigiosas de otros maestros. Destaca entre ellas D. Pedro Cerrada, catedrático de Patología general, concienzudo clínico y reflexivo docente, abierto á todas las novedades de la ciencia, y de quien recuerdo la frase tan modesta como profética: «Siento no saber bastante química; soy viejo para aprenderla, pero ustedes deben estudiarla, porque ahí está el secreto de muchos procesos patológicos». Merecen también un recuerdo el doctor Comín, profesor de Terapéutica, cabeza sólida y ad-

Biblioteca Nacional de España

mirablemente cultivada, orador facilísimo y elegante; D. Manuel Fornés, ya muy anciano entonces, dotado de un criterio clínico admirable y maestro venerado de Patología médica; D. Jacinto Corralé, catedrático de Anatomía, un poco rudo y candoroso, pero puntual en el cumplimiento de su deber y bondadoso con sus discípulos; Eduardo Fornés, catedrático de Medicina legal (hijo de D. Manuel), estudioso, simpático y tan caballeroso como su padre, de quien heredó el decoro y la gravedad de dicción y pensamiento; á Ferrer, profesor de Obstetricia, algo arrebatado y confuso al exponer, pero estimable clínico y excelente persona; en fin, á Valero, encargado de la cátedra de Fisiología, dotado de gran vivacidad de palabra y de notables condiciones de pedagogo. Todos sembraron algo en mi espíritu y á todos quedé profundamente reconocido. ¡Lástima que la ausencia de Laboratorios y el insuficiente material clínico esterilizaran, en parte, sus desvelos!

Para completar estos rasgos descriptivos de mis profesores, quiero consignar aquí algunos pormenores acerca de las cátedras de Valero y de Ferrer.

Valero, nuestro profesor de Fisiología, poseía el difícil arte de estimular á sus discípulos. Se empeñó en encasquetarnos á todo trance el libro de texto, y se salió con la suya. A este fin nos preguntaba diariamente á todos, escogiendo de preferencia los puntos más difíciles de cada lección. Y cuando la pregunta se le atragantaba á un alumno, hacíala correr por toda la clase hasta topar con alguien capaz de declarar la dificultad. Entonces prorrumpía en alabanzas del afortunado, que se sentía halagado y feliz. En estos escarceos brillaban Cenarro, Pastor, Senac, Sierra, Rebullida, y particularmente Pablo Salinas, el más aplicado y brillante de nuestros con-

Biblioteca Nacional de España

discípulos (1). Y es que el amor propio bien administrado hace milagros. Véase cómo un profesor que sabía poca fisiología (por lo menos experimental y fundamentalmente), nos hizo amar la asignatura. Preocupados de evitar una plancha, aprendíamos hasta las notas del texto. Y no era flojo éste: nada menos que la *Fisiología experimental* de Beclard, volumen en 4.° mayor, con más de 800 páginas de letra diminuta. Naturalmente, en aquella cátedra, como en las demás, no se hizo un sólo experimento. Y así nuestra aplicación vino á ser casi infecunda. Constituyó un furioso ejercicio de memoria incapaz de dar frutos de acción.

De Ferrer, nuestro profesor de Obstetricia, guardo un recuerdo regocijado. Cierto día reprendíame, con razón, mi escasa asistencia á clase, rechazando, indignado, la excusa alegada por mí, de que los trabajos de la sala de disección me privaban del gusto de escucharle todos los días. «Sin embargo—añadí—estudio diariamente las lecciones del programa y creo estar regularmente preparado».

—Eso vamos á verlo ahora mismo—replicó, irritado, el profesor. Y creyendo ponerme en grave apuro, preguntóme acerca de la formación de las *membranas del embrión*, tema que él había explicado con amor. Yo entonces, cogiendo la ocasión por los cabellos, me aproximé solemnemente al encerado, y sin azorarme en lo más mínimo, me pasé más de media hora dibujando esquemas en color tocantes á las fases evolutivas del *blasto-*

(1) D. Pablo Salinas vive aún y es actualmente un jefe prestigioso del Cuerpo de Sanidad militar. ¡Lástima que, contrariedades de la suerte, le hicieran desistir de la carrera del profesorado, para la cual poseía vocación y talento singulares!

Biblioteca Nacional de España

dermo, *vesícula umbilical*, *alantoides*, etc., y explicando, al mismo tiempo, lo que aquellas figuras representaban. Estuve verdaderamente épico.

El bueno de Ferrer me seguía embobado. Creyó aplastarme, y me proporcionó triunfo resonante. La clase entera aplaudió al compañero. Mi seguridad y aplomo al disertar sobre cuestiones embriológicas, que la mayoría de los alumnos de Obstetricia suelen aprender bastante mal, dióle tan alta idea de mi aplicación que, después de aceptar mis anteriores excusas, declaró «que podía contar para los exámenes con la nota de *sobresaliente*, aunque no asistiese más á clase». «La conferencia que acaba usted de darnos vale esta nota y compensa sus negligencias». Yo abusé cuanto pude del permiso. Sólo de vez en cuando me permitía presentarme en clase, como quien concede un favor.

Habrá adivinado el lector que mi ruidoso triunfo fué simple golpe de fortuna. Por mis aficiones á la anatomía había yo estudiado á conciencia el desarrollo de los órganos, y, por tanto, la formación del embrión. Si mi candoroso profesor me hubiera explorado en otras lecciones del programa, habría comprobado mi supina ignorancia.

Los compañeros, que me conocían bien, sonreían de la credulidad del profesor y me hicieron la merced de guardar el secreto. Por lo demás, figúrome que, á la postre, todos vendríamos á quedar iguales, porque en aquellos tiempos la Facultad carecía de clínica de partos. Y estudiar *posiciones* y *presentaciones* sin haber asistido á un parto, es como aprender el manejo del fusil sin fusil.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XX

Continúo mis estudios sin grandes mortificaciones. — Mis manías literaria, gimnástica y filosófica.—La Venus de Milo.

Mis tareas de disector, y el débil esfuerzo consagrado á las últimas asignaturas de la carrera, dejábanme horas de asueto, que yo empleaba en el cultivo de mis aficiones pictóricas y otros entretenimientos. Precisamente por aquellos años (1871 á 73), surgieron en mí tres nuevas manías: la *literaria*, la *gimnástica* y la *filosófica*.

Digamos algo de estas enfermedades de crecimiento:

Grafomanía.—Fué un caso típico de contagio. Reinaba en España, durante la época revolucionaria, una peste lírica, agravada con la arrolladora invasión del romanticismo francés. Con ocasión de cualquier acontecimiento político, brotaban en los diarios himnos y odas á granel. Los periodistas forjaban una prosa que parecía poesía, y los poetas estrofas que semejaban música. En la novela, nuestro ídolo era Víctor Hugo; en el género lírico, Espronceda, y en la oratoria, Castelar. Débiles ante la avasalladora sugestión del medio, muchos jóvenes fuimos

Biblioteca Nacional de España

gravemente atacados de la enfermedad á la moda. Como es natural, los temperamentos sentimentales como el mío sufrieron mayor estrago que las cabezas frías y utilitarias. Transcurridos algunos años, sobrevino al fin la convalecencia, y con ella el amargo desengaño. Si no estoy trascordado, de entre mis condiscípulos versificadores, sólo Joaquín Jimeno continuó escribiendo hasta convertirse en profesional del periodismo político (1). Pero Jimeno, que llegó á ser después profesor de la Facultad de Medicina, y un político hábil y prestigioso (pertenecía al partido posibilista), disponía de una preparación excelente en gramática y humanidades y de un gusto literario de que yo, por desgracia, carecía.

¿Para qué hablar de mis versos? Eran imitación servil de Lista, Arriaza, Zorrilla y Espronceda, sobre todo de este último, cuyos cantos al Pirata, á Teresa, al Cosaco, etc., considerábamos como el supremo esfuerzo de la lírica. Bien miradas las cosas, aparte de la música soberana del verso y de la pompa y riqueza del lenguaje, lo que más nos seducía en el libro del vate extremeño, era el aire de audaz rebeldía que agitaba sus páginas. Gracias á los buenos oficios del amigo Jimeno, ciertos periodistas locales publicaron bondadosamente algunas de mis composiciones plagadas, según comprobé después, de ripios y lugares comunes. Recuerdo que de todos mis ensayos, el que más éxito alcanzó entre mis

---

(1) A decir verdad, hubo otro compañero, Fernández Vrizuela, que siguió cultivando las musas con estimable éxito. Este excelente amigo, coleccionista infatigable (coleccionaba hasta los dibujos y ensayos poéticos de sus condiscípulos), murió joven, después de haber ejercido la Medicina muchos años en Zaragoza.

Biblioteca Nacional de España

condiscípulos, fué una oda humorística escrita con ocasión de cierta huelga estudiantil (1).

Bequer y Musset, algunas de cuyas composiciones leí, me gustaron menos. El primero parecióme entonces excesivamente caviloso y llorón, y el segundo deplorablemente orgulloso y antipático.

Harta mayor influencia ejercieron en mis gustos las novelas científicas de Julio Verne, muy en boga por entonces. Fué tanta, que, á imitación de los héroes aventureros de las obras *De la tierra á la luna*, *Cinco semanas en globo*, *El capitán Nemo*, etc., escribí voluminosa novela biológica de carácter didáctico, en que se narraban las dramáticas peripecias de cierto viajero, el cual, arribado no se sabe cómo al planeta Júpiter, tropezaba con animales monstruosos, diez mil veces mayores que el hombre, aunque de estructura esencialmente idéntica. Con relación á aquellos colosos de la vida, nuestro explorador medía la talla de un microbio, resultando, por tanto, invisible. Arrastrado por insaciable curiosidad, y armado de toda suerte de aparatos científicos, el intrépido protagonista inauguraba su exploración colándose por una glándula cutánea; invadía después la sangre; navegaba sobre un glóbulo rojo; presenciaba las épicas luchas entre leucocitos y parásitos; asistía á las admirables fun-

---

(1) Recientemente, uno de los pocos condiscípulos supervivientes, el Dr. Irañeta, me ha mostrado la citada oda humorística, escrita para celebrar la entereza con que los alumnos de Fisiología del Dr. Valero persistimos en nuestra huelga hasta recibir plena satisfacción de ciertas frases molestas proferidas por el profesor en momentos de acaloramiento. Titulábase *La Commune estudiantil*, y está escrita con tal inocencia, que no merece los honores de la impresión.

Biblioteca Nacional de España

ciones visual, acústica, muscular, etc., y, en fin, transportado al cerebro, sorprendía en él el secreto de la vibración del pensamiento y del impulso voluntario. Numerosos dibujos en color, tomados y arreglados—claro es—de las obras histológicas de la época (Henle, van Kempen, Kölliker, Frey, etc.), ilustraban el texto y mostraban al vivo las emocionantes aventuras del protagonista, el cual, amenazado más de una vez por los viscosos tentáculos de un leucocito ó de un corpúsculo vibrátil, librábase del peligro merced á los ardides de su ingenio. Siento haber perdido este librito, porque acaso hubiese podido convertirse, á la luz de las nuevas revelaciones de la histología y bacteriología, en obra de amena vulgarización científica.

Manía gimnástica.—Criado en los pueblos y endurecido al sol y al aire libre, era yo á los diez y ocho años un muchachote sólido, ágil y harto más fuerte que los señoritos de ciudad. Ufanábame de ser el más forzudo de la clase, en lo cual me engañaba completamente. Harto, sin duda, de mis bravatas, cierto condiscípulo (1) de porte distinguido, poco hablador, de mediana estatura y rostro enjuto, invitóme á luchar *al pulso*, ejercicio muy á la moda entre los jóvenes de entonces. Y con gran sorpresa, advertí que mi contrincante me dominó fácilmente. Mi amor propio sufrió profunda humillación. Quise saber cómo mi rival había adquirido aquella fortísima musculatura, y me confesó ser un devoto cultivador de la gimnasia y de la esgrima. «Si en el ejercicio gimnástico con-

(1) Mi contrincante fué José Moriones, sobrino del general de este nombre, temperamento caballeresco y excelente camarada. Ingresó, como yo, en Sanidad Militar, donde hizo brillante carrera.

Biblioteca Nacional de España

siste el tener bríos—contesté,—continúa preparándote, porque antes de cuatro meses habrás sido vencido.» Una sonrisa escéptica acogió mi baladronada.

Al día siguiente, y sin decirle nada á mi padre, me presenté en el gimnasio de Poblador, sito entonces en la Plaza del Pilar, y después de algunos regateos, convinimos en cambiar lecciones de fisiología muscular (que él deseaba recibir para dar á su enseñanza cierto tono científico), por lecciones de desarrollos. Gracias á este concierto, mi padre, que no tenía que desembolsar un cuarto, no se enteró de que su hijo habíase agenciado una distracción más. Comencé la tarea con ardor extraordinario, trabajando en el gimnasio dos horas diarias. Además de los ejercicios oficiales, me impuse un programa progresivo, consistente en aumentar algo todos los días mi tarea, ora añadiendo peso á las bolas, ora exagerando el número de las contracciones en la barra ó en las paralelas. Y sostenido por una fuerza de voluntad que nadie hubiera sospechado en mí, no sólo cumplí mi promesa de triunfar del amigo Moriones, sino que antes del año vine á ser el joven más fuerte del gimnasio. Poblador estaba orgulloso de su discípulo, y yo entusiasmado al reconocer cuán fácilmente habían respondido mis músculos al estímulo del sobretrabajo. Ancho de espaldas, con un pectoral monstruoso, mi circunferencia torácica pasaba de 112 cm. Al andar mostraba esa inelegancia y contoneo rítmico característicos del Hércules de feria. Convertidas en zarpas, mis manos estrujaban inconscientemente la de los amigos. El bastón, transformado en paja por mi sensibilidad embotada, hubo de ser sustituído por desaforada barra de hierro (pesaba 16 libras), que pinté al óleo, imitando un estuche de paraguas. En suma, vivía orgulloso con mi ruda arquitectura

Biblioteca Nacional de España

de faquín, y ardía en deseos de probar mis puños en cualquiera.

De aquella época de necio y exagerado culto al biceps guardo dos enseñanzas provechosas. Es la primera, la persuasión de que el excesivo desarrollo muscular conduce casi indefectiblemente á la insolencia y al matonismo. Hace falta ser un ángel para enfrenar de continuo fibras musculares hipertróficas y ociosas, ávidas, digámoslo así, de empleo y justificación. Y como no es cosa de servirse de ellas cargando fardos, se experimenta singular inclinación en utilizarlas sobre las espaldas del prójimo.

La segunda enseñanza, fué la averiguación de que el ejercicio físico en los hombres de estudio debe de ser moderado y breve, sin llegar jamás á la fase del cansancio. Fenómeno vulgar, pero algo olvidado por los educadores á la inglesa, es que los deportes violentos cuotidianos disminuyen rápidamente la aptitud para el trabajo intelectual. Llegada la noche, el cerebro, fatigado por las descargas motrices—que parecen absorber energías de todo el encéfalo,—cae sobre los libros con la inercia de un pisa-papeles. En tales condiciones, parece suspenderse ó retardarse la diferenciación estructural de aquel centro nervioso; diríase que las regiones más nobles del cerebro (las esferas de *asociación*), son comprimidas y como ahogadas por las regiones motrices (centros de *proyección*). Estos procesos compensadores explican por qué casi todos los jóvenes sobresalientes en los deportes y en la gimnasia (hay excepciones) son poco habladores y poseen pobre y rudo intelecto.

Yo estuve á punto de ser víctima irremediable del embrutecimiento atlético. Y aun creo que ciertos defectos mentales tardíos, de que nunca he logrado corregirme,

Biblioteca Nacional de España

representan la herencia de aquella manía acrobática. Por fortuna, las enfermedades adquiridas más tarde en Cuba, debilitando mi sangre y eliminando mis sobrantes musculares, me trajeron á una concepción más noble y razonable de la vida.

El fatuo deseo de ostentar el esfuerzo de mi brazo me arrastró más de una vez, contra mi temperamento nativamente bonachón, á parecer camorrista y hasta agresivo. Deseo referir una aventura típica, que retrata bien, aparte los efectos de mi energía física, el estado de espíritu de aquella generación candorosamente romántica y quijotesca.

Vivía en la calle del Cinco de Marzo una bellísima señorita de rostro primaveral, realzado por grandes ojos azules. A causa del clasicismo impecable de sus líneas y de la pompa discreta de sus formas, llamábamosla la *Venus de Milo*. Varios estudiantes rondábamos su calle y mirábamos su balcón, sin que la candorosa niña se percatara, al parecer, del culto platónico de que era objeto.

Más que amor verdadero, sentía yo admiración y entusiasmo. Era ella el arquetipo, la belleza ideal, el soberbio modelo de diosa que, de ser posible, hubiera trasladado al lienzo, con veneración y recogimiento casi religiosos. Mis sentimientos fueron tan respetuosos, que jamás osé escribirla ni hablarla. Mi pasión—si así puede llamarse aquel vago sentimiento,—se satisfacía plenamente mirándola en el balcón ó en la calle, ó contemplando cierta fotografía que, mediante soborno, me proporcionó un aprendiz del establecimiento fotográfico de Júdez.

Cierta noche paseaba yo, como de costumbre, por la referida calle del Cinco de Marzo, haciendo sonar aparatosamente en las aceras mi formidable garrote, cuando

Biblioteca Nacional de España

vino á mi encuentro un joven de mi edad, cuadrado y robusto. Sin andarse con presentaciones ni retóricas, dicho sujeto prohibióme terminantemente pasear la calle donde vivía la señora de nuestros coincidentes pensamientos, so pena de propinarme monumental paliza. Ante tanta audacia, mi dignidad de perdonavidas no salía de su asombro. No conocía á mi rival; pero al notar sus arrestos, caí en la cuenta de que debía ser un tal M., alumno de la carrera de ingenieros, el cual, á fuerza de repartir garrotazos, se había hecho dueño casi exclusivo del cotarro.

Naturalmente, no podía yo acceder á una invitación tan poco cortés; de ello hubieran protestado, además de la negra honrilla, los millones de fibras musculares inactivas que deseaban lucirse á poca costa. Quedó, pues, concertado un lance á palo limpio, que se había de efectuar aquella misma noche en los sotos del Huerva. Por cierto que las frases cambiadas entre nosotros mientras caminábamos río arriba, en dirección del campo del honor, fueron de una *vis cómica* irresistible.

—¿Qué carrera cursa usted?—interrogó mi adversario.

—Estudio la de Medicina y pienso graduarme el próximo año.

—¡Lástima que esté usted tan adelantado!...

—¿Y usted?—pregunté yo á mi vez un tanto escamado.

—Me preparo para la de Ingenieros de caminos, y pienso ingresar este mismo año.

—Menos mal—repliqué yo, devolviéndole la zumba.

En estas y otras arrogancias, llegamos al terreno y nos despojamos de los abrigos. En vista de la desigualdad de los garrotes (he dicho que el mío era una barra), convinimos en acometernos á puñetazo limpio, debiendo considerarse vencido el primero que cayera al suelo. Nos

Biblioteca Nacional de España

cuadramos, y acordándome yo sin duda de los ingleses en la batalla de Fontenoy, exclamé: «Pegad primero, caballero M.»

Ni corto ni perezoso, mi contrincante comenzó por asestarme en la cabeza tres ó cuatro puñetazos estupefacientes, que levantaron ronchas y me impidieron después encasquetarme el sombrero. Por dicha, disfrutaba yo entonces de un cráneo á prueba de bombas, y soporté impertérrito la terrible embestida. Llegado mi turno, tras algún envión de castigo, me arrojé sobre mi rival, levantéle en vilo, y rodeándole con mis brazos de oso iracundo, esperé unos instantes los efectos quirúrgicos del abrazo. No se hicieron esperar: la faz de mi adversario tornóse lívida, crugieron sus huesos, y perdido el sentido, cayó al suelo cual masa inerte. Al contemplar mi obra, sufrí susto terrible, pues sospeché que lo había asfixiado ó que, por lo menos, había provocado en su jaula torácica alguna grave fractura.

No fué así, afortunadísimamente. Movido á compasión y arrepentido de mi brutalidad, socorríle solícito y tuve la alegría de verle salir de su aturdimiento y recobrar el resuello. Ayudéle á levantar y vestir; limpié su ropa, manchada con la arena húmeda del Huerva, y sus labios, enrojecidos por la sangre; y en vista de que caminaba difícilmente, ofrecíle mi brazo y le acompañé hasta su casa.

Antes de entrar en ella, mi rival balbuceó con acento de triste resignación: «Puesto que me ha vencido usted, renuncio á mis pretensiones y queda usted dueño del campo.» «No hay tal», repliqué en tono conciliador. «Disputamos sobre la posesión de algo que carece de realidad. Ni usted ni yo nos hemos declarado al objeto de nuestras ansias. Escribámosle sendas cartas. Que ella

Biblioteca Nacional de España

decida entre los dos, si desea decidirse.» Al verme tan razonable y generoso, excusó sus anteriores arrogancias, confesándome que aquella mujer le tenía sorbido el seso. Estaba decidido á casarse con ella en cuanto acabara la carrera.

Días después, M., repuesto ya del lance, volvió á la calle, saludóme afectuoso y me dijo con aire de profunda amargura:

—He sabido una cosa tremenda, que me ha contrariado extraordinariamente: la señorita X, á quien creíamos pobre, posee una dote de 50.000 duros. Desisto, pues, con hondísima pena, de mis pretensiones. Si la escribo y no acepta, ¿no dirían todos que la solicitaba por codicia?

—Tiene usted razón—respondí, consternado.—Abandonemos una empresa imposible.

Y, en efecto, no volvimos á pensar en la famosa Venus de Milo (1).

¡Así éramos entonces!... Entre los jóvenes de hoy, ¿habrá alguno que no encuentre ridículo ó imbécil nuestro candor?

M. y yo acabamos por ser excelentes camaradas. Gran celebrador de mis músculos, quiso conocer el secreto de su fuerza. Y cuando le señalé el gimnasio de Poblador, acudió á él lleno de entusiasmo. Mi rival de un día transformóse á su vez en formidable atleta. Algo taciturno, sumamente formal y discreto, ferviente cultivador de las

---

(1) A mi vuelta de América, supe con sorpresa que la *Venus de Milo*, tan admirada y solicitada por su milagrosa hermosura, no llegó á casarse. Una tisis galopante la arrebató en la flor de la edad. ¡Ella, que era un modelo de sana belleza y de salud moral! ¡Convengamos en que los microbios saben escoger!

Biblioteca Nacional de España

matemáticas, M. acabó brillantemente su carrera de ingeniero (1).

Manía filosófica.—Después de la chifladura gimnástica caí, por reacción compensadora, en la locura filosófica. Diríase que las pobres células cerebrales de *asociación*, postergadas por el cultivo excesivo de las motrices, invocaban á gritos su derecho á la vida. Amainé, pues, poco á poco en mi necia vanidad acrobática, echando de ver, al fin, que había cosas harto más altas y respetables que el ejercicio de la fuerza bruta. Aun en el terreno de la competencia personal, acabé por encontrar más elegante y meritorio reducir á un adversario con razones que con trompadas. Volví, pues, á mis abandonados libros de filosofía. A las volteretas acrobáticas sucedieron las piruetas dialécticas. En mi afán de saber cuanto acerca de Dios, el alma, la substancia, el conocimiento, el mundo y la vida habían averiguado los pensadores más preclaros, leí casi todas las obras metafísicas existentes en la biblioteca de la Universidad y algunas más proporcionadas por los amigos. A decir verdad, esta *manía razonadora* no era nueva en mí, según consta en capítulos anteriores; asomó ya durante mis estudios del Instituto, pero después de la Revolución (años de 1871 á 75) tuvo peligroso recrudecimiento.

Paréceme que esta afición no era del todo sincera; lo fué, sin duda, más adelante. Pero entonces, antes que meditar noblemente sobre tan altos asuntos, deseaba apropiarme los ardides de la sofística para asombrar á

---

(1) Mi amigo M. vive todavía, y figura hoy entre los jefes más prestigiosos del Cuerpo de Ingenieros de Caminos. Si lee estas líneas, ¡cuánto se reirá de aquellas chiquilladas!

Biblioteca Nacional de España

los amigos. Con este espíritu superficial fueron leídas, y no siempre entendidas, las obras de Berkeley, Hume Fichte, Kant y Balmes. Por fortuna, las obras de Hegel, Krause y Sanz del Río no figuraban en la biblioteca universitaria. Dióme entonces por el *idealismo absoluto:* el gallardo radicalismo de Berkeley y Fichte teníame cautivado.

Con un ardor, digno de mejor causa, pretendía refutar, ante mis camaradas asombrados, la existencia del mundo exterior, el *noumeno* misterioso de Kant, afirmando resueltamente que el *yo*, ó por mejor decir, mi *propio yo*, era la única realidad absoluta y positiva. Como es natural, los amigos Cenarro, Pastor, Senac, Sierra y otros, á quienes mortificaba á diario con mis *latas*, se resistían á ser considerados como meros *fenómenos* ó creaciones de mi autocrático *yo*, y protestaban ruidosamente contra mis sofismas. En el fondo, estaba tan seguro como ellos de la objetividad del mundo; pero me seducían las paradojas y los malabarismos dialécticos.

Dejando á un lado el deseo infantil y pedante de aturdir á mis compañeros, había algo que me atraía sinceramente hacia el campo filosófico. Complacíame sobremanera la hermosa libertad reinante en la esfera de las ideas generales. Constreñido por la rigidez y carácter obligatorio de las leyes físicas y naturales, aparecíaseme la metafísica como un dichoso país de liberación. En él campea libremente la fantasía creadora, sin más condiciones que exornar sus audaces conjeturas con las galas del ingenio y presentarlas con las apariencias de un sistema coherente.

Excusado será advertir que tan enfadoso juglarismo dialéctico contribuyó muy poco á mi formación espiritual, á menos que se consideren como ganancias positivas

Biblioteca Nacional de España

cierta agilidad de pensamiento y algo de sano escepticismo. Sin embargo, la afición á los estudios filosóficos, que adquirió años después caracteres de mayor seriedad, sin transformarme precisamente en pensador, contribuyó á producir en mí cierto estado de espíritu bastante propicio á la investigación científica. De ello trataremos oportunamente.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXI

Recién Licenciado en Medicina, ingreso en el Cuerpo de Sanidad Militar.—Mi incorporación al ejército de operaciones contra los carlistas.—El españolismo de los catalanes.—Mi traslación al ejército expedicionario de Cuba.—Coloquio de dos camaradas ávidos de nuevas impresiones.—Mi embarque en Cádiz con rumbo á la Habana.

En Junio de 1873, y á la edad de veintiún años, obtuve el título de Licenciado en Medicina. Creía mi padre conservarme algún tiempo á su lado, estudiando á conciencia la *Anatomía descriptiva y general*, con el objeto de tomar parte en las primeras oposiciones á cátedras de esta asignatura; pero la llamada *quinta de Castelar*, es decir, el servicio militar obligatorio ordenado por el célebre tribuno para hacer frente á la gravedad de las circunstancias políticas, malogró el programa paterno. Como todos los mozos útiles de aquel reemplazo fuí, pues, declarado soldado. Vime obligado á dormir en el cuartel, á comer rancho y hacer el ejercicio.

No duró mucho mi vida de recluta. Anunciáronse por entonces oposiciones á plazas de médicos de Sanidad Mi-

Biblioteca Nacional de España

litar, y decidí acudir á ellas. Si tenía la suerte de conseguir plaza, en vez de servir á la República de soldado raso, la serviría de oficial, con graduación de teniente.

Con estas esperanzas solicité, y obtuve de mis jefes, permiso para trasladarme á Madrid y tomar parte en el certamen. Estudié de firme un par de meses, y tuve la satisfacción de ganar plaza, dando con ello grata sorpresa á la familia. En los ejercicios de oposición, sin rayar á gran altura, no debí portarme del todo mal, ya que entre 100 opositores (para 32 plazas), se me adjudicó el núm. 6. A decir verdad, lo que me prestó cierto lucimiento fué el acto de la operación, con ocasión de la cual describí minuciosa y metódicamente la anatomía de la pierna (tratábase de una amputación). En cambio, en los demás ejercicios estuve perfectamente vulgar.

Por cierto que mi falta de método en la preparación del ejercicio escrito estuvo á punto de costarme la eliminación. A causa del exceso de lectura, se me pegaron las sábanas el día del ejercicio, y llegué al Hospital Militar (situado entonces en la calle de la Princesa) á las ocho de la mañana, es decir, una hora después de comenzado el acto. Entretanto, el tribunal me había excluído. Gran triunfo fué conseguir la entrada en el local. A fuerza de ruegos, logré al fin enternecer al bondadoso Dr. Losada, Jurado del tribunal. Ya en el salón, transcurrieron más de quince minutos sin que nadie me atendiese, ni lograra que los opositores, absortos en su trabajo, me cedieran sitio para escribir. Lleno de impaciencia, y resuelto á todo, híceme lugar de un furioso codazo, arrebaté al más próximo unas cuartillas, y comencé á disertar sobre la *Etiología del cólera morbo*, tema que nos había tocado.

Llevaba apenas escrita una plana cuando, agotado el tiempo, dióse por concluso el acto. Naturalmente, mi

Biblioteca Nacional de España

pobre disertación debió alcanzar pocos ó acaso ningún punto.

Incidentes de este género me han ocurrido más de una vez en oposiciones, porque entre mis defectos, acaso el más grave, fué siempre la falta absoluta de método y de mesura en el trabajo.

Después de pavonearme en Zaragoza con mi nombramiento de médico segundo de Sanidad Militar, y de lucir ante los camaradas envidiosos el flamante uniforme, recibí orden de incorporarme al regimiento de Burgos, de operaciones en la provincia de Lérida (1). Esta fuerza, en unión de un batallón de cazadores, un escuadrón de coraceros y algunas baterías de artillería de campaña, componían 1.400 ó 1.600 hombres, á las órdenes del simpático y caballeroso coronel Tomasetti.

Los lectores contemporáneos de aquellos amenos tiempos de la Revolución, donde la historia se fabricaba al minuto, recordarán que, tras la abdicación de D. Amadeo de Saboya y del desenfreno y anarquía de la República radical, subió Castelar al Poder. Con un sentido gubernamental de que carecían sus predecesores, restableció severamente la disciplina militar, nutrió las filas del desorganizado ejército con su célebre leva, y restauró, en fin, el extinguido Cuerpo de Artillería.

Todo auguraba el comienzo de una nueva era de orden y de relativa tranquilidad, precursora de paz duradera. Pero antes había que vencer la insurrección cubana y reducir al carlismo, cada día más pujante y amenazador en las provincias del Norte.

A decir verdad, á mi llegada á Cataluña algo habían

---

(1) Mi pasaporte para incorporarme al ejército de Cataluña, data del 3 de Septiembre de 1873.

Biblioteca Nacional de España

mejorado las cosas. Ya no se oía el vergonzoso «que baile» con que los soldados indisciplinados saludaban al oficial; ahora los jefes eran obedecidos, y reinaba en las tropas el mejor espíritu. Las partidas de Savalls, de Tristany y de otros cabecillas, meses atrás entregadas á toda suerte de desafueros, batíanse en retirada ó evitaban cuidadosamente el contacto con nuestras columnas.

Muchas poblaciones liberales secundaban la acción de las tropas, organizando milicias locales y escarmentando más de una vez, como ocurrió en Vimbodí, á las huestes carlistas. Precisamente nuestra brigada tenía por principal misión evitar el saqueo de las ricas villas del llano de Urgel y regiones fronterizas de la provincia de Tarragona. Por donde se justificaban nuestras continuas marchas y contramarchas desde Lérida, nuestro cuartel general, á Balaguer y Tremp; de Lérida á Tárrega; de Tárrega á Cervera; de Cervera á Verdú ó á Igualada; de Tárrega á Borjas y Vimbodí, etc.

En estas idas y venidas nos pasamos cerca de ocho meses sin sorprender una sola vez al enemigo, no obstante perseguirle incesantemente. Extrañábame la exactitud cronométrica con que nuestra vanguardia llegaba á las aldeas ocupadas por los facciosos, doce horas justas después de haberse éstos retirado. Parecía aquello el juego de la gallina ciega. Claro que, como médico y soldado, no podía quejarme. En siete meses de guerra—vamos al decir,—no tuve ocasión de oir el silbido de las balas ni de curar un herido. Los efectos de alguna caída de caballo, tal cual indigestión, y algún regalo de la Venus atropellada y barata..., y pare usted de contar.

Dejo á los técnicos el juicio de aquella campaña. Tengo por indudable que, evitando las depredaciones carlistas

Biblioteca Nacional de España

en las prósperas ciudades catalanas, satisfacíamos primordial necesidad. Pero mi espíritu, ávido de emociones fuertes y de peripecias bélicas, deploraba la placidez parsimoniosa de la campaña.

Hoy esta parsimonia, mil veces repetida en nuestras guerras civiles, cáusame menos sorpresa. Constituye síntoma de una enfermedad constitucional irremediable y característica de la raza hispana. Por algo la reconquista se prolongó tres siglos, y nuestras guerras civiles duraron siempre seis ó siete años. Ni es de extrañar que la convalecencia económica, tras nuestras interminables y asoladoras contiendas, se haya medido por décadas, y nuestro retraso intelectual y cultural por siglos. ¡Felices los países en que la diligencia es una de las formas de la honradez patriótica! Para cada general *dinámico*, á lo Martínez Campos, hemos contado por docenas los tardígrados con fajín. ¡Oh santa pereza, musa de nuestros políticos y soldados!... ¡Si al menos hubiéramos logrado propagar nuestra *enfermedad del sueño* á los extranjeros!... Pero volvamos al asunto.

Nada interesante puedo referir de lo ocurrido durante mi estancia en Cataluña. Aquellos paseos militares completaron admirablemente mi educación física, y me permitieron estudiar á fondo el alma del honrado payés catalán.

Aunque el médico militar era entonces *plaza montada*, con derecho, por tanto, á bagaje—de no poseer caballo propio,—yo prefería hacer las etapas á pie, conversando con los oficiales. En los grandes trayectos, aprovechábamos la caballería para conducir el equipaje y las provisiones de boca del asistente y practicante; los cuales, dicho sea de pasada, ejercían sobre mí irresistible tiranía: me administraban la paga y me guiaban pater-

Biblioteca Nacional de España

nalmente en los mil incidentes y tropiezos de la vida militar. El asistente, simpático muchacho alicantino, era un zahorí para husmear provisiones. Hasta en aldeas recién saqueadas por los facciosos, sabía afanar un pollo furtivo ó sonsacar un trozo de butifarra. Y como en casi todos los pueblos tenían novia, yo participaba á menudo de los finos agasajos (tortas, dulces, pañuelos, calcetines, etc.) con que las pobres muchachas creían asegurarse la volandera afición de mis acólitos. ¡Oh juventud, y cómo hermoseas á los ojos del viejo hasta el recuerdo de los más triviales sucesos!...

En cierta ocasión, creí firmemente satisfacer mis ansias dramáticas, presenciando, al fin, un hecho de guerra. Empero no tuvo efecto, si bien la operación emprendida resultó singularmente penosa aun para mis excepcionales facultades de peatón. Pernoctábamos plácidamente en Tárrega, deleitosa Capua del regimiento de Burgos, cuando antes del alba sonó la diana. Pusímonos en pie, creyendo que, según costumbre, tomaríamos la vuelta de Agramunt ó de Verdú; pero la jornada fué de prueba, como que se prolongó más de 14 leguas. Parece que nuestro coronel había recibido, durante la noche, un parte del capitán general de Cataluña, ordenándole que, lo más rápidamente posible, se pusiese en marcha para el Bruch, donde debía escoltar cierto convoy salido de Barcelona con dirección á Berga, á la sazón asediada por los carlistas. Caminamos, pues, de Tárrega á Cervera, de Cervera á Calaf, de Calaf á Igualada, y de Igualada al Bruch. Tras breves horas de descanso en esta última población, y reunidos al convoy, pernoctamos, llegada la media noche, en Manresa. Los soldados hallábanse atrozmente fatigados; nuestra impedimenta de enfermos y rezagados era imponente.

Biblioteca Nacional de España

En cuanto á mí, no obstante la fatiga y los efectos de unas malditas botas recién estrenadas, tuve aún humor para admirar desde el Bruch las ingentes y rojizas moles del Monserrat, y de fantasear con los oficiales acerca de la famosa derrota de los franceses en la heroica villa. En fin, al siguiente día juntáronsenos nuevas fuerzas, y continuamos la marcha por Sallent, donde pernoctamos, hasta las inmediaciones de Berga. Caminábamos con las precauciones necesarias, pues temíamos que los carlistas prepararan una emboscada ó nos acometieran en las gargantas del Llobregat. Pero defraudando mis esperanzas, los facciosos, noticiosos de las respetables fuerzas que escoltaban el convoy, levantaron el sitio de la plaza. No experimenté, pues, más sensación guerrera que la impresión agridulce de una noche de campamento pasada en las montañas que rodean Berga, amén de un fuerte catarro producido por el relente.

De los catalanes de entonces conservo grato é imborrable recuerdo. En Tárrega, en Cervera, en Balaguer, etc., se nos recibía con entusiasmo; más aún, con muestras de cordial simpatía.

Innecesario resultaba á nuestra llegada el reparto de boletas de alojamiento; cada cual entraba en la casa donde le habían albergado otras veces, porque sabía que el huésped le acogería cordialmente. Aún tengo presente á mi buenísimo patrón de Tárrega, honrado comerciante de paños, padre de varios excelentes y laboriosos hijos, el cual me cobró tal afección, que me convidaba á su mesa, me regalaba caza y golosinas y me adelantaba dinero cuando las pagas se retrasaban. Caído una vez enfermo y no pudiendo seguir á la columna, cuidóme solícitamente, y llegada la convalecencia, tuvo conmigo la complacencia de facilitarme dinero y un traje de pai-

Biblioteca Nacional de España

sano para hacer una rápida gira á Zaragoza (1), en tanto regresaba mi regimiento.

En las casas donde se celebraban reuniones, y hasta en las familias más modestas, las señoritas tenían á gala hablar castellano, y se desvivían por hacer agradable nuestra estancia. Consideraban el catalán como un dialecto familiar, adecuado no más á la expresión de las dulces emociones del hogar. Y este sentimiento de adhesión al ejército y á España no latía solamente en las modestas villas del llano de Urgel y del Priorato, agradecidas á nuestra protección; alentaba en todas las provincias catalanas.

Siempre recuerdo con gratitud la acogida generosa de mi patrón de Sallent, un médico veterano, padre de numerosa prole. Al verme calado por la lluvia, fatigado por varias horas de marcha y aterido de frío, la familia del huésped me recibió afablemente, colmándome de delicadas atenciones. Encendieron lumbre, no obstante lo avanzado de la noche; prepararon suculenta cena y abrigáronme con ropa enjuta mientras se secaba á la llama el uniforme. En suma; la amable señora é hijas de mi patrón diéronme, con sus cariñosas solicitudes, la impresión que debe sentir el hijo aventurero reintegrado al hogar y acogido en el cálido regazo de la madre.

¡Oh!... entonces los catalanes amaban á España y á sus soldados...; ¡mientras que ahora!...

En Abril del año 1874 recibí la orden de trasladarme al ejército expedicionario de Cuba. Por aquel tiempo recrudecióse la guerra separatista en la Gran Antilla, mo-

(1) El disfraz de paisano era necesario, porque los carlistas registraban á menudo el tren que hacía el recorrido de Barcelona á Zaragoza.

Biblioteca Nacional de España

tivando en la Sanidad Militar de la Península nuevos sorteos de personal para cubrir las bajas de Ultramar. Yo fuí uno de los designados por la suerte. El paso á Cuba implicaba el ascenso al empleo inmediato, es decir, la graduación de capitán *(primer ayudante médico)*.

Me despedí, pues, con pena de mis paternales patrones de Tárrega y Cervera, á quienes ya no debía volver á ver, así como del regimiento de Burgos, en que dejaba inolvidables amigos, entre los cuales incluyo á mis practicante y asistente; hice una escapada de turista á Barcelona para admirar el mar, que no conocía (y en el cual iba á navegar diez y ocho días seguidos), curiosear los barcos del puerto y subir á los altos de Monjuich, desde donde contemplé el soberbio panorama de la ciudad; y en fin, satisfecha mi curiosidad, regresé á Zaragoza.

Mi atolondrado afán de ver tierras y abandonar la Península, contrarió mucho á mi padre. Trató, pues, de disuadirme del viaje, aconsejándome la petición de la licencia absoluta. Pintóme con los más negros colores la insalubridad de la isla y el peligro de una campaña, en la cual me exponía á perecer obscuramente; me recordó que mi porvenir estaba en el profesorado y no en la milicia; apuntó, en fin, el temor de que, á mi regreso de Cuba, naufragaran mis conocimientos anatómicos, tan laboriosamente adquiridos, y diese al olvido ambiciones nobles y generosas... Pero yo, tenaz siempre en mis propósitos, atajé sus razones, diciendo que consideraba vergonzoso desertar de mi deber, solicitando la licencia. «Cuando termine la campaña será ocasión de seguir sus consejos; por ahora, mi dignidad me ordena compartir la suerte de mis compañeros de carrera y satisfacer mi deuda de sangre con la patria.»

A fuer de sincero, declaro hoy que, además del austero

Biblioteca Nacional de España

sentimiento del deber, arrastráronme á Ultramar las visiones luminosas de las novelas leídas, el morboso prurito de aventuras peregrinas, de contemplar, en fin, costumbres y tipos exóticos...

En este afán novelesco—por cierto muy viejo en mí—acompañábanme también algunos condiscípulos y, por de contado, mi hermano Pedro, dos años más joven que yo; el cual, dicho sea entre paréntesis, mostrando una resolución increíble en un muchacho de trece á catorce años, había ahorcado tiempos atrás sus hábitos de estudiante, fugándose en compañía de un amigo de la casa paterna y dando al fin con sus huesos en el Uruguay, donde le ocurrieron las más sorprendentes aventuras (1). Entre mis condiscípulos y amigos, el que con más entusiasmo compartía mis ensueños románticos, era Cenarro. Recuerdo que, recién acabada la carrera, discurríamos ambos por el Paseo de los Ruiseñores; hablábamos del porvenir, y, en vena de confidencias, nos comunicamos nuestros más íntimos anhelos y esperanzas.

—A mí me entusiasma extraordinariamente—decíame Cenarro—el *Ejército*, y sobre todo la *Sanidad Militar*. Sólo esta carrera es capaz de satisfacer el ansia más viva de mi alma, que consiste en abandonar este rincón de tierra esteparia, cambiar diariamente de escenario, y presenciar espectáculos emocionantes y pintorescos. Un

---

(1) El hijo pródigo regresó ocho ó diez años después de su fuga, y arrepentido de su conducta, se formalizó en el trabajo y acabó honrosamente los estudios médicos. Convertido hoy en clínico reputado, figura entre los profesores de la Facultad de Medicina de Zaragoza. A su tiempo, haremos mención de sus interesantes y fecundas investigaciones sobre la Histología comparada del sistema nervioso.

Biblioteca Nacional de España

destino en Puerto Rico, Cuba, África ó Filipinas, me haría el más dichoso de los hombres...

—Coincido—contesté—en absoluto con tus opiniones. También yo estoy asqueado de la monotonía y acompasamiento de la vida vulgar. Siento sed insaciable de libertad y de emociones novísimas. Mi ideal es América, y singularmente la *América tropical*, ¡esa tierra de eterna primavera, tan celebrada de los poetas!... Sólo allí la naturaleza se muestra tan grandiosa como variada, y las plantas, eternamente verdes, alcanzan el sumo de su potencialidad vegetativa. La fauna misma—pájaros é insectos—parece allí dibujada por un artista de genio, pródigo de la luz y del color. Aquí, en cambio, la naturaleza vive como en precario, expandiéndose en formas ruines, y mostrando, bajo un cielo implacablemente azul, tonos apagados. ¡Cuánto daría yo por salir de este desierto y sumergirme en la manigua inextricable!...

Los dos amigos satisficimos al fin nuestra ardiente curiosidad. Pocos años después del precedente coloquio, Cenarro, convertido en médico militar, vivía en Tánger, agregado á la embajada española. Allí pudo estudiar á su sabor costumbres exóticas y razas diversas. En cuanto á mí, transcurridos menos de dos años, encontrábame sumergido en aquella tan admirada manigua antillana; en aquellas selvas sombrías, tan tristes y dolorosas en la realidad, como seductoras é idílicas en las teatrales descripciones de Bernardino de Saint Pierre! Los encomiadores de la naturaleza tropical sólo habrían olvidado un pequeño detalle: que aquel paraíso del mundo vegetal es sencillamente inhabitable para el hombre!...

Pero volvamos al asunto. Persuadido mi padre de que mi resolución era inquebrantable, trató de dulcificar en lo posible mi futura suerte en las Antillas. Al efecto, pro-

Biblioteca Nacional de España

curóme cartas de recomendación para el Capitán general y otros personajes de la isla de Cuba. Confiaba en que, merced á ellas, se me destinaría á un puesto relativamente salubre, por ejemplo, á una guarnición en Puerto Príncipe, Santiago ó la Habana.

Provisto, pues, de mis cartas y recibida la paga de embarque, me trasladé á Cádiz, donde debía zarpar el vapor *España* con rumbo á Puerto Rico y Cuba. Allí nos juntamos varios compañeros, entre ellos A. Sánchez Herrero (1), á quien acompañaba su señora, y Joaquín Vela, simpático paisano y casi condiscípulo mío, pues había terminado la carrera un año antes que yo.

La impresión que me produjo la *tacita de plata*, con sus casas blancas, sus calles aseadas, rectas, cruzadas en ángulo recto y oreadas por la brisa del mar, fué excelente. No fué tan grata la causada por los gaditanos. Acaso por mi aire de doctrino, que invitaba al abuso, ó por el hábito consuetudinario de explotar sin conciencia al forastero, ello es que en los dos ó tres días pasados en la ciudad andaluza, sólo tuve reyertas y desazones.

Ya al salir de la estación topé con una caterva de faquines y granujas que, sin hacer caso de mis protestas, repartióse instantáneamente mis efectos; y al llegar al hotel (recuerdo que era el *Hotel del Telégrafo*), se armó la consiguiente trapatiesta sobre si éste llevó un paraguas, esotro una maleta, aquél un bastón y el de más allá creyó recibir la orden de cargar con el baúl, adelantándosele un compañero... Poco menos que á trompadas

---

(1) D. Abdón Sánchez Herrero abandonó en Cuba la carrera militar y llegó, por su aplicación y talento, á Catedrático de Patología médica en la Universidad de Valladolid. Después regentó esta misma cátedra en Madrid, donde murió prematuramente.

Biblioteca Nacional de España

tuve que sosegar á aquella chusma, amén de repartir buen puñado de pesetas; y eso ante las barbas de los representantes de la autoridad, que lo tomaban todo á chacota. Llegado el siguiente día, visité algunos comercios, y sorprendióme el escandaloso precio de las prendas de uso común: por un sombrero que en Madrid costaba veinticuatro reales, pedíanme en todas las tiendas cincuenta. Un compañero más avisado que yo me aclaró el enigma, informándome que los marchantes gaditanos estaban confabulados para saquear metódica y piadosamente al forastero, singularmente al *indiano*, elevando hasta el doble el costo de las ropas, sombreros y artículos de viaje (1) En las calles, resultaba vejatorio preguntar á un mirón ó á un mozo de cuerda, porque á seguida alargaba la mano para cobrarse el servicio. Tan en las entrañas de aquella gente estaba la explotación inconsiderada del extraño, que hasta los mozos del hotel cobraban un tanto por ciento por cada viajero conducido á tiendas, cafés ó casas de recreo. Para terminar con estas enfadosas sacaliñas, referiré lo que me ocurrió al embarcar. Ajusté un bote en el puerto para abordar el vapor, y cuando promediábamos la travesía, se me plantó el patrón. Y simulando esfuerzos sobrehumanos contra el oleaje, me advierte «que reinaba furioso levante y debía yo, según tarifa, abonarle el doble y por adelantado». A todo esto estábamos en medio de la bahía y faltaba media hora para la salida del trasatlántico. Exasperado por la desvergüenza y harto de sonsacas descaradas, fuíme derecho al *truchiman* y agarrándole por el cuello

(1) Si no recuerdo mal, en el *argot* de la ciudad llamaban á los comerciantes confabulados la *sociedad de los guiris*. Excusado es decir que de sus redes escapaban los vecinos de la ciudad.

Biblioteca Nacional de España

le grité con voz colérica: «O rema usted con toda su alma, ó le rompo ahora mismo el bautismo». Sólo al sentir las rudas caricias de mis puños, amansóse el granuja, tornando con ardor á la faena y murmurando «que todo había sido pura broma».

Supongo que, desde tan remota fecha, las cosas habrán cambiado mucho, y que las autoridades locales, celosas del buen nombre de la ciudad y atentas á la defensa de sagrados intereses económicos, se habrán dado maña para desterrar dichos excesos. Porque estas cosas, que parecen pequeñas, tienen suma trascendencia para la vida de un emporio comercial. En cuanto á mí, quedé tan escarmentado, que jamás, ni aun habiendo pasado después varias veces en mis jiras andaluzas cerca de la patria de Columela, he sentido tentación de visitarla.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXII

Llegada á la Habana.—Soy destinado al hospital de campaña de «Vista Hermosa».—Enfermo, al poco tiempo, de paludismo.—Aprovecho mi forzada quietud para aprender el inglés.—Mi dolencia se agrava y se me concede licencia para convalecer en Puerto Príncipe.—Iniciada mi mejoría, soy destinado á la enfermería de San Isidro en la «Trocha del Este».—La vida en la Trocha.—Música á la luz de la luna.—Mis cándidos quijotismos me impulsan á corregir abusos administrativos, y sólo consigo que me empapele el Jefe de la fuerza.

La travesía hasta *Puerto Rico* y *Cuba* hízose con mar bella y excelente humor. Por entonces la *Compañía Trasatlántica* de Comillas, daba buen trato, y no faltaban á bordo distracciones, sin contar la murmuración, socorrido recurso de todos los pasajes. Pero á mí interesábanme harto menos las personas que las cosas. De día concentraba mi atención en el magnífico espectáculo del mar: el vuelo de las gaviotas, la persecución de los tiburones, el salto de los peces

Biblioteca Nacional de España

voladores y esas como flores flotantes de aspecto gelatinoso y sutil, que se llaman *medusas*, *sifonóforos*, etc., etc. Llegada la noche, me abismaba en la contemplación de aquel cielo, cuyas constelaciones se renovaban conforme nos aproximábamos al ecuador. Hasta en el negro oleaje encontraba encantos inefables. En noches de calma no se limitaba á copiar pasivamente las luces del firmamento, sino que irradiaba propios y misteriosos fulgores. Y mi curiosidad infantil se embelesaba persiguiendo la estela fosforescente de enjambres de *noctilucos*, excitados por el suave batir de la cola del pez ó por la formidable sacudida de la hélice. Como se ve, mi afán de nuevas impresiones íbase satisfaciendo.

Hacia el día 16 de la navegación, surgió muy de mañana la ciudad de San Juan de Puerto Rico, con su imponente fortaleza militar y su blanco caserío, dispuesto en pintorescas graderías. Impaciente por pisar la tierra descubierta por Colón, aproveché el alto del vapor para corretear la ciudad y la campiña inmediata, donde devoré con los ojos algunas muestras de la flora tropical. En fin, reanudado el viaje, dos días después arribamos á la Habana.

Maravilloso é inolvidable es el panorama de la populosa capital cubana vista desde lejos. A la izquierda, conforme se entra en la bahía, se impone, gracias á su mole formidable, el castillo del Morro, erizado de cañones y comparable en forma y posición al de Monjuich; y, á la derecha, extiéndense en serie interminable, casas, palacios y quintas entrecortadas por bellísimos jardines desbordantes de frondas y flores tropicales. En fin, ya dentro de la bahía, especie de hoz mellada por innumerables calas y promontorios, descúbrese el puerto, frontero del barrio comercial, y hacia el fondo varias co-

Biblioteca Nacional de España

linas rientes cuyas faldas salpican amenos arrabales y deliciosos jardines.

Fuera ocioso é inoportuno detenerme á describir las bellezas harto conocidas de la Habana y de su campiña. Tampoco entra en mis cálculos referir menudamente mis impresiones de viajero. Me concretaré solamente á declarar que la primera gran ciudad americana visitada por mí parecióme mera continuación de Andalucía. En efecto, *andaluza* es el habla, llena de dulzura y graciosos ceceos; *andaluzas* las casas (formadas de planta baja y principal), con sus encantadores patios y jardines, y *andaluz* el espíritu fino y soñador, pero lánguido y perezoso, del criollo.

Quizás fué grave mal para la prosperidad económica de la América española el no haber, desde el principio, aprovechado preferentemente para la empresa colonizadora nuestras fuertes razas del Norte, desbordantes de natalidad y ennoblecidas por el doble culto al trabajo y al ahorro; en lugar de recurrir casi exclusivamente á la gente andaluza y extremeña, inteligente, generosa y capaz de todos los heroísmos, según acredita la historia, pero de inferior aptitud para las fecundas luchas del comercio y de la industria.

Acerca de mis emociones de turista, ávido de sensaciones nuevas, concretaréme á decir que todo atraía mi curiosidad y en todo hallaba ocasión de enseñanza y admiración: la extraña mezcla de razas circulantes por las calles; la belleza de los parques, donde además de flores peregrinas y de pitas gigantescas, crecían elegantísimas palmeras; los sabrosos frutos del país, como el plátano, el coco, el mango y la piña; los árboles frondosísimos de hoja perenne, entretejidos por exuberantes lianas ó bejucos; un cielo tan pronto azul como gris, y habituado á

Biblioteca Nacional de España

desatarse en furiosas tormentas; y por encima de aquella naturaleza desbordante, el padre sol cayendo á plomo, y como plomo derretido, sobre nuestras cabezas.

Cuando se codicia ardientemente una cosa, la realidad suele burlar la esperanza. Pero á mí no me defraudó el deseo: ante la realidad palpitante, las imágenes de los libros conservaron sus prestigios. Por lo cual vivía yo como soñando ó como sumergido en una especie de encantamiento.

En algunas cosas, no obstante, sufrí decepción; por ejemplo: en las famosas *selvas vírgenes*, tan celebradas por los poetas románticos. Ante mis interrogaciones reiteradas, las gentes del país me señalaron la *manigua*, mas tal indicación parecióme un engaño. En vez del bosque milenario, no profanado por planta humana, me encontré con vulgar matorral sembrado de arbolillos, creciendo en desorden. Consoléme hasta cierto punto, considerando que las necesidades de la colonización habían impuesto el descuaje de la primitiva selva. Ni era cosa de establecer cercados de bosque, á guisa de vedados de caza, para deleite de los futuros amantes de la naturaleza. ¡Lástima no haber arribado cuatro siglos antes, cuando los compañeros de Colón hollaron tantas augustas virginidades!...

De la fauna quedé también mediocremente entusiasmado. Escaseaban los animales indígenas, y los que veía resultaban poco impresionantes. Ni un jaguar, ¡ni siquiera una simple serpiente de cascabel! En mis correrías por los alrededores de la ciudad, sólo pude observar el vulgarísimo *gorrión* rapaz, cosmopolita como el europeo, é importado de España; algunos *cuervos* y *tordos*, y cierto pájaro menudo y nada vistoso, llamado por los guajiros *vigirita*. (Aludiendo sin duda al carácter indíge-

Biblioteca Nacional de España

na y delicadeza de este pajarillo, nuestros soldados designaban *vigiritas* á los criollos, y particularmente á los *mambises* ó insurrectos). Solamente enjaulados, admiré al polícromo *papagayo* de las Antillas y preciosos ejemplares de *colibríes* del Perú.

Contrarióme asimismo la total extinción de la raza indígena. En su lugar, y entregada á las más rudas faenas, aparecía la raza negra y sus variados mestizajes, de que los cargadores del muelle constituían arrogantes ejemplares. En cuanto al criollo, se me ofreció cual pálida planta de estufa, vegetando muelle y parásitamente á expensas de la savia del africano ó del mulato. Alguna vez, sin embargo, encontré entre los criollos tipos activos y robustos; mas por lo común, y salvadas algunas excepcionales complexiones, la raza blanca parecióme incapaz de resistir los ardores y peligros del clima tropical. Aludo, naturalmente, al europeo ocupado en las faenas agrícolas y expuesto, por tanto, á esa muchedumbre de parásitos de que son, á menudo, portadores los mosquitos (paludismo, fiebre amarilla, etc.). Claro es que el criollo confinado en las urbes, entregado al comercio ó á profesiones ajenas al esfuerzo muscular y al rigor del aire libre, resiste mucho más á las múltiples condiciones patogénicas; así y todo, su vigor sólo se mantiene indecadente á costa de reiteradas inoculaciones de sangre europea. En virtud de esta exquisita acomodación á la vida sedentaria, la mujer cubana, no sólo ha conservado mejor que el hombre la semilla de la raza, sino que ha afinado su femenidad, adquiriendo, así en lo espiritual como en lo físico, dulzuras y suavidades excepcionales ó desconocidas en las bellezas de Europa.

En estos curioseos y novelerías transcurrió cerca de un mes. Terminado el período de aclimatación, hízose nece-

Biblioteca Nacional de España

sario distribuir el personal médico recién venido de la Península. A tal propósito, nos reunimos un día los candidatos en la Inspección de Sanidad; allí se nos informó de las plazas vacantes. Las había de médico de regimiento en las columnas de operaciones; de profesores de guardia en los hospitales urbanos, y, en fin, de directores de enfermerías de campaña.

Habida cuenta de mi carácter sandiamente quijotesco, supondrá fácilmente el lector que me sería adjudicado uno de los peores destinos. Y así fué, en efecto. Por un sentimiento de equidad, me abstuve de presentar las cartas de recomendación. Quise correr mi suerte, ó mejor dicho, la suerte que no quisieran correr mis compañeros, los cuales, harto más prácticos y limpios de mis escrúpulos éticos, removieron cielo y tierra para asegurarse las plazas de hospital, ó en su defecto, las de médico de batallón. Para los tontos ó desvalidos quedaron reservadas las enfermerías de la manigua ó de las trochas, estaciones aisladas, de difícil aprovisionamiento, y extraordinariamente insalubres.

Sin duda que el médico de batallón en campaña corría también serios peligros; pero tenía al menos la ventaja de cobrar puntualmente y sabía que, tras algunos días de marcha, habría de regresar á la capital del distrito para restaurar fuerzas, remendar alifafes y participar de las satisfacciones de la vida social. La enfermería que yo debía regentar era de las más peligrosas é incomunicadas: la de *Vista Hermosa*, perdida en plena manigua, y en el distrito de Puerto Príncipe, en medio de un país asolado y despoblado por la guerra.

Días después del reparto de plazas, zarpó el vapor que debía conducirnos á Nuevitas; en él nos embarcamos algunos médicos destinados al departamento central, con

Biblioteca Nacional de España

buen golpe de tropas de refresco para cubrir bajas. Cierto tren blindado que cruzaba un país desierto, cubierto de salvaje vegetación, nos trasladó en pocas horas desde Nuevitas á la capital del Camagüey. Alojéme en la famosa *Fonda del Caballo blanco*, donde se hospedaron también mis camaradas Vela y Sánchez Herrero. En fin, transcurrida una semana de exploración y curioseo, incorporéme á mi destino, aprovechando la marcha de una columna volante, encargada de racionar la enfermería.

Por cierto que durante la marcha, en un alto de la columna, y bajo el techo de una estancia abandonada, tuve por primera vez conocimiento del próximo advenimiento de la restauración monárquica. Invitado á tomar café con algunos jefes y oficiales, cierto comandante aragonés sorprendióme con esta pregunta, disparada á quema ropa:

—Usted, que acaba de llegar de España, ¿qué me cuenta de la venida de D. Alfonso?

—Creía yo—murmuré—que la República conservadora había conquistado la opinión.

—Bien veo, paisano, que vive usted en el limbo. ¡Cómo!... ¿Ignora usted que todo el ejército, sin excepción, es alfonsino, y que de un día para otro, y pese á las intrigas de los políticos de oficio, va á caer la República?...

Lleno de estupor dirijo una mirada interrogativa al coronel, jefe de la fuerza, para leer en sus gestos alguna señal de reprobación, ó al menos de contrariedad... Todo lo contrario. Pronto comprendí que lo expresado por mi paisano era diaria comidilla de la oficialidad, y que el ejército de Cuba, como el de la Península, se había pasado en masa al campo alfonsino.

En vano Castelar, con su prudencia política y espíritu discretamente conservador, había procurado consolidar la república, ideal de la revolución; el recuerdo de la in-

Biblioteca Nacional de España

disciplina militar y de la vergonzosa lucha de Cartagena, la habían matado definitivamente en el corazón del ejército y en el pensamiento de las clases directoras del país. El golpe de Estado de Pavía no pudo evitarse. Entonces acudieron á mi memoria ciertos hechos presenciados en Cataluña, acerca de cuya significación no había parado mientes. Cuando nuestra columna pernoctaba en una villa importante, los oficiales tertulianos del café ó del casino, formaban dos grupos: la masa principal, con el coronel á la cabeza, agrupábase en una ó varias mesas próximas, cuchicheando de política; mientras que un pequeño contingente, constituído por oficiales ó jefes de procedencia republicana, constituía rancho aparte. Dábase, pues, el caso singular de que, en plena república, los oficiales republicanos (cuyo número disminuía incesantemente) vivían como avergonzados de su origen, y eran tratados con desatención y casi con hostilidad por sus camaradas monárquicos.

Los sucesos hicieron pronto buenas las profecías del comandante.

Poco después (29 Diciembre de 1874) sobrevino la sublevación de Sagunto y la problamación de D. Alfonso XII.

Era *Vista Hermosa* un pequeño poblado asentado en suave altozano, rodeado de extensos maniguales. En el punto más culminante, alzábase un sólido fortín cuadrado, construído con gruesos troncos de árbol y acribillado de troneras. En él se alojaba una compañía (harto mermada por las enfermedades), á las órdenes del capitán jefe del puesto. A corta distancia estaba emplazado el hospital, enorme barracón de madera con techo de palma, y capaz para unas 300 camas. En los ángulos, dirigidos hacia la manigua, destacábanse dos minúsculos

Biblioteca Nacional de España

torreones, reforzados por parapeto de troncos y armados de troneras. En torno del fuerte y de la enfermería, únicos edificios de importancia, se amparaban los almacenes y algunas pobres rancherías de chinos y negros. En los alrededores se dilataba una zona ó descampado, limpio de bosque, cuyas hierbas había que segar con frecuencia, para que no nos envolvieran con su exuberante crecimiento, facilitando las sorpresas del enemigo.

Cada mes enviábanse desde Puerto Príncipe las raciones necesarias para el hospital y guarnición, aprovechando al efecto el paso de las columnas. En el intervalo, quedábamos absolutamente incomunicados con el mundo, siendo peligrosísimo aventurarse en la manigua más de un kilómetro, pues los mambises nos espiaban y era frecuente el tiroteo entre ellos y los centinelas.

Durante aquel tiempo, la enfermería á mi cuidado albergaba más de 200 enfermos, casi todos palúdicos ó disentéricos, procedentes de las columnas volantes de operaciones en el Camagüey.

Dormía yo junto á mis pacientes, dentro de la gran barraca, en un cuartito separado del resto por tabique de tablas. Además de la cama y mesa, contenía mi departamento, en pintoresca mescolanza, fusiles de los soldados muertos, cartucheras y fornituras de todas clases, cajas de galletas y azúcar, botes de medicamentos, singularmente del sulfato de quinina, providencia del palúdico. Con cajones y latas vacíos, dispuse en un rinconcito un laboratorio fotográfico y construí el estante destinado á mi exigua biblioteca.

Al principio, no obstante la fatiga y las emociones del ministerio médico, lo pasé bien, amenizando mis ocios con la lectura, el dibujo y la fotografía. Por fortuna, el

Biblioteca Nacional de España

aislamiento no fué nunca para mí motivo de tedio. La ausencia de vida social la he soportado siempre bien, gracias al noble vicio del arte. En él y en la lectura encontré siempre la grata sensación de un mundo interior más exquisito y real que la realidad misma. Sólo tan nobles preocupaciones nos emancipan de la tiranía de la voluntad ajena y de las acometidas del vulgar utilitarismo.

Lo malo fué que contra los microbios no valen filosofías ni arte. El espíritu se mantenía bien, pero entretanto el cuerpo decaía. La ración alimenticia, compuesta de pan, galletas, arroz y café, no era la más á propósito para criar sangre bien plástica y rica en *fagocitos*. Ni bastaba para entonar el organismo amenizar, de tarde en tarde, el *menú* con tal cual plátano ó coco, arrebatados eventualmente por algún negro merodeador de ingenios abandonados.

Al fin, caí enfermo de paludismo. Nubes de mosquitos nos rodeaban: además del *Anopheles claviger*, ordinario portador del protozoario de la *malaria*, nos mortificaban el casi invisible *gegén*, amén de un ejército de pulgas, cucarachas y hormigas. La ola de la vida parásita nos envolvía amenazadora. En el agua estancada nos acechaba el *amibo* de la disentería, y quién sabe si el *bacilo de la fiebre tifoidea*.

¡Qué cosa más triste es la ignorancia! ¡Y pensar que si, por aquella época, hubiéramos sabido que el vehículo exclusivo del paludismo es el mosquito, España habría salvado miles de infelices soldados, arrebatados por la caquexia palúdica en Cuba ó en la Península!... Para evitar ó limitar notablemente la hecatombe, habría bastado proteger nuestros lechos con simples mosquiteros ó limpiar de larvas de *anopheles* las charcas vecinas!...

Biblioteca Nacional de España

En vano tomaba dosis heroicas de sulfato de quinina. Por de pronto mejoraba; mas, transcurridos algunos días, volvía la accesión. Esta vino á ser diaria á causa, sin duda, de reinoculaciones muy próximas del *plasmodium*. Entretanto, había perdido el apetito y las fuerzas; el bazo se hipertrofiaba; mi color hízose terroso, andaba laboriosamente, y la anemia, la terrible *anemia palúdica*, progresaba de un modo alarmante. Al fin quedé postrado, siéndome imposible atender á los enfermos. Un practicante estulto me suplía; todo iba manga por hombro. Para colmo de desdicha, ¡al paludismo se agregó la disentería!...

Es cosa admirable el optimismo de la juventud. Mi vida estaba tan gravemente amenazada como la de los infelices soldados disentéricos, tuberculosos y palúdicos que morían en torno mío, y con todo eso, sosteníame fe tan robusta en los recursos defensivos de mi constitución que, en cuanto abonanzaban los síntomas, aprovechaba mi forzoso reposo, ora en tirar fotografías, ora en aprender el inglés; á cuyo efecto me había procurado en La Habana buen golpe de libros é ilustraciones yanquis, amén del indispensable Ollendorff. Creía firmemente que, en cuanto pudiera sustraerme á la influencia de aquellos miasmas (entonces se creía en los *miasmas* de los pantanos como causa de paludismo), recobraría rápidamente la salud. Tengo por seguro que mi profunda confianza en la *vis medicatrix* me salvó.

Por aquellos meses hubo en Vista Hermosa una alarma, que nos reveló la entereza y decisión de mis enfermos. Alboreaba una mañana, cuando nos sorprendió tumulto de gritos y de descargas. Arrojéme de la cama, vestíme sumariamente, y averigüé que cierta partida enemiga, emboscada en la manigua próxima, trataba de

Biblioteca Nacional de España

sorprendernos. En efecto, á simple vista divisábanse entre los árboles agitación de jinetes y peones, la mayoría negros y mulatos. El jefe de la guarnición apercibióse á tiempo de la amenaza, tomó rápidamente sus medidas defensivas, y me ofreció amparo en la fortaleza.

—No tenga usted cuidado—le dije.—Si los mambises atacan el hospital, sabremos defendernos; y en todo caso, mi deber es permanecer al lado de los enfermos.

Todo esto ocurrió en un santiamén. Era yo presa de la fiebre, y hallábame en un estado de exaltación casi delirante. No obstante, empuñé un fusil, me proveí de cartuchos y recorrí las camas, invitando á los enfermos menos graves á la común defensa. La mayoría de ellos, aun los postrados por la calentura, incorporáronse en el lecho y descolgaron el Remington. Los que podían tenerse de pie se concentraron en los bastiones del barracón; los imposibilitados de levantarse arrodilláronse en la cama, y desde ella y sacando el fusil por las ventanas, apuntaban al enemigo. Una descarga respondió al tiroteo de los mambises.

Mas los insurrectos, al encontrarnos tan apercibidos, retiráronse sin intentar repetir la hazaña de Cascorro, otro poblado como el nuestro, donde semanas antes habían sorprendido y macheteado á la guarnición.

Una vez más se frustraba, por fortuna, mi loco anhelo de bélicas contiendas. En mi entusiasmo olvidaba á menudo que mi cometido no era batirme, sino curar enfermos. ¡Pero me hubiera halagado tanto que, con ocasión de heroica defensa, se hubiera encomiado mi denuedo! Como se ve, el ansia de notoriedad, de vanagloria, me perseguía ¡hasta en la fiebre!...

Mi enfermedad, como dejo apuntado, marchaba de mal en peor. En vista de lo cual, solicité del inspector de

Biblioteca Nacional de España

Sanidad de Puerto Príncipe un mes de licencia. Aunque con dificultades y regateos de tiempo (faltaba personal para reemplazarme), se me otorgó al fin. Ya en la capital del Camagüey, un tratamiento racional, y más que nada la cesación de nuevas infecciones, me aliviaron mucho. La fotografía aquí reproducida da idea del aspecto chupado y anguloso de mi rostro, aun en la época de máxima reparación. En realidad había caído en ese estado de decadencia orgánica conocido con el nombre de *caquexia palúdica*, que debía por mi mal prolongarse muchos años, y de cuyas lejanas repercusiones morbosas soy todavía víctima. En vista de mi relativa convalecencia, el jefe de Sanidad, Dr. Grau, agregóme al Cuerpo de médicos de guardia del Hospital Militar de Puerto Príncipe, donde alterné con algunos amigos de la

Fotografía hecha durante mi convalecencia en Puerto Príncipe. En el fotograbado se han suavizado mucho las angulosidades del rostro.

Biblioteca Nacional de España

Península, y tuve el gusto de conocer al Dr. Ledesma (1), que sobresalía ya como operador habilísimo.

Mes y medio permanecí en la ciudad. Fué la época más agradable de mi estancia en Cuba. Todas las tardes concurrían al *Café del Caballo blanco*, entre otros camaradas, Joaquín Vela y Martín Visié, excelente amigo y condiscípulo. No obstante mis andanzas por cafés, casinos y tertulias caseras, tuve la entereza de resistir á los tres grandes vicios de nuestra oficialidad: el tabaco, la ginebra y el juego. Verdad que no estaba yo para trotes.

El alcoholismo, sobre todo, hacía estragos en el ejército. Del coñac y de la ginebra, mejor aún que del vómito, podía decirse que eran los mejores aliados del mambís. Fumando de lo más caro, y bebiendo ginebra y ron á todo pasto, no era extraño que muchos jefes y oficiales decayeran físicamente, tuvieran retenidas las pagas y pasaran apuros económicos.

También yo luché con dificultades de este género, aunque por causas independientes de mi voluntad. Durante mis cuatro meses de permanencia en la isla, no había recibido sino la primera paga de capitán (125 pesos oro). En vano remitía mensualmente á la Habana los justificantes de haberes. La penuria económica de los médicos de enfermerías no obedecía sólo al clásico desbarajuste de la administración española; debióse también al desfalco de un tal Villaluenga, farmacéutico del Hospital Militar de La Habana y habilitado general del Cuerpo de Sanidad, el cual se fugó á los Estados Unidos en compañía de 90.000 pesos.

---

(1) El Dr. Ledesma, hoy jefe prestigioso del Cuerpo de Sanidad Militar, llegó, como es sabido, por sus méritos profesionales, á médico de la Real Cámara.

Biblioteca Nacional de España

En esto del cobro de las pagas reinaba desigualdad irritante. Los médicos militares de servicio en las capitales percibían puntualmente sus haberes; para los médicos de batallón solían retrasarse algo, aunque disponían del recurso de recibir anticipos de la caja del regimiento ó de empeñar las pagas no cobradas en casas de comercio; pero los pobretes que prestábamos servicios en trochas ó en enfermerías de campaña, dependíamos en lo económico de la Habilitación general de La Habana, y sin relaciones de amistad con el comercio de las ciudades, quedábamos frecuentemente desamparados.

Tal me ocurrió á mí. Habiendo expuesto al Dr. Grau mi desagradable situación, tuvo la bondad de gestionar entre los compañeros un préstamo (125 pesos) á reintegrar, como era justo, de mis haberes atrasados. En aquellas azarosas circunstancias, mi demanda era obligada. Y, sin embargo, con sorpresa supe por el amigo Visié que aquel *guante* en favor de un compañero había desagradado profundamente.—¿Qué hombre es éste—decían—que, á poco de estar en la isla, necesita una limosna para vivir?... Apele, como los demás, al crédito; que se espabile y sacuda su cortedad de genio (1).

En efecto; yo fuí siempre poco *espabilado;* pero en aquella ocasión mis compañeros deslucieron una buena acción con una injusticia. ¡No se hacían cargo de que había pasado cuatro meses en un desierto, y de ellos tres

---

(1) Los había tan *largos y vivos* que cobraban tres ó cuatro veces una misma paga en diversos comercios. Pero más vale no hablar de ciertas combinaciones financieras... Justo es recordar, en descargo de los *hábiles*, que el desorden de la administración llegó por entonces al colmo, justificando en cierto modo incorrecciones que en época normal habrían parecido intolerables.

Para que se forme idea de cómo se generalizaba la corrupción

Biblioteca Nacional de España

gravemente enfermo!... ¡Mi crédito!... ¿Pero qué mercader de Puerto Príncipe querría prestar á un pobre diablo desconocido, de figura espectral y condenado verosímilmente á extinguirse en breve plazo en cualquier rincón de la manigua?...

El fallecimiento del médico director de la enfermería de San Isidro en la *Trocha del Este*, puso fin á mi situación provisional de profesor de guardia en Puerto Príncipe. Sin considerar que había en disponibilidad otros ayudantes médicos más modernos que yo, ni fijarse en que mi salud distaba mucho de ser espléndida, el doctor Grau designóme para reemplazar al compañero difunto, quien, por cierto, había sustituído á su vez á otro médico caído también en el cumplimiento del deber. Acepté dócilmente el nuevo cargo, aunque, á la verdad, hacíame poca gracia entrar en fila macabra con mis desdichados antecesores.

La enfermería de San Isidro era uno de los varios hospitales de campaña, anejos á la trocha militar del Este, que comenzaba en Bagá, pequeña población de la amplia bahía de Nuevitas. Emplazada en terreno bajo y pantanoso, adolecía si cabe de mayor insalubridad que Vista Hermosa, á la que llevaba, empero, la ventaja de la facilidad de comunicaciones y aprovisionamientos. Entre San Isidro y San Miguel de Nuevitas, la principal ciu-

---

administrativa, transcribimos estas palabras del informe del general Jovellar al ministro de Ultramar (13 de Enero de 1874): «La inmoralidad en todos los ramos de la administración, sin exceptuar la de Justicia, es la más corrompida del mundo... Sería necesar o separar las tres cuartas partes, por lo menos, de los magistrados, jueces y empleados de la administración civil y militar concusionarios».

Biblioteca Nacional de España

dad de la trocha, no lejos de Bagá, circulaba diariamente un tren militar ó *plataforma,* como nosotros lo llamábamos. Para protección del hospital, vasto cobertizo capaz para 300 enfermos, alzábase el clásico fortín, cuadrado, destinado á la guarnición. Algunos pobres bohíos, habitados por lavanderas y trabajadores negros de la trocha,

Fortín y tren militar de la Trocha del Bagá.

completaban el exiguo poblado, que dependía en absoluto, para los menesteres del comercio, de San Miguel.

De las excelencias higiénicas de San Isidro certificaban, de una parte, la guarnición, casi siempre enferma en sus dos tercios, y, de otra, el hecho singular de haber sido escogido aquel paraje—vasta sabana cruzada por ciénagas—como lugar de corrección de oficiales calaveras. Uno ó dos meses de destierro en San Isidro considerábase como recurso heroico capaz de domar las más salvajes rebeldías. Era fama que, acabada la suave con-

Biblioteca Nacional de España

dena, los oficiales levantiscos mostraban la más dulce de las tranquilidades: los unos, por la sencilla razón de haberse muerto; los otros, por yacer impotentes en el lecho del dolor...

A poco de mi llegada, pude comprobar las excelencias de esta disciplina moral. Acababa precisamente de fallecer cierto capitán borracho y pendenciero, y se preparaban á embarcar en la *plataforma* liberadora, con paso débil y mirada desfalleciente, dos oficiales recién cumplidos. Para reemplazarlos, llegaron, á los pocos días, un capitán de Administración Militar medio loco, pero muy listo, y con quien por cierto mantuve ruidosas disputas filosóficas, y tres oficiales de diversas armas, acusados de promover escándalos y cometer otros excesos en los cafés y demás centros de recreo. Eran gente alegre y dicharachera. En mi inocencia provinciana, pasaba muy buenos ratos oyéndoles. ¡Qué de novelescas conquistas amorosas!... ¡Cuántos ingeniosos recursos para burlar la antipática vigilancia de maridos y papás! ¡Qué de infalibles ardides contra la bolsa de los usureros!...

Lo malo fué que tan amenas pláticas se acabaron pronto. Una ó dos semanas después, casi todos aquellos arrogantes Lovelaces cayeron en cama con calentura. Y cuando sonó la hora de la ansiada libertad, arrojáronse del lecho, resueltos á no permanecer en San Isidro ni un minuto más. Dos de ellos fueron transportados al tren en camilla. Recuerdo que al decirme adiós, miráronme con esa conmiseración con que el rescatado de Argel debía contemplar al cautivo sin esperanza.

Tal fué el idílico y apacible retiro con que me obsequió el Dr. Grau, en cumplimiento de atribuciones y deberes indiscutibles. No me quejé, y no me quejo hoy. Al fin y al cabo alguno había de cargar con el mochuelo.

Biblioteca Nacional de España

No estará demás informar brevemente al lector de la significación del sistema defensivo de las *Trochas militares*.

Las *trochas* de Cuba eran caminos flanqueados por fuerte empalizada, con ó sin alambradas de refuerzo, y amparados cada 500 metros por *blockaus*, donde vigilaban pequeños destacamentos de soldados. Cada 1.000 ó más metros alzábase un fortín de madera, guarnecido por una compañía ó fracción de ella. A la altura de los poblados, la línea militar era defendida mediante puestos militares de cierta importancia, á cuya sombra se amparaban enfermerías y almacenes. La llamada *Trocha del Este ó del Bagá*, aunque no terminada, extendíase de Norte á Sur unos 52 kilómetros, comprendía tres ó cuatro hospitales de campaña, y secuestraba, en una inmovilidad enervante, varios miles de soldados. La trocha de Júcaro á Morón, mucho más larga, inmovilizaba ocho ó diez mil, que había que renovar cada tres ó cuatro meses. Épocas hubo en San Isidro, durante las cuales las tres cuartas partes de las guarniciones de la línea militar eran baja en las enfermerías, con lo cual, claro es, quedaban *blockaus* y fortines casi abandonados y á merced del enemigo.

En teoría, el plan—un tanto simplista y candoroso—parecia bien pergeñado. Nuestros técnicos militares debieron quizá discurrir así: Afecta la gran Antilla figura de salchicha, con dos estrangulaciones centrales divisoras del territorio en tres principales departamentos: el de las Villas y Occidental, rico y floreciente, y cuya tranquilidad importaba mucho asegurar; el Central ó del Camagüey, donde la insurrección tuvo siempre tenaces partidarios, y, en fin, el oriental (Bayamo, Holguín, Santiago, etc.), donde la rebelión alcanzaba todo su auge. «Si

Biblioteca Nacional de España

cortamos la isla de Norte á Sur—debieron pensar nuestros estrategas—por las susodichas escotaduras, mediante empalizadas y series de fortines, quedarán convertidas aquellas regiones en perfectos compartimentos estancos. Una vez terminadas, las trochas serán poderosas, no sólo á preservar del contagio revolucionario al próspero departamento de las Villas, fuente de valiosos recursos; darán también facilidades para que un ejército relativamente modesto vaya limpiando, sucesiva y metódicamente, de insurrectos cada compartimento estanco».

Los deséxitos de la campaña probaron, sin embargo, que las trochas constituyeron grave error militar. Acaso la de Júcaro á Morón prestó al principio, cuando las partidas revolucionarias alcanzaban exiguos contingentes ó constaban de soldados poco aguerridos, servicios positivos; pero ulteriormente, los inconvenientes superaron con mucho á sus harto discutibles beneficios. Todo el mundo pudo ver, y ello consta en las manifestaciones del general Portillo y en las representaciones al Gobierno del Capitán general Concha, que aquellas inexpugnables murallas de la China eran estratégicamente ineficaces. Cruzábanse impunemente por los insurrectos (recuérdese, entre otros cruces célebres, el de la trocha del Júcaro realizado por Máximo Gómez en 1874, para propagar el fuego de la rebelión á las Villas); inmovilizaban además sin fruto un copioso ejército que habría sido eficacísimo en el campo de operaciones; aumentaban en grado indecible, particularmente durante la época de las lluvias, las bajas por enfermedad (muchos fortines se alzaban en marismas y pantanos); y, en fin, consumieron en trabajos de explanación, fortalezas, construcción de estacadas, entretenimiento de hospitales y depósitos de víveres y medicamentos, sumas fabulosas, y precisamente

Biblioteca Nacional de España

cuando los apuros económicos de la metrópoli, desamparada á la sazón del crédito y desangrada por dos tremendas guerras peninsulares, eran verdaderamente abrumadores.

Cuando más tarde, aleccionados por dolorosa experiencia, abandonamos las trochas, éstas habían causado más de 20.000 víctimas (1). ¡Asombra é indigna reconocer la ofuscación y terquedad de nuestros generales y gobernantes, y la funesta insensibilidad con que en todas épocas se ha derrochado neciamente la sangre del pueblo!

Al narrar aquellos sucesos, después de ocurrida la catástrofe colonial, es difícil resistir á la tentación de formular apreciaciones de conjunto sobre los grandes desaciertos de nuestra política ultramarina. La característica de los estadistas españoles, consistió siempre en rechazar obstinadamente las lecciones de la historia. Ni los episodios de la emancipación de América, ni dos agotadoras campañas en Cuba, ni los juicios de los pocos políticos clarividentes que hemos tenido, como Aranda, Prim y Pi y Margall, hicieron mella en el cerril egoísmo de nuestras oligarquías de turno. Con una falta de mesura increíble en preclaros talentos, hombres como Castelar y Cánovas, pensaban que Cuba—esa Cuba que nos aborrecía y cuya independencia, deseada por América

---

(1) De las estadísticas, harto incompletas, publicadas acerca de aquella campaña, se deduce que sólo por enfermedad murieron cerca de 58.000 soldados y oficiales. Juntando á esta cifra la de 16.000 á que ascendieron los soldados devueltos á la península por inutilizados en campaña (y de los cuales buena parte sucumbió en sus pueblos ó en los hospitales de la península), se obtiene la suma de 74.000 bajas por enfermedad, muertos casi todos. Y no contamos aquí los caídos en el campo de batalla ni los prisioneros y extraviados.

Biblioteca Nacional de España

entera, era inevitable—valía la pena de sacrificarle España. La frase efectista de éste: *hasta el último hombre y la última peseta*, ha pasado á la historia, cual testimonio elocuente de cómo en España puede llegarse al pináculo del Poder sin poseer exacta perspectiva moral de las cosas, sin la prudencia y previsión necesarias para salvaguardar los primordiales valores de una raza. Por no haber incurrido en la grosera equivocación de tomar como fortaleza real vanos alardes de un patriotismo teatral y gárrulo, han conservado Portugal y Holanda sus colonias y las crea y acrecienta actualmente Italia. ¡Cuán triste es pensar que la rectificación á tiempo de nuestro criterio político, en orden al régimen de las posesiones de Asia y América, hubiera conservado sin mermas el glorioso patrimonio de nuestros mayores!...

Al rectificar nuestra conducta, nada teníamos que inventar. Bastaba con imitar á Inglaterra, la maestra insuperable en las artes de la política, siempre atenta á las sugestiones de la realidad. De la guerra separatista de los Estados Unidos, sacó el gran principio de la autonomía, gracias á cuya leal y generosa aplicación cesó el movimiento emancipatorio de sus colonias, las cuales vemos hoy diversificadas en lo político, pero de cada vez más unificadas en espíritu y sentimiento con la metrópoli (1). Mientras tanto, nuestra evolución política en punto al gobierno colonial consistió en pasar del régimen

---

(1) Mientras escribimos estas líneas, el Canadá, la India, la Australia, el Africa del Sur, etc., sienten como suya la guerra entre Inglaterra y Alemania, y, alardeando de un admirable patriotismo de raza, envían contingentes militares al teatro de la lucha. ¡He aquí el fruto de la generosidad política, que no es sino altísima y clarividente habilidad!...

Biblioteca Nacional de España

tutorial al régimen asimilista. Y cuando, apremiados por la circunstancias, pensamos en dictar reformas para Cuba, sólo se nos ocurrió planear incoloro simulacro de autonomía administrativa y política, es decir, una de esas *medias medidas,* exentas de generosidad, por igual aborrecibles á criollos y peninsulares, y que los temperamentos resueltos, en su odio á la metrópoli, rechazan siempre como burlas intolerables.

Si al menos al terminar la primera guerra de Cuba—que como todas las contiendas civiles acabó necesariamente en pacto,—hubiéramos cumplido lealmente solemnes compromisos!...; si en vez de llevar á las Cortes fórmulas hábiles, hubieran nuestros Gobiernos convertido en ley, como ofreció Martínez Campos, las condiciones de la *paz del Zanjón,* habríamos quizás evitado la segunda guerra separatista, y con ella el desastroso choque con los Estados Unidos!...

¡Ah, qué hábiles fueran nuestros políticos prescindiendo de la *habilidad!* ¡Lástima que en la conciencia de nuestros estadistas, endurecida por el egoísmo, ú ofuscada por un patriotismo estrecho, no hubieran florecido alguna vez la generosidad y la justicia!...

Pero con estas dolorosas digresiones pierdo de vista el asunto y falto además á sinceras promesas. Volvamos, pues, á San Isidro, y continuemos el relato.

Mi labor médica en San Isidro era abrumadora, pues pasaban de 300 los enfermos. Por suerte, la patología resultaba poco variada y difícil: viruela (que hacía estragos en los negros), úlceras crónicas, disentería y paludismo. A cada una de tales dolencias aplicábase un tratamiento ritual, bien conocido de los practicantes.

Pero si el servicio profesional, aunque pesado, no daba graves quebraderos de cabeza, en cambio los daba y

Biblioteca Nacional de España

grandes el saneamiento administrativo del hospital. En San Isidro (1), buena parte de los empleados estafaban al Estado, desde el jefe de la guarnición hasta los practicantes y cocineros. Según es de presumir, el Quijote inocentón que yo llevaba en el cuerpo se me alborotó al conocer tales entuertos, y me lancé resuelto á la pelea, precisamente cuando mi salud volvió á quebrantarse seriamente.

He aquí la *técnica* empleada por los defraudadores para vivir parásitamente á expensas de la administración.

En dos ó tres ocasiones quejáronseme los enfermos á quienes había yo prescrito dieta de gallina, de la insipidez y aspecto estropajoso de las raciones servidas. Extrañado de la queja, me propuse averiguar á todo trance por qué las aves de corral habían perdido de pronto su exquisito sabor. La casualidad me llevó un día á pasear por los alrededores del poblado, donde descubrí un bien repuesto gallinero, perteneciente al cocinero del hospital. Esto fué para mí un rayo de luz en las tinieblas. Y enlazando los hechos y olfateando nuevas pistas, vine á resolver, al fin, el problema de la insipidez de los pollos, y tuve, además, conocimiento de muchos abusos cometidos, con la complicidad del cocinero y practicantes, á beneficio del jefe y oficiales de la guarnición.

El escamoteo de las gallinas verificábase de dos maneras: 1.ª De acuerdo con el cocinero, recibían los enfermos como buenas raciones de gallina los trozos de ésta de que se había extraído el caldo, y exentos, por tanto, de subscia. 2.ª Los practicantes cargaban en la libreta de pres-

(1) Tengo motivos para pensar que ocurría lo mismo en otros muchos hospitales, y que á ello no se daba ninguna importancia.

Biblioteca Nacional de España

cripciones y régimen, firmada diariamente por mí, un número suplementario de raciones. Merced á tan ingeniosa invención, practicantes y oficiales comían pollo á todo pasto, y aún quedaba algo para poblar el corral del cocinero, un negrazo tan bellaco como insolente.

La confrontación, hecha de memoria para no inspirar recelos, de las libretas de régimen, antes y después de ser enviadas á San Miguel por el practicante, me confirmó en la realidad del abuso, y me reveló además que, apelando al socorrido procedimiento de las adiciones, casi toda la carne, huevos, Jerez y cerveza consumidos por los oficiales y practicantes, salía del presupuesto del hospital.

Al encararme, indignado, con el cocinero y practicantes, autores materiales de la defraudación, se desarrolló la escena consiguiente, que ellos afrontaron con sorprendente serenidad, como quien tiene bien guardadas las espaldas. Ante mis interrogaciones apremiantes, declararon que el chanchullo, si así podía llamarse tan *venial* irregularidad, constituía régimen consuetudinario de la enfermería; que gracias á su prudente tolerancia, consiguió mi antecesor vivir en paz con los oficiales, amén de economizar casi enteramente su sueldo, y, en fin, que yo debía dejarme de chiquilladas y allanarme sin chistar á las clásicas prácticas administrativas. ¡Y esto sucedía cuando yo, atacado nuevamente de paludismo, para no acudir á la cocina del hospital, gastaba parsimoniosamente mis últimos centavos, y entablaba tratos con un almacenista de San Miguel para pignorar una paga atrasada!...

Todavía si la mencionada *distracción* hubiera obedecido á la necesidad, habría acallado mis escrúpulos; mas constábame, al contrario, que jefes y oficiales cobraban

Biblioteca Nacional de España

puntualmente sus haberes. En cuanto al cocinero y practicantes, hacían con lo defraudado tráfico vituperable.

Siguió luego el choque con el comandante. En una conferencia celebrada á solas, censuré su proceder incorrecto; poniendo el mayor comedimiento en mis palabras, le expresé que tolerar tales irregularidades valdría tanto como cargar conscientemente con severas responsabilidades administrativas, y que, en fin, estaba dispuesto á corregir radicalmente los abusos. Mi interlocutor se enfadó mucho, reprochándome lo que él llamaba *chinchorrerías;* pero no echó las cosas á barato. Acaso me creyera incapaz de cumplir mis promesas de sanear administrativamente el hospital. Sin embargo, cuando días después se encontraron jefes y oficiales sin víveres de *guagua,* y advirtieron que las libretas de pedidos para la enfermería se comprobaban á diario, reaccionaron vivamente. Comenzó entonces contra mí una baja guerra de alfilerazos y de pequeñas insidias; se me condenó al aislamiento; se me calificaba de imbécil é inepto; se hizo lo posible, en fin, para agotar las fuerzas morales de un enfermo... Excusado es decir que cocinero y practicantes veían, no sin regocijo, cómo la enfermedad minaba rápidamente mi organismo. Otra persona más cabilosa que yo, habría temido un envenenamiento. Afortunadamente, conservaba incurable optimismo.

Entre las malevolencias con que el comandante trató de molestarme, hubo una que estuvo á punto de provocar un choque personal. En las noches de alarma (no raras en San Isidro), el comandante daba en el antojo de encerrar dos caballos suyos en el hospital, al lado de los enfermos, á fin de ampararlos de los merodeadores; en justificación del capricho, alegaba que no cabían en el fortín de su residencia, y que la enfermería era el sitio

Biblioteca Nacional de España

más seguro para guardarlos. Yo me opuse siempre á tan antihigiénica pretensión, varias veces renovada, y el jefe, aunque refunfuñando, acababa por desistir. Perdida ahora la cordialidad, pensó sin duda que no debía respetar mis escrúpulos. Y así, una noche en que yo me hallaba acostado con fiebre alta, oí que traían los caballos á la sala, percibiéndose un olor de cuadra insoportable. Vestíme de prisa, y salí casi tambaleándome al encuentro de los palafreneros, á quienes rechacé á empellones, obligándoles á retirar el ganado. Pero entretanto, noticioso el jefe de lo ocurrido, vino furioso hacia mí, exclamando con voz entrecortada por la cólera:

—¿Quién es usted para desobedecerme? ¿Ignora usted que en San Isidro soy la suprema autoridad? ¡Su misión de usted consiste en acatar ciegamente mis mandatos!...

—Dispense usted—repliqué;—usted manda fuera de aquí; pero dentro de este recinto no hay más autoridad que la mía. Y debo asumirla sin desmayos contra las ignorantes ingerencias de los demás, porque pesa sobre mí la responsabilidad de la salud de los enfermos. En conciencia, yo no puedo consentir que por capricho de usted se convierta la sala en cuadra inmunda...

Ciego por la ira, y sin reparar en que estaba delante de un enfermo, se abalanzó en ademán de agredirme. Yo me dispuse á rechazar enérgicamente el atropello... En aquel momento la fiebre abrasaba mi cabeza, y hubiera hecho un disparate. Afortunadamente los oficiales, harto más discretos que el comandante, comprendieron lo absurdo de la situación y nos separaron y apaciguaron.

Conforme era de esperar, el jefe me instruyó sumaria por insubordinación, desacato y amenazas á la autoridad. Comenzaron, pues, las actuaciones. La causa crecía como la espuma. Mi superior jerárquico hacía correr la

Biblioteca Nacional de España

voz de que no había de parar hasta fusilarme, ó por lo menos mandarme á presidio. Para hacer buenas sus amenazas, confiaba mucho en cierto tío suyo, el brigadier X., habitante á la sazón de Santiago y personaje de influencia arrolladora. Mas, al fin, ocurrió lo que era de esperar. En cuanto, por mis declaraciones y denuncias, conocieron las autoridades de Puerto Príncipe las escandalosas filtraciones y los abusos de autoridad consentidos ó cometidos por el jefe militar de San Isidro, hasta el famoso general de quien tanto fiaba su sobrino, apresuróse á echar tierra al asunto. De mi proceso, pues, nadie volvió á acordarse. Y un oportuno relevo del comandante, fundado en motivos de salud —allí todos estábamos más ó menos enfermos—, restableció definitivamente la calma en San Isidro.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXIII

Mis distracciones en San Isidro.—La danza de negros y el arpa del saboyano.—Se agrava mi enfermedad y se denega mi solicitud de abandonar temporalmente la trocha.—Pido mi licencia absoluta.—Gracias á la supresión de la trocha logro abandonar mi destino.—Un mes en el hospital de San Miguel.—Se me declara inutilizado en campaña y regreso á la Península.

Aquella temporada transcurrida en San Isidro, aparéceseme hoy borrosa y gris como mirada al través de velo sombrío. Para la vida consciente dejábame la fiebre pocos ratos libres. La mayoría de mis horas consumíanse en el lecho, sin más consuelo y asistencia—vamos al decir — que los prodigados por un practicante (el de los chanchullos) que me detestaba cordialmente. No obstante la quinina, el tanino y opio (para la disentería), mis alivios eran fugaces, episódicos; la ansiada mejoría parecía coquetear con el deseo y burlar cruelmente mis esperanzas. Por primera vez comencé á dudar de los recursos defensivos de mi organismo. En las horas melancólicas en que, arrastrándome del lecho, podía respirar el aire libre y presenciar el ajetreo

Biblioteca Nacional de España

de las gentes, ¡con cuánta envidia miraba la robusta salud de los negros, operarios infatigables de la trocha!... A ratos, aquella ola de vida desbordante parecíame algo así como una insolencia...

Aquellos africanos traídos á Cuba por buques negreros, nos daban lección de paciencia y resignación. Lejos de sentir nostalgias por la patria lejana, celebraban regocijadamente sus fiestas, entregándose á zambras alegres y cánticos salvajes. Era la danza de las negradas espectáculo singular y atrayente. Mientras ciertas parejas, medio desnudas, bailaban incesantemente bajo un sol de fuego, otros cimarrones marcaban el compás, golpeando sobre largos tambores labrados en troncos de árbol. De vez en cuando, una voz chillona y selvática entonaba sencillo estribillo, traducción acaso de algún viejo canto de gesta de las playas africanas. Por su repetición, grabóse indeleblemente en mi memoria el siguiente:

«Yo fuí quien maté el caimán,
Caimán...
Caimán...
Yo fuí quien maté el caimán.»

Y así sucesivamente durante ocho ó diez horas. Un coro de gritos salvajes saludaban al cantante al terminar cada estrofa.

Aquellos danzantes bárbaros poseían músculos de acero. El sudor corría á raudales por su piel de ébano y el sol arrancaba á sus músculos jadeantes reflejos metálicos. En vez de amansarlos, tan formidable ajetreo parecía más bien excitarlos. En algunas parejas, el *crescendo* de piruetas, contorsiones y gestos eróticos llegaba al frenesí. De seguro que ningún europeo habría resistido la mitad de aquel violentísimo ejercicio.

Biblioteca Nacional de España

Entre nuestras distracciones de San Isidro figuraban también conciertos de arpa. Mas esto exige apuntar un antecedente.

Por aquella época, la Isla de Cuba era sima de soldados. Y como la recluta voluntaria para la Isla resultaba de cada vez más premiosa, apelaron los banderines de enganche de la Península á toda suerte de ardides, aun los más vituperables. A este fin, agentes reclutadores frecuentaban garitos y tabernas, y sin reparar en personas ni nacionalidades, comprometían, previa la correspondiente borrachera, á cuantos extranjeros jóvenes topaban. Así fueron á Cuba muchos jóvenes saboyanos, que por dicha época recorrían España entonando, al son del arpa, el himno de Garibaldi. Por azares del destino, uno de estos desventurados italianos dió con sus huesos en la enfermería de San Isidro. Padecía de hepatitis é hidropesía, y en su rostro ictérico mostrábase además el sello del paludismo crónico. Ignoro cómo, durante su azarosa peregrinación al través de la Isla, había logrado conservar el precioso instrumento musical, junto al cual solía dormir en la enfermería, receloso de que se lo quitaran. Este soldado músico era mozo servicial y amable, y cuando le dejaba la fiebre nos obsequiaba con conciertos al aire libre. Al complacernos, granjeaba además de nuestra gratitud, algunos pesos que guardaba para el ansiado día de la repatriación.

Aún parece que le veo á la luz de la luna, amarilla la faz, abatida y triste la mirada, con el vientre hidrópico, rasgo patológico que le daba aspecto trágicamente grotesco. Puesto en el centro del corro, y apoyando su debilidad en el tronco de un árbol, lanzaba al aire con destreza y sentimiento, que nuestra hambre musical convertía en exquisitos, romanzas de Rossini y Donizetti,

Biblioteca Nacional de España

canciones napolitanas y aires saboyanos impregnados de penetrante melancolía. Gracias al humilde aventurero, olvidaba yo las tristezas de mi situación y confortaba el ánimo con las supremas emociones del arte.

Según dejo apuntado más atrás, mi dolencia empeoraba. En los seis ó siete meses pasados en San Isidro, no gocé sino de fugacísimos alivios. El hígado y el bazo se hinchaban de modo alarmante, y la temible hidropesía se iniciaba. En vano suplicaba al Dr. Grau una licencia temporal. «Carezco de personal, contestaba siempre. Resista usted cuanto pueda; cuando disponga de gente de refresco, haré un esfuerzo por reemplazarle.»

La esperanza empezaba á abandonarme. Y acabé por pensar que si había de salvarme, era de todo punto indispensable sustraerme rápidamente á los efectos de aquella atmósfera deletérea. Pero ¿cómo?... En mi situación desesperada, sólo halle un remedio: pedir la licencia absoluta por enfermo, renunciar á la carrera militar y reintegrarme á la Península. Remití, pues, la instancia al Capitán general, por conducto de las autoridades sanitarias de Puerto Príncipe; y cuando esperaba ansiosamente el resultado, informóme un amigo de que en la capital del Camagüey se negaban á tramitar mi solicitud. Sin duda, supuso mi jefe que todavía podía tirar unos meses más...

Debo la vida á un caballeroso brigadier, de cuyo nombre, ¡oh ingratitud!, no puedo hacer memoria. Dejo expuesto ya que las trochas habían caído en descrédito ante los jefes del ejército, si bien nadie quería cargar con la responsabilidad de suprimirlas. Por iniciativa del Capitán general, efectuóse al fin una jira de inspección á dichas líneas militares. Y el citado brigadier, á quien tocó visitar la del *Bagá* ó del *Este*, donde yo me encontraba,

Biblioteca Nacional de España

impresionóse tanto al reconocer el mal estado de los soldados y la muchedumbre de enfermos inútiles, que ordenó destruir inmediatamente los fortines y recoger las guarniciones. Compadecido de mi estado, y noticioso de que mi solicitud de licencia habíase atascado, quizás intencionadamente, en la capital del distrito, tomó sobre sí el encargo de cursarla personalmente para la Habana, prometiéndome además acelerar todo lo posible la resolución del Capitán general.

Disuelta la trocha del Bagá fueron los enfermos concentrados en diversos hospitales, singularmente en el de San Miguel, adonde fuí yo á parar, esta vez no como médico director, sino como caso clínico.

Allí, en un destartalado pabellón destinado á los oficiales enfermos, pude una vez más reconocer la irremediable insuficiencia de la caridad oficial. Aun en las instituciones benéficas mejor organizadas, el doliente siéntese abandonado y solo; fáltale siempre esa tierna y vigilante solicitud de que sólo la madre ó la esposa poseen el secreto. Por ley inexorable del hábito, hermanas de la caridad, enfermeros y practicantes adquieren pronto cierto acompasamiento rutinario que el egoísmo supremo del enfermo identifica con la indiferencia ó el despego. En vano los funcionarios sanitarios reconvendrán al paciente por su impaciencia, haciéndole ver que es preciso atender á otros muchos como él. El dolor ansía privilegios, quisiera ser eje y protagonista de la gran máquina benéfica y hallar en torno suyo el suave calor de sensibilidades vírgenes, no embotadas aún por la diaria batalla con la muerte. Pero ello es casi imposible, como lo es también que los angustiosos incidentes de la enfermedad se ajusten á los horarios administrativos.

Acostumbrado á ser bastante mal atendido en San Isi-

Biblioteca Nacional de España

dro, soportaba pacientemente mi soledad. No así mis vecinos inmediatos, entre ellos cierto teniente coronel, de carácter violento, el cual juraba y se exasperaba cuando las hijas de la caridad no acudían inmediatamente á sus apuros. En su irritación, dicho jefe—enfermo de tuberculosis grave—dió en la manía de llamar á tiros de revólver... Al oir la primera vez el estampido, creímos todos que se había suicidado ó que había herido á algún enfermero recalcitrante. Yo procuraba calmarle y, en la medida de mis posibilidades físicas, acudía á sus llamadas para apagar su sed devoradora y administrarle medicinas.

Transcurridas algunas semanas, mejoré lo bastante para abandonar el Hospital y trasladarme á Puerto-Príncipe. Gracias á mi brigadier bienhechor, la nueva instancia había surtido efecto. Mas para obtener la licencia absoluta por inutilizado en campaña, era requisito inexcusable sufrir reconocimiento facultativo. Efectuóse, pues, dando por resultado el diagnóstico de *caquexia palúdica grave*, que me incapacitaba para todo servicio. Cumplida tal formalidad, y noticioso de que el Capitán general accedía al *adelanto* de la licencia (1), tomé la vuelta de la Habana, donde debía cobrar mis atrasos, obtener el pasaporte y esperar el vapor.

Como *inutilizado en campaña* tenía derecho á pasaje gratuito. Pero mis apuros económicos eran grandes. Se me debían ocho ó nueve pagas. Dada la orgía administrativa reinante, corría riesgo de pasar en la Habana un

(1) La orden de anticipo de la licencia absoluta se expidió con fecha de 15 de Mayo de 1875. El pasaporte es de 21 de Mayo de 1875; en él se hace constar que, hallándome enfermo, mi traslado á la Península corre á cargo de la Administración militar.

Biblioteca Nacional de España

par de meses, ocupado en la liquidación de mis haberes, cuando precisamente mi estado exigía la más rápida repatriación. A fin de prevenir tan grave contratiempo, un mes antes tuve la previsión de escribir á mi padre, pintándole mi situación y rogándole el envío de dinero. Llegada la letra, y ya más tranquilo, consagréme á gestionar del Habilitado el cobro de mis atrasos. Al pronto rehusó pagarme, á pretexto de que la consignación del último trimestre no había sido hecha efectiva; pero, á fuerza de súplicas y porfías, conseguí liquidar mis haberes, no sin dejar en las garras del aprovechado funcionario un 40 y hasta un 50 por 100 del importe de aquéllos. Así y todo junté cerca de 600 pesos, con que enjugué pequeñas deudas, y adquirí lo necesario para el viaje de retorno.

Días antes de zarpar el vapor, y cuando obraban en mi poder el pasaporte y el billete para el viaje, sufrí un ataque de disentería aguda. ¡Qué angustias devoré al verme nuevamente postrado en el lecho del Hotel, sin amigos que me atendieran, y precisamente en el codiciado momento de la liberación!... Por fin, la Providencia apiadóse de mí. Y aprovechando, impaciente, una débil mejoría, embarquéme resueltamente en el vapor *España* con rumbo á Santander. Conmigo abandonaron la Isla también muchos soldados inutilizados en campaña, y enfermos como yo, pero más desgraciados aún, porque los infelices viajaban en tercera, hacinados en montón y sometidos á un régimen alimenticio insuficiente ó poco reparador. Yo me complacía en cuidarlos, alentando sus esperanzas y procurándoles medicinas. Algunos de aquellos desventurados fallecieron durante la travesía. ¡Qué desgarrador espectáculo contemplar á la aurora el lanzamiento al mar de los cadáveres!... Por fortuna, otros

Biblioteca Nacional de España

enfermos mejoraban á ojos vistas. Mucho, sin duda, obraban la pureza del aire y la ausencia de nuevas infecciones; pero actuaban con superior eficacia todavía estos dos supremos tónicos espirituales: la esperanza de ver el sol de la patria, y la alegría de retornar al seno de la familia. Yo fuí uno de los rápidamente aliviados por el ambiente puro del mar. A mi arribo á Santander era ya otro hombre: comía con apetito, estaba sin fiebre y podía corretear por la ciudad montañesa. ¡Me había salvado!...

Después de referir tanta tristeza, bien será dar una nota amena. Nuestro país fué siempre el solar del hampa y de la picaresca. En esto no hemos degenerado todavía. Por consiguiente, en un trasatlántico español, donde se dan cita todas las clases sociales, no podían faltar, además de hembras de vida alegre, petardistas profesionales y empleados concusionarios, algunos genuinos representantes de aquella castiza fullería tan perfectamente retratada por nuestros escritores del siglo de oro. Tocóme precisamente ser compañero de camarote de uno de estos jugadores de ventaja, el cual no tenía más oficio que ir y venir continuamente de España á Cuba, á fin de limpiar, en unión de otros compinches y con los mejores modos posibles, la bolsa de los *indianos* opulentos, de los comerciantes con ahorros y de los jefes y generales con pacotilla.

Nuestro distinguido tahur viajaba siempre en primera, lucía en sus dedos enormes solitarios, colgaba el reloj de aparatosa leontina y vestía con esa fastuosidad presuntuosa y cursi característica del villano enriquecido. Desde el primer día fingió compadecerse de mi desgracia, y deseando protegerme y proporcionarme distracciones adecuadas á mi estado, invitóme amablemente á

Biblioteca Nacional de España

una partida de banca, en la cual, gracias á las habilidades de mi generoso mentor, debía yo ganar infaliblemente.

—Yo no tallo nunca—decíame con acento de modestia;—limítome no más á apuntar á una carta pequeñas cantidades. Sólo cuando á las cuatro ó cinco manos conozco, por las señales del dorso, unos cuantos naipes—y éste es mi secreto,—hago puestas de importancia, ganando siempre.—Y como yo moviera la cabeza en señal de incredulidad, añadió:—¡No sea usted criatura! En cuanto me vea usted cargar de firme á una carta, acompáñeme con lo que tenga. De seguro que en una sesión se gana usted tres ó cuatro mil pesos.

Excusado es decir que mi ladino consejero perdía lastimosamente el tiempo. Aparte el recelo que siempre he sentido hacia las personas deseosas de protegerme, sin saber á punto fijo si merezco su protección, jamás he tenido la superstición de la *suerte*.

En mi sentir, los negocios de la vida marchan y se desenlazan con arreglo á una lógica inexorable y absolutamente limpia de toda influencia mística.

Pensaba, y pienso además, que sólo existe una fuente racional y segura de prosperidad económica: el trabajo intensivo, fecundado por la cultura intelectual. Lejos de compadecer al perdidoso en el juego, le considero como un estafador frustrado ó impotente, ó como un gandul codicioso, á quien todos deberíamos desear, con la ruina fulminante, el definitivo ingreso en la categoría profesional de faquín, mandadero ó chulo, categoría de que le apartaron equivocadamente el azar del nacimiento ó ventajas sociales inmerecidas.

Pronto me felicité de mi desconfianza. Varios comerciantes ricos, invitados como yo á *coincidir* en las pues-

Biblioteca Nacional de España

tas con el citado gancho, quedaron enteramente desplumados. Los infelices habían liquidado en pocas sesiones de timba veinte años de trabajo honrado y de austeras economías. Á uno de ellos tuvimos que pagarle hasta el bote que le condujo al muelle. El pobrete perdió 15 ó 20.000 duros, caudal con que pensaba establecerse en su pueblo y hacer la felicidad de la familia.

Mi llegada á Santander debió ocurrir hacia el 16 de Junio de 1875. Impresionóme muy agradablemente el paisaje de la Montaña, cuya frondosa vegetación sólo hallé comparable con la de Cuba. Por referencias de varias personas, supe con disgusto que España sólo poseía una estrecha faja de clima francamente europeo: desde el litoral cantábrico hasta la cordillera limitante de las altas mesetas castellanas. El resto deja no poco que desear, desde el punto de vista del régimen pluvial.

De paso para Madrid, visité Burgos, admirando su maravillosa catedral y sus interesantes monasterios de las *Huelgas* y de la *Cartuja*. Y después de descansar un par de días en la Corte, tuve la dicha de regresar á Zaragoza y de abrazar á mis padres y hermanos. Halláronme amarillo, demacrado, con un aspecto doliente que daba pena. ¿Qué hubieran dicho si me contemplan dos meses antes?...

Aunque no recobré la antigua pujanza ni logré sacudir enteramente la anemia palúdica, repusiéronme mucho el aire de la tierra, alimentación suculenta y los irreemplazables cuidados maternales. De tarde en tarde recidivaba la fiebre; pero ahora la quinina mostrábase más eficaz.

Mejorado, pues, en lo posible, había que pensar en el porvenir. Era preciso rehacer mi vida, derivándola hacia el viejo cauce. Mi padre, enérgico siempre conmigo, con-

Biblioteca Nacional de España

tinuaba señalándome el rumbo del profesorado como el ideal más conforme con mis estudios y aficiones, ya que mis disposiciones para la clínica dejaban harto que desear. Ni mi salud, bastante achacosa, consentía el esfuerzo físico que supone el servicio de la clientela urbana, donde el joven doctor debe estrenarse precisamente con clientes de cuarto piso ó de guardilla.

Frecuenté, pues, nuevamente el anfiteatro, reconcilié-me con los abandonados libros de Anatomía é Histología, y comencé mi preparación para las oposiciones á cátedras. Mientras tanto, y gracias á la buena amistad del Dr. D. Genaro Casas, se me nombró por la *Comisión mixta de estudios médicos*, Ayudante interino de Anatomía, con 1.000 pesetas de haber anual (1). Dos años después (28 de Abril de 1877), cuando la Facultad de Medicina de Zaragoza adquirió carácter oficial, recibí el nombramiento de *Profesor auxiliar interino*, cargo que, durante aquellos tiempos (la Facultad hallábase en vías de renovación), daba mucho que hacer por las numerosas cátedras vacantes. Hubo ocasiones en que me vi en el caso de explicar tres lecciones diarias. Con esos cargos y el producto de algunos repasos de Anatomía, ganaba lo bastante para no ser enteramente gravoso á la familia.

Tenía yo nobles ambiciones. Aunque luchando con un carácter excesivamente apocado y retraído, aspiraba á ser algo, á emerger briosamente del plano de la mediocridad, á vindicar (si ello era posible) á mi patria, y den-

(1) Por entonces la Facultad de Medicina de Zaragoza tenía carácter no oficial, y estaba sostenida conjuntamente por la Diputación y el Ayuntamiento. Una Comisión de concejales y diputados provinciales regía los estudios y expedía las credenciales. Mi nombramiento lleva la fecha de 10 de Noviembre de 1875.

Biblioteca Nacional de España

tro de mi modesta esfera, del juicio severo, tantas veces repetido por nacionales y extranjeros, de no haber colaborado en la obra magna del conocimiento científico. Y firme en este anhelo patriótico—que todos mis compañeros estimaban pura locura cuando no insensatez petulante,—trabajé por alcanzar el modesto pasar y el ocio tranquilo indispensables para mis ambiciosos proyectos. Esta *aurea mediocritas* cifrábase entonces para mí en la honrosa toga del maestro.

En el próximo volumen referiremos las luchas que mi candor é inexperiencia hubieron de librar hasta alcanzar el ansiado sillón de Catedrático, y cómo, conquistados al fin el vagar y tranquilidad de ánimo necesarios á las tareas del laboratorio, un pobre médico valetudinario, sin maestros ni protectores, consiguió, andando el tiempo, llegar á ser un investigador laborioso y estimado de los sabios extranjeros.

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

Págs.

ADVERTENCIA AL LECTOR 5

Capítulo I.—Mis padres, el lugar de mi nacimiento y mi primera infancia 17

Capítulo II.—Una excursión á mi pueblo natal.—La pobreza de mis paisanos.—Un pueblo que parece un símbolo de España.—Caridad social y caridad de raza 25

Capítulo III.—Mi primera infancia.—Vocación docente de mi padre.—Mi carácter y tendencias.—Admiración por la naturaleza y pasión por los pájaros 41

Capítulo IV.—Mi estancia en Valpalmas.—Los tres acontecimientos decisivos de mi niñez: los festejos destinados á celebrar nuestras victorias de Africa, la caída de un rayo en la escuela y el eclipse de sol del año 60 51

Capítulo V.—Ayerbe.—Juegos y travesuras de la infancia. Instintos guerreros y artísticos.—Mis primeras observaciones y experiencias sobre acústica, óptica, balística y el arte de la guerra 65

Capítulo VI.—Desarrollo de mis instintos artísticos.—Dictamen de un revocador sobre mis aptitudes.—¡Adiós mis ensueños de artista!—Utilitarismo é idealismo.—Decide mi padre hacerme estudiar para médico y enviarme á Jaca 79

Capítulo VII.—Mi ida á Jaca.—El latín y los dómines.—El régimen de las gachas.—Retorno á los devaneos artísticos 95

Biblioteca Nacional de España

Págs.

Capítulo VIII.—El padre Jacinto mi dómine de latín.—Cartagineses y romanos.—El régimen del terror.—Mi aversión al estudio.—Exaltación de mi fiebre artística y romántica.—El río Aragón, símbolo de un pueblo.... 105

Capítulo IX.—Continúan mis distracciones.—Los encierros y ayunos.—Expedientes usados para escaparme.—Mis exámenes.—Retorno á Ayerbe y vuelta á las andadas..... 119

Capítulo X.—Mi regreso á Ayerbe.—Nuevas hazañas guerreras.—El cañón de madera.—Tres días de cárcel.—El mosquete simbólico..... 125

Capítulo XI.—Dispone mi padre llevarme á Huesca á continuar mis estudios.—Exploración de la ciudad.—Nuestros profesores..... 135

Capítulo XII.—Mis camaradas.—Reyertas estudiantiles.—Graves consecuencias de llevar un sobretodo un poco largo.—Accidente en un estanque.—No hay rosas sin espinas..... 151

Capítulo XIII.—Las vacaciones.—Pinturas fúnebres.—Descubrimiento de una biblioteca de novelas.—Se recrudece mi furor romántico.—El Robinsón y el Quijote..... 171

Capítulo XIV.—Crecen las distracciones.—La barbería del Sr. Lorenzo.—Majos y conspiradores.—Las pedreas.—Escaramuza con la fuerza pública.—El placer de los dioses..... 189

Capítulo XV.—Inquina de mi catedrático de griego.—Decide mi padre escarmentarme convirtiéndome en aprendiz de zapatero.—Mis proezas en obra prima.—El ataque de Linás.—Consideraciones en torno de la muerte..... 209

Capítulo XVI.—Vuelta al estudio.—Matrícúlome en dibujo. Mis profesores de Retórica y Psicología.—Impresiones causadas por las enseñanzas filosóficas.—Una travesura desdichada.—En busca de aventuras..... 229

Biblioteca Nacional de España

Págs.

Capítulo XVII.—Mi iniciación en los estudios anatómicos. La cirugía antigua y la moderna.—Saqueo macabro. Las fases de la observación.—La memoria de las cosas y la de los libros.—La revolución de Septiembre..... 259

Capítulo XVIII.—Comienzo en Zaragoza la carrera médica.—El Ebro y sus alamedas.—Mis profesores del preparatorio: Ballarín, Guallart y Solano.—Cobro afición á la disección bajo la dirección docente de mi padre... 281

Capítulo XIX.—Prosiguen mis estudios.—Mis catedráticos de Medicina.—D. Manuel Daina y el premio de Anatomía topográfica.—Un singular procedimiento de examen.—Nuestro decano, D. Genaro Casas.—Mis petulancias polémicas.—Notas breves acerca de algunos profesores y algunos incidentes ocurridos en sus clases..... 295

Capítulo XX.—Continúo mis estudios sin grandes mortificaciones.—Mis manías literaria, gimnástica y filosófica. La Venus de Milo..... 307

Capítulo XXI.—Recién Licenciado en Medicina, ingreso en el Cuerpo de Sanidad Militar.—Mi incorporación al ejército de operaciones contra los carlistas.—El españolismo de los catalanes.—Mi traslación al ejército expedicionario de Cuba.—Coloquio de dos camaradas ávidos de nuevas impresiones.—Mi embarque en Cádiz con rumbo á la Habana..... 321

Capítulo XXII.—Llegada á la Habana.—Soy destinado al hospital de campaña de «Vista Hermosa».—Enfermo, al poco tiempo, de paludismo.—Aprovecho mi forzada quietud para aprender el inglés.—Mi dolencia se agrava y se me concede licencia para convalecer en Puerto Príncipe.—Iniciada mi mejoría, soy destinado á la enfermería de San Isidro, en la «Trocha del Este».—La vida en la Trocha.—Música á la luz de la luna.—Mis cándidos quijotismos me impulsan á corregir abusos administrativos, y sólo consigo que me empapele el Jefe de la fuerza..... 335

Biblioteca Nacional de España

Págs.

Capítulo XXIII. — Mis distracciones en San Isidro. — La danza de negros y el arpa del saboyano. — Se agrava mi enfermedad y se denega mi solicitud de abandonar temporalmente la Trocha. — Pido mi licencia absoluta. — Gracias á la supresión de la Trocha logro abandonar mi destino. — Un mes en el hospital de San Miguel. — Se me declara inutilizado en campaña y regreso á la Península 363

Biblioteca Nacional de España

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
207	3	ausetano	ansotano
216	21	texitura	tesitura
227	28	de soñolienta *imago*.	y de soñolienta larva,
232	27	representan	representa,
316	12	no	me
325	9	tres	siete

Los demás errores y descuidos serán subsanados por el buen juicio del lector.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España